

P A S E O S





PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la Dirección de Patrimonio Documental de la Oficina del Historiador de La Habana con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

Perfil institucional en Facebook
Patrimonio Documental
Oficina del Historiador



PLAZAS Y PASEOS

Castro, Martha de: Plazas y paseos de la
Habana colonial.

Arquitectura.Habana, año XI(1943),
pag. 63-74.

[Estudo más literario y fantástico
que histórico. De san Francisco dice
poco y nada nuevo.]



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

HABANA

Paseos

Habana pintoresca: El Paseo del Prado.

en

La Habana literaria, año I. n. 2
(sept.30 1891), pag.44-45



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Paseo al Husillo,
Verghia
Armas de la Habana,

(sobre acueducto Fernando VII



Paseo al Husillo, por Pablo
Verghia

Seano de la Habana, marzo 16/1835

(Cabe acueducto Fernando VII.)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

El Paseo del Principe o Camino
Militar, por el Solitario de Camos
de la Habana, abril 12 / 836



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Un paseo por la Punta y
la Nueva Candel, por Pablo
Veiglia,

Draw de la Habana, ab 4/835

Segundo paseo extramuros. El
Nuevo Camino Viejo, por Pablo
Veiglia,

Draw de la Habana, abril 11/835



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Costumbres

El Paseo o Menor Prado
por A. B. y M.

Diario de la Habana día 11/835



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Tercer paso extramuros.
El Cementerio general, por Pablo
Veglia =
decano de la Habana
abril 28/35



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Paseos de la época colonial

El más antiguo de los historiadores cubanos, José Martín Félix de Arrate, nos habla en su famosa historia de los lugares que utilizaban por el año de 1761 los vecinos de esta ciudad para su esparcimiento, o sea de los primeros paseos habaneros de que se tienen noticias.

Aunque La Habana, dice "no goza de los célebres paseos de otras regiones y ciudades más opulentas... acá la misma amenidad de los sitios suministra la parte más principal para el recreo, siendo innegable que aun sin incluir el paseo de la bahía, que ^{no} está en uso, y fuera de extremado placer si se practicase, porque en la ribera opuesta a la población, brinda la apacibilidad de algunos parajes bastante incentivo para un honesto pasatiempo;... tenemos, sin numerar éste, otros por la parte de tierra que son los acostumbrados, ya tomando por la puerta de la Punta el camino de la caleta que es una alameda natural en que se disfruta con el fresco sombrío de los vie^{ros} y limpia llanura de la senda más deleitable, la vista del mar por una banda y por la otra la de las huertas que están asentadas por aquel paraje: ya saliendo por la puerta de Tierra a la calzada en que hoy se van plantando árboles copudos que le den sombrío por donde encaminar el paseo a los Cocales, y a los dos barrios inmediatos de Nuestra Señora de Guadalupe y Santísimo Cristo de la Salud, o ya últimamente eligiendo para el recreo el Arsenal en donde sus máquinas y tráfago pueden

divertir y ocupar el tiempo y la atención con gusto mucho rato no sólo a los inclinados a la náutica, sino a los que no lo son".

Fueron después la Alameda de Paula, la Plaza de Armas, la Cor-tina de Valdés, el Nuevo Prado o Alameda de Isabel II y el Paseo Militar o de Tacón, los lugares expresamente contruídos como sitios de recreo, que merecieron la preferencia de los habaneros para su esparcimiento, durante la época colonial.

ALAMEDA DE PAULA

Entre las diversas obras de ornato que en 1771 acometió el Marqués de la Torre, figuró la construcción de un teatro y de la Alameda de Paula, malecón que dominaba la bahía y las montañas y caserío de Regla. Reducida al principio a un terraplén adornado con álamos y bancos de piedra, fué hermoseada por los sucesivos gobernadores de la Isla y principalmente por Someruelos, que mejoró también el teatro Principal, que figuraba en uno de sus extremos.

+

Dice Pezuela que de 1803 a 1810 se embaldosó y adornó con una sencilla fuente, colocándose años más tarde una baranda de hierro en toda su extensión, amplias escaleras a los costados, y farolas. Junto al hospital de Paula que se encontraba en uno de sus extremos había, al decir de Bachiller y Morales, "una espaciosa enramada de bejuco indio siempre verde y salpicado de sus amarillas flores: bajo de ella se colocaban perpetuas mesitas, donde se jugaba al dominó, se refrescaba y conversaba. El café de las Delicias, de madera, que daba a la calle era el establecimiento de que constituía una parte y la más notable el alegre patio encajonado entre el mar de la bahía y las paredes de un hospital".

Refiere Francisco González del Valle en La Habana en 1841, que "era lugar favorito escogido por los habaneros para su solaz y distracción; las damas acudían a él en quitrinos y volantas para tomar, durante la noche, el fresco del terral que había en esa parte de la ciudad. Sin embargo, desde 1837 había disminuido gradualmente un tanto su boga, a causa de la alcanzada por la Plaza de Armas".

PLAZA DE ARMAS

Circundada por el Templo, el Palacio de los Capitanes Generales, el de la Intendencia, la casa del Conde de Santovenia, el Castillo de la Fuerza y la casa del Tribunal Mercantil y Junta de Fomento, y ostentando en su centro la estatua de Fernando VII, fué la Plaza de Armas en épocas lejanas el sitio preferido de diversión por los habaneros y extranjeros que nos visitaban, principalmente en las noches de retreta en que tocaba en su centro una banda militar. Discurriendo por sus calles interiores, que contaban floridos jardines, refrescados por fuentes, o sentados en los bancos que se hallaban de trecho en trecho, o paseando en sus quitrinos y carruajes por las calles exteriores, "toda la Habana" de 184... se daba a síta allí esos "días de moda" o de retreta, así como el jueves y viernes santo, en que a pie concurría a oír el concierto sacro que esos días se daba en la Plaza de Armas.

Ildefonso Vivanco, en el Paseo Pintoresco Por la Isla de Cuba, de 1841, ofrece este cuadro de las noches de retreta: "la encantadora música, tan amada de los hijos de la zona torrida lleva a la Plaza de Armas una linda y elegante concurrencia que entre el susurro de la brisa de los árboles y las flores, el murmullo de las fuentes y los sonos de la música, discurre dulce y apacible

mente por sus calles, departiendo, bien de amor, bien de empresas mercantiles".

CORTINA DE VALDES

Inició la construcción de esta alameda en 1841, el Capitán General don Gerónimo Valdés, de quien tomó el nombre. Tenía una longitud de 200 varas castellanas y se extendía sobre el lienzo de la muralla del mar entre las baterías de San Telmo y el Parque de Artillería, entrándose a ella, en sus extremos, por dos escaleras de piedra. Tenía asientos de piedra, árboles y una barandilla que circundaba.

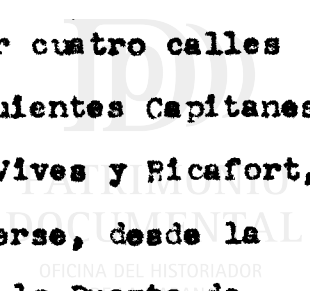
Dice Pezuela que "además de disfrutarse en este paseo de las brisas del E. en toda su plenitud, es muy preferido por los que andan a pié, así por sus preciosas vistas a la entrada de la bahía, al Morro, la Cabaña y a todo el puerto, como por ser proximidad a la Plaza de Armas y a los puntos principales de la población".

Desapareció después del cese de la dominación española.

NUEVO PRADO O ALAMEDA DE ISABEL II

Se conoció también por los nombres de Alameda de Extramuros, Paseo del Prado, Paseo del Conde de Casa Moré, calle Ancha desde la Calzada del Monte al Arsenal, y, por último, desde 7 de noviembre de 1904, Paseo de Martí.

Lo construyó el marqués de la Torre en 1772, desde la puerta de la Punta a los baluartes del N. O., formado por cuatro calles de árboles, ensanchándolo y prolongándolo los siguientes Capitanes Generales, principalmente las Casas, Someruelos, Vives y Ricafort, llegando a los setenta años de su inicio a extenderse, desde la nueva cárcel, por la calzada de San Lázaro, hasta la Puerta de



Tierra, teniendo en este extremo la fuente de la India o de la Noble Habana, ostentando, además, en una de sus secciones, la estatua de Isabel II que se colocó en 1851 y dos fuentes pequeñas más, repartidas en otros tramos del paseo.

Al principio, los concurrentes a éste, según dice José M. de la Torre, daban después una vueltecita por las calles del Empedrado, Habana, Sol o Jesús María y Oficios, reuniéndose los hombres en el café de Mr. Tavern, que se conocía por Café de Taverna, en la Plaza de Armas, continuándose hasta la nevería de Juan Antonio Monte, situada en Cuba entre Luz y Acosta, a tomar helados, que valían a peso la copa.

Jacinto Salas y Quiroga, en su libro de 1840, Viajes por la Isla de Cuba señala lo que llamaríamos hoy la congestión del tránsito por este paseo, expresando que era indispensable "la atención más rigurosa para no ser atropellado por los quitrines", y pondera cómo "cuando a cierta hora de la tarde en que el sol ha caído y el calor cesado, echados el fuelle y tapacete, se vé discurrir por el hermoso paseo a uno de esos ligerísimos carruajes, llevando dos o tres bellas cubanas, de que vé el observador, desde el breve y bien calzado pié hasta el rico y abundante cabello, cree que no es posible inventar carruaje más elegante y lindo, en un país en que abunda la hermosura y es necesario dejar que el viento gire y refresque".

PASEO MILITAR O DE TACÓN

Fué emprendida la iniciativa de la obra de este paseo por Don Miguel Tacón en 1835, concluyéndola su sucesor Expeleta, en 1839, extendiéndose desde el campo de Peñalver hasta la fortaleza del Príncipe, con unas 2,000 varas de largo y 40 de ancho, 20 para la

calle central y 10 a las laterales, divididas por cuatro hileras de álamos blancos, pinos y bambúes y ostentando bancos en abundancia. Constaba de cinco plazuelas que lo interrumpían. En la primera estaba y está la estatua de Carlos III; en la segunda, una columna estriada en el centro de una fuente, rematada por una estatua de la diosa Ceres; y en las demás sendas fuentes, de las que, en la última, había una estatua de Esculapio. Casi al final del Paseo se encuentra la quinta de los Molinos, antigua residencia veraniega de los Capitanes Generales.

Este Paseo estuvo muy en moda al inaugurarse y hacia 1844 en que se hermosó la ~~misma~~ calle de la Reina que a él conducía.

Cirilo Villaverde relata en 1841: "En los primeros días de la conclusión de este paseo, continuamente estuvo visitado por innumerables señoras y caballeros de la Ciudad, que dejando sus carruajes en las calles del paseo, discurrían por él a pié, y lo examinaban todo con el placer y la curiosidad que despiertan los objetos nuevos y peregrinos, al bullir de las fuentes y el aire embalsamado de las flores".

Y agrega que al ser restaurada en 1840 la Alameda de Isabel II, "fue abandonándose el nuevo, de tal modo que hoy día son muy contados los carruajes, que se ven cruzar sus largas y solitarias calles". ¡Causas?: "Su lejanía del centro de la ciudad, es uno de los inconvenientes, que no puede superar ni aun el medio de transporte que se usa en Cuba, porque para alcanzar media hora de claridad es necesario trasladarse allí a las 5 de la tarde; cosa que está en contradicción con las costumbres de la clase rica de nuestra Sociedad, que es la única que en este clima abrasador puede frecuentar a esos paseos".

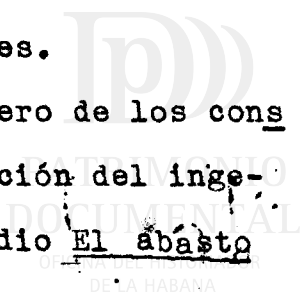
ACUEDUCTOS, PLAZAS, PASEOS, CAMINOS
Y CALLES DE LA HABANA COLONIAL

Por Roig de Leuchsenring.

En los primeros tiempos del establecimiento de La Habana en su lugar definitivo, los vecinos se abastecían del agua de un Jagüey o cisterna, que Arrate y otros historiadores situaron en la desembocadura del río de Luyanó. Según los datos que se encuentran en las Actas Capitulares de 1550 a 1565 puede afirmarse que éste algibe, nunca río, como algunos han supuesto, se hallaba en "la otra banda", o sea del otro lado de la bahía, frente a la villa, y que podía llegarse al mismo, ya por mar, cruzando la bahía, ya por tierra, bordeando ésta, hasta el sitio donde se encontraba. El historiador Pérez Beato, da como otro medio de abastecimiento de agua de la villa, antes de terminarse la obra de la Zanja, el de una noria o anoria, que dice era un pozo emplazado "en una estancia que tomó el mismo nombre y cuya localización corresponde al actual Parque de la Fraternidad, antes Campos de Marte, en su mitad Este".

Pero ya en 1550 se preocuparon el gobernador Gonzalo Pérez de Angulo y los señores Capitulares - según cabildo de 31 de agosto - "de cuan conveniente é provechosa cosa sería á esta villa é á los vecinos é moradores della é á los pasajeros é maestres de navíos que vienen á este puerto que se trugese á esta villa el agua de La Chorrera", el actual Almendares.

Para la construcción de ese acueducto, el primero de los contruidos por españoles en la América, según afirmación del ingeniero Luis Morales y Pedroso, en su reciente estudio El abasto



de agua en la Ciudad de San Cristóbal de La Habana, se acordó un impuesto llamado gisa de la Zanja, en 1548, sobre los navíos que arribasen a La Habana, pero no fué hasta 1556 que se comenzaron las obras por el Maestro Mayor de la fortaleza, Francisco de Calona, siendo terminadas por el ingeniero Juan Bautista Antonelli, el año 1592, con un costo de 35,000 pesos y una longitud de dos leguas, desaguando en el boqueron abierto en un muro en el antiguo estero existente en lo que es hoy Plaza de la Catedral. Todavía se conserva en ese lugar una lápida conmemorativa que dice así: "Esta agua traxo el Maesse de Campo Ivan de Texeda, anno de 1592".

Durante 243 años (1592-1835) fué la Zanja Real el único acueducto que abasteció a la ciudad de La Habana.

Pero, como afirma el insigne ingeniero Francisco de Albear y Lara en su Memoria sobre el proyecto de conducción a la Habana de las aguas de los manantiales de Vento, si el agua de la Zanja Real era "excelente para riegos, y muy útil para los trabajos del Arsenal", aquella resultaba "un pésimo medio de conducción de aguas potables; las suyas son generalmente impuras, sucias, repugnantes y malsanas; de aquí la multitud de pozos y algibes que se construyeron en ese espacio de tiempo, tanto en las casas particulares como en los edificios públicos y del Estado: recurso del rico, siempre insuficiente y escasísimo y hasta nulo en las grandes secas".

Todos estos inconvenientes, y el crecimiento de la población, impulsaron al capitán general Dionisio Vives y al superintendente de Hacienda, Conde de Villanueva, a recomendar a S. M. la

construcción de un nuevo acueducto. Aprobadas las bases del mismo comenzaron las obras en 1831, terminándose en 1835, con un costo de 977,100 pesos. Este acueducto al que se dió el nombre de Fernando VII, consistía, según Morales y Pedroso "en una tubería que desde El Husillo conducía las aguas a la ciudad atravesando el barrio de El Cerro y entrando en la ciudad por la Puerta de Tierra (Monserate y Muralla), con una longitud total de 7,500 metros". Este nuevo acueducto no dió el caudal de agua que de él se esperaba por lo que fué necesario continuar utilizando las de la Zanja Real y de los algibes y pozos. Morales y Pedroso da a conocer que en La Habana en la época de la construcción del acueducto de Fernando VII, existían unos 895 algibes y 2,976 pozos. También existieron varias fuentes y surtidores públicos.

Pero aun así la población habanera continuaba sufriendo los resultados de la insuficiencia y defectos del abastecimiento de agua.

El año 1856, el entonces coronel de ingenieros Francisco de Albear y Lara, habanero de nacimiento, se propuso dar solución adecuada a tan trascendente problema, mediante la construcción de un nuevo acueducto que tomase las aguas de los manantiales existentes en Vento, margen izquierda del río Almendares. Don Carlos de Pedroso donó los terrenos necesarios para el emplazamiento de las obras y el proyecto de Albear fué aprobado por R. O. de 5 de octubre de 1858, las obras comenzaron el 28 de noviembre del mismo año, terminándose en 1893.

Corporaciones científicas y sabios ilustres, cubanos y ex-

tranjeros, han reconocido unánimemente el genio de nuestro insigne compatriota al concebir y ejecutar esa grandiosa obra que es el canal o acueducto que lleva su nombre esclarecido. Su proyecto alcanzó, entre otros premios, medalla de oro en la exposición de París, otorgada a él personalmente "como premio a su trabajo, digno de estudio hasta en sus menores detalles, y que puede ser considerado como una obra maestra", según expresaba el fallo del Jurado Internacional que le otorgó ese galardón.

En los primeros tiempos republicanos fué acordado por el Gobierno, por motivos sanitarios, la clausura total de los pozos y algibes de la ciudad.

No obstante las bondades del acueducto de Albear, éste ha resultado insuficiente para las necesidades de la población de La Habana y sus barrios adyacentes, por lo que, desde hace años se viene estudiando la realización de obras que permitan ampliar hasta sus límites necesarios, en el presente y en un futuro inmediato, la captación y conducción de las aguas para el abasto de la ciudad, así como la sustitución y reparación de la tubería maestra construída por el genial habanero, a quien en justicia llama Morales y Pedroso "el mas grande benefactor de nuestra ciudad".

Según expone la historiadora Wright "en las dos primeras décadas de su vida", después de su tercer y definitivo traslado al puerto de Carenas, no era la villa de La Habana más que un pobre caserío de bohíos, que dicha historiadora coloca "a lo largo de la orilla de la bahía", desde el sitio donde estuvo, al comienzo de la calle de Tacón, hoy Avenida Roosevelt, el edificio de la

Secretaría de Estado, destruido por el gobierno de Machado, hasta donde se encuentra la Lonja. El centro de la villa era la plaza, "donde se levantaban las modestas moradas de sus principales vecinos, hombres inteligentes y trabajadores y no menos testarudos y soberbios".

Dos acuerdos tomados por el Cabildo el 25 de febrero y 3 de marzo de 1559, nos permiten localizar el emplazamiento de esta primitiva plaza, en el lugar que hoy ocupa el castillo de La Fuerza. En efecto, en la primera de dichas fechas se proveyó por el Ayuntamiento "que el señor Gobernador é regidores vean el sitio donde se ha de dejar plaza en el lugar conveniente atento á que no se pueden servir de la plaza que el pueblo había a causa de la fortaleza". Y en 3 de marzo se señaló nueva plaza de la villa, "pues que la fortaleza que se hace ocupa la que antes había, é para ello digeron que sea la plaza de cuatro solares tanto en ancho como en largo en que estan los bujíos de Alonso Yndio la calle en medio é quedó que hoy la estacacen para que ninguna se meta en ella a hacer casa e que lo señale el Señor teniente Juan de Rojas é Antonio de la Torre é todos los demas Justicia é regidores hoy dicho día".

Esta nueva plaza fué abandonada también, según acuerdo del Cabildo de 13 de septiembre de 1577, a instancias del gobernador Francisco Carreño, eligiéndose el lugar ocupado desde entonces hasta hoy por la que se ha llamado Plaza de Armas o Plaza de la Iglesia.

Como dice José María de la Torre en su obra Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna, esta plaza "fué el

centro de donde irradió la población, extendiéndose primero desde allí por las calles de los Oficios y de los Mercaderes, como más próximas al punto de desembarque de los bajeles; por la calle Real (llamada después de La Muralla), que daba salida al campo en un principio (no por la Calzada del Monte, sino por el Camino de San Antonio o sea calle de la Reina); en seguida por la parte Norte de la calle de la Habana y después por las de Aguiar y Cuba, porque conducían al torreón de la Caleta, donde de día y noche había vigilante para avisar la llegada de piratas, y además servía entonces de paseo su calzada, orillada de uveros y otros arbustos".

La necesidad de instalar la Casa del Gobernador y la de los Capitulares en edificio adecuado y la concesión que por Real Cédula de 1772 hizo el Soberano de la iglesia del colegio de la Compañía de Jesús para Parroquial Mayor, provocó el arreglo y mejoramiento de la que hasta entonces sólo tenía de plaza el nombre. A este empeño se consagró el gobernador y capitán general Felipe Fondesviela, marqués de la Torre, según proyecto aprobado por el Rey en 1774. Posteriormente, los gobernadores marqués de Someruelos, Juan Ruiz de Apodaca y Francisco Dionisio Vives, realizaron diversas obras de embellecimiento de la plaza. Cronistas, historiadores y viajeros reconocen unánimemente la importancia extraordinaria que como lugar de esparcimiento tuvo en los tiempos coloniales la Plaza de Armas, y, desde luego, su parque. Durante muchos años se celebraban retretas nocturnas, a las que asistía, desde el balcón de Palacio, el Capitán General, y por sus calles circundantes discurría, en sus carruajes, la aristocracia feme-

nina habanera, y los caballeros paseaban por el parque o permanecían sentados en los bancos o las sillas de alquiler que allí existían.

En los últimos años de la dominación española, la Plaza de Armas y su parque fueron víctimas de lamentable abandono. Ni allí se celebraban las retretas de antaño, ni los habaneros los frecuentaban como lugares preferidos de esparcimiento. La ocupación militar norteamericana y la República quitaron por completo a aquel parque toda su característica de bello rincón colonial, hasta que en 1935, durante la administración del Alcalde doctor Guillermo Belt y Ramírez, se realizaron en el parque de dicha plaza atinadas obras de restauración y embellecimiento.

Otro de los mas bellos rincones de La Habana colonial es la Plaza de la Catedral, pequeño cuadrilongo enmarcado por la Catedral y por típicos edificios, antiguas residencias familiares, de estilo colonial: la casa de los Condes de Casa Bayona, situada frente a la Catedral; la casa del Marqués de Aguas Claras, al lado derecho de la Plaza, y junto a ella una casa, moderna relativamente, sin portales, donde se encontraban los primeros baños públicos que existieron en Cuba, casa ésta que hace esquina al callejón del Chorro, donde terminaba el primer acueducto que tuvo La Habana. Al lado izquierdo se levantan las casas del conde Lombillo y del marqués de Arcos. Algunas de éstas mansiones, así como el atrio de la Catedral y la pavimentación de la Plaza, fueron restauradas en 1935 por la Secretaría de Obras Públicas.

Además de la Plaza de Armas y la Plaza de la Catedral, cuenta La Habana con otras cinco plazas, cuya construcción data de los

tiempos coloniales: las de Belén, el Cristo, San Francisco, Plaza Vieja, San Juan de Dios, San Agustín y Monserrate.

De los antiguos paseos y parques, favoritos de nuestros abuelos, en épocas diversas de la colonia, deben ser recordados: la Alameda de Paula, la Cortina de Valdés, el Nuevo Prado o Alameda de Isabel II, el Paseo Militar o de Tacón, el Campo de Marte y el Paseo de Roncalí.

Algunos de estos viejos paseos y parques han desaparecido ya, por necesidades del tránsito y tráfico urbanos, tales como la Cortina de Valdés, el Paseo de Roncalí y la Alameda de Paula; otros - el Paseo del Prado, llamado hoy Paseo de Martí, el Campo de Marte y el Paseo de Carlos III - han sido hermoseados.



PLAZAS Y PASEOS DE LA HABANA COLONIAL

"Hablemos de la Habana antigua. Pero, antes de avanzar, hay que decir qué debemos entender por la Habana antigua. ¿La que Pánfilo de Narváez y Bartolomé de las Casas erigieron en la región meridional del cacicazgo que aquí hubo? ¿La que de allí fué trasplantada a las márgenes del río Almendares? ¿La que, en definitiva, quedó establecida en la orilla occidental del puerto de Carenas? ¿O, en un sentido más práctico, la de los siglos anteriores al actual, la Habana en que se plasmaron los pronunciamientos físicos del arte y los hábitos netamente coloniales?"

(Emeterio S. Santovenia: "El destino histórico de la Habana antigua". *Revista de la Universidad de La Habana*, año 11, números 8-9, marzo a junio, 1935, pág. 57.)

HEMOS venido aquí a evocar, no la primitiva villa de San Cristóbal de la Habana, sino la que pomposamente ostentaba el título de ciudad, desde 1592. La Habana del Marqués de la Torre, de Someruelos, del despótico Tacón; en una palabra, La Habana de los siglos XVIII y XIX con el encanto de su perfume colonial. La Habana de volantas y quitrines, de entorchados y casacas, de vida lánguida y muelle.

Esta villa de San Cristóbal de la Habana comenzó sus primeros pasos en el siglo XVI, en que se fundó. Al crearse una villa lo primero que se escogía era un terreno para situar su plaza principal, si estaba en el litoral, junto a la playa, allí, según se lee en las Leyes de Indias, se trazaba una plaza de corte medieval, las más de las veces, irregular, en la que convergían callejuelas estrechas, recomendables para climas cálidos, y el espacio central, ancho, para que pudieran realizarse fiestas de a caballo y a pie.

Así han sido trazadas todas nuestras plazas coloniales, de modo que encierran un aire de emboscada o de sorpresa, al irrumpirse en ellas bruscamente, lo cual no les resta encanto.

En torno a la plaza principal se escogían solares para la casa del gobierno municipal, el templo católico y las granjerías reales. El Rey, la Iglesia y el Municipio, los tres soportes de la conquista.

A su alrededor se agrupaba el vecindario de tabla y guano, paja y yagua.

Durante este "siglo del bohío" como le ha llamado Joaquín Weiss, se trazaron y delinearon nuestras principales plazas, cuyos comienzos fueron humildísimos.

Esta primitiva plaza fué llamada de la *Iglesia*, porque allí estuvo la primera parroquial, y junto a una ceiba, que la de hoy no es la auténtica, se dijo la primera misa y se realizó el primer Cabildo; más tarde se denominó *Plaza de Armas*

porque allí realizaba ejercicios la tropa, cuyo cuartel general estaba en el Castillo de la Real Fuerza, levantado en uno de sus extremos. Esta plaza fué el centro y de ella irradió toda la población, "a lo largo de la orilla de la bahía", según cuenta la historiadora Irene Wright.

El Castillo de la Fuerza, situado en uno de los extremos de la plaza, fué el heredero del primitivo fortín construido en 1538 por el capitán Mateo Aceituno, por orden del Gobernador Hernando de Soto, con motivo de un ataque e incendio de la villa por piratas franceses. En épocas posteriores se reconstruyó y amplió con su foso y torre, cuya campana daba las horas y la queda, así como repetía las señales del Morro. Corona a esta torre una estatua en bronce llamada de La Habana, por lo que se generó el dicho de que "hay quienes han venido a la Habana y no han visto la Habana". La Fuerza fué residencia de los capitanes generales antes de construirse el Palacio de Gobierno en la misma plaza, habiendo siempre allí una guarnición de tropas.

No se sabe ciertamente en qué sitio de la plaza se dijeron la primera misa y cabildo, pues ceibas debió haber muchas en medio de aquella naturaleza todavía virgen. En 1754 el Capitán General Don Francisco Cajigal de la Vega, erigió un obelisco en conmemoración al hecho, junto a una ceiba que recordara la otra; consistente en una columna barroca coronada por la estatua de Ntra. Sra. del Pilar. Un siglo después, en 1828, el Gobernador Francisco Dionisio Vives construyó un Templete conmemorativo de capiteles dóricos sobre base ática, que desentona grandemente en medio de la plaza barroca. En el interior están los tres históricos cuadros pintados por Vermay, en que se relata la escena.

Junto al Templete abría sus acogedoras arcadas la palacial residencia del Conde de Santovenia, de la que las crónicas nos relatan sus fiestas

y saraos, sus luces, junto con las del Palacio de Gobierno eran posiblemente las únicas que iluminaban la plaza en las noches de retreta.

El nombre de Plaza de la Iglesia que se le dió en un principio se debió a estar allí desde los primeros días de la fundación la Parroquial Mayor, primero en terrenos donde está hoy el Tribunal Supremo y por último en el actual Ayuntamiento o antiguo Palacio de Gobierno. En un principio fué de tabla y guano, y después de mampostería, pero sumamente pobre; la voladura del navío "Invencible" en 1741 la destruyó. Dos años después el Marqués de la Torre, nuestro primer urbanista, construyó allí la Casa de Gobierno, siguiendo los planos de la de Intendencia, que se elevaba a su lado desde 1770. El que es hoy nuestro Tribunal Supremo debió ofrecer un conjunto ponderado y sereno con su arcada toscana y su balcón corrido de hierro. Sus jambas y ménsulas, que comienzan a moverse, preludian ya lo que será feliz resultado en la fachada de la Catedral. El arco mixtilíneo que da acceso al zaguán es uno de los más hermosos que poseemos.

El Palacio de Gobierno, hoy Ayuntamiento, erigido sobre los cimientos de la antigua Parroquial, de 1776 a 1792, acaba de darle un conjunto elegante y señorial a esta plaza, que, como vemos, fué creciendo poco a poco. Obra, como la anterior de Fernández Trevejos, ella señala ya un paso de avance en cuanto a movimiento barroco, destacándose su soportal de gran puntal y su cornisa superior que enmarca un reloj. La portada en mármol de Carrara fué hecha en 1835 y se aparta del estilo general.

En este mismo año fué colocada en el centro de la plaza la estatua en mármol de Fernando VII, debida al escultor Solá, entre canteros de flores, arbustos y palmas.

Dice Pezuela en su *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*, que la Plaza de Armas "siempre fué el lugar más animado y limpio de la población". Cronistas de la época como Ildefonso Vivanco, Samuel Hazard, la Condesa de Merlín, y otros, nos cuentan de la animación y bullicio que reinaba en esta plaza desde las primeras horas de la mañana en que la invadían cargadores y pasajeros que embarcaban por el muelle de Caballería, así como gente de negocios. Pero la hora predilecta de la sociedad habanera era la de la retreta, a las ocho de la noche, en que quitrines y volantas invadían la plaza, dando vueltas sin cesar, para lucir sus gracias las habaneras, que rara vez se dignaban descender a conversar con los caballeros que paseaban de frac y sombrero de copa. La retreta deja oír selectos trozos de ópera hasta las nueve en que concluía, dedicando su última pieza junto al balcón del Capitán General, inmediatamente se apagaban las luces y desbandaban los carruajes. A las once, dice Alvaro de

la Iglesia en sus *Tradiciones Cubanas*, no queda ya nadie en la plaza, sólo "una nube de perfumes en que se mezclan el Patchoulí, el agua de la Vanda, el azahar y la Colonia, como una estela que han dejado tras de sí la elegancia y la belleza". Las bellas se dirigen a refrescar a "La Dominica", a "Escauriza" o "Louvre", éste preferido por sus helados y granizados, que se decía eran "tan buenos como en los Estados Unidos", siendo "el mejor lugar de La Habana para observar la alta vida social durante la noche". Y concluye Hazard que era "una agradable manera de pasar la noche".



Si encaminamos nuestros pasos por la calle de Oficios, tropezamos en seguida con la segunda de nuestras plazas coloniales, según Arrate, y la más irregular de todas, la de San Francisco. Según Pérez Beato esta plaza se formó en 1628, por lo que debió haber sido la tercera.

Ya desde 1574 se había iniciado allí la fábrica del convento de San Francisco en el extremo sur de la plazoleta, que según Valdés era "a pesar de tener su frente hacia ella, el mejor de la Isla, no sólo por su mayor capacidad, sino por la solidez y gusto de su construcción". La obra concluyóse en 1738, mediante el Obispo Fray Juan Laso de la Vega, que estuvo enterrado allí.

Pintoresca fachada lateral, la del convento de San Francisco, cuerpo largo y estrecho, cuyos últimos sillares descansan en la misma bahía; su perfil acusa distintamente bovedillas, arbotantes y contrafuertes, así como la alta y elegante torre que se alza sobre la fachada principal, la más airosa de la ciudad durante mucho tiempo; estuvo coronada por una estatua de San Francisco o de Santa Elena—los historiadores discrepan—que se derribó cuando el huracán de 1846. Al centro de esta fachada lateral se abre una puerta de perfil más clásico que el frente, perteneciente a la Capilla de la Tercera Orden, advocada al Cristo milagroso de la Vera-Cruz, del que la leyenda cuenta sudó sangre en el año de 1700, durante una ceremonia. Por esta puerta se repartía sopa a los pobres diariamente a las doce del día, así como salía la procesión del Vía-Crucis el Viernes Santo. Espectáculo tétrico debía ofrecer esta plaza cuando a las doce de la noche partían los monjes y fieles, a la luz de candilejas, encaminándose a lo largo de la calle de San Salvador de Horta, conocida después por la de la Amargura o camino del Calvario, el que se armaba en la plazuela del Cristo.

Junto a la calle de la Amargura se alzaron también las señoriales mansiones de los Marqueses de San Felipe y Santiago y de Campo-Florido. Y en el solar en que hoy está el ana-

crónico y moderno edificio de la Lonja, estuvo la primitiva Lonja, conocida por casa de Armona o de Aróstegui, que eran dos casas contiguas. La última fué residencia de uno de los primeros y más ricos ciudadanos de La Habana, Don Martín de Aróstegui, dueño también de la loma de Aróstegui, donde se construyó después el Castillo del Príncipe. Esta casa de Aróstegui está íntimamente unida a nuestra historia colonial: en ella vivieron los capitanes generales, antes de la edificación del Palacio de Gobierno; además allí se abrió el Café del León de Oro, que tan famoso iba a ser a lo largo del siglo XIX, con su ruleta, en que se jugaban peluconas junto con el porvenir de una familia.

Al transitar por la plaza de San Francisco siempre vienen a nuestra mente las páginas de Manuel Costales en el *Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba* al retratar el bullicio y animación que había allí durante el día por la cercanía de los muelles, Aduana, almacenes, etc., así como de un mercado que parece hubo en época del Conde de Santa Clara. En las noches volvía a dormir la plaza y su quietud era turbada por algún que otro aguador que llenaba sus cántaros en la fuente de Los Leones que después estuvo en el Paseo de Isabel II y hoy en la Plaza de la Fraternidad, por el centinela impasible o por algún caballero que llegaba retrasado a la retreta de la plaza de Armas.

Pero la animación era perenne en los días de feria, al entrar en su titular el tres de octubre los chiquillos irrumpían en la plaza y convento lanzando cohetes y voladores, mientras se izaba la bandera del patrón al vuelo de las campanas. Los festejos comenzaban por misa y salve en la mañana y procesión al atardecer. La plaza se adornaba con pencas de guano, palmas y cañas bravas, entre las que se abrían garitos y mesas de tijera donde las negras exponían baratijas y doraban tortillas de San Rafael, vendía alcorza, maní, agua de loja y ollas de ponche de leche. Los dueños de puestos atronaban con sus gritos proponiendo la lotería de barajas, el gallo indio o negro, la perinola y los dados al cebo de cinco medios por cada uno, mientras que los jugadores de *monte* y *manigua* echaban la baraja en cualquier parte. En la noche la plaza parecía una inmensa cocuyera, de tal modo brillaban los fanales, guarda-brisas y farolitos de papel, con la llama brillante de los asadores de tortas, entre los que resaltaban los trajes chillones y risas escandalosas de negros y mulatos, que terminarían la jornada en los bailes de *cuma*.

Pero si nos trasladamos a un día de abril del año 1838, un espectáculo muy diferente nos ofrecerá la plaza, ya no es la turba soez y baja de los días de feria, sino la alta sociedad habanera que engalana sus balcones y concurre a la iglesia de moda en quitrines y volantas: va a velarse el sello

Real; avancemos con ellos hacia la fachada de la iglesia y convento que tan poca perspectiva ofrece, detengámonos a contemplarla: fachada barroca española de principios del siglo XVIII, con órdenes superpuestos, altos podios, mensulones, volutas y cuadrifolios, sobre la que se eleva la torre monumental muy bien asentada. Penetremos, no hoy, en las oficinas de Correos, sino en aquel día de abril de 1838, y con el celo devoto de los fieles dirijamos nuestros pasos hacia la iglesia de tres naves con bóvedas de piedra, y evaquemos aquella gran cúpula que se alzaba sobre el crucero con cornisas decoradas en verde y oro. Salgamos a sus tres amplios claustros y hagamos nuestra última peregrinación frente al aula desde donde aquel Maestro de Maestros, Don José de la Luz y Caballero, dictó sus clases de filosofía.



Con el espíritu ya un poco más ligero acerquémonos a la tercera, para algunos historiadores, segunda, de nuestras plazas coloniales: la llamada Plaza Nueva, Vieja, de Fernando VII, de la Constitución y por último Mercado de Cristina. Según Arrate y la Torre ya en 1559 se había formado, y parece tuvo una fuente adonde iban los aguadores a proveerse. Durante los siglos XVIII y XIX llegó a ser la más aristocrática de nuestras plazas, siendo sus vecinos más ilustres los Condes de Jaruco y de Jibacoa, Don José María de Arrate, Don Melquíades Aparicio, etcétera, y desde 1834, la casa esquina de San Ignacio y Teniente Rey fué sede de la Sociedad Filarmónica, a cuyos bailes acudía la sociedad habanera de entonces; muy cerca estuvo también la primera Casa Cuna fundada por el Obispo Valdés. Por sus portales y calles que la rodean, Mercaderes, San Ignacio, Muralla y Teniente Rey, había gran comercio de mercadería y quincallería, lo que las mantenía siempre visitada por damas elegantes.

Pero no sólo la burguesía habanera ha escrito sus páginas en esta plaza; escenas llenas de color y de fuerza nos pintan el despotismo colonial sobre la esclavitud negra: allí estuvo la picota donde se azotaba al rebelde, y sus losas fueron manchadas de sangre en medio de corridas de toros.

Y en 1836 convertida en Mercado de Cristina era invadida por la turba esclava, desde el clarear del día. Cuenta un cronista moderno que gusta de revivir nuestras viejas estampas con su pluma de poeta, que debió haber sido un espectáculo pintoresco ver descender de las estancias hacia la ciudad las pías de guanajos con su típico graznar o los centenares de cerdos entre gruñidos que anunciaban la próxima Nochebuena, entre los que resaltaría el típico malojero, el

arriero encargado de cerones o el chino viandero, entre el equilibrio inverosímil de sus dos cestas a modo de balanza.

No por ello pierde la Plaza Vieja su espíritu aristocrático, sus varios palacios tienen amplios portales bajo majestuosas arcadas y percibimos sobre la ancha puerta claveteada el escudo nobiliario de la familia, tallado en piedra; logias cerradas en balcones que ayer fueron de madera torneada y hoy son de hierro calado; frescas persianas en varillaje de abanico; lucetas de alegres colores entre una tracería geométrica, que a veces semeja cestos de flores o frutas. No rompamos su encanto penetrando en ellas hoy, observemos sólo una de sus fachadas, por ejemplo, la casa que perteneció a don Gabriel Beltrán de Santa Cruz, Conde de Jaruco, donde se dice nació la Condesa de Merlín, la que todavía ostenta el escudo condal. Parece data de la segunda mitad del siglo XVII, siendo edificada en el XVIII, agregándosele el piso alto y los portales, así como su balcón que aparece en grabados del siglo XVII como de madera.



La Habana, ciudad costera, necesitó desde los primeros días de su fundación, un patrón para sus marinos, y éste fué el Santo Cristo del Buen Viaje, cuya ermita y después Parroquia se construyó en 1640 en el primitivo lugar llamado del Humilladero; fué ordenada su edificación por el Gobernador Don Alvaro de Luna y Sarmiento viendo la devoción con que los fieles seguían la procesión del Vía-Crucis los Viernes de Cuaresma a lo largo de la calle de la Amargura y finalizando en el Humilladero, donde se armaba un tablado con la escena de la Crucifixión. Esta procesión, de que ya hablamos, partía de la Puerta de la Orden Tercera de San Francisco, deteniéndose en estas estaciones, de las que la primera era esquina a Mercaderes, pudiendo verse hoy todavía su cruz, pintada de verde, por lo que se llama de la Cruz Verde aquel sitio. En Amargura y Aguiar estaba la capilla de la Tercera Orden de San Agustín, donde se celebraba una estación con gran brillantez. En el patio de la antigua iglesia de San Agustín, hoy de San Francisco, está todavía la cruz que señalaba la estación del Vía-Crucis. Miguel de Castro Palomino y Borroto tenía en la esquina de Villegas una urna con Jesús Crucificado, donde se detenía la procesión a cantar algo relativo a la duodécima estación, "Jesús muere en la cruz". La esquina de Amargura y Aguacate se conocía con el nombre de "Las piadosas mujeres", porque allí vivían las beatas Josefa y Petrona Urrutia, quienes al pasar el cortejo, ejemplificaban la escena del encuentro de Jesús con las mujeres de Jerusalem. A esta procesión concurría toda la población, encabe-

zada por el Capitán General, siendo suprimida por el Obispo en 1807 por haber degenerado ya en acto grotesco, indigno del progreso de La Habana.

Ya en pleno siglo XIX el primitivo Humilladero o plaza del Cristo fué sitio muy concurrido por haber mercado en ella, trasladado de la Plaza Nueva que entonces se llamó Vieja, además de ser punto de estacionamiento de caleseros para "buscar viajes". Decía Bachiller Morales en 1841, "allí se disputan los *marchantes* con la petulancia más enfadosa ganando la partida el muy pronto en gobernar el caballo y en colocarse ante el que va en su busca".

En cuanto a la iglesia del Santo Cristo, ella atrae nuestra atención por su buena proporción, por el equilibrio de sus torres, a nuestro juicio el más ajustado dentro de la construcción eclesiástica colonial. Sucesivas ampliaciones y reparaciones hacen que el templo se concluyera posiblemente ya dentro del siglo XVIII, que fué el barroco para nosotros. Dos arcos de desigual amplitud proyectan una amplia zona de sombras en la fachada que nos dan la nota de profundidad inherente al barroco.



"El más bello rincón colonial de la ciudad de San Cristóbal de la Habana" es para Roig de Leuchsenring, según lo ha repetido varias veces, la Plaza de la Catedral, llamada en su origen Plazuela de la Ciénaga, por la naturaleza de su suelo, cenagoso, e inundado por la proximidad del mar y más que nada por las aguas de lluvia; en ella desembocaba hasta un brazo de la Zanja Real, por lo que una de sus callejuelas se llamó Callejón del Chorro. Es, como las anteriores, una plaza medieval, cerrada, a la que no llevan, fundamentalmente más que dos calles: San Ignacio y Empedrado. La piedra caliza, conchifera de sus edificios, se sacó del litoral mismo.

Parece que la plaza se empezó a formar durante el siglo XVII, en que comenzaron a alzarse las paredes de la Casa del Conde de Bayona, la más venerable de sus casonas, compañera de la iglesia que le hace frente, viejo retablo barroco esta iglesia, hermoso a todas horas del día, a la claridad meridiana del mediodía, así como a la caída de la tarde, en que aparece cansada, envejecida, como ensimismada. Triste y misterioso, dice Regino Pedroso, es el ambiente que se desprende de aquel lugar, no hay que olvidar que la Catedral actual surgió del primitivo Oratorio jesuíta que estaba allí, por lo que el espíritu de Ignacio de Loyola parece que la poseyó durante mucho tiempo. Es tético el recuerdo de que en la casa de Bayona funcionó un tiempo

el tribunal de la Inquisición. La antigua casa del Marqués de Aguas Claras, la primera de la derecha, tiene un carácter duro y agresivo, en su avance audaz hacia la plaza; ella lleva imbíbido el espíritu del antepasado de su dueño, aquel Ponce de León, Conquistador de la Florida; el Marqués de entonces pleiteaba con todo el mundo, posiblemente hasta con los padres de la Iglesia. Un carácter más ligero y gracioso ofrecen las residencias de enfrente, del Conde de Lombillo y del Marqués de Arcos, propio del espíritu de sus dueños, más mundano y festivo.

Pocas cosas hay tan hermosas en nuestro colonial como la fachada catedralicia con su carácter barroco, herreriano-churrigueresco, traducido en planos en entrantes y salientes, sus óculos y el vuelo movido de sus entablamentos y cornisas. En el interior, el recuerdo del Obispo Estrada, decorándola al gusto neo-clásico, sustituyendo los antiguos altares barrocos por otros al gusto de la época, y las vigas de madera por cielo raso, aditamentos a los que se unen las pinturas de Vermay y Perovani.

Una de las más atractivas casas de la Plaza de la Catedral es la ya citada del Marqués de Arcos (familia Peñalver y Cárdenas), en donde estuvo después el Liceo Artístico. Fué reconstruída en 1746, y uno de los detalles más bellos de su fachada es la loggia, descubierta hace poco, con su balcón corrido de hierro, estilo Luis XV, su galería de persianas, y sus medios puntos de colores.

Por su vejez, digamos algo de la residencia del Conde de Bayona, perteneciente a la familia Chacón, que, además del Tribunal de la Inquisición se alojó allí el periódico *La Discusión*, y hoy el bar del ron "Havana Club" de Arechabala. La fachada, muy sencilla, poco nos dice. Es de piedra conchífera traída del litoral a la que hace sombra el alero criollo.

Un aspecto hermoso debía ofrecer esta plaza en aquellos días de bodas y bautizos, cuando invadida de quitrines se ofrecía en todo su esplendor la belleza criolla entre los entorchados de los uniformes y el tricornio del Capitán General; o el día de Reyes en que—como ha dicho alguien—"la turba esclava irrumpía con sus trajes colorinescos, sus tambores, sus gritos, sus danzas ancestrales, y una ancha fuerza negra apagaba por un momento con un gran clamor bárbaro, el suave rumor místico de las preces cristianas".

No hay que olvidar que la Plaza de la Catedral representa dos siglos de devenir histórico entre nosotros, que ella dió sus toques de rebato anunciando la proximidad de corsarios y piratas, y que vió desfilar bajo sus naves, toda una larga serie de obispos: Santiago de Com-

postela, el innovador Obispo de Espada y Landa, José de Trespalacios y Morell de Santa Cruz.



Así poco a poco fué surgiendo La Habana colonial: el humilde vecindario creció hasta convertirse en residencias burguesas que buscaban asentarse en las plazas públicas, por su mejor situación y lucimiento, pudiendo adosarles soportales.

Desde mediados del siglo XVII la población comienza a amedrentarse por sucesivas invasiones de piratas y corsarios, debido a la falta política de monopolio que sostienen sus gobernantes, reflejo de la decadencia de la metrópoli, después de Felipe II. Y así el Gobernador Geiden intenta abrir un foso para unir las aguas de la bahía con las del mar, aislando de este modo la población. El proyecto fracasa, y por el año de 1633 se comienza a cercar el recinto de la ciudad por medio de murallas, proyecto del Capitán General Montañó. En 1740 se terminó de amurallar La Habana. Mucho dinero y muchas fuerzas inútiles costó esta muralla que constaba de bastiones, fosos y puentes levadizos, con lo que la ciudad pudo ostentar su título de "principalísimo antemural" de las Indias Occidentales. El recinto amurallado corría desde el Castillo de la Punta al Hospital de San Francisco de Paula, y lo abrían las puertas de la Punta, de Tierra, Nueva del Arsenal, de la Tenaza y de la Luz, y ya posteriormente en época de Tacón, las de Colón y Monserrate.

Cerco estrecho y opresor el de estas murallas, semejante al que comenzaba a aherrar las mentes. Cerco inútil, puesto que la invasión inglesa tomó con facilidad la población sin agrietar una de estas murallas, cumpliéndose el veredicto que lanzara Antonelli.

Pronto resultaron inútiles las murallas, la población crecía en sus barrios extremos: San Lázaro, Monserrate, el Horcón y Jesús María, y así se fué formando una nueva ciudad extramuros; he aquí los nombres de Intramuros y Extramuros o Habana Vieja y Nueva, y llegó un momento en que la población extramural había crecido tanto que resultaron inútiles las murallas, por lo que en 1863 se procedió a derribarlas. Hoy tan sólo quedan sus recuerdos, materiales: una garita frente a la Avenida del Puerto, un bastión junto al Palacio Presidencial, y un lienzo de muro con su antiquísimo jagüey en el Instituto de La Habana y dos almacenes junto a los muelles. Recuerdos impalpables, pero no por ello menos ciertos, los que nos hablan de sus tradiciones y leyendas de que las crónicas están plagadas: los pesados rastrillos levantándose a las cuatro de la mañana para abrir sus puertas a los habitantes

de extramuros, y dejándose caer a las ocho o diez de la noche, entre toques de cornetas y cañonazos, costumbre y origen de nuestro cañonazo de las nueve. Y aquella leyenda divertida, de cómo los ciudadanos guasones solían llevar la víspera de Reyes a los peninsulares recién llegados a lo alto de la muralla con un farol y una campanilla, para que pudieran guiar a los Reyes Magos hacia la puerta de entrada de la ciudad, augurándoles si lo cumplían toda clase de prosperidades.



“Como una estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial se encuentra al extremo de la vieja alameda la fachada ruinosa de la que en un tiempo fuera Iglesia y Hospital de Paula.”⁽¹⁾

Dos edificios que son la obra de nuestro primer urbanista, el Marqués de la Torre, quien al llegar a La Habana en 1772 decidió dotarla de un paseo, un teatro y un Palacio de Gobierno. Bien miserable era el aspecto de la población: un pobre caserío de embarrado y guano, algunas fortalezas e iglesias, plazas cenagosas y llenas de malezas. No había un paseo, no había un teatro; las únicas diversiones eran las procesiones y las paradas militares, así como recorrer en las noches las calles de la Muralla y de Mercaderes, llenas de pequeños bazares, que alumbradas por quinqués ofrecían el aspecto de una feria. Hasta fines del siglo XVIII el alumbrado público se componía de la luna y algún que otro farolillo de la ronda, verdadero cocuyo en las tinieblas, como dijo un escritor. Era tan peligroso deambular a altas horas de la noche, que se salía escoltado por media docena de lacayos portando antorchas.

Considerando el Marqués de la Torre que el paseo era de primera necesidad se preocupó en formar primero la Alameda de Paula, junto al mar, y después el Paseo de Isabel II o Nuevo Prado. Trazó la Alameda de Paula junto a la bahía, en un lugar espléndido por sus brisas y panorama. Oigamos lo que él mismo nos cuenta: “No hay paraje más agradable en La Habana por su situación y sus vistas, expuesto a los aires frescos descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad.”

En un principio parece tuvo álamos y bancos, después fué mejorada por Someruelos, y por último O'Donnell hizo de ella el Salón de su nom-

bre, que es el aspecto en que se observa en las litografías, con escalinatas, bancos, barandajes de hierro calado y faroles de gas. Sin embargo, a pesar de sus elegante conjunto, pasó muy pronto de moda y ya a mediados del siglo XIX se prefería la Alameda de Isabel II o el Nuevo Paseo Extramuro o de Tacón.

Junto a la Alameda se alzaron mansiones señoriales, como las de los Marqueses de la Real Proclamación y de Campo-Florido, y sobre todo tres edificios muy ligados a su pasado: el Teatro Principal, la Iglesia y el Hospital de Paula.

Tan necesario como un paseo resultaba un teatro, en una población que crecía día a día y que ya se había aficionado a representaciones teatrales, desde el día ya lejano del año de 1559 en que se dió la primera representación y el Gobernador tuvo que amenazar al público con el cepo para que guardara el orden, y sin embargo, dicen los cronistas que quedaron tan regustados hasta el punto de pedir que se repitiera.

A pesar de esto, la población no tenía aún un lugar apropiado, y el Marqués de la Torre fué el llamado a levantar el primero, que se llamó Coliseo y después Principal, a beneficio de la Casa de Mujeres Recogidas. Concluido en 1775 duró sólo hasta 1846 en que cuando acababa de reformarlo O'Donnell y se esperaba con gran entusiasmo una compañía de ópera italiana, fué destruido por el ciclón de 1846.

Hay pocos datos acerca de su arquitectura, Bachiller y Morales se refiere a él diciendo “que su severa y desgraciada construcción le da bastante semejanza con un buque con la quilla al cielo”. Continúa más adelante: “Verdad es que no podemos compararlo con la Scala de Milán, San Carlos de Nápoles, ni con otros de este orden; pero es bastante su amplitud para que pueda figurar entre los más extensos de segundo orden”; y sin embargo, se pretendía imitar en él al Príncipe de Madrid.

Allí se cantaban óperas en italiano y español, así como se daban bulliciosos bailes de disfraces. Las noches de ópera en este teatro debían ofrecer un hermoso aspecto, cuando, según nos cuenta Eugenio Sánchez de Fuentes en *Cuba monumental, estatuaria y epigráfica*, “apeábanse las bellas de sus quitrines y haciendo alarde de sus gracias recorrían el espacio que mediaba entre el Hospital y el Teatro, y gozaban de la anhelada frescura de la bahía durante los entreactos de la ópera española, en tanto que los “gourmets”, pocos entonces dirigíanse al afamado restaurant de la R, donde se saboreaba una deliciosa ropa vieja”.

Junto al Teatro se hallaban la Iglesia y el Hospital de Paula. De todo esto no queda más hoy que la vieja fachada de la Iglesia y las paredes ruinosas del Hospital. Vieja fachada carcomida por el tiempo, triste y solitario espec-

(1) Urbino, S. de, *La Habana de otros tiempos: La Iglesia y el Hospital de Paula. La Alameda y el Teatro Principal*.

(Conferencia leída en el Lyceum y Lawn Tennis Club, La Habana, enero 26, 1943.)

tador de un mundo que ya no es el suyo. ¡Si esas piedras hablaran! Paula ofrece una de las fachadas coloniales más hermosas con su ancho arquitrabe que a manera de tenia divide los cuerpos inferiores del superior, y su gran rajadura que hace el efecto de una cicatriz. Muy pintoresca su cúpula, cuyos cristales blancos y azules, debieron dejar pasar una luz necesaria para crear el ambiente de recogimiento.

El Hospital de Paula está ligado profundamente a nuestra vida colonial, a nuestra historia. Allí estaban las mujeres enfermas, las dementes, las abandonadas, las esclavas viejas, como aquella Dolores Santa Cruz de que nos habla Cirilo Villaverde, y la mujer de la calle, la amante de ninguno, de alma demasiada mundana, como dijera Bachiller.

No hay que olvidar tampoco que en sus paredes está trazada la historia de la medicina cubana. Don Nicolás José Gutiérrez, los González del Valle, Tomás Romay. Y ¿qué decir de sus benefactores? Laso de la Vega, Morell de Santa Cruz, Don Luis de las Casas, el Conde de Santa Clara y esposa.

◆

Pero muy pronto la Alameda de Paula iba a ser sustituida por el Nuevo Paseo Extramuros o de Isabel II, que iba a ostentar estos nombres, además de Conde de Casa Moré y Nuevo Prado o Paseo de Martí en la era republicana. Obra también del Marqués de la Torre, realizada en 1772, iba de la Puerta de la Punta a la de Tierra. Allí estuvo la estatua de Isabel II, además de las fuentes de Neptuno, de los Tres Leones (trasladada de la Plaza de San Francisco), de los Genios y la Fuente Nueva. Llegó a prolongarse hasta la Fuente de la India o Noble Habana en el Campo de Marte, hoy Plaza de la Fraternidad. Constaba de cinco calles bordeadas de álamos, la del medio para carruajes y las laterales para peatones. Remataba esta Alameda, como decíamos, en el Campo de Marte o Campo Militar, ancha explanada enverjada con cuatro puertas que ostentaban los nombres de Colón, Cortés, Pizarro y Tacón, este último por ser su promotor. Este sitio, convertido hoy en nuestra modernísima Plaza de la Fraternidad, era destinado no sólo a ejercicios militares, sino a paseo de peatones.

A la hora del paseo se estacionaban cinco bandas de música a lo largo de él, y era continuo el desfile de volantas y quitrines, en que las bellas habaneras vestidas de ligerísimo linón lucían sus hombros desnudos, para lo que, según escribía un viajero francés de la época, tenían todo lo que se llama un derecho. Más de un enamorado pasaba allí la tarde para tener sólo

el placer de ser saludado por la coquetería de un abanico.

En la parte más animada del paseo, frente a la Puerta de Monserrate, se construyó en 1838 el Teatro de Tacón, gracias a la actividad y celo de un catalán, Don Francisco Marty y Torrens, que había tenido mucho éxito con su pescadería. El edificio costó cerca de \$200,000 y se inauguró con cinco bailes de máscaras, a los que se cuenta asistieron cerca de 8,000 personas. La facha del edificio dejaba mucho que desear por lo modesta: una serie de arcadas con columnas dóricas empotradas. El interior se decía que era grandioso, imitaba al Real de Madrid y al Liceo de Barcelona, con adaptaciones propias al clima.

No sólo bailes de máscaras hicieron famoso al Teatro de Tacón, sino sus temporadas de ópera y teatro francés: por su escena pasaron la Ristori, Sarah Bernhardt, Coquelin, etc.

Igualmente famoso fué el Café de Escauriza, llamado después "El Louvre", situado al lado, adonde se iba a refrescar después del teatro, la retreta y el paseo. Allí se daban también bailes de carnaval todos los domingos, y fué escena de más de un hecho histórico, como aquella batalla de ponche de leche contra Pancho Marty por su prerrogativas en sus bailes para que duraran toda la noche.

◆

Un continuador a distancia de la obra del Marqués de la Torre fué el General Tacón, cuyo gobierno despótico iba a ser de fatal recuerdo para los cubanos, por lo que se ocupó, probablemente, para encubrirse en mejorar la cosa pública, levantando edificios como el teatro de que acabamos de hablar, el embellecimiento de paseos como el anterior, y la construcción de un nuevo que naturalmente llevaría su nombre, el Paseo Militar o de Tacón, conocido hoy entre nosotros por Paseo de Carlos III. Así se seguía fomentando el interés en costosos trenes con que deslumbrar en el paseo tardeño. Esta nueva Alameda, construida en 1838, debió recordar los bulevares parisenses, aún hoy en día, pobre y abandonada tiene un no sé qué, que recuerda su esplendor colonial. Desde 1928 había un camino carretero que ponía en comunicación a la ciudad con el Castillo del Príncipe y San Antonio Chiquito; por él discurrían las tropas de caballería y los campesinos, pero tan intransitable por lo anegadizo que "ni las gentes de a pie podían en la estación de las lluvias pasarlo sin grandes peligros".

Construido por Carrillo de Albornoz, constaba de tres amplias avenidas, con rotondas o glorietas, donde se alzaban la estatua de Carlos III

y las de Ceres, Esculapio, de la India o Noble Habana, de los Sátiros y los Aldeanos o de las Frutas.

El hecho de estar muy alejado del centro de la ciudad hizo que estuviera poco tiempo de moda, prefiriéndose el de Isabel II; se decía que había que salir muy temprano para llegar a él antes de la caída de la tarde, por lo que se fué abandonando, volviendo a ser otra vez Paseo Militar, al ser transitado únicamente por las tropas del Príncipe, y algún que otro estudiante o catedrático que lo cruzaría presuroso para dirigirse al colegio que se acababa de abrir cerca de la Zanja.

Este Paseo de Tacón tenía como término agradable los jardines de la Quinta de Recreo o de los Molinos, situada en los terrenos de la antigua estancia de Aróstegui; la casa de vivienda fué construída por Tacón y ampliada mediante un segundo piso por O'Donnell.

Oigamos el relato que nos hace José María de la Torre acerca del paseo tardeño en *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna*, pág. 176:

"Mil elegantes carruages de todas clases conduciendo las deidades habaneras, ocupan en forma de cordon el dilatado paseo de Tacón y después el Isabel II, donde las espera una fila de gallardos jóvenes solo para el desconuelo de verlas pasar fugitivas cuatro ó seis veces: mientras que por uno de los extremos del último paseo se vé atravesar un fúnebre carro conduciendo á la última morada al que ha dejado de existir. ¡Tal es el drama de la vida!"

"Tocan las oraciones y cada cual toma distinta dirección; esta por estar ya vestida de *punto en blanco* se dispone á pagar una visita de *cum-plo-y-miento*, ó á visitar á alguna que ha dado á luz un niño (mas claro á criticar el canastillero), ó bien á ejercitar su lengua de *paloma* en algún velorio ó visita de nóvia: aquella atraída por un melíflujo tema de la Lucía, se encamina hácia la retreta. Este movido por tímidos anuncios se dirige á alguna función teatral con que suelen distraernos los saltimbanquis; aquel, invitado concurre á una tertulia en que una amable beldad hace el encanto con su brillante voz ó prodijiosa ejecución de *irresistibles* danzas cubanas en el piano; estotro mas positivista se dirige á oír instructivas lecciones en el Liceo artístico y literario. Los espléndidos establecimientos de las calles de la Muralla, Obispo y O-Reilly, así como el hermoso mercado de Ta-

con, brillantemente alumbrado por gaseosa y ní-tida luz, se cubren de compradores y curiosos que se estasian admirando las preciosidades que encierran."

"Oyense las nueve; y concluidos los melodiosos sonos de la retreta vuelven los sedientos y golosos á inundar la espaciosa Lonja ó sea café de Arri-llaga para gustar sus afanados helados y chocolate; la Dominica y la Marina para gozar de sus bien confeccionados dulces, la Imperial y la Columnata para absorver sus gaseosas aguas de soda: ó para refrigerarse con exquisita horchata ó nutrirse con un hermoso vaso de leche helada. Los habitantes de estramuros para satisfacer las mismas exigencias se dirigen al hermoso y elegante café de Escauriza (*rendez-vous* desde por la tarde que se llena de ociosos), ó á las confiterías y neverías de Tacón y de las Delicias."

"A las diez se ven cruzar por las calzadas del Cerro, de Jesus del Monte y de Marianao, las *guaguas de los enamorados*; hace el amante su saludo á su encanto y la numerosa población se recoge, oyéndose solo desde media hora después la voz del vigilante, sereno y centinelas de las fortalezas..."



Mercedes Santa Cruz, la Condesa de Merlín se dolía hace un siglo de que nuestros edificios no tuvieran historia. "A Cuba le falta la poesía de los recuerdos", decía. Y yo me pregunto después de cerrar este libro de estampas de mis abuelos, ¿es posible que ninguna de estas viñetas que han desfilado ante ustedes no tengan poesía? Es que la Merlín no supo llegar al alma de La Habana colonial, puesto que de cada repliegue de estas piedras viejas brota como una veta de poesía honda que son sus leyendas, su historia, de las que ella misma es parte.

Un amigo arquitecto escribió hace tiempo: "Un día vendrá, cuando se revaloricen las bellezas que guardan, y por la insaciable voracidad del cine, un día vendrá, repetimos, que estas estampas se animarán ante los habaneros de hoy."

Yo he querido volver a abrir ante ustedes este viejo libro de estampas ya empolvadas, caído de las manos de un bisabuelo a quien no conocí por haberme tocado nacer justamente un siglo después que él: Don Antonio Bachiller y Morales.

ALAMEDA DE PAULA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ALAMEDA DE PAULA

La memoria del Sr. Marqués de la Torre será recordada siempre en La Habana con gratitud de sus naturales, que mas que en sus anales conservan en la tradición, el largo catálogo de sus buenas obras: y no solo han encomiado su mérito los nacionales, los mismos extranjeros entre otros Raynal le reconocieron y con fesaron.

Cuando el Sr. Marqués de la Torre llegó a esta plaza en 1771 no había en ella nada que indicase que era una ciudad capital de una provincia de las mas notables de la corona de Castilla. Un caserío, la mayor parte de guano, ningun teatro, las plazas llenas de malezas segun se dice de la del Cristo, que efectivamente hizo limpiar. S. S. prohibió el uso de guano, construyó un teatro y entre varias obras de ornato ideó la construcción de la Alameda de Paula, que sin álamos ni cosa que lo perezca, aun conserva este nombre.

Bien pronto necesita de encomiarse la situación de la alameda dominando el mar de la bahía y alcanzando tan lindo panorama como es el de sus alrededores de la otra banda. Vense en ellos la pintoresca torre del célebre sagrario de Regla, - las montañas, caseríos y sobre todo las palmas.

que en las orillas de mi amada Patria
nacen del sol a la sonrisa y crecen
(Heredia).

La alameda ni en formas, ni extensión fué al principio lo que hoy: amplióla y mejoróla el Sr. marqués de Someruelos, - protector del Coliseo cuyo frente dá precisamente al principio

de la alameda. Después se mejoró por sus sucesores hasta la época actual en que ha recibido una forma muy elegante y del gusto moderno.

El 19 de noviembre del año próximo pasado se estrenó la alameda reformada. Adórnola un antepecho o baranda de hierro en toda su extensión. Las estrechas escaleras que antes tenía a los costados se han convertido en espaciosas escalinatas, así como la esplanada que antes existía entre el teatro y la alameda en una escalinata aun mas espaciosa que las otras y que hace muy buen efecto a la vista. Los asientos antes de mampostería, verdaderos poyos, se han trocado en banquetas de piedra. Las farolas antes elevadas en pilares de mampostería están sostenidas por pescantes de hierro, produciendo muy buen efecto el conjunto, que tiene un aire de ligereza y acabamiento afiligranado.

El otro extremo de la alameda remata a la vista del hospital de Paula de que ya hablamos en otro cuaderno. Donde se ve a la izquierda un pequeño edificio destinado al real servicio, se encontraba hace algunos años una espaciosa enramada de bejuco indio, siempre verde y salpicado de sus amarillas flores: bajo de ella se colocaban perpetuas mesitas, donde se jugaba al dominó, se refrescaba y conversaba. El café de las Delicias de madera que daba a la calle era el establecimiento de que constituía una parte y la mas notable el alegre el alegre patio encajonado entre el mar de la banía y las paredes de un hospital.

La alameda de Paula apesar de sus galas no está de moda: la moda tiene en nuestro país un imperio ilimitado. El paseo de Isabel II, es ahora el favorito, y sin embargo la alameda de Paula no le cede en hermosura. Ambos han sido reformados

por la dirección del Excmo. Sr. D. Mariano Carrillo mariscal de campo y director de ingenieros en esta plaza. Y no puede atirubirse mas que a la moda este capricho, pues aunque sea tan poco usado entre las damas el ejercicio a pié, puesto que para ellas no es pasear, el caminar, no obstante, ha tenido sus épocas de ventura la alameda de Paula. Jamas las olvidaré, ligadas a algunas escenas de mi vida que empezaba entonces a recibir sus primeras impresiones sociales; pero ellas no interesan mas que a mi corazón y a alguno otro a quien dedico estos últimos renglones como un recuerdo... como un suspiro.

[Antonio Bachiller y Morales]

Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba, La Habana, 1841, ps.
257-259.

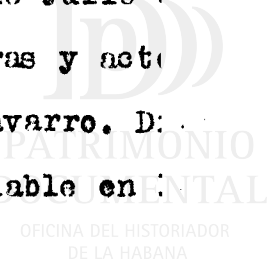
La Alameda de Paula.

La construccion de la Alameda de Paula la debemos al Capitan Felipe Pons de Viela, Marques de la Torre, quien al llegar a 1771 encontró que " no habia en ella nada que indicase que su importancia: un caserio, la mayor parte de guano, las plazas, tales como la del Cristo, que mandó a limpiar, y ninguna de los vecinos".

Este era, segun los cronistas de la época el aspecto que Habana al llegar a ella para Gobernarla el Marques de la Torre. crónicas de su tiempo lo celebran por su prudencia y discerni-

Siendo este gobernante hombre que poseia alguna ilustracion debense ~~atribuir~~ los primeros pasos de nuestra cultura," pues durante su manesio al frente de la gobernacion de la colonia, demostró méritos en favor de nuestra civilización, realizando entre otras mayor encomio, la construccion de un teatro cuyas obras proveyó la prohibición del guano para las nuevas construcciones y ejecución de esta Alameda, cuyo proyecto encomendó al ingeniero don Trevejo, quien segun datos que tomamos del libro del Dr. de Fuentes "Cuba Monumental, Estatuaría y Epigrafica", gastó en obras 2,438 pesos 6 reales, de los cuales 773 pesos 5 reales fueron pagados por varios vecinos, saliendo el resto del ramo de multa. En efecto, agraga Sanchez de Fuentes en su citado libro, cada vez que se impondria una obra publica, se imponia una contribución a los vecinos de la zona.

El Marques de la Torre cesó en el cargo el 12 de Julio de 1771. En sus apuntes realmente interesante los apuntes que sobre las obras y actuaciones escribió, al entregar a su sucesor Don Diego Jose Navarero, Don Diego de Fuentes el citado Gobernador " no hay paraje mas agradable en la



La Alameda de Paula.

La construcción de la Alameda de Paula la debemos al Capitán General Don Felipe Vons de Viela, Marqués de la Torre, quien al llegar a esta Capital en 1771 encontró que "no había en ella nada que indicase que era esto una Ciudad importante: un caserío, la mayor parte de guano, las plazas llenas de malezas, tales como la del Cristo, que mandó a limpiar, y ningún teatro para solaz de los vecinos".

Este era, según los cornistas de la época el aspecto que presentaba la Habana al llegar a ella para Gobernarla el Marqués de la Torre a quien "las crónicas de su tiempo lo celebran por su prudencia y discreción."

Siendo este gobernante hombre que poseía alguna ilustración "a él ~~se~~ debense ~~haber~~ los primeros pasos de nuestra cultura," pues durante el tiempo que permaneció al frente de la gobernación de la colonia, demostró verdadero interés en favor de nuestra civilización, realizando entre otras cosas dignas de mayor encomio, la construcción de un teatro cuyas obras propició fuertemente la prohibición del guano para las nuevas construcciones y el estudio y ejecución de esta Alameda, cuyo proyecto encomendó al ingeniero Antonio Ferrandos Trevejo, quien según datos que tomamos del libro del Dr Eugenio Sanchez de Fuentes "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigrafica", gastó solamente en las obras 2,438 pesos 6 reales, de los cuales 773 pesos 5 reales fueron facilitados por varios vecinos, saliendo el resto del ramo de multas. En aquella fecha, agraga Sanchez de Fuentes en su citado libro, cada vez que se emprendía una obra pública, se imponía una contribución a los vecinos para su realización.

El Marqués de la Torre cesó en el cargo el 12 de Julio de 1777, siendo realmente interesante los apuntes que sobre las obras y actos de su mando escribió, al entregar a su sucesor Don Diego Jose Kavarro. Dice en sus memorias el citado Gobernador "no hay paraje mas agradable en la Habana, por su

situación y por sus vistas; expuestas a los aires frescos, descubriendo toda la bahía, y colocando en el lugar mas principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes habia un muladar, el sitio de recreo mas propio para un clima tan ardiente y que parecia elegido para este fin, desde la fundación de la Ciudad."

El historiador Pozuela afirma en su "Diccionario Geografico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba", que el poco costo de estas obras confirma que el paseo mandado a ejecutar por el Marques de la Torre, se redujo solamente a un terraplén, adornado con dos hileras de alamos y algunos bancos de piedra, en el tránsito de la continuación de la calle de los Oficios, hasta el Hospital de Paula.

Sin embargo, " según consta de un acta que cita el "Diario de la Habana" de 15 de Marzo de 1841, el pensamiento del Marqués era hermoso, pues pensó sembrar de frondosos arboles todo el paseo prolongandolo hasta donde fuera posible, lo que no realizó, por mas que se transformase ~~en~~ ^{este} sitio, conocido sesenta años antes con el nombre de Basurero del Rincón.

El Marques de Someruelos a mediados del siglo XVIII mejoró notablemente la primitiva Alameda. Durante los años 1803 a 1805, se lo colocaron a su pavimento lozas isleñas y se adornó el Paseo con una sencilla fuente y con asientos de piedra de respaldos enverjados.

En el año 1841 bajo el Gobierno del Capitan General Jeronimo Valdes se realizaron en esta Alameda obras consistentes en sustituir las estrechas escaleras que tenia en sus costados por otras de mayor tamaño, así como los asientos primitivos de mampostería que por su estrechez apenas permitia el paso de dos carruajes, mejorandose igualmente el alumbrado e inaugurando se las obras el 19 de Noviembre del citado año.

La mayor belleza de este sitio, se alcanzó , según el propio Sanchez de Fuentes, merced al buen gusto y dirección del Subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros don Mariano Carrillo de Albornoz, en tiempos de D^o Connell

en 1845, al darle la forma elegante, y la condicion especial, que todos hemos conocido, es decir, la de un espacioso y bien nivelado terraplen con su antepecho de hierro y de piedra calada formando hermosos dibujos, con desaguiadas escaleras, indispensables por la elevacion del piso de una longitud de 360 varas, todo embaldosado, y mas de 14 de anchura, entre el antiguo Muelle de Luz, que era el punto de atraque de los botes que hacian el tráfico de Regla, y el Baluarto de Paula, con 75 asientos de piedra de San Miguel, cuyos respaldos eran de hierro con arabescos, y faroles con sus pesantes del mismo metal, abriendo una linda glorieta circular, sobre el parapeto de este baluarte que caia sobre el mar, llamandose desde entonces Salon O'Donnell, por haberse ejecutado dicha reforma durante el mando de este General. En 1825, dicho Salon era el punto de cita de todo elegante habanero, así como en 1841, lo fué la Plaza de Armas, ameno jardin, que parecia destinado a amores misteriosos. "En él, ~~aparecíanse~~ ^{aparecíanse} las bellas de sus quitrines, y hacian de alardes de sus gracias, recorrian el espacio que mediaba entre el Hospital y el Teatro Principal, y gozaban, además, de la anhelada frescura de la vecina bahia, durante los entreactos de la opera española, en tanto que los gourmets, poco entonces, dirigianse al afamado restaurant de R. donde se saboreaba una deliciosa ropa vieja.

Durante la primera intervencion norteamericana en 1899, este Paseo fué objeto de mejoras. Pero posteriormente y merced a las obras realizadas por la "Compañia Havana Central", que ha instalado en el litoral y frente al mismo sus muelles y almacenes, fué necesario mutilar dicho paseo, suprimandose en 1911 las escalinatas de lozas de San Miguel y la rotonda de ladrillos, por impedir su configuración el transito comercial de los muelles.

x x x

A continuacion de este Paseo que como hemos dicho llamose Salon O'Donnell, construyose otro, el de Roncali, que el historiador Pezuela describe diciendo que lo limitaba todo el espacio, adornado con dos hileras de arboles

que por la orilla de la bahía se extendía entre el Baluarto de Paula y el ~~terrazno actual~~ actual de los vapores costeros de la Isla, en cuyo punto está el extremo mas meridional del recinto. Desde 1850 quedó formando una continuación del Salon O'Donnell o Alameda de Paula, de lo cual unicamente lo separa el Hospital de mujeres de este mismo nombre. Mide 560 varas de E. a S. O., principa estrecho en su primera longitud de 200 varas, abre luego desde el terraplen del Baluarto de San José y desde este punto mide 40 varas de ancho rectilinea, hasta terminar junto al Baluarto del Matadero.

En la actualidad no existe nada allí de este ultimo Paseo, levantándose ~~en su lugar~~ ^{en su lugar} de edificios en los terrenos que este ^{separó} ocupó.

X X X

Volviendo a la Alameda de Paula, queremos hacer especial mención de la fuente de marmol que el año 1847 se levantó " en una glorietta de este paseo en honor de la Marina de Guerra ~~Española~~ de la nación hispana y de la que solo se conserva el arbol que afecta la forma de un obelisco rodeado antes de una gran tasa circular. Formalo una columna de Postodo marmol blanco italiano, mas ancho en su basamento que en su parte superior, rematada en un capitel sobre el cual un leon rampante con las armas de España agarradas presentalas a la boca del puerto."

Poco después de inaugurarse, continua diciendo Sanchez de Fuentes, un rayo cayó en en ellas, destrozandolas por completo, siendo reemplazadas por un pergamino extendido, en el que seguramente, se olvidó grabar, para memoria, la epoca y la autoridad que lo ordenó colocar. Hallase cargado esta columna de altos relieves, representando banderas, trofeos militares, antiguos y modernos, cañones, escudos y laureles, y además una serie de dibujos alegoricos de algun merito. En cada una de sus cuatro caras, aparecen talladas igual numero de cabezas de leones, de cuyas bocas, salian surtidores de agua, que iban a caer en cuatro conchas, que derramaban en un recipiente mayor, coronado de una verja de lanzas de hierro como de un metro de alto.

En el año 1910 al soplar sobre la Habana un ciclón de gran fuerza, el arbol de la fuente cayó, ^{derribado} ~~derribado~~ por la violencia del aire, sobre la tasa, rompiendola toda, pues era de ladrillos y destrozandose tambien una de las conchas de marmol que lo adornaban. Al ser reparadas estas averias por la Secretaria de Obras Publicas, se suprimio torpemente el recipiente que rodeaba la columna quedando esta en la forma en que se le ve actualmente.

x x x

En relacion con el estudio que hiciera el gran urbanista frances M. Forestier para embellecer la Plaza de la Catedral y que consiste en la colocacion en el centro de dicha Plaza de la columna de marmol que existe en la Alameda de Paula, sustituyendo, además, el actual pavimento de dicha Plaza por otro de adoquines primitivos, combinados con una figura geometrica formada por adoquines Boston y llevando alrededor de dicha fuente un circulo formado por chinapanas para dar seguramente la sensacion de lo primitivo, ya que como todos sabemos, la calle de Empedrado adquirió este nombre por haber sido pavimentada, primitivamente con este material. Por cierto, que la figura geometrica ya citada, que se ve en el proyecto de Forestier, parece inspirada en una lamina que reproduce una Plaza antigua y que recuerdo haber visto en la obra "Civic Art".

Girando alrededor de esta idea pudo el formidable acuarelista del Departamento de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaria de Obras Publicas Sr Diego Guevara, dibujar una perspectiva, tan bellamente hecha, que el simple examen del trabajo presispono al elogio. Las tres damas vestidas con trajes de la época que aparecen en primer término ~~de la perspectiva~~ ~~del dibujo~~ ~~del dibujo~~, tienen una fuerza sugerente de tal naturaleza que acaso ellas, mientras la mirada analiza el conjunto ideado por M Forestier, traigan a la mente, por asociacion de ideas, una rapidisima vision de recuerdos y tradiciones de tiempos que fueron, mejores segun el poeta, por ser pasados, y nos lleve como de la mano a encontrar bueno y original el proyecto.

Esa emotividad la he sentido yo mismo contemplando la lamina de Guevara, pero, analizando mas tarde, con ojos de arquitecto, la muy bien pintada acuarela de nuestro artista, he llegado a la conclusion de que el proyecto no encaja en aquel marco.

El traslado de la fuente no la estimo un acierto por cuanto ese traslado privaria de un elemento de belleza a la Alameda de Paula, que debemos conservar y no destruir, y porque, además, es hora ya de que cesen los traslados que se hacen de fuentes y monumentos, inspirados solamente en criterios personales y no por imprescindibles necesidades de urbanización, pues los lugares históricos de las ciudades no deben destruirse sino cuando una gran necesidad pública lo recomienda.

Por otra parte, no parece acertado llevar a una Plaza de caracter eminentemente religioso, una concepcion que se erigió " en honor de la Marina de Guerra española, para conmemorar, segun he oido decir, victorias guerreras

Se me puede argumentar, lo sé, que en algunas plazas situadas frente a Iglesias que existen en Europa se han colocado monumentos del caracter del que nos ocupa, pero a esto respondo yo que cabe la tolerancia cuando se trata, como ocurre en esos casos de plazas que no tienen el valor historico ni arquitectonico que la muestra de la Catedral, que por ser además la unica que poseemos, es deber de los arquitectos cubanos defenderla sin claudicaciones, para evitar en ella todo anacronismo arquitectonico, como sucederia en el presente caso, ya que se trata de una fuente con motivos escultoricos que recuerdan el estilo Imperio, construida, además, en epoca muy posterior (1847) a la Catedral y demás edificios que la rodean.

Es suficiente bochorno para los cubanos el rascacielos que se permitió levantar en la Plaza de la Catedral, en sustitucion de una casa de dos plantas que si bien no era un palacio, tenia en cambio una construccion tipica de la época, siendo positivamente inescusable que se autorizara su demolición,

nada menos que por la primera autoridad municipal de la Habana.

Hace algún tiempo, en un libro que cayó en mis manos escrito por un ~~urbano~~ ^{francés}, se comentaba, entre otros particulares interesantes, los errores que a juicio del autor había cometido la municipalidad de París en relación con el ensanche de aquella Ciudad.

Se citaba en ~~ese~~ libro, una anécdota muy curiosa que honra a los arquitectos y autoridades municipales ~~franceses~~ de París y que ocurrió en ocasión de haber presentado la poderosa Compañía de Seguros norteamericana "La Equitativa", los planos y memorias para la edificación de un rascacielos de varios pisos en una de las principales avenidas de la Capital de Francia.

El ~~proyecto~~ ^{proyecto} pasó a informe de un arquitecto municipal, quien luego de examinar el proyecto le devolvió a la Compañía interesada con la siguiente nota escrita de su puño y letra: "La Municipalidad de París necesita un edificio menos costoso, pero más digno de ella."

x x x

Rodeada como esta la Plaza de la Catedral, que es sin disputa la más legendaria y de más hermosas tradiciones en la Habana, por los valiosos edificios históricos que pertenecieron a las antiguas familias de los Condes de Bayona, Marqueses de Arcos, Condes de Lombillo y marqueses de Aguas Claras y estando en su frente Norte el monumento de arquitectura religiosa más notable de la época colonial: la Catedral de San Cristóbal de la Habana, que es la vez el origen de lo que puede denominarse la arquitectura colonial cubana ya que sus maravillosas líneas y muchos de los elementos arquitectónicos dominantes en su hermosa y bien proyectada fachada, los vemos después reproducidos en el Palacio de los Capitanes Generales, hoy edificio del Ayuntamiento el Palacio del Senado actualmente ocupado por el Tribunal Supremo de Justicia y otras residencias enclavadas en el radio de lo que se conoce por la Habana vieja, es inadmisibles llevar allí una fuente de estilo diferente al de las construcciones existentes y de carácter más moderna, además.

PATRIMONIO DOCUMENTAL
 INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS
 DE LA HABANA

Es disculpable en M. Forestier, que no conocia nuestra historia ni nuestras tradiciones, que animado seguramente del deseo de darle aun mayor merito artistico a esa Plaza, proyectara llevar alli esa fuente, que a mi juicio ^{no solo} debe, despues de restaurarse, ^d permanecer donde se encuentra, sino que tambien se hace necesario restaurar, igualmente, aquel paseo que han conocido cinco generaciones de cubanos.

La Plaza aquella requiera algo al centro y nada mejor que una fuente bien sencilla y de poca altura, de piedra igual a la de la Catedral, reproduciendo ^{Se b} en ella las lineas y detalles que tanto admiramos en la fachada de nuestro maximo templo católico.

Luis Bay.

¡POBRE PAULA!

No se trata de ninguna damita pasional que molesta con su novio se tira de un balcón á la vía pública ó ingiere tres cajas de fósforos industriales; no es tampoco la rumberil Paula que "cocina bueno" en la comparsa de los "Hijos de Quirina", sino de un antiguo litoral habanero, amado por la gente vieja, porque junto á él no pocos madrigales entonaron, amado por los jóvenes, por que encierra en sí todo un arcano de poesía, un trasunto de esplendidez pasada, amado por los "lobos marinos" del cabotaje, porque repetidas veces sus botalones señalaron aquel muelle con su inflexible índice.

Hace no mucho tiempo, centenares de goletas de blanquísimas velas, de allí partían y allí arribaban, haciendo que la Habana diera un abrazo á cada puerto del interior, y entre las gavias y las mesanas, y los juanetes (hablo de las vergas) y los trinquetes, estacábase el espíritu, observando la infinita armonía de aquel cordelaje inmenso y la ampura de aquellos trapos, en quienes las más negras borrascas no pudieron dejar su huella entristecedora.

Hace no mucho tiempo, allí íbamos los muchachos—los muchachos de esta señora ciudad que jugando á la pelota por las calles hemos roto tantos faroles del alumbrado público—á ver como los marineros rodaban los pipotes de alcohol traídos de Matanzas y como descargaban sacos de azúcar importados de Cienfuegos.

Hace no mucho tiempo, allí iban los jóvenes de antes, los viejos de ahora, á recordar cuantas veces junto á aquellas barandillas embarradas de orín ellos dijeron palabras de amor á una linda mujercita de campanudas faldas; á recordar que no lejos de allí—donde se encuentra en la actualidad un hotel, antes hubo un

teatro y que donde se encuentra en el día, una casucha medio derruida, había un hospital; á recordar que las arenas de la alameda fueron pisadas por pies breves de altivas damas, y que aquel ambiente recogió ayes y suspiros de amores de otras épocas.

Hace no mucho tiempo, sobre los bancos de madera pintados de verde, á la sombra generosa de los álamos, los borrachos dormían sus "monas", los que no tienen casa ni catre, descansaban, y los enfermos, los neuróticos, los que padecen de insomnio, sentábanse allí á contemplar el efecto de un rayo de luna sobre la superficie inquieta de las aguas ó el brinco titeretero de una lisa...

Ahora, no hay muelle dilatado de maderas crujientas, ni barcas activas que besen el tablado, ni vergas blancas como alas de palomas. Ahora son escolleras que se precipitan á las aguas en porfiada lucha; son normas almacenes de hierro negro, de un estómago insaciable; son trasatlánticos estupendos los que atracan; son máquinas complicadas las que sustituyen al marinero que rodaba una pipa ó al estibador que sobre sus hombros ponía un saco de azúcar. Ya no hay barandillas ni muros de piedra plenos de añoranzas; la alameda desaparece y los árboles caen al suelo con sus ramas medio secas. Ya no van los muchachos allí; ni van los jóvenes de antes, los viejos de ahora, ni el beodo, ni el enfermo, ni el neurótico... Ya no son de ellos, los muelles, ni el paseo; ya no quieren que sean del Estado. Ahora, un señor que sabe mucho de negocios y poco de idealismos, quiere quebrar el dulce misterio del luengo parquecillo, cambiar las tablas ruinosas por los negros hierros y espantar las goletillas, las goletillas de velas muy

2)

blancas ,con su red complicadas de cuerdas y acordes como las de un arpa...

El muelle y alameda de Paula desaparecen; también su encanto: encanto de vieja, de alegre, de ensoñadora. En cambio de ella se yerguen, las vastas y anti estéticas construcciones del mercantilismo.

Paula no será en lo sucesivo el rincón típico de la Habana que fué: sino el exponente cruel de como el negocio comercial riñe en muchas ocasiones con la belleza, la tradición. ¡Por algo en vez de blancas velas, véense ahora negros almacenes!

TIT BITS.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA HISTORICA ALAMEDA DE PAULA.

EL HERMOSO PASEO DE LA ALAMEDA DE PAULA, CONSTRUIDO POR EL MARQUES DE LA TORRE EN 1771 FUE EL EJE PRINCIPAL DEL PLAN ORNAMENTAL QUE TRANSFORMO EL ASPECTO DE LA HABANA, PERMITIENDO QUE EL ANTIGUO CASERIO SE TRANSFORMARA EN UNA CIUDAD AMABLE QUE OFRECIERA A LOS TURISTAS UNA GRATA ESTANCIA, LLENA DE DIVERSIONES TIPICAS. LAS EVOLUCIONES QUE HAN SUFRIDO LA ALAMEDA DE PAULA Y SUS ALREDEDORES, LAS NARRA EN EL PRESENTE ARTICULO EL ARQUITECTO LUIS BAY Y SEVILLA.

EL HOSPITAL DE PAULA

EL religioso habanero Nicolás Estévez Borges, cura Beneficiado de esta Capital, y Arcediano y Dean que fué de la Catedral de Santiago de Cuba, por disposición testamentaria otorgada en 1664 ante el Escribano Domingo Fernández Calzada dispuso que se "fabricare con la debida decencia una ermita bajo la advocación del glorioso San Francisco de Paula, con lo cual se había de colocar su imagen, y que el remanente de todos sus bienes, se emplease en obras pías a voluntad de sus albaceas, el Ilmo. Sr. D. Juan de Santos Matías Sáenz y Mañosa, Obispo de la Isla de Cuba y el Maestro de Campo D. Francisco Dávila Orejón Gastón, Gobernador y Capitán General de la Colonia."

Débase, pues, al Padre Estévez la fundación en 1667 del "Hospital de Mujeres de San Francisco de Paula," pues en 1665 el Obispo Santos Matías solicitó y obtuvo del Cabildo, merced de "cuatro solares" para recompensar a ciertos vecinos, del terreno que había ocupado, y hecha la remuneración debida, y alcanzada la piadosa condescendencia del vecindario, levantó la fábrica del templo en tres parcelas de terreno del barrio Campeche, uno de cuyos linderos en el Mar con una superficie de 2.089 m², de los cuales 700 correspondieron a la iglesia y 2.189 al Hospital, constituyendo todo una sola manzana.

Por el costado que mira al Mar adosadas al Hospital y en terrenos del mismo se construyeron posteriormente dos pequeñas casas consideradas como una sola, que se dedicaron en tiempos pasados a "Clínica de Obstetricia."

El estado de ruina en que se encontraban los techos de este Hospital obligó al Gobierno a trasladar a los enfermos a los altos de la Nueva Cárcel y al Departamento Anatómico de la Facultad de Medicina que en él existía a la antigua "Casa de Enajenados" llamada de San Dionisio y que estaba situada en la Calzada de San Lázaro, entre el Hospital de este nombre y El Cementerio de Espada. De allí pasó a S. Isidro, en cuyo lugar permaneció hasta la primera intervención americana que lo trasladó al edificio donde se encontraba el Cuartel de la Guardia Civil, situado en Belascoain y Zanja, donde aún se encuentra.

El Obispo Agustín Morell de Santa Cruz reedificó el Hospital que había sido destruido por un ciclón en el año 1703. Organizó igualmente, mediante un Reglamento que redactó, el régimen interior de ese Establecimiento, repartiendo 800 pesos mensuales a pobres vergonzantes y \$70.00 semanales en limosnas públicas, manteniendo a la vez a setenta niños desvalidos.

De nuevo en el año 1730 sufrió grandes desperfectos este Hospital al ser visitada la Habana por un ciclón, procediendo el religioso habanero D. Pedro Lodares Cota, Capellán y Administrador en aquella fecha de este Hospital a reconstruir el edificio, comenzando la construcción de una nave de bóveda, la capilla mayor y las laterales, con cúpula y linternas.

Poco tiempo después murió el Padre Lodares, legando en su testamento diez y siete mil pesos para que con el interés que ellos produjeran se atendiera a la dotación de camas.

Estando la obra sin concluir ocupó la mitra habanera el obispo Lazo de la Vega que la terminó en

1745, adornando, según Pezuela, con un buen retablo su altar mayor, y su fachada principal con tres esculturas hechas de piedra y de muy mala factura, representando a los Santos S. Francisco de Paula, S. Pedro y San Pablo, que importó de España y que todavía existen aunque en muy mal estado, con unas hornacinas labradas en la misma piedra. Además restauró la enfermería construyendo nuevas salas y viviendas para el Mayordomo y Capellán.

Un siglo después de inaugurado el Hospital, es decir, en 31 de Octubre de 1765 el Obispo Pedro A. Morell de Santa Cruz, obtuvo de la Real Corona la confirmación de las Constituciones o Estatutos por qué debía regirse la casa, disponiendo en sus artículos segundo y catorce que el Administrador y el Capellán fueran naturales de esta Ciudad y además, que el patronato del Hospital, radicase en los mismos Obispos, pues con anterioridad, gobernábase por la voluntad de sus administradores y la aprobación de los Diosanos. De la magnífica administración que dieron ellos al Hospital es prueba elocuente el hecho de que en la fecha citada de 1765 contaba con un capital de \$45.002, 4 reales impuestos sobre fincas útiles y efectivas según palabras del propio Morell de Santa Cruz. En 1779 donó Don José Laguardia la cantidad de doce mil pesos para la edificación de la planta alta de este Hospital.

El Hospital y su iglesia llevaron una vida normal hasta que la "Havana Central Railroad Co." decidió adquirir dichas edificaciones, por ser le necesaria para el desenvolvimien-

to de sus líneas y almacenes, ofreciéndole al Obispo la suma de 165 mil pesos, proposición que una vez consultada fué aceptada por éste, otorgándose al efecto un contrato privado que suscribieron el propio Obispo en su carácter de Patrono de la fundación y D. Manuel Luciano Díaz, Vicepresidente y Representante de la expresada Compañía.

Luego de una serie de Pleitos entre la Compañía y el Patronato del Hospital, la expropiación llevóse a cabo por la aludida Compañía que, una vez en posesión de dichos edificios, los convirtió en almacenes.

Esta es, en síntesis, la historia escueta de estos edificios en quienes sus prolongadas existencias y principalmente el abandono en que se les ha tenido, los años han marcado dolorosa huella en sus muros y techos.

Afirma Sánchez de Fuentes, que la primera Clínica de Obstetricia que hubo en Cuba fué allí establecida, inaugurándola el Dr. Domingo Hosainz en 1831, siendo el Hospital el objeto predilecto de los desvelos de un número considerable de personas de uno y otro sexo que ocuparon lugar preferente en nuestra historia: los obispos Espada, Lazo de la Vega y Morell de Santa Cruz; el Gobernador Don Luis de las Casas; el Conde de Santa Clara y su esposa la señora Teresa Sentmanat; el Dr. Tomás Romay, Don Nicolás Gutiérrez; el Dr. Fernando González del Valle, etc.

El Obispo Espada, agrega el propio Sánchez de Fuentes, el hombre a quien tanto deben los cubanos, lo amaba de tal modo, que al morir, hizole ofrecer al Dr. Nicolás Gutiérrez que no lo abandonaría nunca; y en efecto, él, que desde el año 1828 era médico del Hospital, demostró la intensidad de su afecto, cuidando de sus enfermas, hasta el año 1890 que murió. Este ilustre hombre de ciencia, llena la historia de esta casa, con un periodo de 62 años en el que puso a su servicio toda su ciencia, reconocida y proclamada por las eminencias médicas de París, y todo su prestigioso valer con las autoridades, con los hombres más influyentes y con el pueblo entero de la Habana; y durante los últimos veinte años de su vida, en que por su brillante posición social y su avanzada edad, había dejado de ejercer la profesión en que tantos lauros había conquistado, si-

guió siendo el médico de sus pobres enfermas, a las que sobre los cuidados de la ciencia, daba consuelo y regalaba generoso, para dulcificarles su mísera existencia.

Hasta su última hora, como sus títulos más honrosos y queridos, usó los de médico del Hospital de San Francisco de Paula y de Presidente de la Academia de Ciencias Médicas, que, reeligiéndole siempre, rendía el homenaje que a sus altos méritos debía.

Si el Hospital no tuviera otro título que el de haber sido durante dos tercios del siglo XIX el campo favorito de los trabajos profesionales y de la magnanimidad de Don Nicolás Gutiérrez, tendría lo necesario para ser un factor importante en la historia patria.

* * *

LA ALAMEDA DE PAULA

La construcción de la Alameda de Paula la debemos al Capitán General Don Felipe Fons de Viela, Marqués de la Torre, quien al llegar a esta Capital en 1771 encontró que "no había en ella nada que indicase que era esta una Ciudad importante: un caserío, la mayor parte de guano, las plazas llenas de malezas, tales como la del Cristo, que mandó a limpiar, y ningún teatro para solaz de los vecinos."

Este era, según los cronistas de la época el aspecto que presentaba la Habana al llegar a ella, para gobernarla, el Marqués de la Torre a quien "las crónicas de su tiempo celebran por su prudencia y discreción."

Siendo este gobernante hombre que poseía alguna ilustración "a él débense los primeros pasos de nuestra cultura," pues durante el tiempo que permaneció al frente de la gobernación de la colonia, demostró verdadero interés en favor de nuestra civilización realizando entre otras cosas dignas de mayor encomio, la construcción de un teatro cuyas obras propició, la prohibición del guano para las nuevas construcciones y el estudio y ejecución de esta Alameda, cuyo proyecto encomendó al ingeniero Antonio Fernández Trevejo quien, según datos que tomamos del libro del Dr. Eugenio Sánchez de Fuentes "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica", gastó solamente en los obras 2,438 pesos 6 reales, de los cuales 773 pesos 5 reales fueron facilitados por distintos vecinos, saliendo el resto del ramo de mul-

tas. En aquella fecha, agrega Sánchez Fuentes en su citado libro, cada vez que se emprendía una obra pública, se imponía una contribución a los vecinos, para su realización.

El Marqués de la Torre cesó en el cargo el 12 de Julio de 1777, siendo interesantes los apuntes que sobre las obras y actos de su mando escribió, al entregar el mando a su sucesor Don Diego José Navarro. Dice en sus memorias el citado Gobernador "no hay paraje más agradable en la Habana, por su situación y por sus vistas; expuestas a los aires frescos, descubriendo toda la bahía, y colocado en el lugar más principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente y que parecía elegido para este fin, desde la fundación de la Ciudad."

El historiador Pezuela afirma en su "Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba", que el poco costo de estas obras confirma que el Paseo mandado a ejecutar por el Marqués de la Torre, se redujo solamente a un terraplén adornado con dos hileras de álamos y algunos bancos de piedra, en el tránsito de la continuación de la calle de los Oficios, hasta el Hospital de Paula.

Sin embargo, "según consta de un acta que cita el "Diario de la Habana" de 15 de Marzo de 1841, el pensamiento del "Marqués" era hermoso, pues era su propósito sembrar de frondosos árboles todo el paseo, prolongándolo hasta donde fuera posible, lo que no realizó, por más que se transformase este sitio, conocido sesenta años antes con el nombre de Basurero del Rincón.

El Marqués de Someruelos a mediados del siglo XVIII mejoró notablemente la primitiva "Alameda". Durante los años 1803 a 1805, se le colocaron a su pavimento losas isleñas y se adornó el Paseo con una sencilla fuente y varios asientos de piedra.

En el año 1841 bajo el Gobierno del Capitán General Jerónimo Valdés se realizaron en esta "Alameda" obras consistentes en sustituir las estrechas escaleras que tenía en sus costados por otras de mayor tamaño, así como los asientos primitivos de mampostería, mejorándose, igual-

mente el alumbrado e inaugurándose las obras el 19 de Noviembre del citado año.

La mayor belleza de este sitio, se alcanzó, según el propio Sánchez de Fuentes, merced al buen gusto y dirección del Subinspector del Real Cuerpo de Ingenieros don Mariano Carrillo de Albornoz, en tiempos de O'Donnell en 1845, al darle la forma elegante, y la condición especial, que todos hemos conocido, es decir, la de un espacioso y bien nivelado terraplén con su antepecho de hierro y de piedra calada formando hermosos dibujos, con desahogadas escaleras, indispensables por la elevación del piso, de una longitud de 360 varas, todo embalsado, y más de 14 de anchura, entre el antiguo Muelle de Luz, que era el punto de atraque de los botes que hacían el tráfico de Regla, y el "Baluarte de Paula", con 75 asientos de piedra de San Miguel, cuyos respaldos eran de hierro con arabescos, y faroles con sus pescantes del mismo metal, abriendo una linda glorieta circular, sobre el parapeto de este baluarte que caía sobre el mar, llamándose desde entonces "Salón O'Donnell," por haberse ejecutado dicha reforma durante el mando de este General." En 1825, era ese "Salón" el punto de cita de todo elegante habanero, así como en 1841, lo fué la "Plaza de Armas", ameno jardín, que parecía destinado a amores mistéricos. "En él, apeábanse las bellas de sus quitrines, y haciendo alarde de sus gracias, recorrían el espacio que mediaba entre el Hospital y el "Teatro Principal", y gozaban, además, de la anhelada frescura de la vecina bahía, durante los entre-actos de la ópera española, en tanto que los gourmets", pocos entonces, dirigíanse al afamado restaurant de R. donde se saboreaba una deliciosa "ropa vieja."

Durante la primera intervención

norteamericana en 1899, este Paseo fué objeto de mejoras. Pero posteriormente y merced a las obras realizadas por la "Compañía Havana Central", que ha instalado en el lateral y frente al mismo, sus muelles y almacenes, fué necesario mutilar dicho Paseo, suprimiéndose en 1911 las escalinatas de losas de San Miguel y la rotonda de ladrillos, por dificultar su forma circular, el tránsito comercial de los muelles.

* * *

EL PASEO DE RONCALI

LA continuación de este Paseo que como hemos dicho llamóse "Salón O'Donnell", se construyó otro, el de "Roncali", que el historiador Pezuela describe diciendo que lo limitaba todo el espacio, adornado con dos hileras de árboles, que por la orilla de la bahía se extendía entre el "Baluarte de Paula" y el muelle actual de los vapores costeros de la Isla, en cuyo punto está el extremo más meridional del recinto. Desde 1850 quedó formando una continuación del "Salón O'Donnell o Alameda de Paula", de lo cual únicamente lo separa el "Hospital de mujeres" de este mismo nombre. Mide 560 varas de N. a S. O., principia estrecho en su primera longitud de 200 varas, abre luego desde el terraplén del "Baluarte de San José" y desde este punto mide 40 varas de ancho hasta terminar junto al "Baluarte del Matadero".

En la actualidad no existe nada de este último Paseo, levantándose infinidad de edificios en los terrenos que éste ocupó.

* * *

VOLVIENDO a la Alameda de Paula, queremos hacer especial mención de la fuente de mármol que el año 1847 se levantó "en una glorieta de este paseo en honor de la Marina de Guerra de la nación hispana y de la que sólo se conserva el árbol que afecta la forma de un obelisco rodeado antes de una gran taza circular. Forma lo una columna de "Pesto" de mármol blanco italiano, más ancho en su basamento que en su parte su-

perior, rematada en un capitel sobre el cual un león rampante con las armas de España agarradas presentalas a la boca del puerto."

Poco después de inaugurarse, continúa diciendo Sánchez de Fuentes, un rayo cayó en ella, destrozándola por completo, siendo reemplazadas dichas armas por un pergamino extendido, en el que seguramente, se olvidó grabar, para memoria, la época y la autoridad que lo ordenó colocar. "Hállase cargada esta columna de altos relieves, representando banderas, trofeos militares, antiguos y modernos, cañones, escudos y laureles, y además, una serie de dibujos alegóricos de algún mérito. En cada una de sus cuatro caras, aparecen talladas igual número de cabezas de leones, de cuyas bocas salían surtidores de agua, que iban a caer en cuatro conchas, que derramaban en un recipiente mayor estando rodeada la fuente, para defenderla, de una verja de lanzas de hierro como de un metro de alto."

En el año 1910 al soplar sobre la Habana un ciclón de gran fuerza, el árbol de la fuente cayó sobre la taza, rompiéndola toda, pues era de ladrillos y destrozándose también dos de las conchas de mármol que la adornaban. Al ser reparadas estas averías por la Secretaría de O. Públicas, se suprimió torpemente la Fuente que rodeaba la columna, quedando ésta en la forma en que se le ve actualmente.

* * *

EL TRASLADO A LA FUENTE

En relación con el estudio que hiciera el gran urbanista francés M. Forestier para embellecer la Plaza de la Catedral y que consiste en colocar en el centro de dicha Plaza esta columna de mármol, sustituyendo, además, el actual pavimento de dicha Plaza por otro de adoquines primitivos, combinados con una figura geométrica formada por adoquines de mayor tamaño y llevando alrededor de dicha fuente un círculo formado por chinapanas para dar, seguramente, la sensación de lo primitivo, ya que como todos sabemos, la calle de Empedra-

do adquirió este nombre por haber sido pavimentada, primitivamente con este material. Por cierto, que la figura geométrica ya citada, que se ve en el proyecto de Forestier, parece inspirada en una lámina que reproduce una Plaza antigua y que recuerdo haber visto en la obra "Civilic Art."

Girando alrededor de esta idea pudo el formidable acuarelista del Departamento de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaría de Obras Públicas Sr. Diego Guevara, dibujar una perspectiva, tan bellamente hecha, que el simple examen del trabajo, predispone al elogio. Las tres damas vestidas con trajes de la época que aparecen en primer término a la izquierda del citado dibujo, tienen una fuerza sugerente de tal naturaleza, que acaso ellas, mientras la mirada analiza el conjunto ideado por M. Forestier, traigan a la mente, por asociación de ideas, una rapidísima visión de recuerdos y tradiciones de tiempos que fueron, mejores según el poeta, por ser pasados, y nos lleve como de la mano a encontrar bueno y original el proyecto.

Esa emotividad la he sentido yo mismo contemplando la lámina de Guevara, pero, analizando más tarde, con ojos de arquitecto, la muy bien pintada acuarela de nuestro artista, he llegado a la conclusión de que el proyecto no encaja en aquel marco.

El traslado de la fuente no la estimo un acierto por cuanto ese traslado privaría de un elemento de belleza a la Alameda de Paula, que debemos conservar y no destruir, y porque, además, es hora ya de que cesen los traslados que se hacen de fuentes y monumentos, inspirados solamente en criterios personales y no por imprescindibles necesidades de urbanización, pues los lugares históricos de las ciudades no deben destruirse sino cuando una gran necesidad pública lo recomienda.

Por otra parte, no parece acertado llevar a una Plaza de carácter eminentemente religioso, una concepción que se erigió "en honor de la Marina de Guerra española", para conmemorar, según he oído decir, victorias guerreras.

Se me puede argumentar, lo sé, que en algunas plazas situadas frente a iglesias y que existen en Europa, se han colocado monumentos del carácter del que nos ocupa, pero a esto respondo yo, que cabe la tolerancia cuando se trata, como ocurre en esos casos, de plazas que no tienen el valor histórico ni arquitectónico de nuestra Catedral, que, por ser, además, la única que poseemos, es deber de los arquitectos cubanos defenderla sin claudicaciones, para evitar en ella todo anacronismo arquitectónico, como sucedería en el presente caso, ya que se trata de una fuente con motivos escultóricos de carácter moderno, construida, además, en época muy posterior (1847) a la Catedral y demás edificios que la rodean.

* * *

EL RASCACIELO, JUNTO A LA CATEDRAL

Es suficiente lunar el rascacielos que se permitió levantar en la Plaza de la Catedral, en sustitución de una casa de dos plantas, que si bien no era un palacio, tenía en cambio una construcción típica de la época, siendo positivamente incalificable que se autorizara su demolición, nada menos que por la primera autoridad Municipal de la Habana.

Hace algún tiempo, en un libro que cayó en mis manos, de un escritor francés, se comentaba entre otros particulares interesantes, los errores que a juicio del autor había cometido la municipalidad de París en relación con el ensanche de aquella ciudad.

Se citaba en ese libro, una anécdota muy curiosa que enaltece a los arquitectos y autoridades municipales de París, y que ocurrió, según relata el autor, en ocasión de haber presentado una poderosa Compañía de Seguros norteamericana, los planos y memorias para la edificación de un rascacielos de varios pisos en una de las principales avenidas de la Capital de Francia.

El expediente pasó a informe de un arquitecto municipal de aquella ciudad, quien luego de examinar el proyecto lo devolvió con la siguiente nota escrita de su puño y letra: "La Municipalidad de París necesita un edificio menos costoso, pero más digno de ella."

Y la licencia fué negada.

Rodeada como está la Plaza de la Catedral, que es sin disputa la más legendaria y de más hermosas tradiciones de la Habana, por los valiosos edificios históricos que pertenecieron a las antiguas familias de los Condes de Bayona, Marqueses de Arcos, Condes de Lombillo y Marqueses de Aguas Claras, y estando en su frente Norte el monumento de arquitectura religiosa más notable de la época colonial: la Catedral de S. Cristóbal de la Habana, que es a la vez el origen de lo que puede denominarse la arquitectura colonial cubana, ya que sus maravillosas líneas y muchos de los elementos arquitectónicos predominantes en su hermosa y bien proyectada fachada, los vemos después reproducidos en el Palacio de los Capitanes Generales, hoy edificio del Ayuntamiento, en el Palacio del Senado, actualmente ocupado por el Tribunal Supremo de Justicia y en otras residencias encerradas en el radio de lo que se conoce por la Habana vieja, es inadmisibles llevar allí una fuente de estilo diferente al de las construcciones existentes y de carácter, además, más moderno.

Es disculpable en M. Forestier, que no conocía nuestra historia ni nuestras tradiciones, que animado, seguramente del deseo, como se hace frecuentemente, de darle aun mayor mérito artístico a esa Plaza, proyectara llevar allí tal fuente, que a mi juicio debe no sólo permanecer en el lugar donde se encuentra después de restaurarse, sino que también se hace necesario restaurar igualmente el ya citado Paseo, que han conocido cinco generaciones de cubanos.

El doctor Francisco de P. Coronado, didector de la Biblioteca Nacional y cuyas opiniones en asuntos cubanos de carácter histórico hay que oír con atención, me decía hace dos tardes en la propia Plaza de la Catedral, que además de las razones de carácter histórico y arquitectónico que aconsejan no trasladar la Fuente de la Alameda de Paula, existe otra, de orden sentimental y patriótico que nos obliga a los que sentimos en cubano a pedir al Gobierno que no sólo mantenga en su lugar la Fuente ya citada, sino que proceda sin pérdida de tiempo a restaurar el Paseo donde ella se encuentra emplazada.

Nuestro José Martí, el gran apóstol de las libertades cubanas, cuando niño, acudía por las tardes a ese Paseo y con otros chicos de su edad en alegre y bulliciosa jornada, jugaban y corrían junto a esa Fuente, realizando las travesuras propias de la edad.

La Plaza de la Catedral requiere algo al centro y nada mejor que una fuente bien sencilla y de poca altura, de piedra igual a la de la Catedral, reproduciendo en ella las líneas y detalles que tanto admiramos en la fachada de nuestro máximo templo católico.

* * *

Para no ser yo quien opine, reproduciré a continuación lo que dice de estos edificios el Dr. Sánchez de Fuentes, en relación con el valor artístico e histórico de los mismos:

"El frente principal de su "Iglesia," la portada del mismo "Hospital," sus vestíbulos; el patio central con su hermosa galería, sus arcos en semicírculo, columnas,—otras tantas obras de arte, de una sola y única piedra, desde el capitel hasta su basamento,—la cúpula del templo, sus bóvedas de piedra dura, los muros de extraordinario espesor; la línea recta, en fin, dominando con sencillez en la construcción; todo en este edificio tiene la nota y carácter de las obras monumentales, que no consisten sólo en el lujo de la decoración, sino en las proporciones elegidas y determinadas por el cálculo y la estética; en la atrevida suspensión de grandes masas; en la harmónica belleza del conjunto, y, sobre todo, en su majestuosa e imponente solidez, que revela su destino de conmemorar en las generaciones que han de sucederse la piedad insigne del benemérito fundador y la grandeza de los fines evangélicos que a la sombra de sus muros se realizaron, nos demuestra bien claramente que el "Hospital de San Francisco de Paula" fué un verdadero monumento de acuerdo con el gusto de su época."

El Dr. Gabriel Landa acaba de completar la obra iniciada por el Ayuntamiento de la Habana de declarar monumento nacional nuestra Catedral y edificios que al circundan, proponiendo al Consejo de Secretarios la ratificación de aquel acuerdo.

El edificio que ocupó la iglesia de San Francisco de Paula que está hoy casi en ruinas, no debemos permitir que manos profanas lo mutilen o demuelan.

Y al efecto, debiera el Gobierno declarado igualmente monumento nacional, designándose un arquitecto conservador, para que en lo adelante no puedan realizarse en él obra alguna sin el conocimiento y autorización de la autoridad correspondiente.

LUIS BAY.

LA HABANA DE OTROS TIEMPOS. LA ALAMEDA, EL TESTRO PRINCIPAL, Y LA IGLESIA Y EL HOSPITAL DE PAULA.-

COMO una estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial se encuentra al extremo de la vieja alameda la fachada ruinosa de lo que en un tiempo fue una iglesia y hospital de Paula.

Sus muros con capas superpuestas de revoque y pintura, unas veces verdes, otras amarilla, otras rosa, ensombrecidos más por abandono que por la patina de los años, ofrecen en sus varios contrastes con la piedra desnuda ancho campo para los amantes de las acuarelas, o para los que sienten la romántica impresión de las ruinas.

Estos edificios que acabamos de citar fueron construidos en el siglo XVII, pero rehechos a principios del XVIII, se les escogió como telón de fondo para cerrar la perspectiva del primer paseo que tuvo la ciudad.

Por los alrededores de 1,770, preocupada la Habana en aumentar sus medios de defensa a causa de las continuas guerras, expediciones y saqueos, sólo se habían construido los castillos, el recinto amurallado y un respetable número de iglesias y conventos. Como plazas existían la del Cristo y la llamada Vieja, que se utilizaban para mercados, pero no se pensaba en trazar paseos ni se tenía la remota idea de edificar un teatro, reduciéndose al solaz del vecindario a las fiestas y procesiones religiosas, paradas y desfiles militares, y a recorrer las calles de los Mercaderes de la Muralla, que presentaban en las noches con sus numerosas tiendas alumbradas por lámparas y quinqués, el espectáculo de un gran بازار o de una feria.

Aun no estaban construidos el templo de la Catedral, ni el Palacio de los Gobernadores, y sus plazas respectivas eran terrenos cenagosos y yermos.

En estas condiciones se encontraba la Habana cuando se nombró Capitán General al bien recordado Marqués de la Torre, hombre de vasta cultura que procedió de la ilustrada corte de Carlos III, pródigo para nosotros en adelantos, y Mercedes.

Desde su llegada prohibió el uso del guano en la población, pues la mayoría de las pequeñas casas se levantaban con paredes de tapia o empujado y techos de ese material, (que aún hoy en muchos pueblos de la isla no se ha podido suprimir) y proyectó acometer diversas obras, entre otras, dotar a la ciudad de un paseo, levantar un teatro, una casa de Gobierno y disponer la demolición de la antigua parroquia para dar impulso con el producto de la venta del terreno los trabajos que estaban paralizadas en la iglesia de los jesuitas, la cual fué más tarde nuestra Catedral.

De donde si le damos al Marqués de la Torre el título del primer urbanista que tuvo la Habana creo que le hacemos justicia, aparte de que su labor en Cuba llamó la atención a propios y extraños por múltiples aciertos en todos los órdenes.

Buscando sitio para un paseo frente al mar en la primitiva Villa, la cual sólo llegaba desde el Castillo de la Fuerza hasta las murallas que la cerraban por detrás de Paula, rápido se fijó él en los terrenos ocupados aún por la Alameda, y el mismo nos dice: "No hay paraíso más agradable en

la Habana, por su situación y sus vistas, expuesto a los aires frescos descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el pueblo dentro del recinto, donde antes había un muladar, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente, y que parecía elegido para este fin desde la fundación de la ciudad".

Así hablaba el Marqués de la Torre, y como no existía ningún teatro, y entre sus proyectos figuraba el construir uno, pronto armonizó las dos ideas y ordenó levantarlo, dando ímpetu al paseo, en esta forma terminó su primer conjunto urbano.

Con muy poco esfuerzo imaginativo y sustituyendo las arcadas que hacen fondo al Hotel de Luz por el Teatro, con la Alameda actual, que aunque no la primitiva no ha sufrido muchas variaciones, y con los muros del hospital y la iglesia de Paula y algunas viejas casonas subsistentes podemos reconstruir el lugar preferido por los habaneros desde el 1776 hasta los alrededores del 1840.

Terminado el paseo y el teatro en menos de tres años, con las mejoras urbanas y la importancia que tomaron aquellos sitios, se levantaron en seguida nuevas construcciones de particulares, entre otras los palacios del Marqués de la Real Proclamación, que hacía esquina a la calle de la Merced y del Marqués de Campo Florido; y siguiendo la costumbre de cuando en cuando alguna vieja casona de muy poco puntal con su techo de tejas a una sola agua se adosaba a las casonas de dos pisos con portadas de piedra, escudo y blazón en el frente, y balcones voladizos, a los cuales, amplios aleros sostenidos por finas columnetas de madera protegían de la lluvia y del sol; aún quedaban unas pocas en la vieja barriada.

A partir de la inauguración del teatro que se llamó Principal puede decirse que comienza la afición en nuestra ciudad por la buena música, y aunque no era muy grande, sin embargo, las compañías líricas se sucedieron educando al público; las óperas de Rossini al principio can-

tadas en español, las de Donizetti y Bellini, al hacer las delicias de nuestros antepasados también hicieron desfilar por el proscenio los mejores tiples, tenores, baritonos, bajos y contraltos de la época, que a su vez trajeron excelentes orquestas y buenos profesores, y la Habana se fué convirtiendo en estación obligada de primer orden por donde pasaban los más notables conjuntos teatrales que recorrían la América.

Cirilo Villaverde en su valiosa obra sobre Cecilia Valdés, que es casi un gráfico de las costumbres de su tiempo, sitúa un diálogo en el "lindo teatro Principal", como él lo llama, y nos dice:

"Cantábase la ópera del maestro Rossini titulada Ricardo y Zoraida, a beneficio de la Santa Marta, el patio o corral y los palcos se hallaban medianamente ocupados... Leonar do de Gamboa entró algo después de alzado el telón. Por supuesto, no oyó la obertura de Don Tancredo, que procedió a la ópera aquella noche".

"Buscaba a un nombre cuyo puesto en el teatro sabía de antemano, pues como Alcalde Mayor debía presidir la función desde el palco central en el segundo piso"... Como vemos, Villaverde nos da un programa y algunos detalles del interior; cuanto al panorama que se abarca desde su balcón, él piensa que bien vale un artículo descriptivo, y nos lo da en esta forma: "¿quién que abraza un alma de poeta no se inspira a la vista de esa hilera de casas desiguales de nuestra derecha, en que sobresalen los altos balcones de la solariega del Conde de Peñalver?, o ¿la esta Alameda sin árboles que termina con el café de Paula, ahora oscuro y desierto?, o ¿la del hospital del mismo nombre, en el fondo, desde cuya ennegrecida sombra nos contemplan dos siglos?..." o "¿del lado opuesto de la oscurísima masa del navío Soberano clavado, por decirlo así, en las serenas aguas de la bahía. ¿No ves cómo se destaca del cielo?..."

Así describía Cirilo Villaverde aquél conjunto: años después la Alameda recibió nuevas obras de mejoramientos, refuerzos en sus muros, árboles, embaldosado, bancos, balustradas, amplia calle lateral, etc. Durante los gobiernos del general Valdés y del general O'Donnell de triste recordación bajo cuyo mando fué traída de Italia la fuente con la columna existente y llegó a ser llamada "el salón" o el punto de cita de toda la elegancia habanera hasta mediado el siglo XIX.

El doctor Eugenio Sánchez de Fuentes en su obra Cuba Monumental, que es un honor de nuestra Academia de Artes y Letras, al hablar de la Alameda, nos dice: "apeábase las bellas de sus quitrines y hacien-

do alarde de sus gracias recorrían el espacio que mediaba entre el Hospital y el teatro y gozaban además de la anhelada frescura de la bahía durante los entreactos de la ópera española. en tanto que los "gourmets" pocos entonces dirigíanse al afamado restaurant de la R. donde se saboreaba una deliciosa ropa vieja."

En un "Diario de la Habana", del 1840 el poeta Melgarejo nos habla de su arbolado; álamo, adelfa y rosas" y en otro verso nos dice "flores y árboles mil" — ¡que exagerado pensamos nosotros!— ahorrándonos a ustedes el consonante obligado de su til...

Este paseo fué el primer malecón que tuvo la ciudad, el otro hoy —uno de los primeros de América— avanza sin parar de lustro en lustro.

Pero no todos los colores de mi cuadro pueden tener la misma bondad de adjetivos ni el mismo perfume de jardín.

A fuerza de sinceros no resistimos la tentación de dar a conocer un detalle que pinta bien a su época— algo así como el reverso de la medalla— y explica a la vez aunque sea en parte las causas de aquellas sucesivas epidemias que asolaron la Habana.

En una Guía de Forasteros, publicada por don José G. de Arboleya en el 1840, cuando habla de las calles de nuestra ciudad sin aceras ni empedrado y de lo intransible que se ponen en los días de lluvia para la gente a pie, nos dice lo siguiente:

"Sería también útil tomar precauciones de aseo para que desapareciese de nuestras calles la basura que casi de continuo las ensucia... sólo se barren cada dos días pero aunque se barrieran diariamente no se evitaría con ello que estuviesen sucias. El incesante tráfico de bestias cabalares y vacunas produce un riego continuo de estiércol que el pisoteo y las ruedas esparcen y amalgaman con la tierra formando una costra de inmundicia."

Y contra todos estos males el inflexible señor Arboleya proponía una solución.

"¿Habría algún inconveniente (nos dice en la página 330) que todas las bestias de tiro carga y leche destinadas al tráfico de la ciudad llevarsen como parte de sus arreos una bolsa de cuero que sirviese de receptáculo al estiércol?..."

De haber vivido en nuestro tiempo el señor Arboleya hubiera hablado mejor de las calles de asfalto y quizás habría inventado un guardafango especial a los caballos de los autos.

Pero volviendo al 1840 para terminar el paseo sin salir de la calesita, dejando atrás al teatro Principal, a la fuente, a los álamos, y adelfas, al restaurant con la "ropa vieja"

junto con las casas del paisaje urbano que hacen pendant al marino coronado por las alturas de la Cabaña y el caserío de Regla, dejando todo eso atrás, llegamos en dos minutos a la portada del hospital.

Y frente al hueco que conserva sus puertas de madera ornadas de gruesos clavos, frente a la portada por donde cruzó tanta carne doliente de mujer, pensamos también en las generaciones de estudiantes que dejaron en ella la alegría de la juventud; aquella portada guardó las dementes, las abandonadas y el grupo de esclavas viejas que formaron el palenque y como recuerdos encierra aún páginas muy interesantes de la historia de la ciudad.

Allí fué a parar aquella pobre loca de Dolores Santa Cruz, la esclava que con su trabajo compró su libertad, y fué rica y a su vez tuvo esclavos y al perder su capital en manos de leguleyos no pudo soportar la nueva esclavitud de la miseria; allí colocó Cirilo Villaverde varios cuadros dramáticos de la vida de Cecilia Valdés; allí se formaron varias generaciones de médicos notabilísimos que echaron los cimientos de la hoy mundialmente célebre escuela de medicina de la Habana; allí también estuvo la primera clínica de obstetricia y casi fué la primera maternidad.

El Obispo Espada antes de morir recomendó a su amigo don Nicolás Gutiérrez, aquel gran médico habanero, que no le abandonase su querido hospital.

Hoy aquellas salas desiertas y aquellos patios con sus bellas arcadas de piedra pero sin techos y que reciben hace algunos años a la ocasión de un Congreso médico la vista de los viejos, habla a los artistas y a la opulencia de la ciudad nueva en un lenguaje mudo que no muchos entienden.

A su lado se alza la Iglesia que mereció los afanes del Obispo Lazo de la Vega, con sus bóvedas y su pequeña cúpula, tal vez cuenta suelta del rosario que floreció en Méjico y que por su belleza primitiva se ha reproducido muchas veces en nuestras publicaciones y revistas, y su fachada barroca con una extensa rajadura en el frontis que me recuerda una frente amiga, y aquellos muñones de piedra leprosa que las aguas formaron al correr o al rodar por sus ojos muy secos borrando hasta los detalles de las caras; así están hoy desconocidas para el vulgo, las esculturas de San Francisco y San Pablo, de noche la luz de un farol en la sombra casi los hace pensar...

Y este es el fondo del panorama, la vieja estampa olvidada en un rincón de la ciudad colonial, y que solo por un milagro ha llegado hasta nosotros.

José Ma. BENS.

La valiosa y sugestiva colaboración del ingeniero Bens que con pluma ligera y ática puebla nuestra mente de hechos preteritos acreedores al recuerdo y la divulgación, nos obliga a insistir sobre un tema ya por nosotros tratado: es inaplazable que la Secretaría de Obras Públicas termine la avenida del puerto procediendo a la desaparición del elevado tranviario y a la ejecución de las obras que la extiendan a la Alameda de Paula.

Igualmente no puede demorarse el estudio—si no se ha hecho—y realización del ensanche de la calle de San Isidro— previas las expropiaciones necesarias—a fin de que el movimiento comercial tenga una vía lo suficientemente amplia por la que se encause evitando la congestión del tráfico. Ignoramos si el plan Forestier resuelve este importantísimo detalle de la Habana presente y futura.

También llamamos la atención del señor Secretario de Obras Públicas, sobre la necesidad de ultimar los jardines y demás detalles de la propia avenida en la parte que mira a la entrada del puerto. El parque Luz Caballero lleva trazas de no terminarse y los terrenos adyacentes a la que fué Secretaría de Gobernación, deben embellecerse, evitando así que el extranjero contemple el repelente panorama actual.

[Handwritten signature]

INTERES POR UNA ALAMEDA

Muchas Personas han Solicitado que se Realice el Proyecto Para la A. de Paula.

LABORA EL SUBSECRETARIO

Estudian la Proposición de las Clases Vivas de Sta. Clara Sobre Obras del Acueducto.

De los tres proyectos confeccionados por el Negociado de Construcciones Civiles y Militares que el Ministro de Obras Públicas someterá a la consideración del Jefe del Poder Ejecutivo y que son: la instalación de servicios sanitarios públicos en el Parque Central, Farque de Maceo y el Muelle de Luz; hermosamiento de la Alameda de Paula; y monumento en la Boca del Mariel para perpetuar la memoria del cruce de la Trocha por el Mayor General Antonio Maceo; el segundo ha sido el que ha tenido mejor acogida, al extremo de que muchas entidades están dirigiéndose al ingeniero Herrero Morató para que realice cuanto esté de su parte por conseguir la inmediata ejecución de las obras proyectadas, cuyo costo resulta relativamente bajo si se tiene en cuenta el problema que viene a resolver no sólo el punto de vista del ornato de la ciudad sino en beneficio del tránsito de vehículos en aquella zona aledaña a los muelles donde la congestión de los mismos es obstáculo en la actualidad para el mejor desarrollo de las actividades comerciales.

COMIENZA SUS ACTIVIDADES EL SUBSECRETARIO. Desde hoy miércoles comenzará a despachar el Subsecretario de Obras Públicas, ingeniero y arquitecto Enrique Luis Varela, en las oficinas existentes en el segundo piso del edificio del antiguo Convento de Santa Clara, pasillo de la calle Luz, situado junto al elevador que da acceso al despacho del señor Ministro.

El señor Subsecretario trabajará auxiliado por el señor Carlos M. Alfonso, su secretario particular.

REPARACION DE CALLES. Algunas calles de La Habana y sus barrios están siendo objeto de atención por parte del Ministerio de Obras Públicas que cuenta para ello en muchos casos con la cooperación de los Omnibus Aliados. Sin embargo un crecido número de las principales vías habaneras presentan grandes baches producidos por los cortes en el pavimento hechos por el Acueducto de La Habana, cuya administración no paga a Obras Públicas las cantidades que corresponden a la reparación, pese a que son cobradas a los contribuyentes. Por ese concepto acude al Municipio cerca de setenta mil pesos.

ACUEDUCTO DE SANTA CLARA. El Ministro de Obras Públicas estudia la petición que le formularan hace algunos días las clases vivas de Santa Clara en el sentido de utilizar cuanto se cobre por concepto de atrasos por el pago de canon de agua durante el pasado año en la terminación de las obras de mejoras del acueducto de aquella ciudad, donde sólo falta construir dos tanques con un costo de siete mil pesos para comenzar enseguida a utilizar las tuberías conductoras auxiliares recién colocadas.

DANOS POR INUNDACIONES. La Jefatura del Distrito Provincial de Oriente ha dado cuenta a la Superioridad sobre los daños causados por las inundaciones en la zona de Sagua de Tanamo, donde la miseria es espantosa y no hay un lugar donde los humildes puedan ganarse unos centavos. Por ese motivo elementos de aquella región sugieren el inicio de cualquiera de las obras allí muy necesarias, para así poder dar trabajo a algunos obreros.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Sin Bancos y con el Arbolado Destruído Hállase el Paseo de la Alameda de Paula

Los más Fastuosos Acontecimientos Tuvieron Lugar en ese Paseo, Construído en 1848.—Allí Estuvo Instalado el Primer Teatro que Tuvo La Habana.—La Historia de una Estatua.

Por **CELSO T. MONTENEGRO**
Especial Para EL MUNDO

Desmantelado, sin contar con un solo banco y con el arbolado destruído; sin pavimentación, que ha sido convertida en tierra y sirve de campo para el entretenimiento de los infantes, uno de los mejores paseos con que contaba La Habana, **La Alameda de Paula**, no ha merecido la atención de los funcionarios de Obras Públicas, pese a que, por su proximidad al mar, es en estos tiempos de intenso calor lugar preferido por cientos de familias que habitan en los lugares cercanos al litoral.

Los más fastuosos acontecimientos sociales de una época pasada los vivió ese paseo, que en 1848 fué construído por el general Federico Roncali, Conde de Alcoy, llamándose por más de medio siglo **El Paseo de Roncali**...

Los muros que circundan el paseo y que cubren parte de los muelles habaneros sirven de bancos a los obreros, los niños y cuantas familias acuden en las horas de solaz y recreo. El espectáculo que ofrece en conjunto, a la vista de los turistas que nos visitan, no puede ser más doloroso. Y es de advertir en forma gráfica, que el paseo de **La Alameda de Paula** se extiende desde San Pedro y Paula, tomando por San Pedro, hasta la misma entrada del Muelle de Luz, y en todo ese largo tramo es fácil determinar cómo la falta de cuidado ha destruído el arbolado, los canteros y hasta la magnífica estatua de mármol que simboliza la Constitución de Cádiz, permanece mugrienta, casi deshecha...

Tuvo una Epoca Brillante

Es de señalar que fueron muchos los miles de pesos que se gastaron en la construcción del Paseo y parque público que es la Alameda. Fué punto de reunión a mediados del siglo pasado de las mejores familias. Era cuando en las calles de San Pedro, entonces conocida por **Delmolillo** y en la **Oficios, Paula** y en

la de Luz, residían los Condes de O'Reilly, el de Barreto, los de Jibacoa, de Casa Bayona, de Vallediano y Peñalver y los marqueses de Campo Florido y los de la Real Proclamación... y los actos públicos que allí tuvieron lugar marcaron extraordinario relieve. Entonces **La Habana** estaba limitada por Egido y Monserrate; luego venían las antiguas Murallas. En la misma esquina donde comienza el Paseo estuvo instalado el hospital de Paula y la iglesia, cuyos paredones, demostrativos de su magnífica arquitectura, aún hoy se conservan...

Allí Estuvo el Primer Teatro

Ochenta y cuatro años antes de que se construyera **El Paseo de Roncali**, en 1770 estuvo instalado en el cuchillo que forman las calles de Oficios y San Pedro, **El Teatro Principal**. El edificio se conserva. Hasta hace muy poco, parte de su interior fué escogido para un cabaret. Fué en este teatro, el primero construído en La Habana, donde se cantó ópera. Los historiadores así lo han reconocido. Don José María de la Torre, y el desaparecido crítico teatral de **EL MUNDO**, Juan Bonich, que durante muchos años se consagró en todo

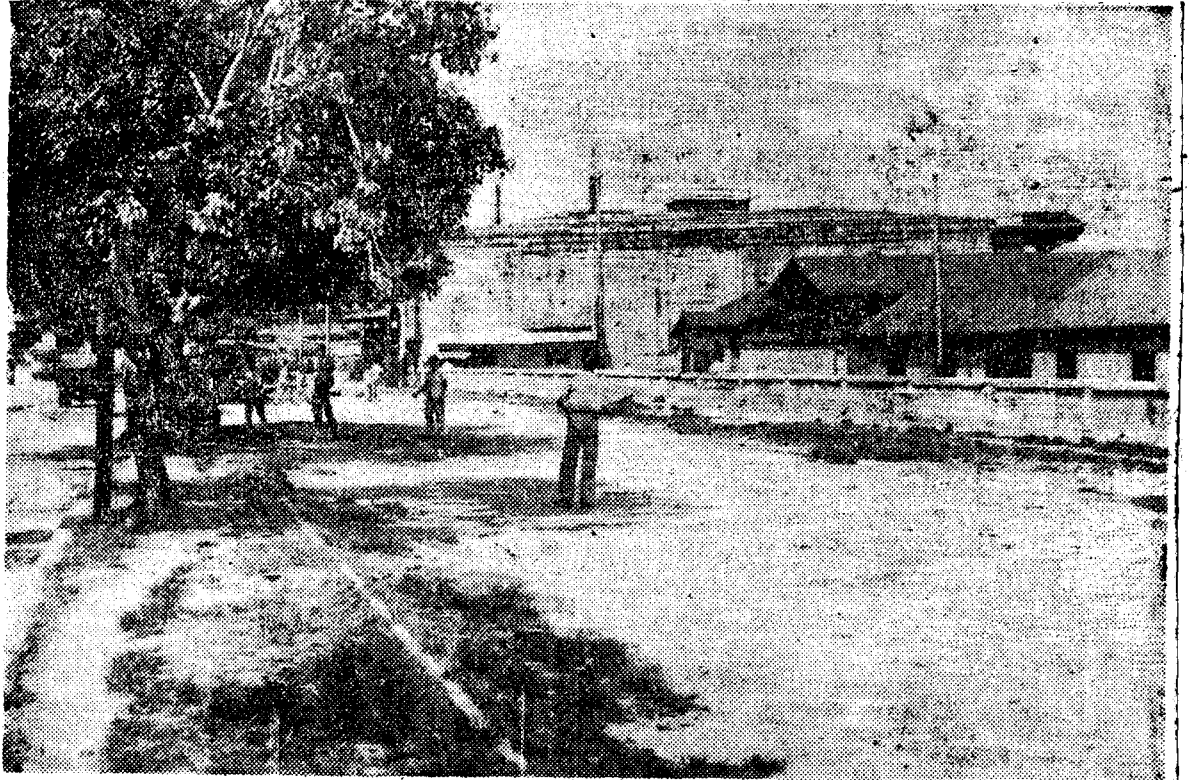
lo que se refiere al arte en Cuba, llegaron a comprobar que en aquel año de 1770 se inauguró el primer teatro, con la primera compañía de ópera que vino a nuestras playas...

La Estatua de los Tres Paseos

Algo original ha ocurrido con la estatua que fué colocada en el mismo centro de **La Alameda de Paula**. Se construyó para conmemorar en 1812 la Constitución de Cádiz y fué instalada en la antigua **Plaza Vieja**. Durante algunos años fué exhibida en ese lugar, mostrando al público la figura de un león y su placa conmemorativa... pero un día los señores del Cabildo pensaron que estaría mejor en el desaparecido **Campo de Marte**. Con verdadero cuidado fué trasladada. Con moti-

de este acto se pronunciaron algunos discursos, que dieron lugar a incidentes entre algunos gobernantes españoles... y surgió, a través del tiempo, otro día trágico para la estatua. Se adoptaron toda

clase de precauciones y de nuevo le escogieron otro sitio. Esta vez, en el Paseo de la Alameda de Paula. Han transcurrido muchos años, y hoy, los niños que acuden a ese Paseo, saben encaramarse en la estatua, hasta llegar al león, al que tocan la cabeza, porque estiman que tal acto les trae suerte...

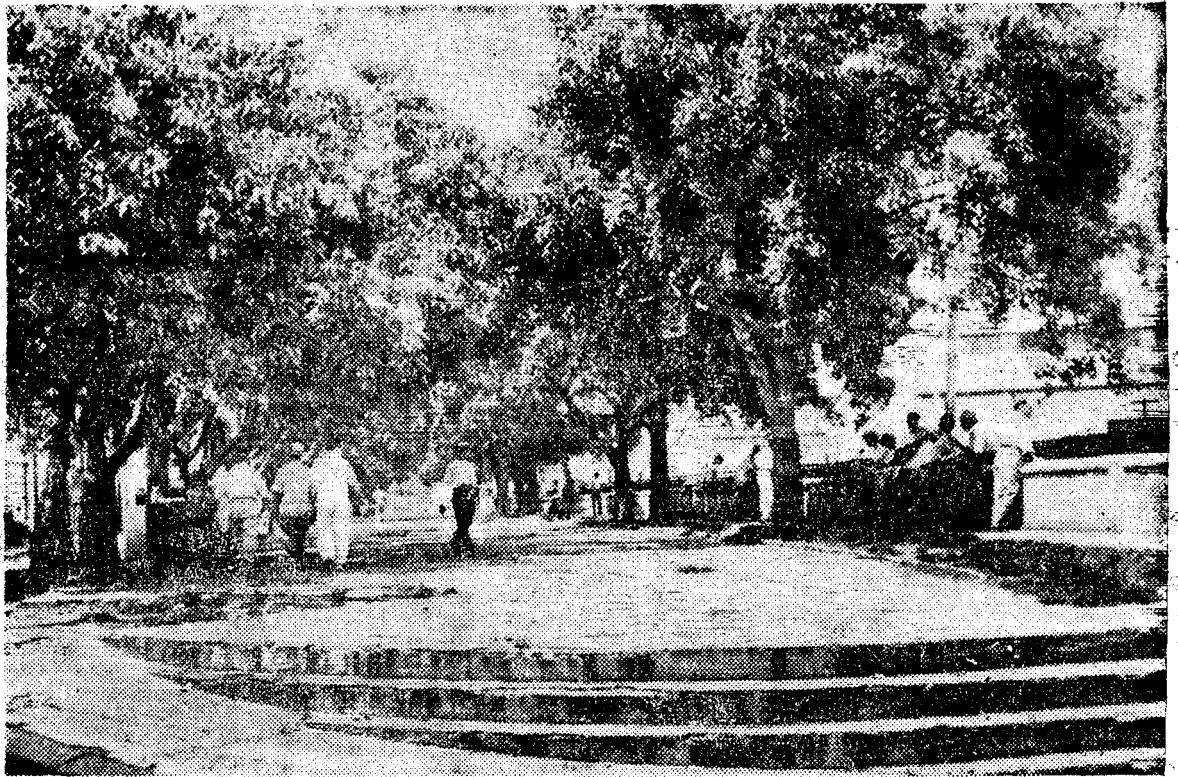


Destruída la pavimentación que ha sido convertida en tierra, estos niños son sorprendidos por nuestro fotógrafo, en los momentos en que discuten la forma en que han de comenzar un juego de pelota. Esto, como puede observarse, es parte del Paseo de la Alameda de Paula.

d

3

47



Una vista principal del Paseo de la Alameda de Paula, visto desde la esquina de San Pedro y Paula. Obsérvese a las personas que, por falta de bancos, están sentadas en los duros muros que circundan parte de los muelles habaneros.

M. A. J. J.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

1950

La Transformación de la Alameda de Paula

París, mayo 27, 1946



La Alameda de Paula, el viejo paseo colonial que durante más de un siglo permaneció casi abandonado recobra ahora su animación al llevarse a cabo su trans-

formación, mediante el embellecimiento de su paseo por el ministerio de Obras Públicas. En la foto puede observarse el moderno paseo habanero.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

DEL PASADO

La Alameda de Paula de La Habana

Por el Conde San Juan de Jaruco

En uno de los párrafos del memorial que entregó el ilustrado don Felipe Fons de Viela, marqués de la Torre, capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, a su sucesor el teniente general Diego José Navarro, sobre las numerosas obras que había llevado a cabo en esta isla, aparece: «Construí el hermoso paseo de Paula, adorno y desahogo de la ciudad. No hay paraje más agradable en ella, por su situación y por sus visitas: expuesto a los aires frescos, descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el público dentro del recinto amurallado, donde antes había un lugar en que se echaban las basuras, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente, y que parecía elegido para este fin desde la fundación de La Habana».

Los trabajos realizados en la Alameda de Paula durante el mando del marqués de la Torre, se reducían a un terraplén adornado con dos hileras de álamos, entre los cuales se encontraban algunos bancos de piedra, en los que descansaban los peatones. Comenzaba este paseo a continuación de la calle de Oficios, y continuaba por ella hasta el hospital y calle de Paula, el cual fué el que dió nombre a esta Alameda, y la cual subsistió en su primitiva forma durante todo el resto del siglo XVIII, hasta que a principios del siguiente la mejoró notablemente el teniente general don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos, capitán general y gobernador de esta isla, que en 1804, ordenó embaldosarla y adornarla con una sencilla fuente, colocando también asientos de piedra con respaldo enverjado.

El teniente general don Leopoldo O'Donnell y Jorris, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, comisionó a don Mariano Carrillo de Albornoz, general del real cuerpo de ingenieros, para que hermoseara la Alameda de Paula, y el cual le construyó una glorieta circular sobre el parapeto del baluarte de Paula, colocándole por la parte norte una escalinata que conducía al salón embaldosado en toda su longitud (el cual fué también conocido por el nombre de «Salón de

O'Donnell»), y terminado con otra escalinata cerca del ángulo del hospital. Por las noches se iluminaba este aristocrático paseo con luces de gas en reverberos, sostenidos por sus correspondientes pies de hierro de cinco varas de altura, y en el centro de la Alameda se encontraba una fuente circular de piedra, cuyos surtidores procedían de un pedestal cuadrilongo, que servía de base a una columna también circular y cubierta de relieves alegóricos.

Entre los sucesos más conocidos que ocurrieron en Cuba durante el mando del capitán general O'Donnell, duque de Tetuan, aparecen, el asunto que un escritor jocoso denominó «Batalla de Ponche de Leche», acaecida en ocasión que el pueblo se oponía a que se cerrara a las diez de la noche el café de Ezcauriza (hoy Hotel Inglaterra), lo que causó el destierro de siete padres de familia: el ruidoso episodio de mister David Turnbull, cónsul de Inglaterra, que según el historiador Bachiller, «llevaba hasta el fanatismo su religión humanitaria», y el cual pedía la total extinción del tráfico de esclavos: la conspiración de la Escalera y la muerte de Plácido.

Es muy probable que el notabilísimo general de ingenieros don Mariano Carrillo de Albornoz, natural de Oaxaca, en México, que hemos nombrado anteriormente, tuviese parentesco con la antigua y distinguida familia cubana de este apellido, cuyo progenitor en esta isla fué don Sebastián Carrillo de Albornoz y Coello, capitán de infantería, natural del Puerto de la Orotava, en Tenerife, que justificó su hidalgía el 7 de octubre de 1664 ante el cabildo del ayuntamiento de La Habana, probando ser bisnieto de don Francisco Carrillo de Albornoz, el viejo, conquistador del reino de Granada y de las islas Canarias, primer personero de ellas, Jurado y Alcalde Mayor por ausencia del adelantado don Alonso Fernández de Lugo.

El mencionado capitán Sebastián Carrillo de Albornoz y Coello casó en la parroquia Mayor de La Habana el 5 de junio de 1636, con doña Ana del Castillo, dando origen a una noble y dilatada descendencia, entre la cual se encuentran:

El licenciado Bernardo José Carrillo de Albornoz y Meyreles, que fué abogado de los Reales Consejos y de la Real Audiencia de México, alcalde mayor de Chichicapa y Zinatlán, en Nueva España; y su hermano José Manuel, fué alcalde de la Santa Hermandad y sobrestante mayor de las fortificaciones de la plaza de La Habana. Don José Manuel Carrillo de Albornoz y Arenales, hijo de este último, fué teniente del regimiento de Cantabria, y alcalde de la Santa Hermandad en La Habana.

IP

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Don Juan Carrillo de Albornoz y Arango, fué auditor honorario de Marina, y su hermano José Manuel, fué teniente de Lanceros, habiéndose distinguido en la guerra de sucesión española a la muerte de Carlos II de Austria. Don Antonio Carrillo de Albornoz y Arango, fué auditor honorario de Marina, alcalde de la Santa Hermandad, asesor de la Intendencia y Superintendencia de La Habana.

Don Anastasio Carrillo de Albornoz y Arango, fué abogado, catedrático de Economía Política y de Derecho Patrio, alcalde ordinario y regidor fiel ejecutor de La Habana, oidor de la Real Audiencia de Puerto Príncipe, auditor de guerra y marina del apostadero de La Habana, y vicedirector de la Sociedad Económica de Amigos del País. Notable periodista y gran escritor, siendo su tratado sobre la prescripción, uno de sus mejores trabajos. Bachiller escribió su elogio póstumo: «No era una esperanza, era una realidad; una inteligencia nutrida con la ciencia y la experiencia, uno de los próceres de la sabiduría, de quien obtenía la sociedad consejo y ejemplo. Carrillo, ciudadano distinguido, literato excelente, probo letrado, justo juez, laborioso concejal, no puede ser objeto de la envidia de nadie porque ya ha muerto y no es obstáculo a la ajena ambición. Sus compatriotas deben consagrarle la manifestación de que el hombre público mereció bien de la patria, que conservó las tradiciones de la familia, que no desmereció del insigne habanero don Francisco de Arango y Parreño, de quien era próximo pariente, mientras sus hijos, sus deudos, sus amigos, lloran la desaparición del hombre privado».

Don Isaac Carrillo de Albornoz y O-Farrill, fué otro miembro destacado de esta distinguida familia: abogado y notable poeta, en 1862 publicó en «El Siglo» su primera composición en prosa, y su primera poesía en «El Rigoletto». Colaboró en «Revista del Pueblo», «El Occidente», de Guanabacoa; en «El Ateneo», en «Noches Literarias», en «Aguinaldo Habanero», y en «El Occidente de La Habana», de cuyo diario fué folletínista con el pseudónimo Carlos Aliricia. Fué autor de los dramas «Magdalena» y «Luchas del alma». Entre sus artículos en prosa sobresalen: «María», «El hombre de la máscara», «Noches de luna» y entre sus poesías de mayor mérito deben citarse. «Inspiración», «A la guerra civil de los Estados Unidos», «Al Liceo de La Habana», «Adiós a Cuba», «A la muerte de mi padre», «El huracán del alma», y «El que con lobos anda». Su exaltación política se conoció primeramente en un soneto a Isabel II, y luego su periódico «La revolución», del que sólo se publicaron dos números, que ocasionaron su prisión y más tarde su expatriación.

M. A. B. / 4

DEL PASADO

La Alameda de Paula de La Habana

Por el Conde San Juan de Jaruco

En uno de los párrafos del memorial que entregó el ilustrado don Felipe Fons de Viela, marqués de la Torre, capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, a su sucesor el teniente general Diego José Navarro, sobre las numerosas obras que había llevado a cabo en esta isla, aparece: «Construí el hermoso paseo de Paula, adorno y desahogo de la ciudad. No hay paraíso más agradable en ella, por su situación y por sus visitas: expuesto a los aires frescos, descubriendo toda la bahía y colocado en el lugar más principal de la población, logra el público dentro del recinto amurallado, donde antes había un lugar en que se echaban las basuras, el sitio de recreo más propio para un clima tan ardiente, y que parecía elegido para este fin desde la fundación de La Habana».

Los trabajos realizados en la Alameda de Paula durante el mando del marqués de la Torre, se reducían a un terraplén adornado con dos hileras de álamos, entre los cuales se encontraban algunos bancos de piedra, en los que descansaban los peatones. Comenzaba este paseo a continuación de la calle de Oficios, y continuaba por ella hasta el hospital y calle de Paula, el cual fué el que dió nombre a esta Alameda, y la cual subsistió en su primitiva forma durante todo el resto del siglo XVIII, hasta que a principios del siguiente la mejoró notablemente el teniente general don Salvador de Muro y Salazar, marqués de Someruelos, capitán general y gobernador de esta isla, que en 1804, ordenó embaldosarla y adornarla con una sencilla fuente, colocando también asientos de piedra con respaldo enverjado.

El teniente general don Leopoldo O'Donnell y Jorris, duque de Tetuan, conde de Lucena, capitán general y gobernador de la Isla de Cuba, comisionó a don Mariano Carrillo de Albornoz, general del real cuerpo de ingenieros, para que hermoseara la Alameda de Paula, y el cual le construyó una góndola circular sobre el parapeto del baluarte de Paula, colocándole por la parte norte una escalinata que conducía al salón embaldosado en toda su longitud (el cual fué también conocido por el nombre de «Salón de O'Donnell»), y terminado con otra escalinata cerca del ángulo del hospital. Por las noches se iluminaba este aristocrático paseo con luces de gas en reverberos, sostenidos por sus correspondientes pies de hierro

de cinco varas de altura, y en el centro de la Alameda se encontraba una fuente circular de piedra, cuyos surtidores procedían de un pedestal cuadrilongo, que servía de base a una columna también circular y cubierta de relieves alegóricos.

Entre los sucesos más conocidos que ocurrieron en Cuba durante el mando del capitán general O'Donnell, duque de Tetuan, aparecen, el asunto que un escritor jocoso denominó «Batalla de Ponche de Leche», acaecida en ocasión que el pueblo se oponía a que se cerrara a las diez de la noche el café de Ezcauriza (hoy Hotel Inglaterra), lo que causó el destierro de siete padres de familia: el ruidoso episodio de mister David Turnbull, cónsul de Inglaterra, que según el historiador Bachiller, «llevaba hasta el fanatismo su religión humanitaria», y el cual pedía la total extinción del tráfico de esclavos; la conspiración de la Escalera y la muerte de Plácido.

Es muy probable que el notabilísimo general de ingenieros don Mariano Carrillo de Albornoz, natural de Oaxaca, en México, que hemos nombrado anteriormente, tuviese parentesco con la antigua y distinguida familia cubana de este apellido, cuyo progenitor en esta isla fué don Sebastián Carrillo de Albornoz y Coello, capitán de infantería, natural del Puerto de la Orotava, en Tenerife, que justificó su hidalgía el 7 de octubre de 1664 ante el cabildo del ayuntamiento de La Habana, probando ser bisnieto de don Francisco Carrillo de Albornoz, el viejo, conquistador del reino de Granada y de las islas Canarias, primer personero de ellas, Jurado y Alcalde Mayor por ausencia del adelantado don Alonso Fernández de Lugo.

El mencionado capitán Sebastián Carrillo de Albornoz y Coello casó en la parroquial Mayor de La Habana el 5 de junio de 1636, con doña Ana del Castillo, dando origen a una noble y dilatada descendencia, entre la cual se encuentran:

El licenciado Bernardo José Carrillo de Albornoz y Meyreles, que fué abogado de los Reales Consejos y de la Real Audiencia de México, alcalde mayor de Chichicapa y Zinatlán, en Nueva España; y su hermano José Manuel, fué alcalde de la Santa Hermandad y soubastante mayor de las fortificaciones de la plaza de La Habana. Don José Manuel Carrillo de Albornoz y Arenales, hijo de este último, fué teniente del regimiento de Cantabria, y alcalde de la Santa Hermandad en La Habana.

Don Juan Carrillo de Albornoz y Arango, fué auditor honorario de Marina, y su hermano José Manuel, fué teniente de Lanceros, habiéndose distinguido en la guerra de sucesión española a la muerte de Carlos II de Austria. Don Antonio Carrillo de Albornoz y Arango, fué auditor honorario de Marina, alcalde de la Santa Hermandad, asesor de la Intendencia y Superintendencia de La Habana.

2)

Don Anastasio Carrillo de Albornoz y Arango, fué abogado, catedrático de Economía Política y de Derecho Patrio, alcalde ordinario y regidor fiel ejecutor de La Habana, oidor de la Real Audiencia de Puerto Príncipe, auditor de guerra y marina del apostadero de La Habana, y vicedirector de la Sociedad Económica de Amigos del País. Notable periodista y gran escritor, siendo su tratado sobre la prescripción, uno de sus mejores trabajos.

Bachiller escribió su elogio póstumo: «No era una esperanza, era una realidad; una inteligencia nutrida con la ciencia y la experiencia, uno de los próceres de la sabiduría, de quien obtenía la sociedad consejo y ejemplo. Carrillo, ciudadano distinguido, literato excelente, probo letrado, justo juez, laborioso concejal, no puede ser objeto de la envidia de nadie porque ya ha muerto y no es obstáculo a la ajena ambición. Sus compatriotas deben consagrarle la manifestación de que el hombre público mereció bien de la patria, que conservó las tradiciones de la familia, que no desmereció del insigne habanero don Francisco de Arango y Parreño, de quien era próximo pariente, mientras sus hijos, sus deudos, sus amigos, lloran la desaparición del hombre privado».

Don Isaac Carrillo de Albornoz y O-Farrill, fué otro miembro destacado de esta distinguida familia: abogado y notable poeta, en 1862 publicó en «El Siglo» su primera composición en prosa, y su primera poesía en «El Rigoletto». Colaboró en «Revista del Pueblo», «El Occidente», de Guanabacoa; en «El Ateneo», en «Noches Literarias», en «Aguinaldo Habanero», y en «El Occidente de La Habana», de cuyo diario fué folletínista con el pseudónimo Carlos Alircia. Fué autor de los dramas «Magdalena» y «Luchas del alma». Entre sus artículos en prosa sobresalen: «María», «El hombre de la máscara», «Noches de luna» y entre sus poesías de mayor mérito deben citarse. «Inspiración», «A la guerra civil de los Estados Unidos», «Al Lícep de La Habana», «Adiós a Cuba», «A la muerte de mi padre», «El huracán del alma», y «El que con lobos anda». Su exaltación política se conoció primeramente en un soneto a Isabel II, y luego su periódico «La revolución», del que só-

lo se publicaron dos números, que ocasionaron su prisión y más tarde su expatriación.



PASEO DE CARLOS III



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PASEO DE TACON

1834, 29 Agosto.- El Gobernador Tacón da cuenta del Paseo en el campo, fuera de la muralla que está haciendo desde la Calzada de San Luis Gonzaga al pie del Castillo del Príncipe. Se hace con penados a obras públicas y negros emancipados (Fol. 162 r y v.)

Sobre el antiguo Paseo de Tacón, que empezaba alrededor de la Fuente de la India y terminaba en la Quinta de los Molinos

¿Qué se pudiera hacer con la montaña que coronaba el antiguo Castillo del Príncipe? — El Marqués de Balboa.—El General Salamanca.—Las anguilas de la Quinta de los Molinos.

por Tiburcio Castañeda

DEL propio modo que cuando uno abandona por largo tiempo un lugar querido, sea campestre o ciudadano, vuelve la vista hacia él como para emparar en el alma su recuerdo, así también cuando las necesidades del ensanche de una gran ciudad, como lo es la Habana, obliga a la destrucción o modificación radical de lugares que nos son queridos, queremos cerrar los ojos del cuerpo, como para conservar sus recuerdos cuando les dirigimos la postrer mirada, abriéndoles los de nuestra alma para conservarlos mientras nos dure la vida terrenal.

Así, apartando la vista del Capitán General de Cuba, Tacón, como tal gobernante, pues como tal no lo vamos a juzgar aquí, es indudable que el Teatro de la Opera de Tacón, sin belleza artística, pero con condiciones acústicas inmejorables; la preciosa Fuente de la India labrada en mármol de Carrara, tan blanquísimo que rivaliza con la albura de la azucena

aun después de cerca de un siglo que está a la intemperie; el Campo de Marte, cuya construcción fué atrevida por su anchura en medio de construcciones ciudadinas; la anchurosa Calzada de la Reina, que conducía y conduce al Paseo de Carlos III, que era el *de moda* para los que paseaban a pie como para los que iban en volantas y quitrines, en fandem o faetón hasta el pie de la montaña sobre la que se alza todavía el Castillo del Príncipe, que después de ser fortaleza sirvió, hasta hace dos años, para Presidio; ornamentado ese paseo de Carlos III por la

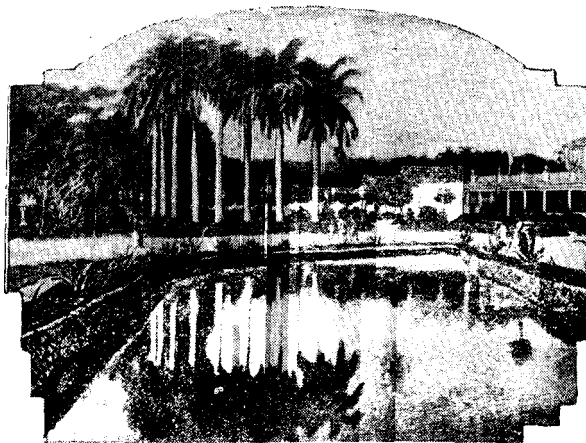
noble estatua de ese rey de España, reformista, de origen italiano, debiéndose a Cánova, el genial artista italiano ese bello monumento que hace olvidar, por fortuna, la feísima fuente que en ese paseo se levanta, que la llamaban "de los molinillos" por los artefactos de piedra que únense y que parecen molinillos para deshacer el chocolate en el hervidor, son blasones que puede ostentar la historia de ese Capitán General.

Los que fuimos amigos del Marqués de Balboa no olvidamos esta narración que él nos hacía: siendo don Pedro de Balboa jefe del Departamento de Instrucción Pública del Gobierno General, solía ir a cortejar en un faetón a la señorita Inés Golry, que paseaba en coche con algunos de sus familiares por el Paseo de Carlos III, guiando una tarde un faetón se le desbandó el caballo y allí quedó en el suelo don Pedro de Balboa, maltrecho y con una pierna rota,

teniendo que guardar inmovilidad absoluta en la cama mientras se consolidaba el callo óseo de la fractura.

Pero doña Inés, como galardón a la constancia del amor de Perico Balboa, como dicen que le llamaban sus íntimos, le concedió su amor y fueron siempre dos esposos muy amantes.

Y ya se sabe lo que quería el Marqués de Balboa a esta tierra de Cuba, pues nunca volvió a España y construyó el palacete, en que se miraba con regocijo, que hoy se ha ampliado y que es sede del Gobierno Civil de la Provincia de la Habana.



Zanja Real. Embalse en la Quinta de los Molinos.

Al final del Paseo de Carlos III estaba, a la izquierda, la estación del ferrocarril para ir a Marianao, y a la derecha, en la cercanía de la montaña del Castillo del Príncipe, se hallaba la modesta Quinta de los Molinos, así llamada porque se pensó construir allí, antes de que fuese estancia veraniega de los Capitanes Generales, alguna industria movida por la fuerza hidráulica de la Zanja Real, que se ve muy bien en una de las fotografías que se acompañan a este artículo y que daba agua a la ciudad de la Habana antes de que el genio de Albear la dotase con el caudal del agua de Vento.

Yo he conocido la Quinta de los Molinos cuando la habitaban los Capitanes Generales, teniendo a su vera el jardín que después se hizo Botánico, y por tanto, agregado a la Universidad. Vi en ella luego una Exposición de frutas y aves, siendo Presidente de la República el general José Miguel Gómez, y pronunciando el discurso inaugural mi muy estimado amigo el brillante diplomático señor Martínez Ortiz, que es hoy, con gran brillo para sí y para Cuba, Ministro de Estado. El Jardín Botánico, a pesar de los esfuerzos de la Universidad, a cuyo cargo está, es muy poco jardín para un país frondoso como Cuba, con las más bellas flores que jamás vieron humanos ojos, como dijera el descubridor; la Universidad está pidiendo a gritos un jardín como el de las Hespérides, y allí no hay sitio, en la Quinta de los Molinos, para tanta ostentación florestal.

Ya diremos después de este artículo por dónde puede extenderse ese menudo Jardín Botánico, en su cercanía actual.

Tenía la Quinta de los Molinos una gran ventaja para la tranquila estancia allí de los Capitanes Generales, que era su frescura y la belleza de sus flores.

No hay en todas las cercanías de la Habana sitio donde haya más brisa, sin viento molesto, que en la Quinta de los Molinos.

Pocas gentes saben, con haber vivido muchos años en Cuba, que por el fondo de la Quinta de los Moli-

nos corre la Zanja Real, tan anchurosa como se puede ver en la fotografía adjunta.

Y a esta razón quiero relatar algo que tiene estrecha relación con la estancia del General Salamanca, que fué Capitán General de Cuba.

Tenía el General un médico catalán muy práctico y sabio, Roure, que era, además, gran pescador de anguilas, que abundaban en ese trozo de la Zanja Real; se ponían las cuerdas con los anzuelos a las doce de la noche en la Zanja Real, y al recogerlas al amanecer era casi seguro que en cada anzuelo había una hermosa anguila, que cocida a la francesa, con su misma salsa—dicen los adeptos de Brillat Savarin—, son deliciosas.

Y a propósito del General Salamanca, han corrido muchas patrañas respecto de su muerte, y hasta se dijo que los españoles de Cuba lo habían envenenado porque los perseguía.

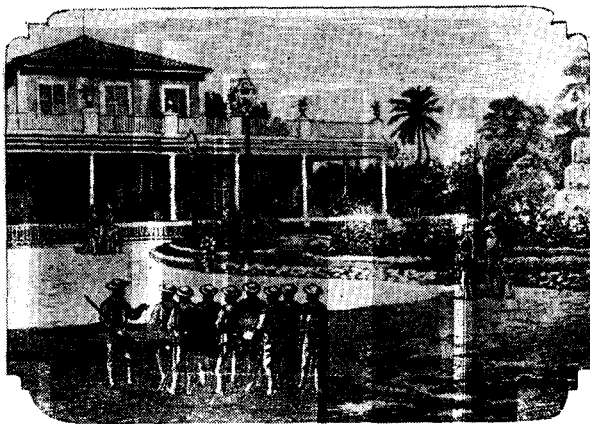
Salamanca tenía una antigua úlcera de origen específico (los médicos saben lo que esto significa) en el frente de la pierna derecha. Y de repente, como suele a veces suceder, se complicó esa úlcera con una violenta inflamación del hígado, que la mayor parte de las veces es mortal, como en el caso de Salamanca.

Detrás de la Quinta de los Molinos está el Castillo del Príncipe, que no tiene ningún objeto después de trasladados los presos que allí había al Presidio de Isla de Pinos.

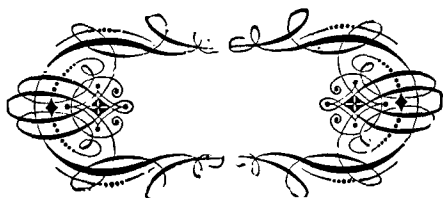
¿Para qué sirve el Castillo allí? A mi juicio, para nada, como no sea para ir sacando la piedra y tierra de que está formado e ir rellenando con ellas, por el Departamento de Obras Públicas, las enormes furnias que afean e impiden que se utilicen muchos terrenos del Vedado para construcciones.

El día que esa misma mole que forma la montaña del Castillo del Príncipe desaparezca, habrá hermosas perspectivas en el Vedado y Marianao, y el Estado podrá obtener pingües ganancias de las ventas de los solares que reemplazarán a la montaña sobre la que existe ese que fué Castillo.

La Habana, enero de 1929.



La Quinta de los Molinos en 1896.





Vista parcial del Paseo de Carlos III, que según el proyecto a que hacemos mención en este trabajo, formaría parte de la "Calzada de Serrano", y la cual se extendería desde la Capitanía del Puerto hasta el Castillo del Príncipe.

Proyecto para la Construcción de una gran Avenida, en el año de 1862

Por Rafael VALDERRAMA

FUE preocupación de todos los Gobiernos, en todas las épocas, en nuestro país, las obras de ensanche y embellecimiento, aún cuando jamás pudieron llevarse a cabo, hasta la presente Administración del General Machado.

Y es que no es lo mismo proyectar que ejecutar los proyectos, ya que se necesita para esto último la acción constante y el propósito firme de hacer las cosas.

Difícilmente, la actual generación de cubanos, en su mayoría, podrá juzgar desapasionadamente el esfuerzo gigantesco realizado por este Gobierno para ejecutar, como lo viene haciendo, el magnífico Plan

General de Obras Públicas, de que tan necesitado estaba nuestro país.

Obras insignificantes, relativamente, como a la que hacemos mención en este trabajo, en épocas propicias para ejecutarlas, si tenemos en cuenta las pocas edificaciones de importancia que entonces tenía la Ciudad de San Cristóbal de La Habana, quedaron en proyectos.

LA CALZADA DE SERRANO

A continuación reproducimos fielmente, tomado del original que se conserva en el valioso Archivo de

Ayuntamiento habanero, el "Cabildo de 23 de Mayo de 1862", que conoció del proyecto para la alineación y ensanche de las calles de Obispo y de O'Reilly y prolongación de la primera, por la de San Rafael o San José, hasta la Calzada de la Infanta, es decir, para construir una gran Avenida que habría de llamarse "Calzada de Serrano", en homenaje al Capitán General que gobernaba entonces la Isla.

La Habana, Enero de 1930.

"CABILDO DE 23 DE MAYO DE 1862"

EN la siempre fidelísima Ciudad de la Habana, en veintitres de Mayo de mil ochocientos sesenta y dos, se reunieron en la Sala Capitular para celebrar cabildo ordinario, bajo la Presidencia del Sr. Gobernador Político Dr. Antonio Mantilla, los Consejales siguientes:

Excmo. Sr. Conde de Cañongo, Alcalde.
 Sr. Dr. José Bruzón, Teniente de Alcalde 2o.
 Sr. Dn. Luciano G. Barbón.
 Sr. Dn. Juan Poey.
 Sr. Dn. Fernando del Pino.
 Sr. Dn. Salvador Samá.
 Sr. Dn. Ramón Herrera.
 Sr. Dn. Agustín Saavedra.
 Sr. Dn. Domingo Sterling.
 Sr. Dn. Luis Pedroso.
 Sr. Dn. Juan Crespo.
 Sr. Dn. Antonio Cintras.
 Sr. Dn. Pedro Martín Rivero.
 Sr. Dn. Nicolás Azcárate.

Se dió cuenta de la alineación y ensanche de las calles de Obispo y de O'Reilly y prolongación de la primera, por la de San Rafael o San José, hasta la Calzada de la Infanta; se examinó el último proyecto formado por el Arquitecto Municipal Dn. Saturnino García, en que se propone dar a ésta vía la anchura de veinticinco metros y se calcula en dos MILLONES, DOSCIENTOS SETENTA Y SEIS MIL, DOSCIENTOS TREINTA Y SIETE PESOS, (\$2.276.237) el costo de la reforma en su primera parte, o sea desde el muelle de Caballería hasta la Alameda de Isabel Segunda y se hizo lectura de los dictámenes favorables al ensanche, emitido por la Sección Sexta en catorce de Marzo y treinta de Abril anteriores; el último de los cuales dice así:

"La Sección Sexta ha examinado el nuevo plano levantado por el Arquitecto Municipal, para dar a la calle de Obispo, que tomará el nombre de Calzada de Serrano, el ancho de veinticinco metros, así como los presupuestos del costo que tendrá esta reforma, ascendente a \$2.276.237. Efectuada la reforma, con éste ancho, sería indispensable adquirir una gran parte de las casas que se hallan al fondo de las actuales, porque segregadas de ésta todo el terreno que fuere necesario para el ensanche, no quedaría en algunas ca-

lles lo indispensable para formar las fachadas, y en otras no resultarían sobrantes y las nuevas edificaciones, que no tuvieran un fondo regular, quedarían imperfectas y desdecirían de la elegancia de las fachadas. Grande aparece el costo presupuestado para una obra de esa clase, pero, si se considera la necesidad que tiene ésta Ciudad de dos grandes vías de comunicaciones con la ciudad de extramuros y con los paseos y espectáculos públicos, así como con las barriadas que se avecinan a la ciudad, se verá que no hay costo excesivo al lado del bien tan grande que disfrutarán nuestros venideros, que conocerán, más que nosotros, sus necesidades, puesto que vivirán en un siglo que participará de adelantos que no poseemos hoy. Además en éste costo, podrá haber una rebaja, por el aumento del valor que tomarán las propiedades que se hagan frente a ésta Calzada, y las que se enlacen con ella, porque indudablemente los establecimientos públicos y aún las habitaciones altas, tendrán un gran valor y pagarán altos alquileres, porque vendrá a ser el boulevard de la Habana, como son los de París y como lo es el Broadway de New York, el punto de reunión y de afluencia del público. Si retrocedemos ante la vista de la cantidad que se necesita para llevar a cabo la reforma, jamás haremos nada, porque no es posible reunir en la caja tan cuantiosos capitales, pero, una vez emprendida, sería ésta una obra Nacional y no sólo Municipal y cuando el Estado está interesado en la ejecución de un proyecto, siempre hallaremos recursos disponibles para que de una manera u otra auxiliemos la realización del proyecto, en la firme inteligencia que en el siglo de las luces, en que vivimos, jamás quedará una obra de utilidad pública empezada, sin que en más o menos tiempo, no se realice. Apruebe la Excmo. Corporación el proyecto, interesece a nuestro Excmo. Sr. Gobernador Superior Civil para que le preste su eficaz apoyo a una obra que transmitirá su nombre a las generaciones venideras, como la época gloriosa de su mando, en que podrá quedar señalada la de la primera Corporación Municipal de la Habana que inició las reformas que van plantando en la Capital de la gran Antilla y las que, continuando con celo y patriotismo de sus Consejales actuales, llegarán en pocos años a transformarlas completamente, y ponerlas al nivel de las principales capitales de Europa y América. Hay otro proyecto, con su presupuesto, para dejar a ésta Calzada con el ancho de catorce metros, con portales a un lado y otro, de tres metros de ancho.

Mucho ganariamos si se realizase éste proyecto, cuyo presupuesto asciende a \$459,988, pero lo considero insuficiente la Sección y por lo tanto se inclina al proyecto de los veinticinco metros que, aunque muy costoso, no lo será tanto en definitiva. Al proyecto de la gran Calzada de Serrano por la calle de Obispo, seguiría su prolongación hasta la loma del Príncipe, bien por la calle de San Rafael; bien por la de San José, prestándose, quizás mejor ésta, que la primera, por su mejor rectitud y por que saldría o pasaría por

el frente del gran edificio proyectado para Hospital Civil que necesitará siempre una gran vía para ir a él. Así la Sección repite, que se apruebe el proyecto de los veinticinco metros a la calle de Obispo y cuando se completen los estudios de la calle de San José y se comparen con los de la calle de San Rafael, se eligirá de los dos el que mejor condiciones tenga para la reforma. V. E. sin embargo acordará lo más conveniente. Habana y Abril treinta de mil ochocientos sesenta y dos.—Julián de Zulueta.

Concluida la lectura de éstos documentos, algunos señores Consejales usaron de la palabra en favor del proyecto y otros preguntaron si se trataba de llevarlo a cabo, desde luego, o su realización habría de ser obra sucesiva y gradual del tiempo. El Sr. Presidente manifestó, entonces, que si bien éste expediente se inició con objeto de hacer desaparecer las manzanas de casas comprendida entre las calles de Obispo y O'Reilly para formar de ellas una sola gran vía o al menos regularizar esas manzanas dando a ambas calles más anchuras, los estudios practicados sobre el terreno habría hecho modificar el proyecto primitivo, y reducirlo por ahora a fijar la lineación y la rectitud de la calle de Obispo, desde el muelle hasta la Alameda de Isabel Segunda, y prolongación más adelante por la de San Rafael o San José.

Que si se ha presupuestado el costo de la primera parte de ésta reforma, no es porque se trata desde luego, sino para que el Excmo. Ayuntamiento y la Autoridad Superior conozcan su importancia y puedan calcular su transcendencia. Que, por consiguiente, ahora solo se trata de que el Cuerpo Capitular haga el uso que estime de la facultad que le concede, en su caso cuarto, el artículo setenta del Decreto orgánico de los Ayuntamientos, fijando la alineación y anchura que debe darse a la calle de Obispo sometiendo su acuerdo a la aprobación del Gobierno Civil, según se previene en la última parte del citado artículo y dejando al tiempo el realizar la reforma, a medida que vayan arruinándose los edificios comprendidos en ella y sea necesario levantarlos de nueva planta, retirándolos a la línea fijada e indemnizando a los propietarios del valor de los terrenos que se les ocupe. Que para ejecutar de una vez la reforma sería indispensable, no solo tener disponible los DOS MILLO. NES DOSCIENTOS SETENTA Y SEIS MIL DOSCIENTOS TREINTA Y SIETE PESOS, en que se gradúa su costo, sino seguir el expediente por todos sus trámites, para obtener la declaración de utilidad pública y poder llevar a cabo las expropiaciones forzosas. Que una vez fijada la lineación y aprobado el ensanche gradual, ejecutado, naturalmente, en algunas manzanas o en varios edificios y desahogados los fondos Municipales, podrá llegar, mas o menos pronto, el caso de que convenga o sea indispensable precipitar la reforma y para ello buscar recursos extraordinarios; apelar a un empréstito; solicitar el auxilio directo o indirecto del Gobierno; pedir se declare el proyecto de utilidad pública para los efectos de expropiación forzosa o entrar en tratos amigables, con

los dueños de edificios para que lo cedan al Ayuntamiento por un precio razonable, punto seguramente importante pero en cierto modo secundario, que se irán discutiendo a medida que las circunstancias lo exijan, unos por éste Ayuntamiento, otros por los Ayuntamientos que le sucedan y cuya discusión, ahora, apartaría al cuerpo capitular del objeto principal de éste devate. Que entre los medios indirectos más eficaces que pueden escogitarse, para apresurarse la reforma, sería sin duda, el mejor y mas expedito el solicitar del Gobierno de su Majestad, la concesión de una lotería anual, cuyos principales premios consistirían en edificios, de valores determinados, construidos por el Ayuntamiento, sobre los terrenos que éste tubiera necesidad de expropiar, para llevar a cabo el ensanche en menos de diez años. Enterado de todo el Excmo. Ayuntamiento y considerando que el desarrollo que, en los últimos años ha tomado la población, el comercio y la industria y el mayor que parece debe tomar, en un porvenir próximo, exigen se facilite el movimiento social y mercantil, abriendo al efecto dos, tres o más vías amplias de comunicación que enlacen la ciudad antigua con la ciudad nueva; que aunque la ocasión mas oportuna para indicar las vías serían la que hayan de aprobarse, por el cuerpo capitular el gran plano geométrico que se está levantando, no puede esperarse a esa oportunidad a causa de que muchos propietarios de edificios ruinosos, situados en la calle de Obispo, pretenderán con urgencia, reconstruirlos; que es de evidente conveniencia e indispensable necesidad el ensanche de la citada calle, la más indicada de todas las de la población para semejante reforma, ya por hallarse en ella el Palacio del Gobierno y la Casa Consistorial, ya por ser el centro del comercio, ya por afluir a la misma el mayor movimiento de carruajes; que cuanto más se dilate la indispensable reforma proyectada, tanto más difícil será su ejecución y tanto mayor su costo, si como es probable se construyen en ella nuevos edificios valiosos; que la mejora de que se trata, si por el pronto gravosa, será al fin reproductiva, porque las fábricas que se levanten en la calle de Obispo cuando esté asegurado su ensanche, producirá tres o cuatro veces más de lo que hoy produce las que existen en ella, y por consiguiente se aumentarán en la misma proporción los ingresos por el impuesto sobre fincas urbanas: se acordó:

PRIMERO:—Declarar de imprescindible necesidad en el presente y más aún en un porvenir próximo, la formación de una gran vía de comunicación desde el Muelle de Caballería hasta las inmediaciones del Castillo del Principe, sin perjuicios de las demás que puedan acordarse al examinar el nuevo plano geométrico de la Ciudad y pueblos de la Jurisdicción, que se está levantando.

SEGUNDO:—Aprobar el proyecto de alineación y ensanche gradual de la calle del Obispo, desde el muelle de Caballería hasta la Alameda de la Isabel Segunda, dándole el ancho de veinticinco metros señalados a las de primer orden en el artículo 15 de las

ordenanzas de construcción y debiendo además establecerse soportales, de tres metros de lactitud en las nuevas edificaciones que se hagan, todo según el plano formado por el Arquitecto Municipal D. Saturnino García, que constituye la primera parte de la gran vía de que antes se ha hablado.

TERCERO:—Que se presinda, por ahora, del ensanche de la calle de O'Reilly a que se extendió éste proyecto, y que no pudiendo hacerse lo mismo con el proyectado para la calle de los Oficios y Callejón de Jústis, por haber solicitado en sus esquinas construcciones que más adelante harían imposible la reforma que las necesidades del tráfico exigen imperiosamente en puntos tan concurridos, se les dé a la calle de los Oficios el ancho de catorce metros, a espensas de ambas aceras y al Callejón de Jústis, el de diez en la misma forma así como está acordado para la calle de Obispo.

CUARTO:—Que, con arreglo a lo establecido en el artículo 60 del decreto organico de los Ayuntamientos, se consulte la aprobación de éste acuerdo con el Gobierno Superior Civil, explicando bien que no se trata ahora, de llevar a cabo, de una vez, ni en un periodo de tiempo determinado la reforma consultada, sino que sucesiva y gradualmente, ésto es, a medida, que vaya haciendose necesaria la reedificación de las casas comprendidas en el proyecto de alineación y ensanche.

QUINTO:—Que, entre tanto, el expresado Arquitecto, complete los estudios de la segunda parte del proyecto de la gran vía, o sea la prolongación de la ca-

lle del Obispo, desde la Alameda hasta el punto conveniente a las faldas del Castillo del Principe, por la calle de San Rafael, San José o Zanja, en la dirección más recta posible.

SEXTO:—Que, una vez sancionado por el Gobierno Superior Civil la parte del proyecto que se somete a su aprobación, el Excmo. Ayuntamiento escogitará los medios más adecuados para hacer frente a los gastos que ha de ocasionar la mejora, bien incluyendo en sus presupuestos ordinarios las cantidades necesarias para las expropiaciones que cada año puedan ocurrir, bien solicitando recursos extraordinarios, al efecto, bien convinando los intereses del Municipio, del Gobierno y de los dueños de casas para contribuir a la reforma y precipitar su ejecución cuando convenga, previo trámites legales que le corresponda, derecho a que no entienda renunciar el Ayuntamiento, aunque ahora sí lo limita al mismo por prudencia.

Este acuerdo fué adoptado por todo los señores Concejales presente, excepto por el Sr. Bruzón, quien reprodujo su voto particular consignando en la sección de 14 de Marzo, reforzándose con las recomendaciones hechas por el Consejo de Administración al examinar el presupuesto del corriente año, en que se indicaba la conveniencia de que el Ayuntamiento no hiciese gastos involuntarios mientras no se encontrasen más desahogados sus fondos; y por el Sr. Cintras, quien, reconociendo la conveniencia y utilidad del proyecto de reforma gradual, deseaba que antes de acometerlas se tuviesen presentes las consideraciones expuestas por el Sr. Bruzón''.



Obras Públicas utiliza gran número de Obreros

El Secretario de Obras Públicas Dr. Carlos Miguel de Céspedes, ha sido informado por la Oficina de Control de obreros, de este Departamento, que se utiliza un promedio diario alrededor de 17,000 jornaleros, en las distintas obras y servicios a cargo de esta Secretaría, de los cuales un 75% son de nacionalidad cubana.

Entre las obras en las que se viene empleando gran número de jornaleros, se encuentran las de construcción de la Carretera Central; las de los Acueductos de Santiago de Cuba, Pinar del Río, Trinidad y Camagüey; las de alcantarillado y pavimentación de esta última ciudad y las mejoras en el Término Municipal de Baracoa.

PASEO DE CARLOS III

Bay Sevilla, Luis: El Paseo de Tacón o de Carlos III.

en Arquitectura. Habana, añoVII
(1939) pag. 330-342.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

X CONSERVEMOS EN EL PASEO DE CARLOS III LA ESTATUA DE ESTE MONARCA Y ^{LA} DE LA DIOSA CERES.

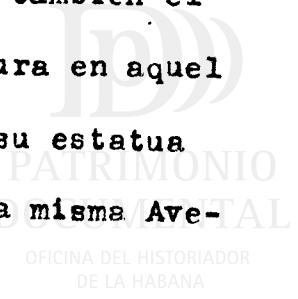
Por Cristóbal de La Habana.

Vamos a consagrar hoy esta crónica retrospectiva sobre personajes, cosas y acontecimientos de nuestra capital, que mensualmente redactamos para las lectoras de Vanidades, a una de las estatuas mas antiguas, artísticas y justificadas, que constituye ornamento y orgullo ~~de~~ para los habaneros de todos los tiempos; la del Rey de España Carlos III, que fué erigida en la Alameda de Extramuros, trasladándosela después a donde hoy se encuentra, o sea al antiguo paseo de Tacón, denominado posteriormente y en la actualidad, Paseo de Carlos III.

Y aprovecharemos para hablar de la historia y peripecias de dicha estatua, la actualidad que nos ofrece la reciente petición formulada, desde las páginas del diario El País, de esta ciudad, por nuestro compañero y amigo el señor Benito Alonso, para que sea ~~reubicada~~ desplazada del lugar en que se encuentra, y conservada como reliquia histórica en el Museo Nacional.

Queremos, antes de seguir adelante, dejar expresada nuestra oposición a ese proyecto, por las razones que en seguida daremos a conocer.

Pero seanos permitido esclarecer previamente un error en que incurre tan distinguido compañero, al ~~apoyar~~ apoyar también el traslado al Museo Nacional de otra estatua que figura en aquel Paseo. "De igual manera - dice - se procederá con su estatua gemela, la de la Reina Isabel II que se halla en la misma Avenida".



Es esta una lamentable confusión en que ha se ha incurrido mas de una vez, al tomar por figura escultórica representativa de la Reina Isabel II, la estatua de la diosa Ceres que remataba la columna central de la fuente construida en la segunda glorieta o rotonda del Paseo de Tacón a espaldas de la estatua de Carlos III.

Al capitán general don Miguel Tacón, que como todos los déspotas, de todas las naciones y todos los tiempos, ~~XXXXX~~ a la vez que ahogaba drásticamente derechos y libertades y perseguía y atropellaba a patriotas e intelectuales cubanos, dedicó preferente atención al desarrollo de las obras públicas en esta capital - débese el embellecimiento del antiguo camino militar o del Príncipe, que arracando de la intersección de las calzadas de Belascoaín y de San Luis Gonzaga, después de la Reina, llegaba hasta las faldas del castillo del Príncipe, y fué por reconocimiento a esas obras allí realizadas por dicho gobernante que ^{la vía} ~~XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX~~ recibió el nombre de Alameda o Paseo de Tacón.

Dotó el Paseo de ^calles que se hallaban divididas ^{por} ~~en~~ cuatro hileras de álamos blancos, colocó bancos de piedra y construyó cinco glorietas o rotondas. En la primera, a la terminación de ~~X~~ la calzada de San Luis Gonzaga y su cruce con la de Belascoaín, aparecía la estatua de Carlos III, custodiada por dos leones de mármol sobre pedestales de piedra, y ornemanda con dos columnas dóricas, rematadas por sendas urnas. En la segunda rotonda fué colocada la fuente de la Columna o de la Ceres, a que ya nos hemos referido, consagrada a esta divinidad pagana, protectora de ^{la} ~~M~~/agricultura, hija de Saturno y Rhea, Ops o Vesta, cuya cuna se disputan Egipto, Creta, Grecia y Sicilia. Y cuenta la ~~XXXXX~~ leyenda que era

tan bella Ceres, que su hermano Júpiter se enamoró perdidamente de ella, y ~~correspondió~~ y fué correspondido, pues de la unión de ambos nació, una hija llamada Proserpina. Pero la hermosura de Ceres había de ocasionarle quebrantos y trastornos gravísimos en su vida mitológica. Y tan impetuosamente como Júpiter, Neptuno se volvió loco por Ceres. Esta, para eludir su persecución, se metamorfoceó en yegua, inútilmente, porque Júpiter tomó la forma de un caballo, y la conquistó. De estos nuevos amores vió la luz el caballo Arión, que tenía de hombre las piernas derechas y gozaba de la palabra humana. Ceres avergonzada de su monstruoso hijo, cubriose de luto, ocultándose en una gruta de Arcadia, con lo cual la tierra estuvo a punto de perecer, víctima de una espantosa esterilidad, lo que se evitó gracias al descubrimiento hecho por el dios Pan, de la desgraciada diosa, y su reintegración al mundo. Y por si ^t ^{esto} ~~esto~~ fuera poco, se dice también que Ceres tuvo amores con Jasione o Jasio, hermano de Dárdano y Harmonia, del que tuvo dos hijos, Pluto, dios de las riquezas, y Corito.

Si tenemos en cuenta la ^{odisea} ~~vida~~ accidentada ~~esta~~ de esta diosa, no nos debe extrañar que sea confundida con un personaje de la vida real - Isabel II - que igualmente pasó por el mundo levantando tempestades amorosas, familiares y nacionales, y que ahora, por último, negada por Benito Alonso su verdadera personalidad, se quiera recluir su estatua representativa en el Museo Nacional.

Sirvan estas líneas para devolverle a la referida estatua del Paseo de Carlos III su ser y estado propios, de símbolo escultórico de la diosa Ceres, y pedir a las autoridades correspondientes, que no lleven adelante el proyectado confinamiento de la misma en ~~el~~ Museo Nacional, sino que la dejen donde se encuentra para que, aunque mutiladas sus manos desde hace tiempo, procure derramar sobre esta tierra sus mercedes, su beneficiosa influencia, de protectora de los campos y de la agricultura, de modo que en la ruda prueba a que Cuba ha de ser sometida, posiblemente, con la extensión^a del actual conflicto bélico del viejo mundo, nuestro suelo, ya pródigo naturalmente, alivie un tanto, debidamente fomentado, la crisis económica espantosa que pudiera producirse y los cubanos se basten ~~en~~ ^{a. sí} mismos para su diario sustento y hasta para su progreso y mejoramiento futuro. ¡Que la diosa Ceres nos proteja!

Y volvamos a la estatua de Carlos III, a la que también se quiere castigar a reclusión perpetua en el Museo Nacional, lo que juzgamos absurdo e injusto, por el personaje que representa y por la estatua en sí.

De todos los ~~reyes~~ monarcas que gobernaron en España durante los cuatro siglos de su dominación en esta Isla, Carlos III es el único que merece reconocimiento, gratitud y cariño por parte de los cubanos, porque él aprobó y dió curso a varias y muy laudables medidas acordadas por sus ministros liberales en favor del comercio, la industria, la educación, la cultura y la beneficencia en Cuba; medidas, muchas de las cuales fueron puestas en práctica durante el gobierno del benemérito don Luis

de las Casas, el mejor de los gobernantes de Cuba colonial,

esto no

Y estas razones poderosísimas fueron tenidas en cuenta el año 1935 por ^{el} Historiador de la Ciudad, nuestro compañero Emilio Roig de Leuchsenring, al pedir, en informe dirigido al entonces Alcalde de La Habana, doctor Guillermo Belt, le fuese restituído al Paseo de Carlos III, ese nombre, como así se resolvió por Decreto-Ley de 13 de enero de 1936.

En efecto ~~debido~~ a las acertadas disposiciones ya referidas de Carlos III, se inició en Cuba el desarrollo de la cultura; se crearon en España las Sociedades Económicas, que en La Habana y en Santiago de Cuba recibieron ^{primeramente} el nombre de Sociedades ^Ppatrióticas; vió la luz el primer periódico, no de noticias oficiales sino literario, que ha existido en Cuba: el Papel Periódico de La Habana; se fundó la Casa de Beneficencia; se inauguró la primera biblioteca pública; se decretó, mediante el establecimiento del Real Consulado, el comercio libre de América con Europa, que abrió la Isla al comercio mundial, suprimiéndose para ello el monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla y la concesión hecha a Cadiz; y se derogaron ^{muchos} ~~los~~ impuestos ^{per-} ~~que~~ ^{judiciales} a ~~aprobaban~~ la industria. Aunque algunas de estas disposiciones no llegaron a implantarse en Cuba sino en tiempos de Carlos IV y Fernando VII, es a Carlos III y a sus ministros liberales a quienes corresponde la gloria de la misma y el reconocimiento ~~y gratitud~~ de los cubanos.

lo
Bien comprendieron así los insignes patricios que ^{en 1794} integraban la directiva ~~en 1794~~ de la Sociedad Patriótica de La Habana, el premiar en concurso abierto ese año, para inquirir qué estatua ~~debían colocarla en el nuevo Paseo de~~

debían colocarse en el nuevo Paseo de Extramuros, la Memoria que presentó don Tomás Romay, señalando como "los cuatro sujetos de la antigüedad que mas derecho tenían a la gratitud nuestra", a Cristóbal Colón, Juan Francisco Caraballo, Martín Calvo de la Puerta y Carlos III.

seca
 El Reinado de Tito - ~~expresaba~~ ~~Tomás~~ Romay, en el estilo pomposo y altisonante de la época - no fué mas feliz a los romanos que el de Carlos III a los habaneros. Calculad sus días y sabréis el número de las gracias que nos dispensó. Pero el 16 de octubre de 1765, el 26 de mayo del 68 y el 5 de julio de 1770 sobresaldrán tanto en los fastos de nuestra prosperidad, como el sol y la luna entre los astros del firmamento. Entonces fué cuando rompiendo las antiguas y gravosas cadenas de nuestro comercio, lo franqueó / los principales puertos de la Península, suprimió una multitud de derechos que aprisionaban la industria y enervaban la actividad, y con un solo rasgo de pluma nos hizo a todos felices proscribiendo aquel detestable monopolio que ~~nos~~ enriquecía a cuatro particulares con ~~de~~trimento de toda la Isla. Esta es la época de la igualdad de nuestras fortunas, este es el fecundo cauce de donde han manado tantos y tan grandes beneficios. De aquí el ^{me}foento de trescientos y ~~mas~~ ingenios de fabricar azúcar, de aquí esos edificios que decoran La Habana, honran las artes, protegen la humanidad. De aquí la feliz ^{refo}meta ~~sermosis~~ que la ha convertido en una ciudad culta, brillante y populosa. >

Esta Memoria del doctor Romay fué considerada por el reaccionario

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

rio obispo Trespalacios de contener conceptos subversivos, acusando ^{al progresista} ~~al~~ ^{al} progresista gobernador don Luis de las Casas de alentar en los cubanos ideas perjudiciales a la ~~soberanía~~ soberanía española.

El doctor Tomás Romay terminaba su Memoria pidiendo fuese erigida en La Habana una estatua a Carlos III. "Muéstrese en fin, - declaraba - la estatua de Carlos III a nuestros hijos, pero antes dígaseles, póstrense en su presencia, besen la tierra en que se apoya, respétenla y bendíganla antes de saber/quién fué su original. Esta, aunque última en la ^serie de los tiempos, es en nuestra veneración la primera, es la imagen mas propia del grande, del inmortal Carlos III nuestro Rey, nuestro padre y restaurador".

De las cuatro estatuas propugnadas por el doctor Tomás Romey, es elocuentemente significativo que sólo llegase a erigirse una de ellas, la de Carlos III, y costeada por suscripción que llevó a cabo entre sus miembros la Sociedad Patriótica de La Habana.

El acto del descubrimiento de la estatua tuvo lugar el 4 de noviembre de 1803. Fué el autor de esa bellísima escultura, Cosme Velázquez, director de la Academia de Bellas Artes de Cádiz, según consta al pie de la estatua y se ha comprobado con documentos de asientos que existen en el Archivo Nacional y en la Sociedad Económica de Amigos ^{del} ~~del~~ País, aunque erroneamente se atribuyó, debido a su alto valor artístico, al gran Canova.

A las razones de orden histórico y de reconocimiento justísimo por parte de los cubanos a Carlos III, según queda explicado, se unen también las del mérito artístico de la estatua. ~~En su obra~~
~~monumental y estatuaría de~~ Eugenio Sánchez de Fuentes y Peláez, en su obra Cuba Monumental, Estatuaría y Epigráfica, describe así el monumento: "La escultura es de un palmo mas alto que el natural, y se halla vestida con el rico manto e insignias de la Gran Cruz de la Real y distinguida Orden de Carlos III, de la que fué creador el original, y peinado con los bucles y la coleta a usanza de la moda de aquella época, teniendo la espada ~~colgada~~ colgada al cinto y empuñado el cetro. La figura resulta airosa y noble y parece caminar, o hallarse en la noble actitud de dispensar una gracia o de disponer el remedio de sus pueblos afligidos y espantados, con lo rumores de guerra que se sentían alrededor de España a fin de del siglo XVIII".

Sobre el solemnísimo acto de inauguración de la estatua a Carlos III escribió una oda anacreóntica don Manuel de Zequeira y Arango, fundador de nuestro Parnaso y uno de los principales redactores del Papel Periódico.

En 1836 fué trasladada la estatua al ~~lugar~~ ^{sitio} en que actualmente se encuentra, en el entonces Paseo de Tacón, que ha conservado el nombre, hasta nuestros días, según ya vimos, de Carlos III, y en el lugar de la Alameda de Extramuros donde se encontraba primitivamente, fué emplazada la fuente de La India o de la Noble Habana.

No es ahora que por primera vez se pretende inconsultamente quitar la estatua de Carlos III del Paseo de su nombre. También se ~~pretende~~ ^{prato} en 1924, pronunciándose ^{entonces} enérgicamente contra esos

desacertados propósitos la Academia de la Historia de Cuba y la Sociedad Económica de Amigos del País.

Ahora, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, al tener conocimiento de los propósitos, ^{que} según la información periodística del señor Benito Alonso, existen de llevar la estatua de Carlos III, como reliquia histórica, al Museo Nacional, se han dirigido al señor Presidente de la República y al señor Ministro de Obras Públicas, protestando de ese traslado y demandando sea conservada en el lugar en que se ^e encuentra la estatua del monarca español que allí colocaron, por iniciativa de eminentes cubanos y debido a suscripción popular, el reconocimiento, ~~la~~ ~~gratitud y el cariño~~ de los habaneros, en representación del pueblo todo de Cuba.

Por encima de pequeñas pretextos que para satisfacer las necesidades del tránsito urbano, se invocan ahora ~~como fundamento~~ ~~para~~ para quitar la estatua de Carlos III del Paseo de su nombre, deben prevalecer las altas y fundamentales razones morales, políticas, patrióticas y artísticas, por nosotros expuestas, que justifican la permanencia en ⁱ dicho lugar del referido monumento al único de los monarcas españoles que se hizo acreedor a la gratitud cubana.

EL CENTENARIO DEL PASEO DE TACON.

EN todas partes las efemérides que representan una centuria, son celebradas con pompa y alegría, ellas significan un jalón más en la historia ciudadana, nacional o particular.

Nos demuestran al andar del tiempo, que se mantiene vigorosa, lozana o rejuvenecida aquella fundación, que las generaciones subsiguientes han sabido sostener, en honrosa memoria de los que fueron.

El Paseo de Tacón, después Carlos III y hoy Avenida de la Independencia, cumple este año su primer centuria, tal fecha no debe permanecer inadvertida como ha sucedido con otras, las que enterradas en el olvido general, ni siquiera fueron miradas con fría indiferencia. Así aconteció con la del Cuarto Centenario de la Fundación de la Habana, pasó ese día sin que ningún acto público, digno de la memorable fecha, recordara al pueblo aquellos varones que tuvieron el singular acierto de escoger el bellissimo lugar donde se asienta, desde hace cuatrocientos dieciséis años, la vetusta y siempre joven ciudad de San Cristóbal de la Habana.

Los nuevos poderes que pronto han de estar al frente de la nación no seguirán la ruta de olvido, en que los anteriores se distinguieron, sino atentos a cuanto contribuya a enaltecer recuerdos y a conservar nuestras originales costumbres, harán por perpetuar lo que es genuinamente cubano. Esos dignatarios de la nación no han de consentir que el recuerdo de las fechas gloriosas desaparezca para siempre por mortal abandono o criminal indiferencia.

Para celebrar el primer centenario de la importante vía, que permitió a la Habana extender su radio mediante esa gallarda avenida, que habían de bordear mansiones y jardines, nada más apropiado que la reproducción de un paseo a la usanza de aquellos tiempos. Todas las volantas que aún se conservan, transcurrirían de un extremo a otro del Paseo, ocupadas por señoras y señoritas a la moda de la época, mientras los caleseros conducirían los caballos enjaezados según la costumbre criolla. Caballeros vestidos a la moda de aquellos días, pasearían montados a caballo, mientras en los paseos laterales, grupos de damas y caballeros ataviados con los trajes de aquel tiempo contribuirían a darle animación y verismo al espectáculo, que deberá celebrarse desde la tarde hasta bien entrada la noche.

La parte destinada al público será el espacio comprendido por las dos calles laterales y aceras. Se colocarán dos hileras de sillas, por cuyo uso se cobrará determinada cantidad, la que será destinada a los asilos benéficos.

Para el mejor aspecto del Paseo, se repararán las dos columnas de la entrada y los pedestales de las estatuas, y si ello fuera posible, se reconstruirán las fuentes que allí existieron.

También debe repararse la estatua de Carlos III a la que falta una mano.

El pueblo necesita expansiones, debe de conocer su historia, debe sentir orgullo de su prosapia, rindiendo un recuerdo a los antepasados. Este acto pudiera ser el inicio de otros, conmemorativos de la Historia de Cuba, cuya finalidad sería infiltrar en el corazón de la juventud, amor y reverencia a nuestro pasado, fe inquebrantable en nuestros futuros destinos.

Estos espectáculos o cuadros históricos podrían repetirse durante el invierno, contribuyendo con un atractivo más a los esfuerzos que en pro del movimiento turístico realiza la Corporación Nacional del Turismo.

Eusebio DARDET.

Habana, Mayo 6, 1936.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL PASEO DE TACÓN O DE CARLOS III

QUEREMOS ofrecer hoy un trabajo documentado sobre el Paseo de Tacón o de Carlos III que, como parte importante de nuestra ciudad, ha sufrido una lógica evolución, aunque justo es confesarlo, no para mejorar y afirmar sus posibles aciertos artísticos, sino para facilitar a costa de ellos, sin duda, el tránsito urbano, más creciente de día a día.

Otra razón nos ha llevado a concebir y planear este extenso artículo de sabor histórico, y es, la actualidad que tiene en estos momentos el Paseo de Tacón o de Carlos III, merced a los distintos concursos y proyectos de Plaza Cívica y Monumento a Martí, que serán una realidad bien pronto.

Nos interesa mucho señalar que hemos prescindido deliberadamente de datos y referencias dudosos, apoyándonos en cada caso, cuando nos ha sido posible, en el documento gráfico, mucho más rico en posibilidades y exactitudes que las distintas descripciones literarias de nuestros escritores del pasado siglo.

Al Mariscal de Campo Don Mariano Carrillo de Albornoz, cuyo nombre encontramos unido siempre a todas las obras de embellecimiento de nuestra capital, le fué confiada por el Gobierno de la colonia el estudio de un plan de paseos que, enlazados por el Oeste, debían mejorar la capital. La primera sección de N. a S., que estudió fué la Alameda de Isabel II que tanto hubo de embellecer la Habana. Planeó y construyó también las calzadas de la Infanta y de la Reina, a la que dió su actual forma, la de Belascoaín y el Paseo Militar o del Príncipe, denominado desde entonces "Alameda del General Tacón" como homenaje justo al entonces Capitán General Don Miguel Tacón, quien facilitó los primeros recursos para llevar a término estas admirables obras de embellecimiento.

El Duque de Tetuán y el Conde de Alcoy, que sucedieron al General Tacón en el Gobierno de la Isla, continuaron las obras iniciadas por este último, las que se terminaron, bajo la dirección siempre del propio ingeniero Carrillo de Albornoz, a fines del año 1850.

En el año 1829 existía ya el camino que de esta ciudad conducía al Castillo del Príncipe, aunque en tan deplorables condiciones, que en la época de las lluvias era casi imposible transitarlo. Este camino se

iniciaba en la intersección de la Calzada de San Luis Gonzaga con la de Belascoaín, atravesaba los sitios llamados de Peñalver y seguía en línea recta hasta la Fortaleza del Príncipe. Tenía en total una extensión de mil doscientos diez metros y un ancho de cincuenta y uno. Esta ruta acortaba grandemente la distancia hasta la Fortaleza, y evitaba el rodeo que era necesario dar por el camino de San Lázaro y las canteras.

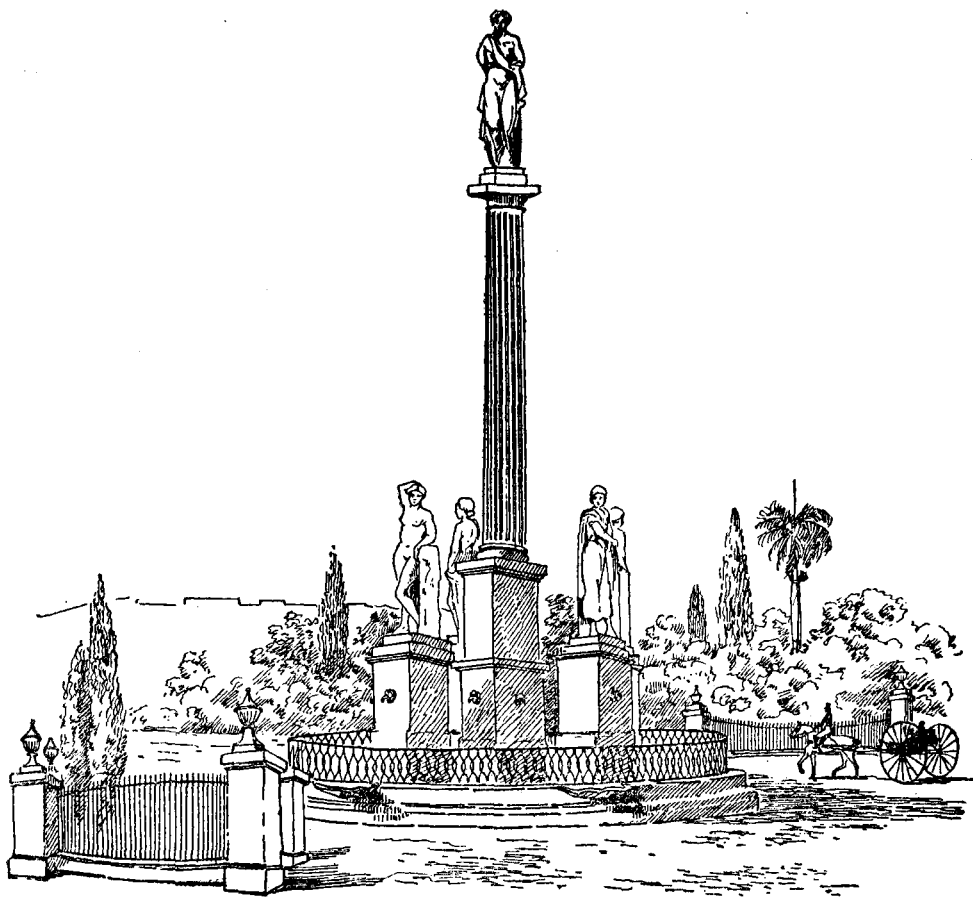
Todo esto decidió al General Tacón a llevar a la práctica la idea que le animaba de construir en aquel lugar, además de una vía de pavimento firme, un sitio de recreo y solaz para los habitantes de la capital, que en aquella fecha ya se elevaba a más de ciento sesenta mil personas.

Así lo expresa el propio General Tacón en el informe que redactara al entregar el mando de la Isla, en 1838, al General Ezpeleta, consignado los motivos que le llevaron a emprender esta obra.

"Carecía la capital—dice el General Tacón en su informe—de un paseo de campo, donde se pudiera respirar el aire puro y libre, y me resolví emprenderle desde el campo que llaman de Peñalver, hasta la falda de la colina donde se halla el Castillo del Príncipe."

"Este sitio, en ese entonces, aunque pantanoso y anegadizo, resultaba el más a propósito para una obra de esta especie en los alrededores de la ciudad y en la parte en que no es circundada por el mar. Había también otro motivo que concurría a convertir la obra doblemente útil, cual era la fácil comunicación de esta plaza con el Castillo del Príncipe, interrumpida en aquella parte durante la estación de las lluvias. Quedó realizado el Paseo con arboledas, jardines, fuentes, cascadas y estanques, que, sirviéndoles de adorno, hacen la atmósfera fresca y agradable y satisfacen a la concurrencia, que es siempre numerosa, particularmente en los días festivos."

Como para construir este Paseo era preciso modificar los niveles de la *Calzada de San Luis Gonzaga* que luego se llamó *de la Reina*, en aquel entonces llena de desigualdades y barrancos, que no podían hacerse desaparecer sin destruir o dejar enterradas las casas de los puntos más bajos, fué absolutamente indispensable elevar en el centro una calle de cua-



La Fuente de la Ceres o de la Columna en la Alameda del General Tacón, según un grabado en madera del año 1849

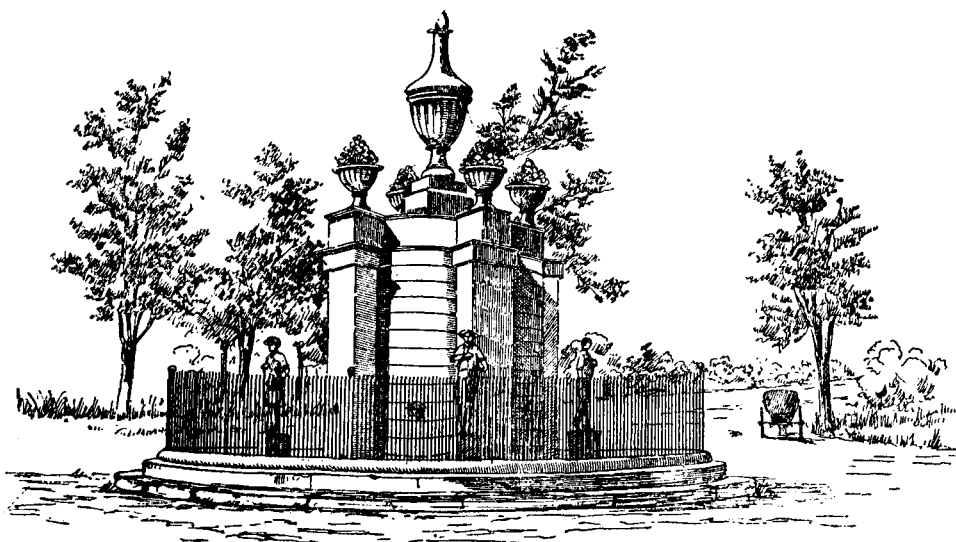
renta varas de ancho con muros de sillería, resguardada con verjas de hierro y canapés de piedra, conciliando el ornato de la obra y la comodidad de los carruajes, y dejando a los costados dos calles laterales de diez varas de ancho para el tránsito de carretas y carretones de la misma anchura que casi todas las de la ciudad.

“De mucho tiempo atrás, dice en un interesante trabajo sobre este Paseo el famoso costumbrista Cirilo Villaverde, en el punto en que la Zanja de Antonelli abandona la falda del Castillo del Príncipe y tuerce hacia la ciudad, existían las fábricas conocidas por los Molinos del Rey y dos vías de comunicación con ellos y el Castillo; la una por la orilla derecha de dicha Zanja, y la otra por la misma línea cuasi que ahora recorre el Paseo Militar, pero ambas interrumpidas a veces por causa de las lluvias y lo bajo del terreno. Las tropas que bajaban o subían al Príncipe llevaban esta ruta, pero en época de las lluvias utilizaban otro camino por la orilla del mar, dejando a la izquierda a San Lázaro y pasando por entre la quebrada de la Loma de Aróstegui a buscar las espaldas del Castillo, ruta ésta, que aunque más larga, era menos pantanosa.”

“Todos estos inconvenientes quedaron allanados con la obra del *Paseo o Camino Militar*. El terreno en que se construyó, conforme hemos dicho, era bajo, anegadizo en demasía, de aquí los costos y el trabajo, que sólo pudiera haber superado la constancia y decisión de un hombre emprendedor en su más alto punto como lo fué el General Tacón.”

La Calzada de la Reina tuvo principalmente el nombre de *San Antonio* por el ingenio de San Antonio Chiquito del regidor Blas Pedroso que estaba situado muy cerca de la misma. Después tomó el nombre de *San Luis Gonzaga*, por la ermita de esa advocación erigida en la esquina de la Calzada de la Beneficencia (Belascoaín), en donde decían misa y era un alivio para el vecindario por la gran distancia en que se hallaba la parroquia. La ermita fué demolida en el año 1837 conjuntamente con otras casas para dar mayor amplitud y belleza a este Paseo de Tacón.

En el año 1735, según afirma La Torre, se dió a esta calle recta alineación, construyéndosele aceras a costa de los Padres Jesuitas que tenían estancias en San Antonio Chiquito. El Malecón fabricado como hemos visto en tiempos del General Tacón, se des-



Fuente de los Sátiros o de las Flores, según un grabado en madera del año 1850

truyó en 1844, dotándose a la calle de anchas aceras y de bonito arbolado. Fué bautizada entonces con el nombre de Calzada de la Reina, que es por el que principalmente se le conoce en la actualidad, pues cuantos me leen, de seguro no ignoran que a esta calle se le dió últimamente el nombre de Avenida de Simón Bolívar, como homenaje al gran libertador.

El terreno donde fué emplazado este Paseo era la estancia llamada de Peñalver, cuyo costo no excedía entonces de unos doscientos cincuenta pesos, y además, el placer conocido por Carmona, pero la sucesión de la Condesa de Jibacoa, propietaria de la estancia, la hizo figurar con fines lucrativos como dividida en *solares*, con un valor cada uno de mil pesos, por lo que el costo de los terrenos se elevó nada menos que a la cantidad de veintidós mil quinientos pesos, toda vez que fueron veintidós y medio solares los necesarios para el emplazamiento del Paseo.

En el Juicio de Residencia del General Tacón, la sucesión expresada compareció en él, haciendo la reclamación consiguiente, aunque sin obtener éxito en su empeño.

No fué ésta la única demanda que se formuló contra el General Tacón, pues el Ayuntamiento de la Habana, queriéndole sacar lascas al asunto también le reclamó igualmente una indemnización por el valor de la "Fuente de los Leones" y la responsabilidad consiguiente por el perjuicio sufrido al cons-

truir el Malecón, o perjudicialísimo terraplén, según dicho Ayuntamiento, que afeó una de las más hermosas calles de la Ciudad, y trajo como consecuencia el socavarse los cimientos de muchas casas que quedaron sepultadas bajo los muros, por el afán de hacer una calzada a perfecto nivel, con sólo el objeto de transitar por ella y dirigirse al jardín que había formado a la falda del Castillo del Príncipe, constituyendo esto un exceso de facultades, toda vez que no consultó antes de la ejecución de la obra, la voluntad del Ayuntamiento.

El defensor del general Tacón demostró en un magnífico informe lo infundado de estos cargos y lo mucho que había ganado aquella parte de la Ciudad con este Paseo, por lo que también fué desestimada esta reclamación.

Cierto es que el rebajo que fué preciso hacer de aquella eminencia alteró algo los rasantes de los pavimentos y ésta fué la segunda vez que se verificó, pues en el año 1823 el Regidor Constitucional Gutiérrez, encargado del arreglo de algunas calles de extramuros, se vió obligado a desmontar un poco la calle.

En esta obra de Tacón quedó demostrado que ninguna de las casas sufrió deterioro de consideración, ni ningún propietario dejó de ser auxiliado por el Gobierno, técnica y económicamente, para el recalzo de las cimentaciones que sufrieron con las obras. Por el contrario, los propietarios confesaron sinceramente que las obras les había favorecido grandemente al

punto que a los que tenían casas en las dos primeras cuerdas entre la Plaza de Tacón y la calle lateral se le sofrecía ya en 1839 el cincuenta por ciento sobre su valor en 1831.

Como reafirmación a lo escrito anteriormente transcribiremos las palabras pronunciadas por el defensor del general Tacón, licenciado José Antonio Olañeta, al tratar de la reclamación formulada por el Ayuntamiento:

Todos los proyectos de nivelación total y parcial—dijo en su informe el licenciado Olañeta—se estrellaban en las desigualdades del terreno y en la viciosa construcción de las casas, inconvenientes que desde su principio pudo haber evitado el Ayuntamiento en obsequio de esa misma comodidad y ornato que ahora reclama. En tal estado de cosas no quedaba otro remedio que una calle elevada en el centro que salvase la cañada a manera de puente, dejando otras colaterales de suficiente capacidad en el antiguo piso de la Calzada. Se adoptó este proyecto consultado por facultativos y se dispuso su construcción en la forma elegante que existe.

Hallábase embellecido este Paseo con cinco glorietas o rotondas, trazadas a distancias distintas y rodeadas de enverjados y de asientos circulares, siendo de sillería las dos primeras y las demás de banquetas de piedra, adornadas unas y otras con pinos de Nueva Holanda.

Se iniciaba el Paseo al final de la Calzada de la

Reina en su cruce con la de Belascoaín. Esta primera rotonda era la más decorada por ser el comienzo del Paseo. Ostentaba dos pilares de piedra a cada lado, sosteniendo dos leones tallados en mármol que miraban al Oriente. En cada uno de estos pilares podían leerse unas lápidas de mármol con las siguientes inscripciones:

En la de la derecha:

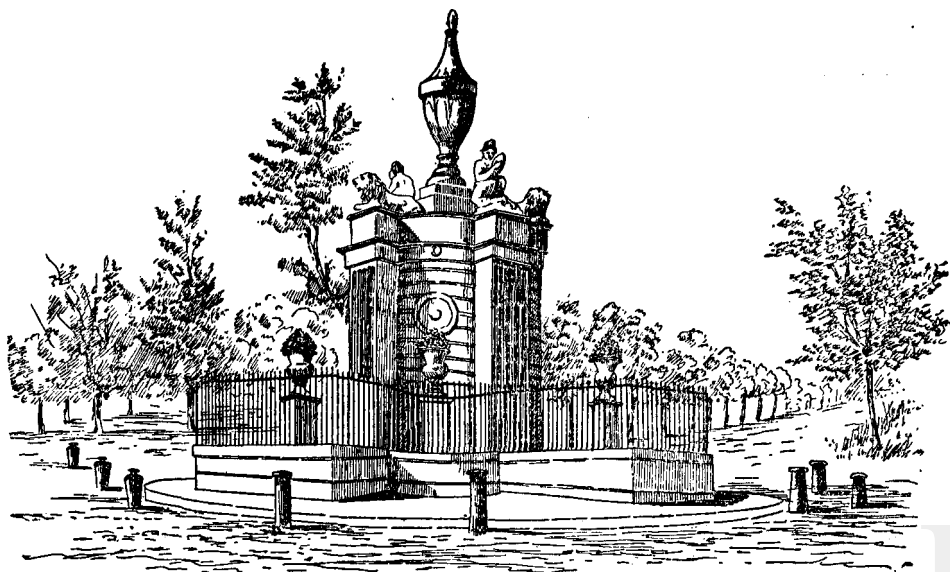
ESTA OBRA LA PRINCIPIÓ
EL EXCMO. SR. CAPITÁN GENERAL
DON MIGUEL TACÓN
EN EL AÑO 1835
CONTINUÁNDOLA HASTA 1838
QUE CESÓ EN EL MANDO

Y en la de la izquierda:

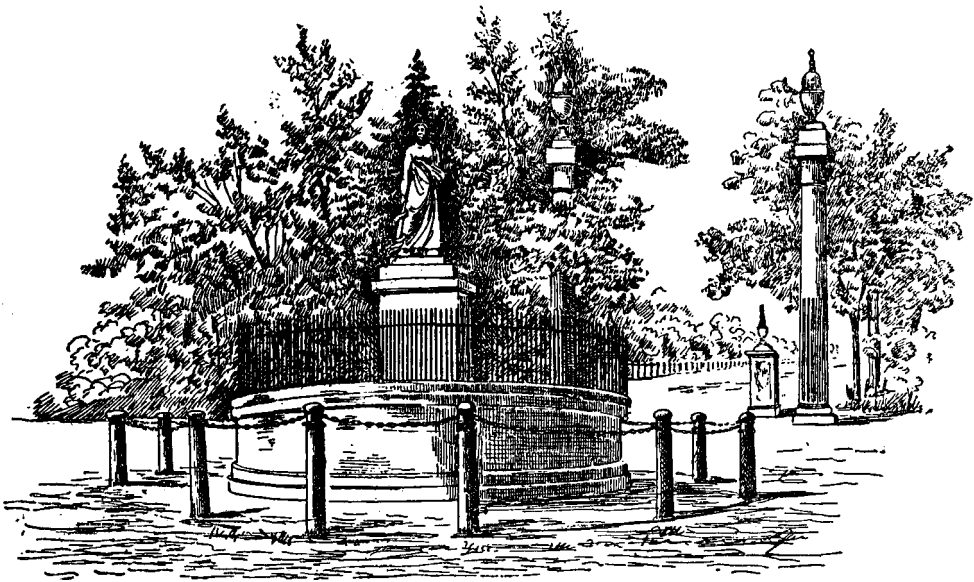
SE CONCLUYÓ POR SU SUCESOR
EL EXCMO. SR. D. JOAQUÍN DE EZPELETA
EN 1839

Existían también, y se conservan en la actualidad, dos columnas dóricas de piedra, estriadas desde la base hasta dos terceras partes de la misma, rematándola un capitel sencillo, y sobre él un jarrón bastante bien proporcionado.

Dos columnas exactamente iguales a éstas fueron colocadas al final del Paseo, cerca de donde existió



Fuente de los Aldeanos o de las Frutas, grabado en madera del año 1850



Fuente de Esculapio que estaba al final del Paseo de la Alameda o del General Tacón, según una xilografía del año 1840

la Estatua de Esculapio, pero desaparecieron desde hace algunos años, retiradas por las necesidades mayores cada vez, del tránsito urbano.

Como a ciento cincuenta metros de esta estatua se colocó la columna o fuente de la Ceres, siguiéndole en el orden en que van expresadas la Fuente de los Aldeanos o de las Frutas; la Fuente de los Sátiros o de las Flores y la Fuente de Esculapio, de las que daremos seguidamente una breve descripción.

La Estatua de Carlos III.

La estatua pedestre del Rey Carlos III fué emplazada primitivamente en la *Alameda de Extramuros*, frente a los Almacenes del Camino de Hierro, celebrándose grandes fiestas el 4 de noviembre del año 1803, fecha en que se llevó a cabo la inauguración oficial.

Es una de las estatuas de reyes mejor talladas que tenemos en Cuba. Lo representa de un palmo más alto que del natural, con el cetro y el manto, la coleta y los bucles de la época, en la noble actitud de dispensar una gracia. Descansa sobre un pedestal cuadrado de piedra ordinaria de unos dos y medio metros de altura. En la cara del pedestal que mira al Oriente se veía la siguiente inscripción con letras doradas:

A CARLOS III
EL PUEBLO DE LA HABANA
AÑO DE MDCCCIII

Esta inscripción, que primitivamente era de letras doradas, fué sustituida por otra en relieve y de color oscuro, que es la que se ve hoy en el pedestal.

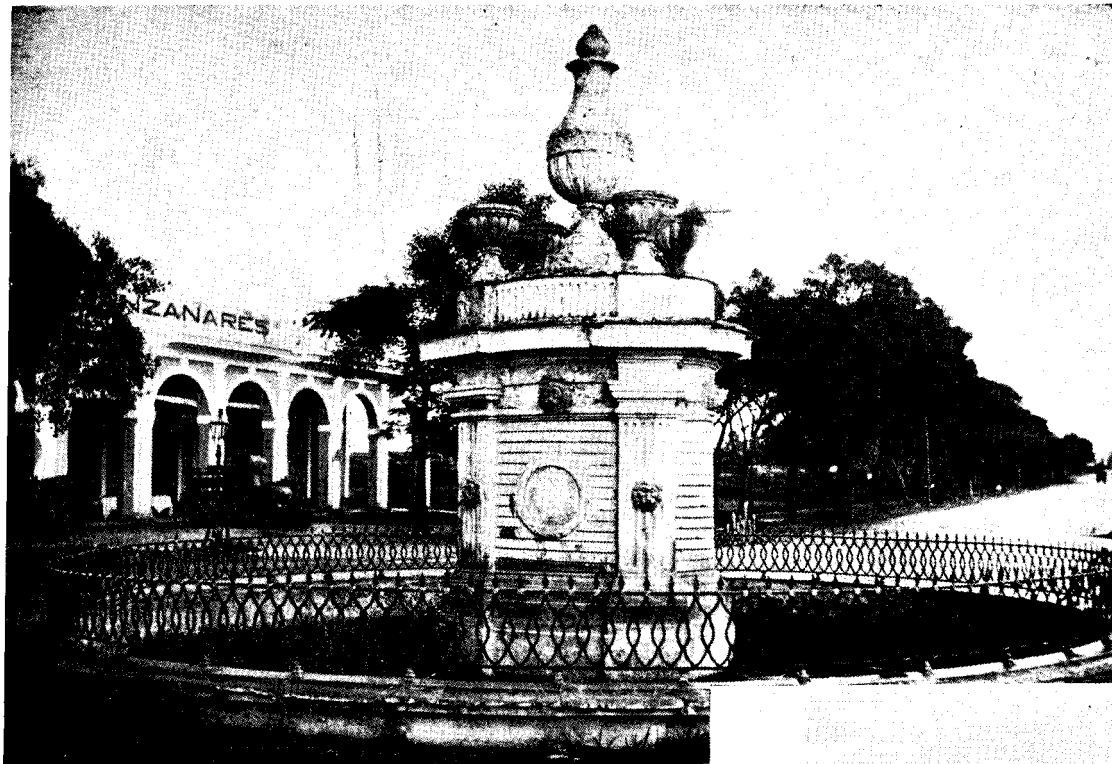
Primitivamente esta estatua tuvo una verja de hierro para defenderla, hasta pasados algunos años, en que fué sustituida por un sencillo pasamanos de bronce que sostenían cuatro pilares.

En la actualidad todo ha desaparecido y el estado de suciedad y deterioro que ofrece la estatua es por demás lamentable.

La figura escultórica ha sufrido la pérdida de la mano derecha. Es de lamentarse que el Municipio, velando por el ornato público, no haya—primero en los tiempos coloniales y después en los actuales—ordenado su restauración.

Las fiestas de carnaval que se celebraban en la Habana hasta los comienzos del siglo actual revestían gran esplendor. Entonces el paseo de coches, formando un doble cordón, se extendía por toda la Calzada de la Reina, continuando por la Avenida de Carlos III hasta la Calzada de la Infanta, regresando por la propia Calzada de la Reina hasta el Campo de Marte, que todos los de la pasada generación recordamos estaba situado en la parcela de terreno formada por las calles de Amistad, Dragones, Prado y Monte.

La verja que limitaba este Campo Militar al ser retirada de su lugar a fin de reformar el entonces



*Fuente de los Aldeanos o de las Frutas,
después de las modificaciones. Fotografía
del año 1902*

*La Fuente da la Ceres o de la Columna
después de modificada. Fotografía del
año 1898*



*Estado actual de la estatua y del Paseo de
Carlos III, que permite apreciar el estado
de deterioro en que se encuentra*

Campo de Marte, se dispuso que fuera colocada en la Quinta de los Molinos, antigua residencia de los Capitanes Generales, donde puede verse actualmente.

Esta estatua fué obra del escultor español don Cosme Velázquez, miembro de la Real Academia de San Fernando y Director de la de Cádiz, aunque el historiador Valdés en su "Historia de la Isla de Cuba y en especial de la Habana", y el también historiador don José María de la Torre, en su conocido libro "Lo que fuimos y lo que somos", afirman, erróneamente, que fué el escultor italiano Canova quien la ejecutó.

Esta inexactitud ha quedado plenamente aclarada con el suelto que apareció publicado en el "Papel Periódico de la Habana" en la edición del jueves 10. de abril del año 1802, que dice así:

"D. Cosme Velásquez, Académico de mérito de la Real de San Fernando y Director de la de Cádiz, tiene en su poder varias piezas de escultura, adornos de sala, como son mesas de piedra, rinconeras con sus correspondientes adornos, primorosamente doradas y otras piezas de varios usos, y desea saber si en la Habana se necesita alguna de dichas piezas, pues con el aviso correspondiente irán cuando vaya la célebre estatua de mármol que acaba de hacer para dicha ciudad, que representa al señor D. Carlos III, primorosamente labrada y también podrá enviar dicho autor una Purísima Concepción de más

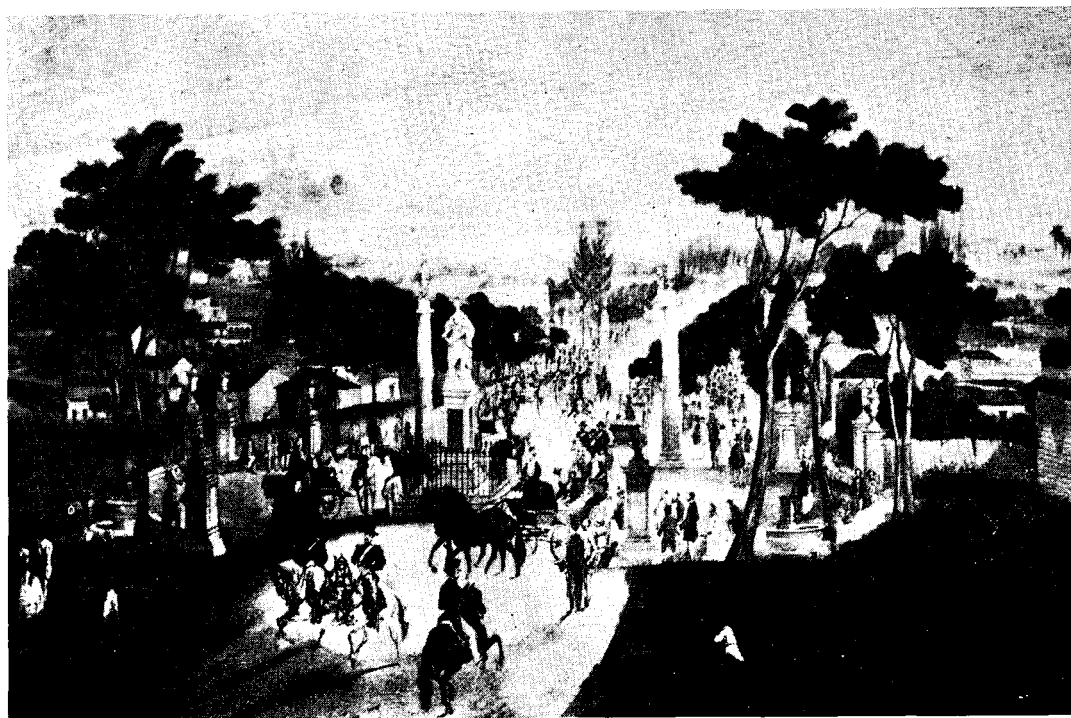
de cinco cuartas de alto, adornada con una nube y varios niños, un crucifijo de dos tercias de alto, etc."

Como dato interesante debemos agregar que el Ayuntamiento de Madrid, en junta celebrada el 18 de agosto del año 1901, tomó el acuerdo de que se entablaran gestiones amistosas con el de la Habana al objeto de obtener la cesión de la estatua de Carlos III para colocarla en la Puerta de Alcalá, de dicha Ciudad. Afortunadamente la estatua permanece en su sitio, aunque en un estado de abandono deplorable, como lo justifica la fotografía que ilustra este trabajo. Debemos consignar aquí con verdadera satisfacción que el arquitecto José G. du-Defaix, Ingeniero Jefe del Negociado de Construcciones Civiles y Militares de la Secretaría de Obras Públicas, a quien tanto preocupa el mejoramiento urbano de la Capital, ha dado las orientaciones necesarias para que el personal técnico a sus órdenes proceda, no tan sólo a la restauración de las estatuas y fuentes del citado Paseo, sino también a estudiar un proyecto de embellecimiento de aquel Paseo, que constituyó durante una época el sitio de reunión de las más distinguidas familias habaneras.

Quiere el arquitecto du-Defaix cooperar de ese modo al embellecimiento de aquella zona capitalina, que al quedar terminado el monumento a nuestro Martí, alcanzará a no dudarle una gran importancia por la serie de construcciones monumentales



Un aspecto parcial del Paseo de Carlos III en el año 1840, en que, además de la estatua del monarca español, se ve el obelisco que allí existía



El Paseo de Tacón al quedar terminado en el año 1839

que contiene el estudio hecho bajo su inmediata y acertada dirección por los técnicos del Departamento.

Fuente de la Ceres o de la Columna.

A cincuenta metros aproximadamente de la estatua de Carlos III, fué colocada una fuente que se le conocía por la de la *Columna o de la Ceres*, porque constaba de una columna de orden compuesto estriada en toda su longitud, rematándola una figura de mármol de tamaño natural que representaba a la Diosa Ceres. Completaban esta fuente cuatro pilares de dos metros de altura, colocados en cada uno de los ángulos del pedestal del centro, sosteniendo cada uno de ellos una figura alegórica de mármol que querían expresar las *cuatro estaciones*. Estas figuras se supone fueran las mismas que decoraron la fuente que existió en el patio de los cuarteles del Presidio al terminarse la construcción del edificio.

La taza era de piedra y de forma elíptica y tenía quince metros en su diámetro mayor, seis metros en el menor y uno de profundidad, rodeándola una verja de hierro.

En los cinco pedestales de que constaba la fuente, existían en una de sus caras unas cabezas de leones fundidas en bronce, que permitían la salida de un

chorro de agua que vertía sobre dicha taza. El pilar central las tenía en sus cuatro caras.

En la cara posterior del pilar antes citado existe, y puede leerse todavía, una inscripción que dice: Paseo de Tacón. Año 1836.

Esta fuente, que nunca agradó por su desproporción, fué objeto de algunas modificaciones al suprimírsele la columna que resultaba demasiado larga, como podrá apreciar el lector en la lámina que ilustra el presente trabajo.

En la reforma realizada se le construyó un basamento de mayor volumen, rematándolo un capitel bien proporcionado y sobre éste dos dados, igualmente cuadrados, para recibir la estatua de Ceres, suprimiéndosele entonces las rejas y pilares que limítaban la rotonda del Paseo.

En ese estado permaneció la Fuente hasta que la Secretaría de Obras Públicas decidió colocar adoquines de granito en la calle central del Paseo. Al objeto de facilitar el tránsito rodado se dispuso, disparatadamente desde luego, suprimir no sólo la taza, sino también los cuatro pedestales que con sus figuras completaban la decoración de esta fuente, dejándola en la forma desairada en que se la ve actualmente. Estas cuatro figuras, que dicho sea de paso, nada tienen de particular, al quitarlas del Paseo se

colocaron en el patio del viejo Convento de Santa Clara, que como sabemos todos ocupa actualmente la Secretaría de Obras Públicas. Allí estuvieron durante algunos años, hasta que se dispuso trasladarlas para el Parque de la Avenida del Puerto, donde justo es decirlo, se les ha colocado en forma acertada para que decoren ese nuevo Paseo.

Fuente de los Aldeanos o de las Frutas.

La tercera rotonda o glorieta de este Paseo estaba en la intersección de esta Calzada con la de Carraguao, llamada después de la *Infanta María Luisa Fernanda*, casi al frente del edificio que ocupa el café Manzanares, donde se ha construido últimamente un cine con el mismo nombre. Allí estaba emplazada la fuente que llamaban de los *Aldeanos o de las Frutas*, construida durante el mando del general Tacón.

Como al aumentar el tránsito rodado por aquel lugar el emplazamiento de esta fuente interrumpía la circulación por ambas calles, se ordenó retirarla de donde se encontraba.

El Dr. Eugenio Sánchez de Fuentes describe esta

fuente en su magnífico libro "Cuba Monumental, Estatuaria y Epigráfica", diciendo que tenía un pedestal almohadillado y cuadrangular, especie de templo helénico, con columnas adosadas, de cinco varas de elevación, desde el zócalo al extremo superior de la mayor de las cinco jarras de mármol, que aparecían llenas de frutas y que le servían de remate; contaba, además, con cuatro estatuas alegóricas de yeso, sostenidas sobre otros tantos pedestales, situados alrededor del árbol central de la Fuente. Un enverjado circular de madera la rodeaba totalmente.

En las cuatro caras del árbol de la Fuente y en cada una de las pilastras adosadas a la misma, existían unas cabezas de leones por las que salía un chorro de agua que desaguaba en la taza, que era de forma elíptica, rodeada por una bonita reja.

En el pedestal del centro, y hacia el oriente, rompiendo su almohadillado, destacábase un escudo con las armas del Gobernador de la Colonia que llevó a cabo esta obra, y en el Occidente, y encerrado también en un medallón de piedra, se podía leer en gruesos caracteres la siguiente inscripción: Año de 1837.



La estatua del Rey Carlos III al comenzar el Paseo de Tacón. Fotografía del año 1900



El Paseo de Carlos III como se ve en la actualidad. Vista tomada de Belascoáin a Infanta

Como dejamos dicho, esta fuente, por las exigencias del tránsito público y el estado de deterioro en que se encontraba, fué retirada de su lugar al efectuar la Secretaría de Obras Públicas la pavimentación de la Avenida.

El nombre de *los Aldeanos*, con el que también se le conocía, se debió a las cuatro figuras que la adornaban. En el año 1829 las cuatro esculturas de yeso que formaban parte de la fuente sufrieron graves deterioros, por lo que se dispuso fueran sustituidas por otras de mármol, bastante pobres por cierto, que representaban la Fuerza, la Hermosura, la Poesía y el Amor.

La veta irónica y humorística del Dr. José A. González Lanuza se hizo más caudalosa y rica al referirse a estas estatuas y fuentes, en un magnífico trabajo intitulado "Las Estatuas de la Habana", en la revista "El Fígaro", dirigida por el Dr. Ramón A. Catalá.

Paseo de Carlos III, decía Lanuza, llevado allí por algún aficionado a la baraja, otro as de copas preside una de las fuentes; un poco más hacia el Castillo del Príncipe, otra fuente ostenta sobre un pilón nada menos que un cinco de copas auténtico y legítimo, amén de unas figuras variadas de asunto mitológico de la más lamentable ejecución.

Fuente de los sátiros o de las flores.

En el centro de la cuarta glorieta o rotonda del Paseo, fué colocada una fuente de escaso valor artístico, que se le conocía con el nombre de la "Fuente de los Sátiros o de las Flores".

Esta fuente, según Sánchez de Fuentes, tenía unas cinco varas de elevación y simulaba, como su hermana la de los Aldeanos, un templo griego, sin almohadillado, y rodeado de columnas cuadrangulares y relieves equidistantes entre sí, rematando la del centro, que tenía un doble capitel, en una copa mármorea de tamaño heroico.

Ante la persistencia del palo de copas de las del



Las cuatro figuras que adornaban la Fuente de la Ceres colocadas en el patio del antiguo convento de Santa Clara

Sobre cada una de dichas columnas se veían unos faunos o sátiros de mármol, también hábilmente cinceladas. Unos leones durmientes, al Norte y Sur, prestábanle cierta elegancia.

Se le conocía con el nombre de "Los Sátiros" por las figuras de estos personajes mitológicos a que hemos hecho referencia, y también por el de "Las Flores", porque su gran taza circular con ocho caños que vertían su agua cristalina, hallábase ornamentado de cuatro vasos etruscos, sostenidos en igual número de pedestales aislados, rebosantes de las más bellas y fragantes flores que se dan en nuestro privilegiado suelo. La circulaba una verja de madera, y en su exterior, varios pilares y cadenas impedían acercarse.

Nunca tuvo esta fuente inscripción alguna.

Años después de inaugurada se sustituyó la urna central de mármol por una estatua, también del mismo material, que simboliza a la diosa Pomona,

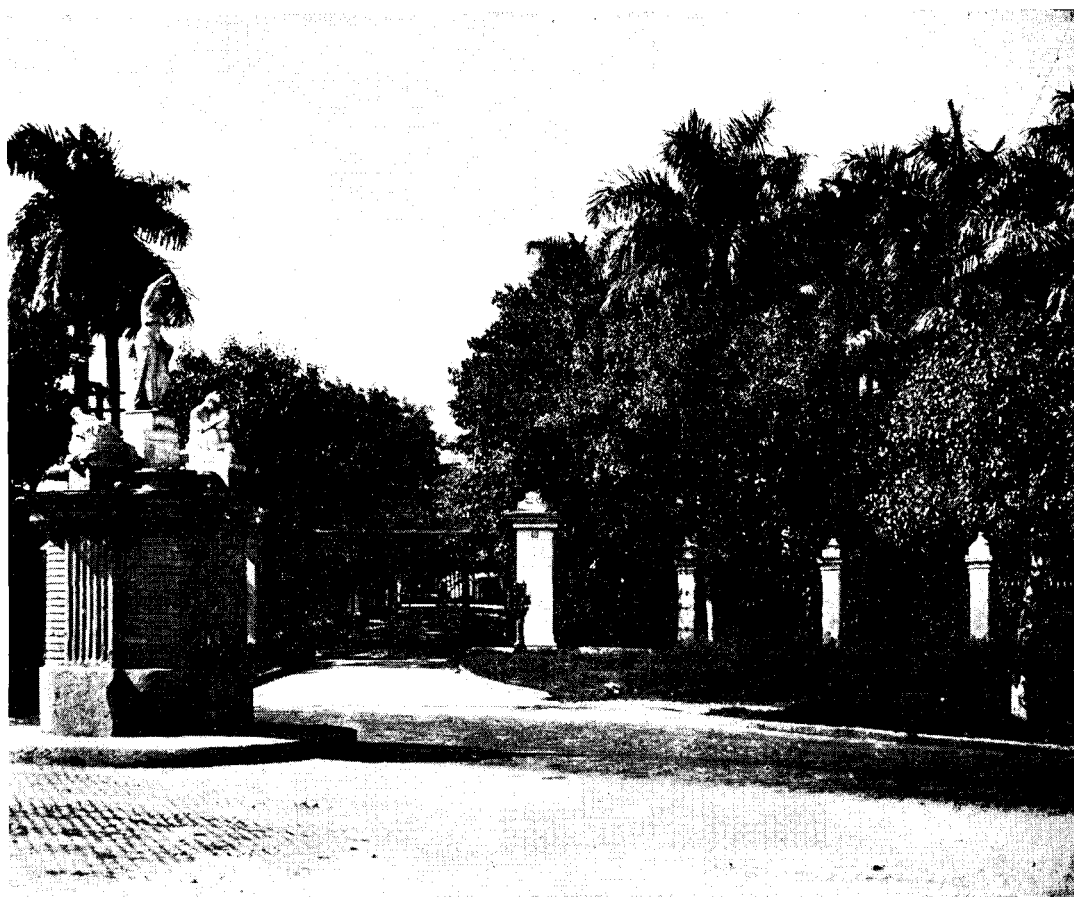
armada de su legendaria cornucopia, de la que asoman frutas y flores en abundancia.

Fuente de Esculapio.

Al final del Paseo de Tacón, es decir, en las faldas del Castillo del Príncipe, se colocó una estatua que representaba la barbuda figura de Esculapio, dios de la Medicina.

Era una estatua de mármol bastante mal esculpida que aparecía colocada sobre un pedestal cuadrangular, teniendo aproximadamente metro y medio de altura. La rodeaba una taza octogonal guarnecida de una verja de madera, en la que cuatro surtidores, colocados en cada una de sus cuatro caras, vertían sus aguas. Esta fuente carecía de pocetas para el consumo público, al punto de que exteriormente se le habían colocado unas cadenas sostenidas por pequeños pilares de hierro para impedir el acceso a la misma.

La taza primitiva de esta Fuente tenía forma oc-



Arbol de la antigua Fuente de los Sátiros o de las Flores, que estuvo situada frente a la entrada principal de la Quinta de los Molinos

togonal, pero más tarde fué sustituida por otra de forma circular, que resultaba de tan mal gusto como la anterior.

Nadie se explicaba por qué motivo se colocó en un camino militar esta estatua. El propio Mariscal de Campo D. Mariano Carrillo de Albornoz, al encomendársele por el Gobierno que informara sobre las condiciones de esta estatua, después de afirmar que era muy mala, agregó que no se justificaba en modo alguno la presencia allí de esta mitológica figura, agregando en el informe, al referirse a las restantes fuentes del Paseo, que era realmente de mal gusto tantas verjas encarcelando entre ellas a las diosas y las ninfas que aparecían en las citadas fuentes.

El gran ironista Dr. José Antonio González Lanuza en el magnífico trabajo de crítica de que hago anterior mención y que publicó en el semanario "El Fígaro", con aquel fino humorismo que tanto admi-

ramos los que le conocíamos, dijo al referirse a esta estatua lo siguiente:

"Hay una figura que no querría que desapareciera, no porque artísticamente valga nada, sino porque ella envuelve, producto de la casualidad y de una serie de cosas traídas por ésta, una curiosísima y adorable ironía. Me explicaré. A la falda del Castillo, al final del Paseo, más allá de la Calzada de la Infanta, hay una fuente, la última, que se levanta a la entrada misma del camino del Cementerio y que está adornada en su remate por una estatua en mármol muy mala, como obra artística; pequeña de cuerpo, cargada de espaldas, barbuda, envuelta a medias en un manto cuyos rígidos pliegues, como las duras líneas de su pecho, recuerdan el estilo griego arcaico, el del *Apolo de Tena* o *la funeraria de Orcomene*, cuando más se le quiera conceder de respetable y de rudimentariamente artística. Pero, en cambio, ¡es una estatua de Esculapio! Y ese em-

blema del semidiós de la Medicina en la puerta misma de la triste ruta que lleva directamente a la casa del descanso eterno, me parece por lo casual, por lo intencionado, por lo graciosamente inconsciente, la más espiritual de las bromas, macabra y festiva a un mismo tiempo, filosófica y burlona, demostrativa de lo poco que vale el esfuerzo humano, de la inanidad de nuestra ciencia, y de que no hay nada más irónico que el azar, ese tremendo e inaguantable bromista.

Que la dejen ahí, pues, porque tiene un valor ideológico en el sitio en que está, porque encierra toda una serie de ideas, porque resulta supremamente alegórica, cumpliendo así con lo que es (a mi entender) la más alta finalidad de la escultura.

Y que me perdone esta opinión y este deseo la respetable Facultad de Medicina.”

Esta arbitraria y estafalaria figura se retiró del lugar donde se encontraba, sin que me haya sido posible conocer la fecha ni quién ordenó quitarla de allí.

En mis investigaciones para dar con esta fuente, tuve la suerte de ocurrírseme que acaso pudiera encontrarla en el Museo Nacional, y al efecto, allí dirigí mis pasos, pudiendo confirmar mis sospechas al conversar sobre el asunto con el Director de aquel establecimiento mi querido amigo el Sr. Antonio Rodríguez Morey, positivamente uno de los más grandes paisajistas de la época.

La cabeza con una pequeña parte del cuello fué lo único que Rodríguez Morey encontró, casualmente por cierto, entre escombros y basuras en uno de los patios de la Secretaría de Obras Públicas. Para salvarla de nuevos ultrajes, la hizo trasladar al Museo y se propone construirle un pequeño soporte de madera para exhibirla, pero la consignación que tiene

para estas cosas es tan reducida que no le ha sido aun posible llevar a cabo su deseo.

Algunas sugerencias.

Se me ocurre a mí para embellecer aún más este Paseo, que sería conveniente colocar a la entrada de la Calzada de la Reina un gran Arco de Triunfo que conmemore las gloriosas hazañas de nuestra guerra de Independencia. Esto sería para los cubanos, sin referirnos aquí al abolengo histórico y clásico de estos arcos y monumentos, lo que es el de L'Etoile para los franceses, el Obelisco de Washington para los norteamericanos, etc., etc.

En cuanto al Paseo propiamente dicho, restauraría la estatua de Carlos III, restituyéndole los elementos que primitivamente constituyeron su conjunto.

Dotaría después a este Paseo de arbolado apropiado y de estatuas pequeñas con sus correspondientes pedestales, que pudieran labrar los alumnos de talla directa de la Escuela de San Alejandro, los estudiantes de Arquitectura de nuestra Universidad y los pensionados en el extranjero, mas cuidando de no caer en esa modalidad simplista con que suelen encubrir su mal gusto muchos epígonos sin talento de los últimos “ismos” plásticos, más europeos que americanos.

Se pudiera también, y esto nos parece muy acertado, encomendar a los pensionados extranjeros copias de estatuas de los distintos museos.

Con estos elementos decorativos, y mejorando el arbolado, podrían propios y extraños recorrer gratamente impresionados todo el Paseo, encontrando al final el grandioso Monumento que se proyecta levantar en las cercanías de la loma del Príncipe al Apóstol de nuestra nacionalidad, honrando de este modo la memoria de José Martí.

LUIS BAY SEVILLA

SERA EMBELLECIDO EL GRAN PASEO DE CARLOS TERCERO

Estudian la ampliación de
calles en el referido paseo

Un nuevo proyecto que en breve se llevará a hermosa realidad, es el embellecimiento del Paseo de Carlos Tercero, una de las rúas más amplias de la ciudad, arteria principal para las grandes vías de comunicaciones a distintos lugares de la provincia y que ofrece uno de los más bellos paisajes.

El Paseo de Carlos Tercero, que fue construido hace más de cien años, tendrá la debida atención, nos dijo esta tarde el director de arquitectura, señor Luis Dauval, luego de informarnos del proyecto que por encargo del ministro de Obras Públicas, arquitecto San Martín, se ejecuta con la colaboración por su departamento con la ayuda de su compañero, el director de ingeniería, señor Pedro Suárez.

El citado Paseo tiene cerca de 40 metros de ancho, de eje a eje, con dos paseos a cada lado, con su arboleda, aceras, etcétera, tiene dos calles aledañas, que han quedado truncas frente a la estación del antiguo Ferrocarril de Concha y una hermosa avenida que se extiende desde la Calzada de Belascoain, hasta la Calzada de Zapata.

Según pudimos conocer, por las direcciones de arquitectura e ingeniería, respectivamente, se llevará a cabo un plan de trabajo para remozar el Paseo de Carlos Tercero, reparando las aceras, remozando su arbolado que en muchos lugares ha desaparecido por la acción del tiempo, los bancos serán objeto de reparación y el césped repoblado.

Mientras hablaban del proyecto de Obras Pública, persona que conoce de cerca los materiales que el ministerio posee en el distrito provincial de Pinar del Río dió a conocer la noticia de encontrarse allí almacenado, sin uso alguno, varios tirantes de acero de varios metros de largo por unos 40 centímetros de ancho, en cantidad suficiente para utilizarlos en el ensanche de las calles, en los lugares donde se necesita de ello, frente a la estación del Ferrocarril de Concha. De llevarse a cabo esa obra, agregó, pudiera efectuarse a un costo bastante bajo, ya que se dispone del material básico para ello: el acero.

Para ilustrar el proyecto, hemos obtenido dos fotografías que gentilmente nos fue facilitada por el jefe del departamento fotográfico de Obras Públicas, señor Octavio de la Torre, donde pueden verse los lugares donde precisa efectuarse el ensanche de las calles.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CAMBIO DE NOMBRE A LA AVE. DE CARLOS III

Piden a la Cámara Municipal se le Nombre Emilio Laurent. Estatua a A. Guiteras

El comité gestor nacional, "Con Grau y por Cuba, Carlos Prío, Presidente", celebró sesión en su local social con asistencia de todos sus miembros, tomando los acuerdos siguientes:

Intensificar desde el próximo mes la propaganda y los actos favorables a la candidatura presidencial del Primer Ministro, doctor Carlos Prío Socarrás y calorizar convenientemente el creciente movimiento de opción que propugna ese anhelo; nombrar miembro de honor de este organismo al doctor Carlos Maristany, actual ministro de comunicaciones y felicitarle por las oportunas y plausibles resoluciones dictadas entre las que se encuentran el abono total de la antigüedad a los empleados de este departamento y reconociendo los derechos a los cesanteados cuando la huelga revolucionaria de marzo; solicitar de los concejales del PRC de un busto de Emilio Laurent, ilustre revolucionario fallecido, que habrá de ser fijado en la Avenida de Carlos III, cuya vía, en lo adelante habrá de llamarse Avenida de Emilio Laurent; y otra moción para erigir una estatua al líder de las libertades públicas Antonio Guiteras que se establecerá en la plazoleta de Agua Dulce y que esa ruta lleva por nombre el del esclarecido republicano y revolucionario cubano. Los señores Luis Beltrán, presidente; T. Arocha, secretario de actos y Francisco Domínguez, secretario de propaganda y organización del comité gestor nacional que dan fe de estos acuerdos, solicitan de la prensa su mayor publicidad.

Comité Pro Prío en Bolondrón

Por una concurrencia integrada por cuanto vale y significa en la sociedad, en los sectores productivos y económicas, así como de las instituciones de carácter cívico-patrióticas y destacados líderes del "autenticismo" se constituyó en Bolondrón el comité gestor pro Carlos Prío Socarrás para presidente.

Se eligió el comité de lucha encargado de la propaganda en todos los aspectos, resultando designados dentro de gran entusiasmo y aplausos de la concurrencia, los siguientes señores: Presidente, Gumersindo Vega, primer vice, Felipe Tarifa; segundo vice, José Socorro y tercer vice, Cristóbal González; secretario de actas, Carmen Báez; vicesecretario de actas, Miguel Rodríguez; secretario de correspondencia, Sabino Fundora y vicesecretario de actas, Juan Sardiñas; tesorero, María de Armas; vice, Estanislao Fundora. Y director político, Domingo Fundora. Vocales: Jesús Solórzano, Jesús Socorro, Andrés Gutiérrez, Francisco González, Elena Rivero y Soima Gutiérrez.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

No Admite la Universidad que Destruyan una Parte de la Quinta de los Molinos

El Gobierno se Propone Utilizarla con Objeto de Ensanchar la Avenida de Carlos III. Designan una Comisión Para que vea al Ministro de Obras Públicas

El Consejo Universitario acordó hacer suyo en todas sus partes el informe rendido por la comisión de obras de la Universidad, en relación con los perjuicios que se ocasionarán al primer centro docente de la nación si lleva a cabo el Gobierno el proyecto de destruir parte de la Quinta de los Molinos, propiedad de la Universidad de La Habana, con objeto de ensanchar la Avenida de Carlos III.

Al propio tiempo acordó el Consejo designar una comisión, integrada por los decanos de las facultades de arquitectura, ciencias, ingeniería e ingeniería agronómica y azucarera, junto con los miembros de la comisión de obras, para que visiten al ministro de Obras Públicas y le hagan entrega del informe y gestionen una justa solución del asunto.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CARLOS III: DOS EPOCAS Y UN PROYECTO

Será adaptada la Avenida a las necesidades de la vida moderna

Comenzará Obras Públicas inmediatamente su reconstrucción. En memoria del gran Rey de España se ha respetado el nombre de Carlos III. Facilidades al tránsito y estacionamiento

ELIMINASE DE LO COLONIAL LO IMPRESCINDIBLE

Por **RAUL MIRANDA**, de la Redacción de ALERTA

Paseo de Tacón, Paseo de Carlos III, Avenida de la Independencia y por último, de nuevo, Paseo de Tacón. En cuatro ocasiones cambió de nombre la más hermosa de las vías capitalinas, que cuando se construyó sirvió para que La Habana se ensanchara y obtuviera el perímetro urbano de nuestros días. Porque entonces el Paseo de Tacón sirvió para unir el centro comercial con los vecinos de "extramuros" y éste fué uno de los grandes acontecimientos que hizo posible el progreso de nuestra ciudad en dirección al suroeste. Fué una medida casi revolucionaria del gobierno de Don Luis de las Casas, que resultó más efectiva de lo que quizás pensaron sus proyectistas, pues hizo posible una ruta mas adecuada para vecinos y comerciantes y pronto se hizo más célebre por cuanto tenía la cercanía de la primera estación del ferrocarril que se encontraba en lo que es hoy el Hospital de la Policía.

Carlos III a través de su historia de dos siglos ha sido lugar preferido para desfiles ostentosos, para orgullo del turismo, y en sus primeros albores para reparto residencial. Hoy el más típico de

nuestros paseos coloniales, tiene que someterse a las exigencias de la vida moderna. Las piquetas de Obras Públicas, comenzarán a cambiar en algo el trazado original, ampliando las vías laterales para facilitar el paso de los ómnibus, camiones y automóviles particulares; para despejar la gran pista central que será denominada de «expreso», permitiendo un rápido traslado de los que van de una zona distante a otra; y para mejorar la situación del arbolado y embellecer con jardinería sus fajas divisorias. Los trabajos de reparación se iniciarán lo mas pronto posible, según los planes trazados por el dinámico ingeniero Nogueira, ministro de Obras Públicas. Es posible que antes de finalizar el mes o a principios del entrante empiece a demolerse el pavimento.

Nogueira, atento siempre al mejoramiento urbanístico de La Habana, propicio a estudiar a fondo los proyectos para buscar en definitiva la mejor planificación y el respeto en este caso al trazado colonial, ha tratado extensamente el caso de Carlos III. Porque se han ofrecido muchas opiniones sobre cómo realmente debe reconstruirse el paseo.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

21

La idea primitiva de conservar su aspecto colonial ha sido respetada en todo lo posible, pues también era de imperiosa necesidad buscar el desahogo necesario tanto en el tránsito como en el estacionamiento, a la cantidad de vehículos que diariamente circulan por esta arteria capitalina. Y se logró la concepción del proyecto mejor, el que equilibrara debidamente a las dos épocas.

Nogueira ha recibido muchos aplausos. En esta ocasión tampoco pueden regateársele. Habrá críticas, las que nunca faltan. Pero aquellos que vigilan celosamente nuestra tradición colonial, tendrán que comprender además, que por el hecho de hermohear y respetar una vía de aquella época para que disfrute del turismo y nosotros mismos, no puede privarse al peatón y al conductor de vehículos, del espacio que necesitan.

No puede haber tampoco uniformidad en las dos vías laterales, por cuanto en una de éstas la de los «nones», se ha agrupado la mayoría de los comercios y en la del lado opuesto abundan las residencias, y centros de esparcimiento, como la biblioteca de los Amigos del País, la Respetable Logia de la Isla de Cuba, etc. En la vía de los «nones» podrán transitar cuatro vehículos al mismo tiempo, y la zona de parqueo —muy discreta en su ubicación— se encuentra también en esta parte, donde es más necesaria.

Sin embargo, hay algo que no ha sido conquistado aún y que tiene más importancia que las discusiones que pudieran surgir sobre el aspecto moderno o entronque que hace al llegar a Reina. antiguo de Carlos III. Nos referimos al El desahogo que disfrutaban los choferes en todo el trayecto desde Zapata, se pierde y se convierte en terrible pesadilla de embotellamiento, cuando es necesario continuar el recorrido por Reina. La gran dificultad estriba en que las esquinas donde se encuentran los comercios de «La Casa de los 3 Centavos» y el café «Las Avenidas», son de tipo rectangular. Lo ideal, que es lo que se encuentra en estudio, es la apropiación de unos metros

a ambos lados, para permitir una entrada mas cómoda y evitar los «tranques». El caso puede solucionarse con una buena cooperación por parte de los comerciantes de los establecimientos antes mencionados. El embellecimiento de Carlos III, la facilidad al tránsito, se reflejará también en el auge de lo comercial. La esquina de Carlos III y Reina, con más anchos bordes en sus aceras, haría de ésta una de las más concurridas.

En relación con la ventaja que representaría para el paso de los vehículos, no quedarían muy atrás los comerciantes en cuanto a beneficios.

ALGO DE HISTORIA

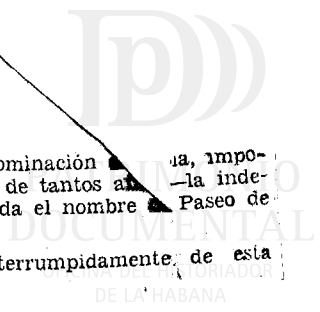
Del libro «Calles de La Habana», publicado por el profesor Emilio Roig de Leuchsenring, historiador de la ciudad, en el año 1936, recogemos los siguientes datos, que dan una idea de lo que ha sido Carlos III en nuestra historia.

«Se dió a este paseo, que antes se denominó de Tacón, el nombre de Carlos III, en homenaje que aparece, según la inscripción existente en el pedestal de la estatua levantada en los comienzos de la vía, tributado por «el pueblo de La Habana» a dicho monarca, el año de mil ochocientos tres.

Por acuerdo del Ayuntamiento de 7 de mayo de 1902 se le cambió el nombre por Avenida de la Independencia, aunque posteriormente, en 9 de enero de 1918, el Ayuntamiento, por acuerdo número 110, aprobado el día 14, destinó la cantidad de \$150,000, distribuída en tres presupuestos sucesivos, para la pavimentación de la calle G y Paseo de Carlos III, que formaran la Avenida de los Presidentes.

Aunque fué ésta la primera calle de la ciudad de La Habana a la que se cambió el nombre después del cese de la dominación —la independencia— proponemos que se le restituya el ideal cubano de tantos años Paseo de Carlos III, por las razones siguientes:

Porque el pueblo la ha continuado denominando ininterrumpidamente de esta manera.



3

Porque el rey Carlos III, fué uno de los más esclarecidos monarcas que tuvo España (1759-1788), cuyas acertadas disposiciones gubernamentales se reflejaron en esta Isla, principalmente a través de quien puede calificársele el mejor de los gobernantes que tuvo España en Cuba, el teniente general Don Luis de las Casas (1790-1796). Durante esa época, se inicia el desarrollo de la cultura en la Isla; se crean en España las Sociedades Patrióticas; ve la luz el primer periódico, no de noticias oficiales, sino literario, que ha existido en Cuba; el Papel Periódico de La Habana; se funda la Casa de Beneficencia; se inaugura la primera biblioteca pública; se decreta mediante el establecimiento del Real Consulado, el comercio libre de América con Europa, que abre la Isla al comercio mundial suprimiéndose para ello el monopolio de la Casa de Contratación de Sevilla y la concesión hecha a Cádiz; y se derogan multitud de impuestos que aprisionaban la industria.

Porque esos merecimientos de Carlos III y beneficios que proporcionó a Cuba fueron reconocidos de manera solemne y pública por la Sociedad Patriótica de La Habana al premiar, en el concurso abierto en 1794 para inquirir qué estatuas debían colocarse en el nuevo Paseo de Extramuros la «memoria» que presentó Don Tomás Romay, señalando como «los cuatro sujetos de la antigüedad que más derecho tenían a la gratitud nuestra» a Cristóbal Colón, Juan Francisco Caraballo, Martín Calvo de la Fuerta y Carlos III.

Esta «memoria» del doctor Romay fué considerada por el obispo Trespalacios de contener conceptos subversivos acusando al gobernador Don Luis de las Casas de alentar en los cubanos ideas perjudiciales a la soberanía española. De esas estatuas solo se erigió la de Carlos III, costeada por suscripción llevada a cabo entre los miembros de la Sociedad Patriótica.

Porque dichos merecimientos y beneficios fueron reconocidos además públicamente el año 1924, por la Academia de la Historia de Cuba y la Sociedad Económica de Amigos del País, al pronunciarse contra el proyecto entonces existente de quitar la estatua de Carlos III del Paseo de su nombre.

Porque juzgamos que dado el desarrollo, crecimiento y embellecimiento actuales de La Habana, el paseo de Carlos III, resulta una vía inadecuada para llevar el nombre de Avenida de la Independencia, debiendo ser reservado éste para denominar alguna de las más extensas y suntuosas avenidas que existan en la ciudad y sus cercanías, tales como la gran Avenida que parte del paseo de Carlos III, hasta el límite del término municipal de La Habana y a su prolongación hasta el Cacahual.

Porque consideramos impropio el haberse hecho extensivo según expusimos al Paseo de Carlos III, el nombre de Avenida de los Presidentes, que lleva la calle G del Vedado, ya que esta última avenida ha sido desnaturalizada por completo con el propósito que se persiguió al denominarla Avenida de los Presidentes, pues después de colocarse, como ya se ha hecho en su comienzo y final, respectivamente, las estatuas de don Tomás Estrada Palma y el general José Miguel Gómez, es imposible erigir allí nuevas estatuas de ex presidentes o futuros presidentes de la República, y se ha prescindido, además de esa avenida levantando en otro lugar de la ciudad la estatua del doctor Alfredo Zayas; por todo lo cual no tiene finalidad alguna esa prolongación que se ha querido dar a la Avenida de los Presidentes, haciendo extensivo este nombre a una vía, como el Paseo de Carlos III, tan distinta, topográfica y ordenamentalmente a aquella otra.

Sugerimos igualmente que se dé el nombre de Calzada de la Independencia a la calzada que parte del Paseo de Carlos III hasta el límite del término municipal de La Habana y a su prolongación hasta el Cacahual.

Martín Calvo de la Fuerta



DIRECTOR:
Ramón Vasconcelos

is" sobre José Martí A TORRIENTE

tral en que vi-
ndo al pueblo
Marti "la ima-
y el caudillo
ganiza, que im-
una, que predi-
rédica se hace
mueve por su
el sacrificio lo

rti y sin vacilar
sonaje hercico",
pirador". "após-
o". Aún no sa-
extraordinario.
ucaba a relucir
arona que en su
i y su obra po-
ziado en la ve-
ativa de la So-
Hispano Ame-
rce de marzo
ca en su carác-
estimando que
tas de su vida
talles e inciden-

Habana, volumen XXXIX, fe-
brero 1924) Ventura García
Calderón da a la estampa su
trabajo "José Martí", de corte
perfecto y mucha jerarquía.

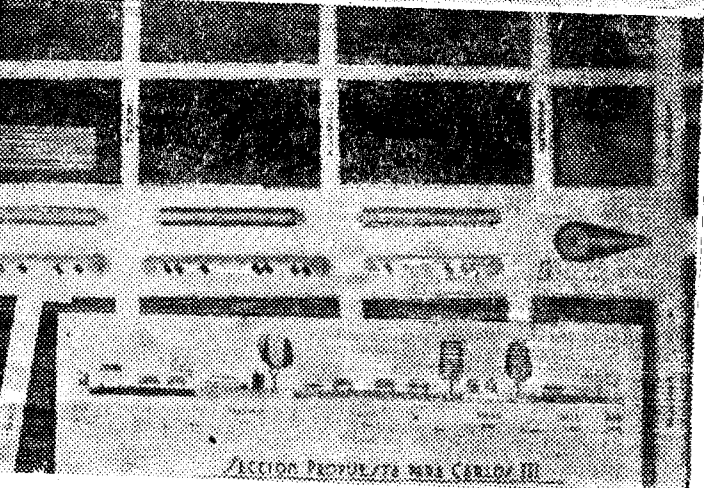
Pero fueron los jóvenes de
1925 los que dieron la inter-
pretación más clara y de mayor
afinidad. Los materiales saca-
dos a la luz y la sistematiza-
ción en los métodos de investi-
gación permitieron "re-const-
ruir" una vida inquieta que
parecía rehacia a los afanes y
disciplinas que exige el género
biográfico. Las primeras fue-
ron "Estudio biográfico de Jo-
sé Martí", de Juana de Ibar-
borou, publicado en "El Impar-
cial" de Montevideo en la edi-
ción del 21 de noviembre del
año 1925. La otra "Aspectos de
la biografía de Martí" de Félix
Lizaso, fué publicada en la
Revista de La Habana (volu-
men II, junio de 1930.)

Pero la primera biografía
exhaustiva es la de Jorge Ma-
ñach: "Martí el Apóstol", pu-
blicada en Madrid en 1933. En
1940 Félix Lizaso dió a conocer
"Martí, místico del deber", que
se publicó en Buenos Aires. El
mismo año Gonzalo de Quesa-
da y Miranda publicó "Martí
Hombre" y, un año después,
Luis Rodríguez Embil, "José
Martí, el santo de América",
editadas ambas en La Habana,
mientras en 1943, Isidro Mén-
dez daba a la estampa "Auto-
biografía de José Martí".

Estas "interpretaciones" nos
llevan, con paso seguro, al co-
nocimiento del Apóstol, cono-
cimiento que puede completar-
se con trabajos escritos por
íntimos como el de Federico
Edelman Pintó "Martí y sus
Contemporáneos", (Diario de la
Marina, mayo 17, 1927) o los
de Blance Z. de Baralt, "José
Martí, Caballero" (El Figaro
Vol. XXVI, mayo 22 de 1910
"Martí íntimo" (archivo José
Martí No. 7, 1944) y "El Mag-

er encuentro en-
poráneos y su
tado por la tra-
ríos, No podían
valores, ni esti-
su significación,
iple y polifacéti-
go, Rubén Darío
s" (Buenos Ai-
scubre" el Martí
ofo, pintor, mú-
eta siempre, ca-
ltura como "pro-
dién Vargas Vila
eras crónicas so-
rededor de 1894)
cionalidad intelec-
tudes como ora-
y poeta, sin igu-
dad de "organiza-
d" ("Los divinos
s", Barcelona, s/f
s", Hispano-Amé-
k, 1894.)

ia" (marzo 5 del
rique José Varo-
is recuerdos de
el Diario de Se-

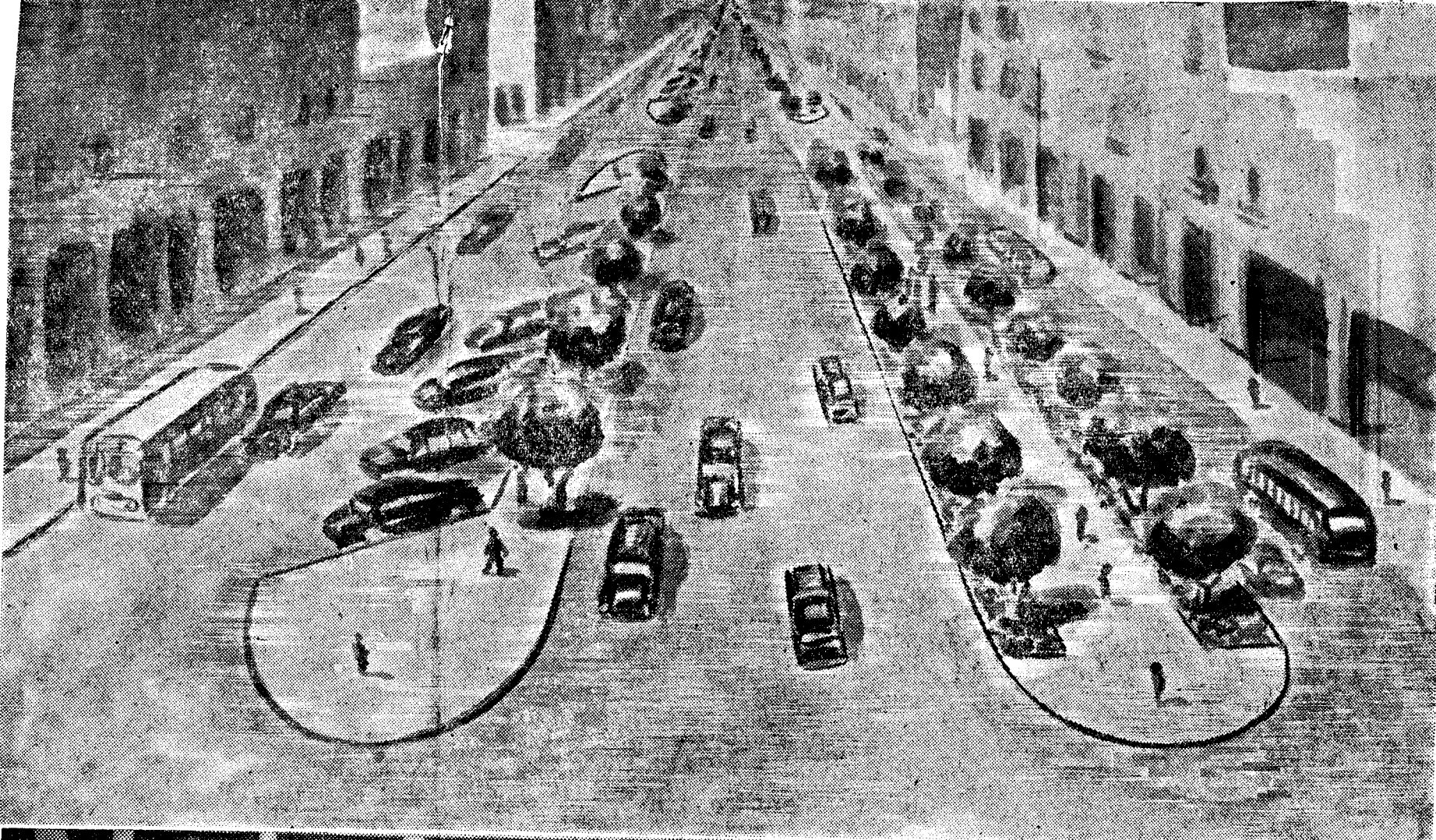


ACCION PROYECTA PARA CARLOS III

Bidopia nos dá una idea en su di-
bujo (arriba), de cómo quedara
Carlos III, después de ser adapta-
da al proyecto de Obras Públi-
cas. Obsérvese la facilidad que
se brinda al tránsito en las tres
vías y la magnífica ubicación
de las zonas de parqueo. De-
bajo, el plano oficial en el
que se han trazado las in-
novaciones que recibirá
la calle con un dibujo de
la amplitud que ten-
drán ómnibus, camio-
nes y automóviles en
cada carrilera, para
pasar al mismo
tiempo sin inte-
rrupción. Nótese
en ambos gra-
bados la hermo-
sa perspectiva
que ofrecerán
los adornos de
jardinería en
unas divisorias

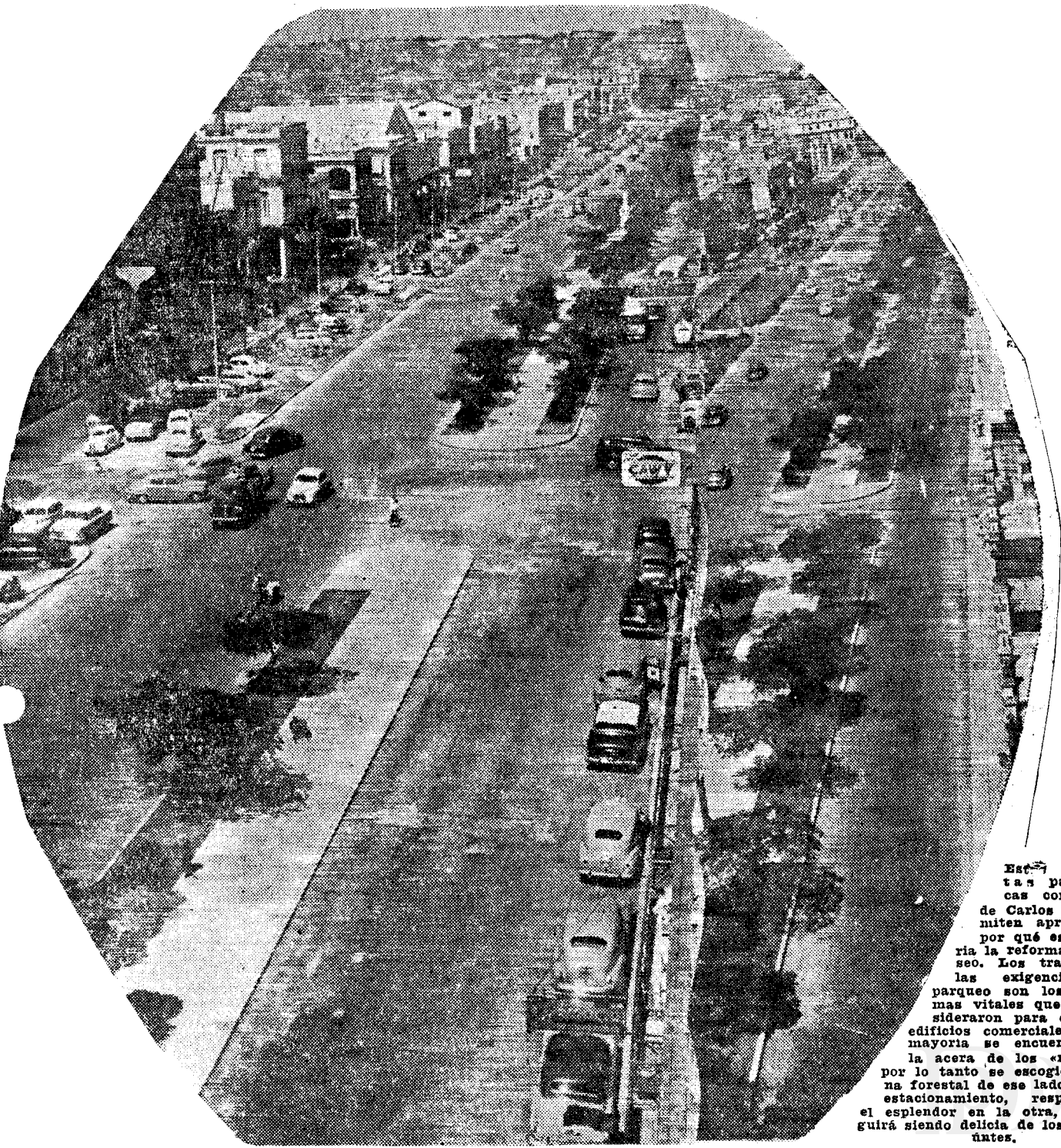
MONIO
MENTAL
HISTORIADOR
HABANA

93



Acción Propuesta para Carlos III

Bidopia nos dá una idea en su dibujo (arriba), de cómo quedara Carlos III, después de ser adaptada al proyecto de Obras Públicas. Obsérvese la facilidad que se brinda al tránsito en las tres vías y la magnífica ubicación de las zonas de parqueo. Debajo, el plano oficial en el que se han trazado las innovaciones que recibiría la calle con un dibujo de la amplitud que tendrán ómnibus, camiones y automóviles en cada carrilera, para pasar al mismo tiempo sin interrupción. Nótese en ambos grabados la hermosa perspectiva que ofrecerán los adornos de jardinería en cubas divisorias



Estas dos vistas panorámicas combinadas de Carlos III, permiten apreciar, el por qué es necesaria la reforma del paseo. Los tranques y las exigencias del parqueo son los problemas vitales que se consideraron para ello. Los edificios comerciales en su mayoría se encuentran en la acera de los «nones» y por lo tanto se escogió la zona forestal de ese lado para el estacionamiento, respetándose el esplendor en la otra, que seguirá siendo delicia de los transeúntes.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

4



La combinación recoge claramente las dificultades que se presentan al tránsito en la esquina de Carlos III y Reina, por la poca amplitud en la bo-

ca de esta última calle. La apropiación de unos metros a ambos lados de la esquina de Reina contribuirá poderosamente a aliviar el paso de los vehículos y peatones. Es posible que se

llegue a un entendimiento con los propietarios de los comercios que forman esa esquina, para facilitar el acceso de los que van de Carlos III a Reina.

4



He aquí la estatua de un Rey, digno de rememoración agradecida. Carlos III, que gobernó durante treinta años en la vieja Metrópoli, se esforzó en introducir en sus dominios una civilización que había sido repudiada por los Austrias. Se rodeó de ministros como Aranda, Grimaldi, Campomanes, Floridablanca, y no tuvo empacho en expulsar de España a congregaciones poderosas que se oponían a sus reformas. Su reinado dejó una profunda huella que aún perdura, representada en espléndidos edificios en todas las grandes ciudades, y en la canalización de algunos ríos, que llevó la fertilidad a los campos y la riqueza a sus moradores. Fué en definitiva, un buen rey.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Hay en Reina y Carlos III Problemas que Resolver

Necesaria la Supresión de los Puestos Fijos y la Eliminación de Elementos Indeseables. Imprescindible una Iluminación Mejor

Una cantidad enorme de público acude diariamente a los portales de Reina y también a los comercios de Carlos III, calles que unidas físicamente lo están también en lo que respecta a las aspiraciones comunes de obtener el mayor número posible de beneficios.

En este breve reportaje se recogerá una impresión de lo que son y significan esas arterias habaneras, hoy día el centro de la atención ciudadana, por ser la víspera del inicio de la semana que ha sido denominada "Todo EL MUNDO en Reina y Carlos III".

Nos haremos eco también de las aspiraciones legítimas y atendibles de quienes desarrollan sus actividades comerciales, industriales y profesionales en esas dos calles, que bien merecedoras son de una atención preferente por parte del Estado y el Municipio.

Confiamos en que las peticiones que por intermedio de este trabajo periodístico son formuladas, mínimas si se tienen en cuenta las necesidades totales de Reina y Carlos III, encuentran eco en los centros oficiales que consecuentemente se dispondrán a satisfacerlas.

Una Feria de "Todo"

El lema de la semana que mañana se inicia es, repetimos, "Todo EL MUNDO en Reina y Carlos III". Pues bien, esto que constituye una invitación al pueblo para que se vuelque sobre esas dos calles tan populares, con solamente suprimir el nombre de este periódico, se transforma en otro lema que es reflejo fiel de la realidad.

Efectivamente, "Todo en Reina y Carlos III", que en esa forma quedaría, responde a una verdad como un templo, puesto que positivamente en los establecimientos de esas calles, tanto desde el punto de vista de la adquisición de mercancías como de servicios, el ciudadano hallará cuanto se le antoje o necesite.

Pasemos la vista a la relación alfabética que en la portada de esta sección se ofrece de los giros allí existentes y se comprobará de inmediato cómo nada falta para satisfacer los caprichos o las necesidades del ser humano.

El parroquiano acude a Reina y Carlos III con la seguridad absoluta de que sin abandonarlas logrará cuanto se proponía al momento de salir del hogar, hasta cumplir con sus deberes religiosos.

Pocas son las arterias de cualquier ciudad del mundo que pueden ofrecer esta diversidad de ser-

vicios, con la ventaja en el caso de estas calles habaneras de que se dispone de cómodos y amplios portales, por los cuales puede circularse cómodamente, a salvo de los rigores del sol en acera abierta.

Servicios Múltiples

Para quienes desarrollan allí sus actividades comerciales, industria-

les y profesionales, las ventajas en las mismas características, es al alcance de la mano se encuentran dependencias oficiales y privadas que les facilitan el normal desenvolvimiento de sus negocios.

Los bancos que allí tienen sucursales y las compañías de capitalización, contribuyen de manera preponderante al auge económico y financiero de esta zona comercial de La Habana. A ello es necesario unir, como un complemento útil, las distintas compañías de servicios públicos que tienen o habrán de tener en la misma sus oficinas centrales o estaciones de servicio.

Tampoco las actividades de la cultura dejan de tener su manifestación en esas calles. Ahí están como ejemplos hermosos, la Biblioteca de la Sociedad Cubana de Amigos del País, las Facultades de Odontología, Veterinaria y Agronomía de la Universidad de La Habana, los Colegios Angel de la Guardia y Castro, y el Conservatorio Peyrellade, para sólo mencionar algunos que vienen a la memoria del periodista.

Y en este último aspecto no puede olvidarse la presencia de colegas tan estimados y de tanto impacto en la opinión pública, que son honra y prestigio de la prensa nacional, como "Excelsior" y "El País", hermanos inseparables y "Alerta".



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

2

Va también señalar el hecho de que los propietarios de esos órganos de opinión, el ex senador Alfredo Hornedo y el ministro de Comunicaciones, Ramón Vasconcelos, son entusiastas miembros de la "Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III", y el primero con doble razón, por ser también vecino de esta última donde se levanta airoso su bello palacete.

Aspiraciones Justas

No es oro todo lo que reluce. Frente a este cuadro de ventajas y en abierta oposición al mismo, hay una serie de lunares que resulta imprescindible eliminar. A lograrlo dirigen todos sus esfuerzos los integrantes de la "Unión de Comerciales de Reina y Carlos III", a quienes sobra fuerza moral y razón para hacer tales planteamientos.

Efectivamente, sobrados derechos tiene a reclamar atención de los Poderes Públicos quienes, como en este caso la Unión mencionada, practican con el ejemplo, llevando a cabo por su cuenta mejoras notables en las calles, aún a costa de grandes sacrificios. Además, les asiste la razón de quienes por razón de sus actividades mercantiles y en su condición de contribuyentes hace considerable aporte al Estado y al Municipio.

Cuestión fundamental, necesidad de una solución inmediata, es la de eliminar los elementos de muy poca estatura moral que deambulan por algunas cuadras de Reina, sobre todo en horas de la noche, pero que también hacen acto de presencia durante el día, ofreciendo un espectáculo poco edificante. A la erradicación de esa plaga, deberá irse de inmediato.

En el orden personal, también resulta necesario que desaparezcan la infinidad de los puestos que debían, por su condición, ser ambulantes y que se han convertido en fijos, levantando tienda en los portales. Debe buscarse una fórmula para su erradicación y sin perjuicio de los elementos que allí se están buscando la vida. Este caso es completamente dis-

tinto al anteriormente apuntado, pues se trata de personas que con actividades honestas tratan de librar el diario sustento. Por eso es humano buscar la forma de que no vayan a quedar desamparados y lanzados a la miseria.

Existen también problemas en el orden material. Enumerarlos

por orden de su importancia resultaría imposible, pues todos son acreedores de semejante atención. Constituyen aspiraciones legítimas y de fácil satisfacción por parte de los gobernantes. La "Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III" confía en que muy pronto se produzcan las autoridades en el sentido de complacer las justas demandas.

Comencemos por la regulación del tránsito. Aparte de la necesidad de instalar semáforos en algunas esquinas, porque el denso tráfico de las calles así lo exige, es imprescindible que se prohíba el parqueo de automóviles junto a ambas aceras, como lo dispone la reciente Ley de Tránsito. Pero que se haga antes de que ese instrumento legal entre en pleno vigor.

El estacionamiento de vehículos junto a las aceras constituye un gran perjuicio para los comerciantes y también, en mayor grado, para el público que sufre incomodidades sin cuento. Resulta que, por ejemplo, los ómnibus no pueden acercarse a las aceras para recoger o dejar el pasaje, viéndose éste en la necesidad de abandonar esos vehículos o ir a tomarlos, en el medio mismo de la calle, con peligro cierto para sus vidas.

En la sección correspondiente a Reina todavía no han sido extraídos los ralles de los desaparecidos tranvías. De ahí que se imponga proceder a la reconstrucción de la calle en la misma forma que se hizo con otras comerciales, es decir con una base de hormigón y una nueva superficie de desgaste con hormigón bituminoso. Para esto, desde luego, habrá que esperar a la sustitución de una tubería maestra del acueducto.

Lo que interesa a los comerciantes en este último particular es muy sencillo y de una lógica aplastante: que ninguna obra de ese tipo se inicie sin que exista una perfecta coordinación entre Obras Públicas y el Municipio de La Habana, porque solamente existiendo este entendimiento puede garantizarse una terminación rápida de los trabajos, al igual que sucedió en Galiano. A lo que temen es a la repetición del caso de Belascoain.

Queda por plantear entre los problemas más urgentes, uno que a propósito, teniendo en cuenta su importancia trascendental, hemos dejado para último. Se trata nada menos que de la defectuosa iluminación de las calles Reina y Carlos III. Nada más defectuoso en toda la ciudad de La Habana. Con decir, que en Reina, desde Amistad hasta Belascoain, existen solamente veinte bombillas eléctricas.

Si no fuera por la iluminación de las vidrieras y las luces que los propios comerciantes tienen instaladas en los portales, Reina estaría totalmente a oscuras, no ya en tinieblas. Sería la clásica "boca de lobo" del dicharacho popular.

Los interesados que tienen sus establecimientos en Reina y Carlos III están dispuestos a cooperar en una fórmula que solucione el problema del alumbrado, lo cual deberá hacerse a base de lámparas de mercurio similares a las instaladas en 23 y la Avenida de los Presidentes, por ejemplo.

La oferta está hecha. Lo que importa ahora y nada mejor para terminar este reportaje confeccionado al correr de la maquinilla de escribir, es que: "Se haga la luz en Reina y Carlos III".

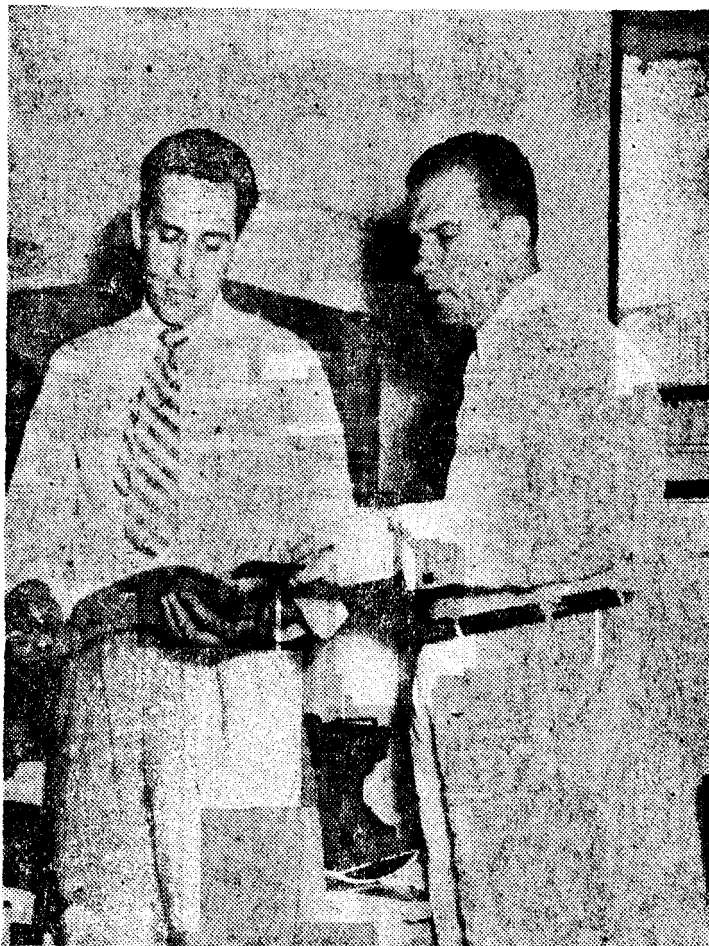
M. A. / 10



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Directivos Preocupados



Elio Sánchez, presidente de la "Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III", a la izquierda, discute con el primer vicepresidente, Manolo Menéndez, los planes a desarrollar por la activa organización.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Calles Comerciales con Futuro

REINA y Carlos III son las calles habaneras de más futuro en el orden comercial. Una serie de factores favorables a esas arterias capitalinas concurren para asegurar ese porvenir que ni aun a los más pesimistas podrá parecer imposible.

Las condiciones naturales de esas dos calles para favorecer al comercio en las mismas establecido o que se establezca, son un elemento de considerable valor en apoyo de la aseveración hecha en el primer párrafo.

Sus amplios portales, el ancho de la calle propiamente dicho, su estratégica ubicación y el hecho de ser la única vía rápida que une a La Habana Vieja con el Vedado, por la calle G, con el Cerro, con Marianao y hasta con la Vibora, son algunos de esos factores a que se hizo alusión.

Todo esto sin contar con el acceso directo que tendrá a la Plaza de la República, donde se levanta el Monumento a Martí y donde a la vuelta de unos escasos años estarán instaladas casi todas las oficinas del Estado.

A tales ingredientes que por sí solo convenientemente mezclados harían un *cocktail* exquisito en el orden comercial, es necesario agregar el espíritu progresista y agresivo de quienes son responsables de las empresas comerciales, industriales y profesionales que se alinean a lo largo de esas "calles del futuro".

Con elementos de ese calibre, que se han dado a la tarea incansable de lograr a toda costa el auge de Reina y Carlos III, no puede haber otra meta que el triunfo más rotundo y completo coronando esos esfuerzos, lo cual se traducirá en beneficio para la ciudad y para quienes en ella residen.

Mucho hay que hacer en las dos calles, justo es reconocerlo. Pero bien son acreedoras ellas de cualquier sacrificio por parte de los poderes Central y Municipal, el cual, en definitiva, de tal nada tendría, porque el mismo se revertiría de inmediato en be-

neficio del Estado y de la Municipalidad, desde el punto de vista del aumento de sus ingresos.

Para el habanero debe constituir una cuestión de amor propio incorporarse a la cruzada por la superación de Reina y Carlos III, que como otras arterias habaneras de una forma u otra han tenido su intervención en la historia heroica y romántica de la hoy capital de la República.

"La Unión de Comerciantes de Reina y Carlos III", institución que impulsa esta cruzada, confía en que sus desvelos no serán en balde. Tiene fe absoluta en la colaboración de la ciudadanía, que no saldrá defraudada cuando acuda a los comercios allí establecidos.

Efectivamente, como consecuencia de la Semana de "Todo EL MUNDO en Reina y Carlos III" que mañana se inicia, el público encontrará en esos establecimientos una serie de ofertas extraordinarias, de las cuales podrá aprovecharse, comprobando así como estas calles constituyen un centro de compras de primer orden y con oportunidades únicas.

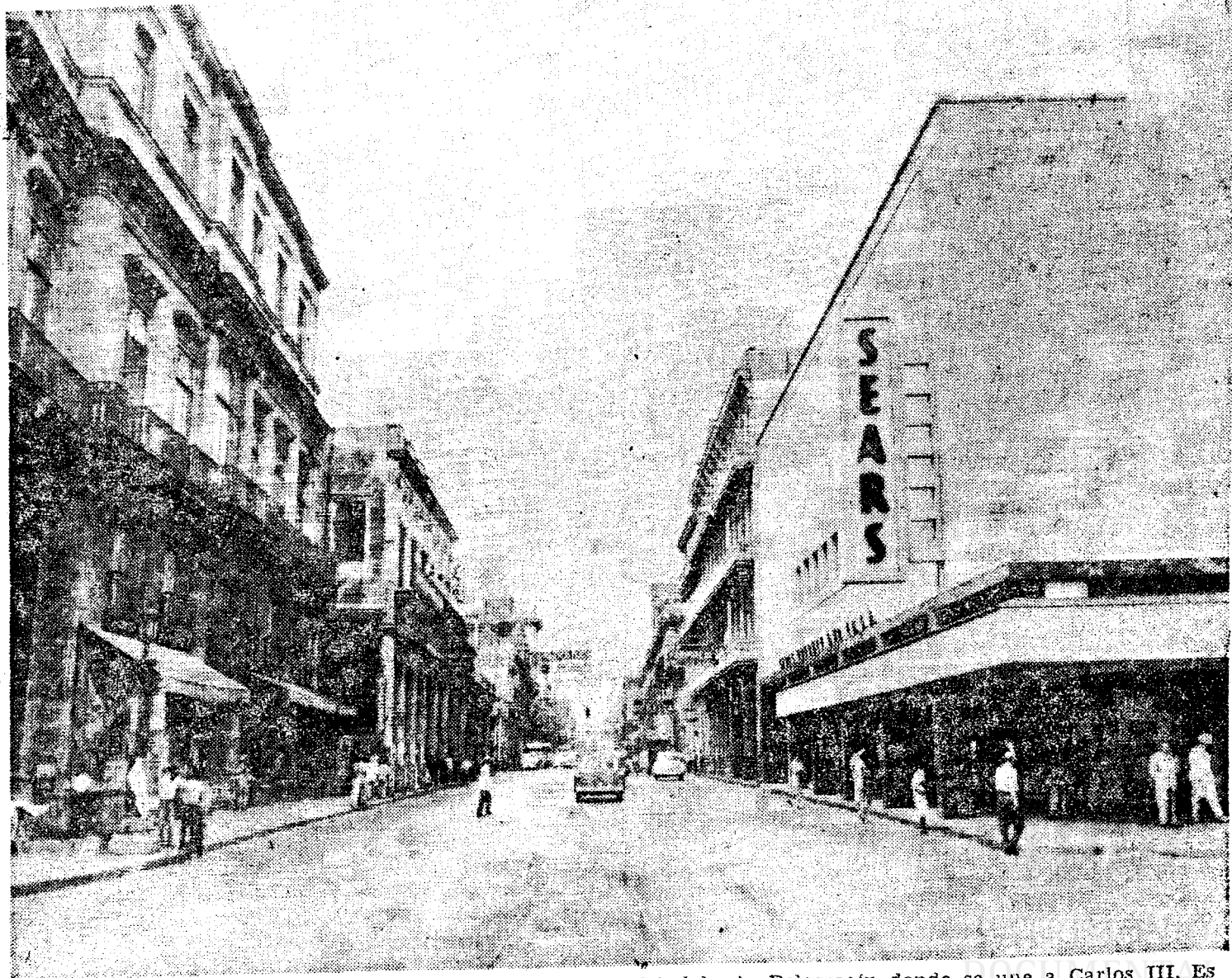
Marcará esta campaña de amplias proyecciones populares la intensificación de una lucha abierta, sin desmayos, seguida con persistencia hasta alcanzar el objetivo, por colocar a Reina y Carlos III en el sitial a que tienen sobrados derechos.

Abundan los elementos para que no otra cosa que los laureles de la más hermosa victoria sean la culminación de este esfuerzo, digno de emulación por otras comunidades similares y que es acreedor, como lo tendrá sin duda alguna, de la más franca, decidida y entusiasta colaboración de las autoridades y el pueblo en general.

Cuando salga de su casa, no deje de visitar Reina y Carlos III, debe ser la palabra de orden para los habaneros. Seguramente que esto ha de ser así. Los resultados magníficos que se obtendrán, de eso no hay duda, serán la prueba mejor. Esperemos.



Entrada a una Gran Arteria Comercial



Aquí comienza la calle Reina, que se extiende desde Amistad hasta Belascoáin donde se une a Carlos III. Es el inicio de una gran arteria comercial de la capital cubana, que como en sus orígenes sigue siendo uno de los accesos más rápidos al Vedado.

Crea Dificultades el Parqueo



Las instantáneas son una prueba evidente de una de las muchas dificultades que se derivan del parqueo de autos a ambos lados de la calle Reina. Los peatones para tomar los ómnibus o descender de los mismos tienen que salir al medio de la calle, con grave riesgo para sus vidas.

Breve Bosquejo Histórico de la Calzada de la Reina

Progreso Constante Desde Hace dos Siglos

El Camino de San Antonio Chiquito, denominado luego Calzada de San Luis Gonzaga, y más tarde Calzada de la Reina, fué en sus orígenes, allá por el siglo XVII, uno de los dos únicos que conducían a la Chorrera o Pueblo Viejo (Vedado). Por aquel entonces era un trillo zigzagueante —cerrado en muchos tramos por matorrales y bosquecillos— que comenzando en la calle Muralla, seguía de Este a Oeste por las actuales calzadas de Reina y Carlos III hasta las faldas de la loma del Principe, las que rodeaba por el Suroeste. Según el historiador José María de la Torre, este camino constituyó hasta 1735 en que se construyó un puente en la Calzada del Monte; la principal salida de la ciudad para el campo. Se le llamó Camino de San Antonio, porque conducía al ingenio San Antonio Chiquito, propiedad del regidor don Blas Pedroso. Este ingenio existía aún en tiempos de la ocupación de La Habana por los ingleses y tenía una ermita en que se adoraba la imagen de San Antonio. Su situación era al Sur de lo que es hoy el Cementerio de Colón. De ahí que a fines del siglo pasado se empleara todavía en la jerga popular la frase: "Se fué para San Antonio", para referirse a la muerte de una persona.

A fines del siglo XVII delimitaban el camino de San Antonio varias estancias de labores y arboledas en las que se criaba ganado vacuno y de cerda y se cultivaban frutos menores. Las primeras estancias de que se tienen noticias eran las de Antonio de La Luz, comprendida por lo que son hoy las calles de Reina, Amistad, Belascoain y Zanja (por donde corría la Zanja Real); la de Gabriel José Calvo, comprendida por Reina, Monte, Aguila y una línea recta que partiendo de Reina y Manrique llegaba hasta Monte y Antón Recio; la estancia de Francisco Flores, comprendida por Reina, Belascoain, Figuras y la línea que partiendo de Reina y Manrique llegaba hasta Monte y Antón Recio. Esta última fué adquirida más tarde por don Agustín Castro Palomino. Su

casa de vivienda se encontraba frente a la calle Reina y en ella estuvo de temporada durante el verano de 1796 el Conde de Jaruco. Por ventas y parcelamientos sucesivos determinados por el aumento de la población, el Camino de San Antonio fué pronto un camino de quintas de recreo. En 1735 se le dió rectitud y se le puso aceras de piedras, según La Torre, "a costa de los padres jesuitas que tenían estancias por San Antonio Chiquito".

La Primera Industria

La primera industria y comercio de que se tiene noticia en la calle de Reina fué un trapiche situado entre Campanario y Lealtad, cerca del Sur, propiedad del coronel don Vicente Garcini. Operaba el trapiche el moreno Esteban Estrada, y en él se expendía guarapo o miel de caña de azúcar. Las cañas de que se proveía eran traídas de la estancia que poseía el coronel Garcini en parte de los terrenos comprendidos entre Carlos III, Monte, Belascoain e Infanta. Funcionó esta "guarapera" en el primer tercio del siglo XVIII.

La importancia de la calle era apreciada de tal modo que en 1740, al proyectarse la formación del desaparecido Campo de Marte (hoy Plaza de la Fraternidad), se dispuso que el Camino de San Antonio debía atravesar este campo para no embarazar la salida a extramuros por la calle Muralla. Por este tiempo existía en la esquina de Reina y Aguila un gran semicírculo de asientos de piedra llamado "El Mentidero", en el que se reunían en tertulia los políticos y politicones de la época para discutir los "trascendentales problemas políticos del momento", entre sorbo y sorbo de una refrescante zambumbia o un jarro de dulce de guarapo. El Mentidero fué un anticipo de la Acera del Louvre. Por razón de hallarse en la esquina de Aguila, esta calle llevó durante mucho tiempo el nombre de Calle del Mentidero. Se denominó del Aguila después, por un águila que pintaron en una de las tabernas que había en ella. La calle de Rayo, que cruza también



la de Reina, se llamó así por un rayo que cayó en una de las casas entre Reina y Estrella, causando lamentables estragos

En 1751 comenzó a llamarse el Camino de San Antonio, Calzada de San Luis Gonzaga, por haberse erigido en la esquina de Belascoain (acera del Norte) una ermita con la imagen de este santo, que fué destruida en 1833.

El segundo comerciante de la calle Reina fué sin duda alguna Simón el Pollero, andaluz por más señas, que tenía una cría de aves frente a la Calzada, en las cuadras comprendida entre Gervasio y Escobar, a principios de 1752. Refieren documentos de la época que este Simón el Pollero partía todos los días a las seis de la mañana hacia La Habana Vieja con una canasta de pollos a cuestras, pregonando a voz en cuello: "Vendo pollos y pollitos, muy gordos y muy blanditos". El paso de Simón el Pollero despertaba a los vecinos. Simón prestó gratuitamente este servicio a los tranquilos vecinos y escasos moradores de la apacible Calzada durante dos años. Es de advertir que entonces no existían relojes despertadores.

Cuando en 1780 se terminó la construcción del Castillo del Príncipe, sirvió Reina, aunque desnivelada y húmeda, para la comunicación militar del recinto con aquella fortaleza.

En 1790 se mejoraron muchos de los "malos pasos" de Reina; pero no fué hasta 1836, durante el mando del capitán general don Miguel Tacón, que se terraplénó la calle, construyéndose a todo lo largo del centro de la misma un malecón o muro de sillares con pretilles enverjados que, si bien niveló sus dos alturas, privó de la vida a todas las casas laterales y dividió la vía en tres.

Entre las obras arquitectónicas que dieron prestigio a la calle, impulsándola a su desarrollo, cita el historiador Emilio Roig de Leuchsenring entre las mayores de la colonia el espléndido palacio Aldama, propiedad hoy en día del Banco Hipotecario Mendoza. Fué construido este palacio en 1838

por el Ingeniero Rafael Carrera para el millonario don Domingo Aldama. Formaba dos casas "tratadas como unidad arquitectónica de excepcional monumentalidad", según explica el profesor Weiss, destinada una de ellas para residencia del señor Aldama y la otra para su hija Rosa y su yerno Domingo del Monte, el gran humanista cubano. Frente al palacio de Aldama, en la esquina de Amistad, se levantaba otro palacio en el mismo lugar en que hoy se halla el moderno edificio de la Sear's Roebuck Co. Este último palacio, más modesto, aunque no por eso menos bello, fué famoso también por haber servido de última morada al obispo Espada y Landa, muerto en 1832, y al general habanero don Juan Montalvo O'Farrill, que murió allí en 1844.

Nuevas Obras

Durante el gobierno de O'Donnell, en 1844, inició el subinspector de ingenieros don Mariano Carrillo, nuevas obras de terraplén y nivelación. El malecón fué derribado. A ambos lados de la calle se plantó una alegre arboleda que la hermoseó convirtiéndola en un magnífico boulevard. También se le renovó el pavimento, poniéndosele pavimento de calzada para los carruajes públicos. En ese año se le puso el nombre de Calzada de la Reina en homenaje a la Reina Isabel II, homenaje que ninguna otra calle de La Habana podía rendir entonces, pues según dice Pezuela en su Diccionario Geográfico e Histórico de la Isla de Cuba: "Reina es la calle más regular y amplia de todas las vías de la capital y perfectamente rectilínea. En anchura, uniformidad y simetría, es superior a las demás calles de La Habana. Casi todos los edificios de esta hermosa vía —sigue diciendo Pezuela— son de dos pisos con algunos de tres; pero la mayor parte carece en la planta baja de esas galerías acolumnadas, esa arquitectura diáfana, que es propia de la Gran Antilla".

El mercado del Vapor existía ya desde 1817 siendo de madera

(Termina en la Página D-5



sus casillas. El nombre de Vapor lo debe a haber colocado don Francisco Martí y Torrens en una

fonda que tenía frente a la Calzada de Galiano, un cuadro con la vista del vapor Neptuno, que vino a la Isla en 1819. En 1836 reedificó el mercado, construyéndolo de cantería, el capitán general don Miguel Tacón.

Según José G. Arboleya, en 1852 Reina era ya una de las pocas calles de extramuros que tenía alum-

brado de gas, siendo el de las demás de aceite. El mismo Arboleya decía de Reina que "tiene espaciosas aceras y árboles frondosos". Aunque todas estas mejoras contribuyeron a hacer de esta calzada la reina de las calles, su desarrollo comercial fué lento durante más de la primera mitad del siglo pasado. "En esta calle —dice Pezuela— apenas aparecen más establecimientos de expendio que algunos de víveres y de inmediata necesidad".

Y es que Reina fué entonces una vía residencial sombreada de árboles y bordeada de magníficas casonas que si en su aspecto exterior eran europeas, en el interior hacían gala de una arquitectura de puro sabor colonial. Casi todas tenían un amplio patio con un rumoroso surtidor en el centro, que en los días del tórrido verano derramaba sus aguas refrescantes bajo el follaje de un framboyán o de una enredadera. Circundaban los patios amplias galerías sobre las que se abrían las puertas de las habitaciones. Tenían estas casas a la entrada grandes zaguanes en los que se guardaban volantas y quitrines. Todavía hoy se pueden ver algunas, aunque casi todas han sido remozadas o reconstruidas.

Establecimientos

Los establecimientos existentes en la Calzada de la Reina en 1856, según Francisco Cartas en "Cartera de La Habana", son: la imprenta de Borcina; la sastrería La Lima, de don Eugenio Melogán, en el número 1 de la calle; sastrería La Rosina, en el número 9; sastrería La Amistad en el número 15; el colegio de niñas Santa Catalina en el número 63; chocolatería y repostería Las Delicias, en Reina 31; chocolatería y azucarería La Atalaya, en el número 17; fonda y cantina La Marina, en el número 57; tabaquería y venta de tabaco en rama La Fama, en el número 41; El Dorado en el 59; La Minerva, en el número 61; La Legalidad, en el 23; panadería La Guardia, en el 21; peletería La Fraternidad Mellorquina, de los señores Meyes y Herrmano, en el número 9; hojalatería El Aguila, en el número 11; trenes de carruajes El Progreso,

en el número 11, y La Solidez, en el 37; agencia de mudadas La Primera y Antigua, en el 35 y medio; una locería en la casa número 21, y la escribanía de don Francisco Pimentel, en la accesoria del palacio de Aldama.

Reina era ya un boulevard comercial y, como otras tantas calles de extramuros, "el camino de las vacas". Como se recordará hasta hace algunos años existieron dentro de la ciudad muchas vaquerías, hasta que una disposición sanitaria del Gobierno del general Machado las prohibió dentro de sus límites. Las vacas eran sacadas a pastar fuera de la capital

en horas de la mañana y devueltas a sus establos por la tarde.

En su artículo titulado "Un día en La Habana", José María de la Torre hace una magnífica descripción de esta costumbre. Dice aquel gran habanero: "Suenan las nueve y a esa hora varía el cuadro. Los vaqueros tornan sus numerosas vacas a sus pastos, ya por la calle de Reina, ya por la de Monte, como para acabar de obstruir el paso interrumpido incessantemente por multitud de carruajes y caballos que van y vienen por ellas a estas horas".

En el número 149 de la calle existía en 1863 una casa de salud, la de San Rafael, que dirigía el doctor Francisco Saavedra.

Don Gaspar Betancourt Cisneros, paladín de la independencia por medio de la evolución, falleció en 1866 en una casa que se levantaba donde hoy yergue su magnificencia arquitectónica de estilo gótico la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, cuya construcción inició en 1914 la Compañía de Jesús, terminándola en 1923.

A partir de 1870 aumenta la importancia de Reina como calle comercial. Nuevas tiendas de ropa, de peletería, almacenes de azúcar y tabaco, sastrerías y camiserías, droguerías, ferreteras, etcétera, van estableciéndose en la calzada.

En el Almanaque Mercantil de 1881 figuran los siguientes establecimientos: el teatro Variedades, en el número 12; la Audiencia Pretorial en el número 1; un almacén de azúcar y café al por mayor, en el número 17; la venta de tabaco en rama y torcido de Alvarez y Co., en el 57; los almacenes y tiendas de víveres Mi Capricho, de José Clarens, en el número 10; de Eutiquio Juveo, en el número 80, que por aquel entonces era la esquina de Lealtad; La Diana, de Melchor Mallinedo, en el número 11, esquina a Aguila; la bodega de Agustín Palacios, en la Plaza del Vapor, por Reina; la de Jacinto Fau, en el número

51; y Los dos Hermanos, en el número 2, accesoria.

Fábricas de cigarros: la Hija de Cabañas, de Diego González del Valle, en el número 20, esquina a Rayo.

Panaderías y galleterías: La Guardia, de José Batispau, en el número 25; La Primera Guardia, de López y López, en el 21; El Centro de Oro de Antonio Martínez, en el 123; Las Delicias, de Rafael Marzán y Noya, en el 22; El Rayo, de Juan Garriga y Ca, en Rayo y Reina.

Tiendas de ropa: La Sirena, de Constantino Riestra; la de Constantino Méndez; La Principal; la Segunda Rosita; Las Córdoba y Hermano.

Sastrerías y camiserías: El Desgraciado, de Martínez y Corriño, y El Duquecito, de Germán González.

Peleterías: La Elegancia, de José Canet; Los Amigos del País. La Florida, La Victoria.

Locerías: La Adelina, de Martín Díaz.

Quincallerías, perfumerías y ju-

gueterías: La Ganguita, de Baldomero Betancourt.

Fotografías: la de José Calvet y Compañía.

Peluquerías con y sin barbería: El Barberillo, de Marcos Aymart.

Depósitos de hielo: el de Juan Zorrilla.

Ferreterías: La Unión, de Ricardo Pérez; El Vapor, de Manuel San Pedro.

Boticas y droguerías: la de la señora viuda de Severo de León, y La Reina, del doctor José Rocamora.

Figuran también en el Almanaque Mercantil de 1881, las muelnerías El Manantial, de Manuel Fernández, y La Sin Rival, de José Maxenchs; la lamparera, hojalatería e instaladora de cafeterías para gas y agua de R. Corrales y Cía.; el hotel El Vapor, la agencia de mudadas de Marcelino Crespo; la casa de baños El Barberillo, de Marco Aymart; y la

fonda Las Delicias del Vapor, de Ramón Pose.

Calle de Tránsito Obligado

Circulaban por Reina en esta época con los ómnibus de caballos de Estanillo, los tranvías de caballos también, que tenían su paradero en el mismo sitio en que se encontraba el de la Havana Electric Co. en el Príncipe. Reina y Carlos III, eran las calles de tránsito obligado para ir a la plaza de toros de Infanta, el sitio de baile llamado Los Capellanes y el Club Campestre Almadares.

Cambio de Nombre

En 1918 fué cambiado el nombre de la Calzada de la Reina por el de Avenida de Simón Bolívar, y en 1936 por el de Avenida de Bolívar simplemente; pero estos cambios de nombre no han logrado que el pueblo deje de llamar a la reina de las calles por su nombre original: la Calzada de la Reina.

Obra Arquitectónica que es un Símbolo



Entre las obras arquitectónicas mejores de la época colonial está el Palacio de Aldama, que como un símbolo en piedra de la permanencia de los valores de la calle Reina, se levanta majestuoso a la entrada de la misma.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Una Vía que fué Siempre de muy Intenso Tráfico

Carlos III y su Desarrollo

El Paseo de Carlos III, llamado también en un tiempo Alameda de Tacón y Camino Militar, constituía con la calle de Reina el Camino de San Antonio Chiquito, allá por los siglos XVII y XVIII. Y como Reina, de la que es prolongación, fué la más importante arteria de comunicación por la que se efectuaba el intercambio de productos entre La Habana y el interior, por ser la primera y única vía que conducía al campo.

Delimitaba este camino, en la primera mitad del siglo XVIII, varias huertas y estancias, entre las que figuraban, por la parte norte, la estancia del teniente don Marcelo Carmona, la d don Tiburcio de las Banderas, y, finalmente, la huerta de don Nicolás González Borges, denominada después Molinos de Borges, y más tarde, del Rey, por existir en ella un molino de tabaco cuyos restos se veían hasta 1821 (Quinta de los Molinos).

Al sur del camino se hallaban las estancias de don Antonio de Zayas, y del Oidor, Bernardo Urrutia y Matos. La última perteneció al coronel Vicente Garcini.

Si Carlos III no constituyó hasta fines del siglo pasado una calle comercial, fué en cambio desde sus orígenes un camino a través del cual se ejercía un intenso tráfico en la buena acepción de la palabra.

A partir del 1780, año en que ya se hallaban muy adelantadas las obras de construcción de la fortaleza del Príncipe, sobre la que fuera loma de Aróstegui, se hicieron diversas mejoras en la vía. No obstante, durante todo el resto del siglo XVIII y el primer tercio del siglo XIX no fué completamente terraplenada hasta que en 1835 se formó el Camino Militar o Paseo de Tacón, a cuyo final comenzó a formarse el nuevo Jardín Botánico y se construyó la casa de Recreo de los Capitanes Generales en la que fuera estancia de Borges o Molinos del Rey, y es hoy Quinta de los Molinos (Escuela práctica de agronomía de la Universidad Nacional).

Tenía la Quinta de los Molinos una gran ventaja para la tranquila estancia de los Capitanes Generales en verano, que eran su frescura y la belleza de sus flores. "No hay en todas las cercanías de La Habana —decía el finado Tiburcio Castañeda— sitio donde haya más brisas sin viento molesto que la Quinta de los Molinos".

El primer comerciante establecido en Carlos III fué don Enri-

que Disdier que en 1820 tenía arrendada parte de la Quinta de los Molinos y en la que poseía una vega y molino de tabaco. Dice La Torre que teniendo Disdier la contrata de proveer al Estado de polvo de tabaco o rapé, cuyo uso estuvo muy difundido en toda Europa hasta mediados del siglo pasado, le hicieron la maldad de echar polvo de ladrillo a una gran partida de rapé que envió a T... qué causa de que perdiera la contrata.

Tras-

Explica Pezuela que la causa natural que determinó la transformación del Camino Militar fué la necesidad de asegurar una buena comunicación entre la ciudad y la fortaleza del Príncipe.

Se consideró también que para una ciudad "de tanta extensión y vecindario" como La Habana no eran suficientes paseos públicos la Alameda Interior de Paula y la llamada de Isabel II (Prado). Pero ni al terminar su mando el general Tacón en 1838, ni tampoco al terminar su corto período su sucesor, don Joaquín Espeleta, estaban acabados aún los terraplenes del Camino Militar. Fué bajo el gobierno inmediato del Príncipe de Anglona cuando terminó la construcción el Mariscal de Campo, Subinspector de Ingenieros, don Mariano Carrillo de Albornoz, el cual dividió la vía en tres calles de sesenta varas de anchura. (Entonces y ahora, la calle más ancha de La Habana). Las dos vías laterales, con buenos bancos de piedra en su intermedio, se destinaron para los transeúntes a pie; y la central, de triple espacio que las otras, para el paso de carruajes.

"Amenizan esta alameda, además de las cuatro filas de árboles que dividen las tres calles —dice Pezuela en 1863— cuatro plazuelas o glorietas circulares que se abren a distancias desiguales unas de otras en toda la longitud del Paseo. La primera y más notable se encuentra casi a la entrada. Su centro está ocupado por la mejor obra de escultura que había entonces en la isla. Es una hermosa estatua de mármol blanco de poco más del tamaño natural que representa el buen Rey Carlos III a pie, con cetro manto, y el peinado de su tiempo".

Traslada la Estatua

La estatua de Carlos III estuvo desde 1803 hasta 1836 en el sitio que ocupó luego la Fuente de la India. En 1836 al iniciarse la construcción del Paseo Militar, fué



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

trasladada al lugar en que hoy se encuentra. Fué debido a esta estatua que el Paseo de Tacón o Militar, comenzó a denominarse Paseo de Carlos III.

La historia de esta estatua está ligada a la memoria del ilustre habanero, doctor Tomás Romay, el cual, al abrir un concurso la Sociedad Patriótica de La Habana en 1794 para inquirir qué estatuas dbeían colocarse en el nuevo Paseo de Extramuros (Prado), fué premiado por el trabajo que presentó, señalando que las cuatro personas que más derecho tenían a nuestra gratitud eran Cristóbal Colón, Juan Francisco Caraballá, Martín Calvo de la Puerta y Carlos III. De estas estatuas sólo se erigió la de Carlos III por suscripción popular.

A una distancia de poco más de doscientas varas de donde está la estatua de Carlos III —dice Pezuela— se halla la segunda glorieta, adornada también en su centro por una fuente sencilla que llaman de la Columna, porque sobre un pedestal descansa una columna istriada rematando en una figura. En los ángulos descubiertos del pedestal hay cuatro figuras alegóricas de piedra. Por esta segunda glorieta cruza la Calzada de Infanta. A una distancia de 500 varas está la tercera glorieta, adornada en su centro como las anteriores. La cuarta, dista de la

tercera sólo doscientas varas, descollando en su centro otro monumento que representa un templo griego con columnas cuadrangulares y relieves. Llámasele la fuente de las frutas porque adornan su pila cuatro pilares hermoseados con vasos etruscos que figuran contenerlas. En la quinta y última glorieta, mucho más fresca y sombría que las demás por los altos árboles que la protegen, ocupa el centro la fuente llamada de Esculapio. Aquí termina el Paseo de Tacón. Confluyen con los terraplenes de esta extremidad de la alameda, tres avenidas principales: una a occidente que asciende hasta el Castillo del Príncipe; otra al Sur que va al caserío San Antonio Chiquito, y otra que dirigiéndose hacia el norte, conduce a la misma casa de recreo o quinta de los Capitanes Generales, y cuyo jardín exterior, entre flores y árboles y plantas aromáticas, es uno de los raros sitios públicos donde bajan de sus carruajes las señoras para hacer ejercicios".

Paseo de Moda

La alameda de Carlos III era la de moda para los que paseaban a pie como para los que iban en volantas o en quitrines hasta las faldas de la loma del Príncipe. Refería el finado Tiburcio Casta-

ñeda que siendo don Pedro de Balboa jefe del departamento de Instrucción Pública, a fines del siglo pasado, solía ir a cortejar en un faetón a la señorita Inés Goiry, que paseaba en coche con algunos familiares por Carlos III. Guiando una tarde el faetón se le desbocó el caballo y allí quedó don Pedro maltrecho y con una pierna rota, por lo que tuvo que guardar cama durante mucho tiempo. Pero doña Inés, como galardón a la constancia de Balboa, le concedió su mano.

En 1880 había en el Paseo varias quintas o casas de salud, entre las que son de recordar la antigua Quinta Garcini, adonde los centros regionales que no tenían casas de reposo, enviaban sus enfermos a recuperar la salud; y la quinta San Rafael.

El Almanaque Mercantil cita como únicos establecimientos existentes en la Calzada en 1881, al depósito de Canteras, tejares y piedra artificial de Nicolás Andreu; y la armería y herrería de Santiago Más.

En 1886, siendo Alcalde de La Habana don Segundo Alvarez se trasladaron las rejas que circundaban el Campo de Marte a la Quinta de los Molinos, donde fueron colocadas frente a la calzada y donde aún hoy se encuentran.

En 1887 existía al pie de la loma de Aróstegui o del Príncipe, a la terminación del paseo un lugar de bailes nocturnos llamado el Hermitache, según el investigador Pérez Beato. Frente a la Quinta de los Molinos había también otro lugar de recreación y bailes que después se destinó a casa de vecindad.

Romerías de San Cristóbal

En parte de los terrenos comprendidos hoy por el ángulo que forman Carlos III y Ayestarán estuvo en el último tercio del siglo pasado el club campestre Almendares donde se celebraban las inolvidables romerías de San Cristóbal de La Habana; fiestas éstas que organizaban los centros regionales y a las que acudía mucho público. Para celebrar la romería se levantaban alrededor de la glorieta central —en la que se bailaba— numerosos kioscos y tiendas entre los que son de recordar el de los catalanes, asturianos y montañeses; el gran bohío cubano; el kiosco de los canarios, la casa de los andaluces y gallegos, y las tiendas de los vascongados y navarros. En el Club Almendares se celebraron luego importantes encuentros de base ball.

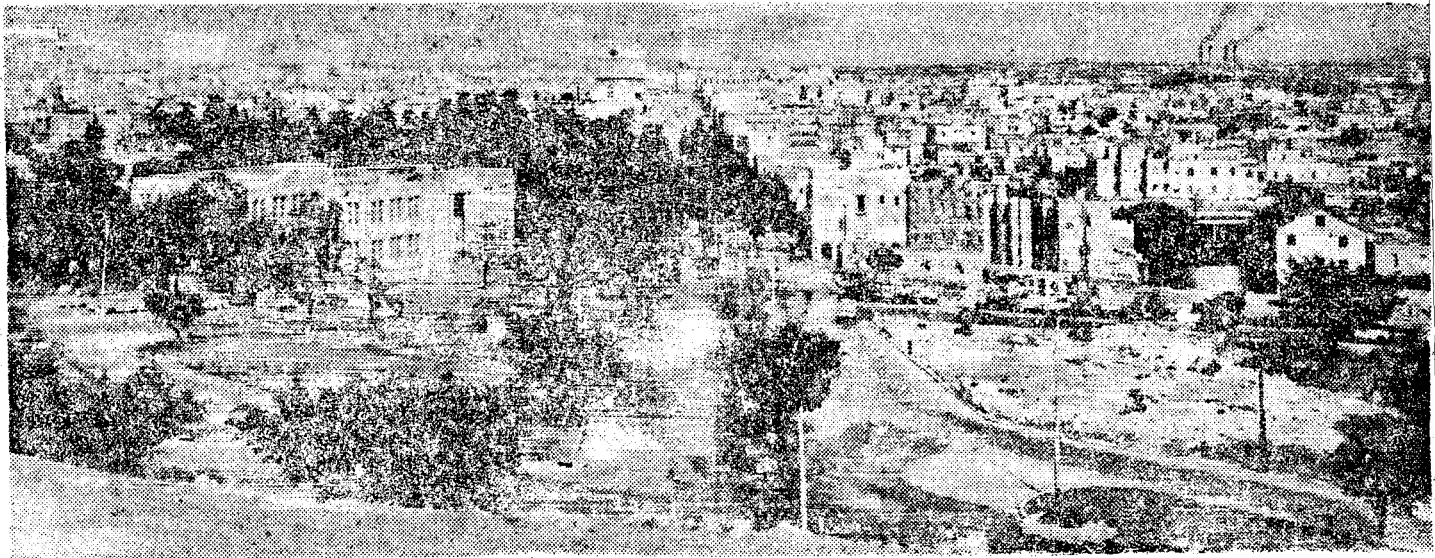
Recuerda Gustavo Robreño que allí se produjo una vez un episodio escandaloso, al jugar un team de pelota femenino contra otro de hombres, y ser derrotado este último con score de quince por cero.

El home del cuadro de pelota estuvo originalmente en la esquina de Lugareño y Almendares, hasta que fuera incendiada la glorieta por unos desconocidos un día de elecciones generales en La Habana. Aprovechando la confusión del momento, esos individuos asaltaron al cajero, llevándose todos los fondos del club. Posteriormente fué corriéndose gradualmente el cuadro hacia el interior hasta que en 1916 fué establecido frente a Desagüe, junto al Parque Mundial.

Cambio de Nombre

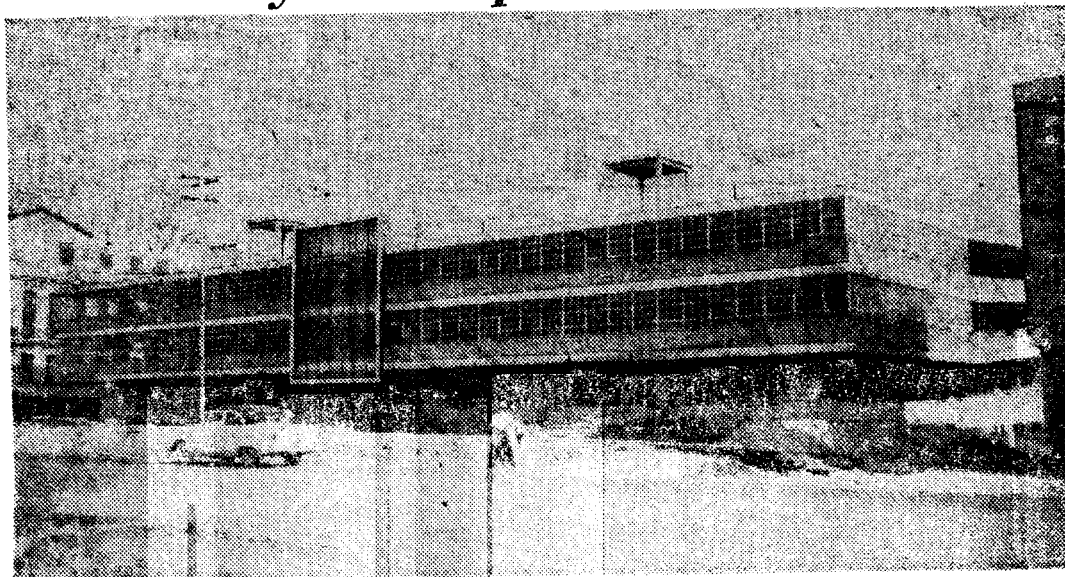
La calle de Carlos III fué la primera a la que se cambió de nombre al constituirse la República. El 7 de mayo de 1902 se le puso el de Avenida de la Independencia. Por decreto presidencial de 1936 se le ha vuelto a llamar Paseo de Carlos III. La República ha reconocido con ello que dicho rey fué uno de los más esclarecidos monarcas que tuvo España en la isla, y el que más merecimientos y beneficios proporcionó a Cuba.

Perspectiva de Carlos III Desde el Principe



Bella perspectiva de parte de la ciudad de La Habana, tomada de la Loma del Principe y que tiene como motivo central la avenida de Carlos III. A la izquierda el bello edificio de la Facultad de Odontología de la Universidad de La Habana.

Horá es ya de Operar Este Mercado



Terminado hace más de dos años, el magnífico edificio construido con destino a un moderno mercado de abasto en la avenida de Carlos III, inexplicablemente continúa cerrado. Una de las aspiraciones de la "Unión de Comerciantes" es que este mercado comience a operar inmediatamente.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Historia de la Avenida de Carlos III

Por Mario Rodríguez Alemán

(Colaboración exclusiva para el DIARIO DE LA MARINA)

Si los personajes de la novela de Cirilo Villaverde, "Cecilia Valdés", recorriesen de nuevo la Avenida de Carlos III añorarían posiblemente la placidez de recreo que antaño tuviera la firme vía construida por Miguel Tacón. Entre el proyecto que el 11 de agosto de 1834 presentara el entonces Capitán General de la Isla a la Junta de Fomento para la construcción de esta importante arteria de la ciudad de La Habana y éste que hoy realiza el Ministerio de Obras Públicas, hay notables cambios. Entonces concibió Tacón la avenida como "un encantador sitio de recreo", donde los habitantes de la ciudad pudieran "salir a respirar aires puros"; hoy, declara el nuevo Ministro de Obras Públicas, arquitecto Nicolás Arroyo, que la vía será "una de las más bellas y modernas" y tendrá "un trazado eminentemente funcional" "que hará posible la rápida circulación de los vehículos en todas direcciones".

La "nueva" Habana busca fundamentalmente, en cuanto a construcción de avenidas y calles se refiere, la solución de un único y grave problema: la descongestión del tránsito. Con este concepto se hacen las obras públicas por los últimos gobiernos del país y pocas veces los funcionarios de turno se detienen a conjugar esas dos importantes estaciones del tiempo: pasado y presente. Así, la Avenida Carlos III es un desgraciado ejemplo de cómo se desprecia en Cuba la cuota artística del pasado siglo y cómo no se quiere conservar nada de lo poco que, en obras, nos queda del pasado colonial. La bella historia de esta avenida por la que transitaban tantas volantes zalameras y tantas bellas cubanas en el siglo pasado empieza a ser recuerdo en fuga. Hoy por hoy, La Habana va siendo, entre todas las grandes capitales de la América Hispana, la que menos conserva su tradición colonial. La pica demoledora ha

ido cercenando sin piedad las cabezas de los monumentos, el agua cristalina de las fuentes ha secado al mudo desaire de los tiempos, y en la letanía de los años sólo queda el eco lastimero del poeta español:

"por cuántas vías y modos se pierde su gran alteza en esta vida!"

El nuevo proyecto

Actualmente, se labora a todo trance para dejar inaugurada la Avenida de Carlos III el próximo 20 de mayo, es decir, se labora para terminar las ocho cuadras del primer tramo, que se estira entre las calles de Belascoain e Infanta (antaño nombrada Calzada de la Infanta Luisa Fernanda, y un poco antes simplemente Carraguao).

El proyecto cuenta con el siguiente trazado: seis vías al centro y dos laterales, estas últimas marcadas por zonas verdes. El nuevo titular de Obras Públicas ha cuidado (haciendo con ello una breve modificación al proyecto del anterior Ministro) que la entrada por Belascoain no permita el estacionamiento de automóvi-

les hasta pasadas dos cuadras. Ahora bien, quien mire el proyecto verá sólo una estera larga y tiesa, fácil al "parqueo" y más aún a la premura de los conductores de vehículos. En las noches, nuevas lámparas de mercurio iluminarán el nuevo ambiente de la Avenida de Carlos III. En el día, se pretende embarazar de una amplia agitación comercial la vía en construcción. Sin duda, O'Reilly, aquel personaje de Cirilo Villaverde, no pudiera detener de nuevo su carruaje "a la vuelta" de la estatua de Carlos III (que ya fue arrancada de cuajo por los nuevos constructores), para esperar allí "un claro" e "incorporarse en la fila" de los que en larga teoría cabalgaban desde Zanja.

Para el farragoso crucero de Infanta, Carlos III y Ayestarán se tiene el proyecto de construir un trébol (el tono poético de la palabra se reduce en la realidad a una especie de Paso Superior que permite el tránsito de vehículos por arriba y por debajo). Esto



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

permitirá cruzar a las seis vías de la Avenida de Carlos III por debajo del trébol y a las de Infanta por encima. La llegada hasta Ayestarán tendrá que hacerse utilizando una de las vías laterales en rumbo izquierdo.

Todavía no se habla del último tramo, es decir, el que comprende desde Infanta hasta la cuesta del Castillo del Príncipe, al que aún no se han extraído los antiguos railes de los tranvías y mucho menos los viejos adoquines, primera mancha brutal que anunció la destrucción definitiva del pasado artístico de esta avenida. Estas últimas partes de la obra no se han presupuestado aún, si el millón doscientos mil pesos, que contempla (con otros tantos presupuestos anteriores) la construcción definitiva del primer tramo.

Fundación de la avenida

Una revisión histórica permite conocer los antecedentes y esfuerzos realizados, primero por don Francisco Dionisio Vives, y después por su sucesor, don Miguel Tacón, para que el viejo camino que unía a la Calzada de San Luis Gonzaga (hoy Reina) con el Castillo del Príncipe, fuese reparado. Tales eran sus condiciones, que de un "informe" de la época suscrito por Vives podemos sacar este dato: sus "deplorables condiciones" eran tales "que ni las gentes de a pie podían en la estación de las lluvias pasarlo sin grandes peligros".

En el año 1829 conoció por vez primera la Junta de Fomento sobre el proyecto de construcción de esta vía. Fué en un escrito remitido por el entonces Capitán General de la Isla, don Francisco Dionisio Vives. En él decía que cuatro compañías se encontraban de guarnición en el Castillo del Príncipe y "que el camino directo y corto" recorría estos sitios: el de Peñalver, la casa del teniente de Partido Morales, "y seguía en línea recta, a la expresada fortaleza, cuya pequeña distancia facilitaba las comunicaciones y ahorra considerablemente el trabajo de los hombres y caballerías, en la conducción de rancho, vestuarios, y demás que se ofrecía, evitando el dilatado rodeo que había que dar por el camino de San Lázaro y las Canteras".

Pero de este simple conocimiento del estado del camino no tenemos respuesta alguna de la Junta, puesto que no se inició por entonces obra alguna de construcción del mismo. Con el escrito de don Miguel Tacón en 1834 sí. La carta de aquel "Caballero de Castilla", "firme como una roca", que, según Ramiro Guerra, era "autoritario, rígido, agrio de carácter e indudablemente activo y enérgico" fue atendida con mejor inte-

rés. En ella Tacón situaba el problema de esta manera: "No habiendo paseo alguno de campo en las inmediaciones de esta ciudad en que sus habitantes puedan salir a respirar aires puros, y creyendo de la mayor utilidad pública, la pronta construcción de uno: elegi el intermedio de la Ermita de San Luis Gonzaga, hasta el principio de la cuesta que sube al Castillo del Príncipe en que ya se está trabajando con la mayor economía, y los escasos auxilios de que puede disponer el Gobierno". Añade: "... y debiendo considerarse esta obra, mixta de la ciudad y de camino o calzada, porque facilitará el tránsito para el expresado castillo en los casos que no lo permite la abundancia de lluvias" "pido el número de carretas de que pueda disponer, para los precisos días de dicha fecha, que deberán dar principios el primero de septiembre inmediato".

Poco tiempo después, a lo pedido por Tacón en este documento, cuya redacción y puntuación transcribimos con exactitud, la Junta anunció el envío de sólo cinco carretas corrientes que servirían para transportar la piedra de las canteras de San Lázaro hasta el lugar de la obra en construcción. A esta promesa, bien poco costosa por cierto comparada con los dos millones y más que viene hoy ya costando, siguió el envío de sólo cuatro "carretas corrientes". Fue de esta manera que el primero de septiembre del año 1834 se comenzaron las obras de la que por mucho tiempo sería "Alameda o Paseo de Tacón", en honor de su constructor. Hasta entonces se había nombrado "Camino Militar o del Príncipe".

Aquel primer proyecto

El "paseo" construido por Miguel Tacón tenía 1425 "varas provinciales de largo" y un ancho "constante" de 60. Las calles estaban divididas "por cuatro hileras de álamos blancos". Al cobijo de sombreade cada árbol un banco de piedra permitía el descanso a los transeúntes. Yerba menuda, frecuentada de cuando en cuando

por meloncillos de tierra, cubría el amplio contorno de los paseos.

Lo más típico de esta avenida era, sin duda, el estilo criollo definitivo de su trazado, lo que ha venido hace tiempo llamándose el "barroco cubano". Es el momento de la artesanía. La "siempre fiel Isla de Cuba" empieza a despertar de su letargo. La Habana comienza a incorporar su destino al de las buenas capitales del resto de América española. A su vez, en el filtro difícil de las influencias extranjeras, nuevos elementos del carácter criollo empiezan a definirnos.



Lo más notable de la Avenida de Carlos III fueron sus cinco glorietas o rotondas, todas arrancadas ya por el paso de los años. Sin ellas no hubiera tenido quizás esta avenida valor histórico fundamental. Dispuesta nuestra atención desde la calle Belascoain hasta la misma cuesta del Príncipe, podemos ver desde hoy una distinta formación, frondosa y de delicioso aire fresco, que la modernidad transforma en fogosa pista de carreras.

La primera glorieta estaba situada en Reina y Belascoain y daba inicio al paseo. En tamaño natural y tallada en mármol blanco de Carraca se levantaba la estatua de Carlos III. Esta estatua fué hecha por Cánovas y antes de ser situada en este lugar se encontraba en el extremo del Paseo del Prado, donde hoy se ostenta la fuente de la India o de La Habana. Los acostumbrados pedestales con dos leones de mármol no faltaron tan poco al monumento. Cada pedestal conservaba una inscripción. La de la derecha decía: "Esta obra la principió el Excmo. señor Capitán General D. Miguel Tacón en el año 1835, continuándola hasta 1838 que cesó en el mando". La siguiente escribía: "Se concluyó por su sucesor el Excmo. señor D. Joaquín Ezpeleta en 1839". Dos columnas dóricas cerraban el monumento. Tenía cada una trece varas de altura y soportaban una urna en su parte superior. Fueron demolidas hace pocas semanas.

Doscientas varas después de esta primera glorieta se levantaba la famosa "Columna", conocida también por "de la Ceres", nombre que llevaba por la escultura de tamaño natural de esta diosa de la fecundidad griega. Un pedestal cuadrangular de cuatro varas de alto soportaba una columna de orden compuesto sobre la que se levantaba la estatua de Ceres. En la inscripción de la base decía "Cerere". Junto a este pedestal y justamente en el juego estricto de cada uno de sus ángulos se alzaban otros cuatros que sostenían figuras alegóricas. Todo esto surgía de una gran taza elíptica.

La tercera glorieta se encontraba a 522 varas de la "Columna" y se conocía como la Fuente de los Aldeanos o de las Frutas. Una verja de forma circular la rodeaba.

En lo que es hoy el cruce de Infanta y Carlos III, es decir, a 200 varas después de la anterior quedaba la Fuente de los Sátiros o de las Flores. Estos dos nombres

se desprenden de sus figuras de sátiros y de sus cuatro vasos etruscos llenos de flores. También una verja circular daba la vuelta al monumento. Esta fué una de las primeras glorietas que desapareció de las cinco que habían en la avenida.

La Quinta tenía un nombre increíble. Esculapio, y debía el título a la inexplicable presencia del célebre personaje griego. También contaba con su necesario pedestal en forma cuadrangular, con surtidores y con aquella tosca y "peor" ejecución que la hacía inferior en trazo artístico a las restantes. Con ella concluía la avenida y junto a dos columnas similares a las situadas en el comienzo, junto a la estatua de Carlos III, venía a quedar junto a la ladera abrupta del Castillo del Príncipe.

Ya en 1857 se hicieron las primeras reformas, cuando la "Columna de la Ceres" sufrió algunos cambios y se introdujeron sistemas de riego en todo el curso del paseo. Por el año de 1916 Sánchez de Fuentes se quejaba así del cambio brusco que la Avenida o Paseo de Tacón había sufrido: "todo el paseo muestra una incuria espantosa en algunos de sus tramos semeja un potrero".

De nuevo el lastimero acento de la Copla vuelve a susurrar:

**"Pues si vamos lo presente
cómo en un punto se es ido
y acabado,
si juzgamos sablamente,
daremos lo no venido
por pasado".**

Pasado y presente

No nos oponemos a que la "nueva" Habana sea una realidad y que dispute su sitio entre las capitales más modernas del mundo, pero no entendemos el por qué de esta política de desprecio a los valores históricos esenciales que acá y allá resurgen aún, en piedra y recuerdo, desde las sombras de los años. Bien pudiera conservar la Avenida de Carlos III su presencia del pasado, recogiendo en sus lugares estratégicos los monumentos que sostuvieron el encanto de los tiempos novelescos del siglo pasado. Tiempos en que, además, los cubanos gestaron su revolución de independencia, y que en los tránsitos y en los descansos por esta avenida se alimentó el deseo y el triunfo de la libertad.



Carlos III que Conoció la Colonia



La Avenida de Carlos III como lucía en su comienzo por Belascoáin, en el siglo pasado.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Mario Guiral Moreno

El Paseo de las Areas Grises

LO que se ha hecho con la gran vía que antiguamente fué el bello Paseo de Carlos III, es algo que subleva el ánimo y provoca la indignación de todas las personas amantes de los árboles y que tienen, además, un concepto cabal de los diferentes aspectos que entrañan actualmente los problemas del Urbanismo, los cuales no pueden resolverse teniendo en cuenta de un modo exclusivo lo que hoy parece constituir la obsesión de los altos funcionarios que intervienen en estos complejos asuntos: procurar el fácil "parqueo" del mayor número de vehículos, aunque para ello se tenga que prescindir de todos los demás aspectos requeridos por las necesidades de orden estético, higiénico y sanitario, en gran parte satisfechas por la conservación y desarrollo del arbolado.

El antiguo Paseo de Carlos III, que antaño fué un motivo de orgullo para el vecindario habanero, ha desaparecido como principal arteria de una gran ciudad civilizada, al dejar de tener la condición de bulevar, denominación que sólo puede aplicarse, según el diccionario, a las "calles anchas con árboles"; y no a las autopistas construidas para que los vehículos puedan transitar por ellas con una gran velocidad, verdaderamente peligrosa para los peatones que tienen la necesidad de atravesarlas.

El primer tramo reconstruido del antiguo Paseo, que se extiende desde la avenida de Padre Varela o Belascoain hasta la avenida Menocal o Infanta, tuvo anteriormente sus cuádruples hileras de álamos, más tarde sustituidos por ficus, que llegaron a estar bastante coposos, y últimamente por flamboyanes, que también habían crecido lo sufi-



GUIRAL MORENO

ciente para esperar que sus ramas florecidas, dieran a dicha importante vía el bello aspecto que los mencionados árboles proporcionan a la vista, durante cuatro o cinco meses del año. Hoy, todo eso ha desaparecido en el citado primer tramo, haciendo temer que, al continuarse la reconstrucción del que fué histórico paseo, sean talados también los grandes ficus, desarrollados y coposos, que se alinean a lo largo del segundo tramo, desde la avenida Menocal hasta la calzada de Zapata, en su entronque o prolongación, con la Avenida de los Presidentes, del Vedado.

"Carlos III es tal vez el único bulevar de La Habana, llamado a completar su circunvalación. Si desaparecen las pobres viviendas de Zapata, sentenciadas ya por el impulso modernizador, y si nuevas edificaciones bordean esa vía, hasta unirla con la calle 12 ó con la calle 23", decía el ilustre Director de Alerta en un artículo titulado *Para las Calendas*, que publicó como editorial de su periódico el 20 de octubre de 1950; e insistiendo sobre dicho asunto, añade en el mismo artículo, que era difícil mantener esperanzas alentadoras respecto de un mejoramiento urbano en esa vía, teniendo en cuenta que "en los mismos arreglitos de Carlos III se han hecho cosas que tiran de espalda, como es darle echada al pedestal de la estatua del rey liberal que le da nombre al Paseo".

El propio gran periodista, en un reciente trabajo que intituló *Oro Verde*, dado a luz en el diario *Alerta* el día 10 del actual, se refirió de nuevo al ya desaparecido bulevar, para preguntar: "¿En qué lugar umbroso tomará el fresco el vecindario del modernizado Carlos III, que debiera completarse con la Quinta de los Molinos como parque de la popular barriada donde se encuentra?", lo cual hace suponer lo que pensará el ilustre periodista al ver que sus correligionarios, en vez de utilizar dicha vía como una de las llamadas "áreas verdes", con la reposición de su cé-

ped y antiguo arbolado, la han convertido en una gran vía de "áreas grises", donde el calor reverbera bajo el influjo del asfalto y el cemento, sin dejar un lugar umbroso donde el vecindario, cobijado por las copas de los árboles, pueda tomar el fresco.

Otro ilustre intelectual, escritor y periodista de amplia y sólida cultura, el doctor José María Chacón y Calvo, en un reciente trabajo titulado *Las Avenidas desoladas*, deja traslucir, al través de su prosa siempre fina, tenue y sutil, la gran indignación que le produjo la contemplación de lo que vio en el Paseo de Carlos III, constitutivo de una verdadera tragedia: "la avenida lucía desnuda, no había una sola tonalidad que atenuase la intensa blancura del Paseo", donde "no sólo falta la estatua del gran rey, tributo de gratitud de La Habana, sino que no ha quedado en pie un solo árbol", dando la sensación de haber "pasado por allí el más cruel espíritu de destrucción arbórea", siendo el nuevo Paseo "para el viandante forzoso, una de las pruebas más duras a que puede someterse su capacidad de sufrimiento".

Lo ejecutado por el Ministerio de Obras Públicas en el antiguo Paseo de Carlos III, hoy convertido en una magnífica pista para automóviles, a raíz de haber sido creada la flamante "Organización Nacional de Parques y Areas Verdes", uno de cuyos objetivos es procurar "el desarrollo y cuidado del arbolado público y de las áreas verdes", es una broma pesada que ha querido darse a la citada Organización; porque ¿con qué derecho, con qué autoridad, con qué fuerza moral podrá exigirse a los ciudadanos que respeten los árboles y procuren su desarrollo, si el mismo Gobierno que dicta esas disposiciones y señala penalidades para los infractores, demuestra con su censurable actuación que es él, el propio Gobierno, el más culpable y mayor responsable de todos los "arboricidas"?

No Harán El Paso Inferior en Carlos III

**Quiere Realizar
el Gobierno Obras
que Reembolsen
las Inversiones**

El propósito de realizar obras de carácter reproductivo que resulten de positivo beneficio para la comunidad, fué reiterado por el ministro de Obras Públicas al responder a las preguntas que le formularon los reporteros durante una conferencia de prensa que concedió en la tarde de ayer.

Por ese motivo se está considerando seriamente el dar atención preferente a la construcción de carreteras en las cuales pueda cobrarse el peaje, ya que ello permitirá que las inversiones produzcan el doble o mucho más de lo que darían en el caso de que no fueran aplicadas a trabajos del tipo de los enunciados.

Tuvo especial interés en destacar el Ministro en que esto no significa que vayan a ser abandonados los proyectos en los cuales no hay posibilidad por el momento de obtener ese tipo de recuperación, pero que vengán a satisfacer necesidades sentidas de zonas que resultarán beneficiadas por los mismos.

Durante su charla con los periodistas se refirió a la continuación de los trabajos en Carlos III, a la carretera de Santa Fe hasta el Mariel, a la autopista de Varadero a Cárdenas, al Mercado de Carlos III, al problema del agua en Santiago de Cuba, reconstrucción de las calles habaneras y la Ciudad Deportiva.

Agradecimiento

El arquitecto Nicolás Arroyo Márquez inició su charla con los reporteros con la expresión de su agradecimiento a la prensa cubana y a los hombres que en la misma laboran, por la forma en que han venido cooperando de manera tan efectiva en la divulgación de las obras que se llevan a cabo por el Gobierno que preside el mayor general Fulgencio Batista y Zaldivar.

Señaló que sin esa contribución no podrían ser conocidas por el pueblo en general la vastedad de los planes en ejecución. Este conocimiento por la ciudadanía permite al propio otiempo, agregó el Ministro, que se produzcan reacciones por las cuales es posible trazar planes y rectificar los que se tengan, para de esa forma acertar en beneficio del pueblo.

No Habrá Paso Inferior

Interrogado con respecto a la prolongación de Carlos III y el proyecto de construir un paso inferior en el cruce de la misma con Infanta, reveló el arquitecto Arroyo Márquez que todo parece indicar que será desechado ese proyecto, de por sí costoso.

La resolución final al respecto vendrá de la Junta de Planificación, que a todas luces parece inclinada a seguir la calle a su nivel actual, ya que con las avenidas que se construyen o reparan no será necesario realizar una obra tan costosa como esa del paso inferior.

Explicó que ello representaría el ahorro de una inversión de casi un millón de pesos que costaría dicho paso inferior, dinero que será aplicado a continuar los trabajos hasta llegar a la calle G, en las mismas faldas del Príncipe.

Anunció que solamente se espera el dictamen de la Junta de Planificación en el sentido apuntado, para continuar la reconstrucción de Carlos III, al mismo ritmo y hasta más acelerado de lo que hizo el tramo inaugurado por el presidente Batista el 20 de mayo último.

M. J. → / 5-5



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Piedras antiguas restituye O. P. en Carlos III

Son las que constituyen las dos columnas que "escoltan" a la estatua del monarca Carlos III

RESPECTO A ARQUEOLOGIA ENTRAÑA DICHA MEDIDA

Cuadrillas de obreros de Obras Públicas, están trabajando en estos días en la labor de restitución, a su antiguo emplazamiento en el remozado Paseo de Carlos III, de las viejas piedras que forman las dos columnas que desde tiempo inmemorial escoltan allí la vieja estatua del citado monarca.

—Dado el tiempo transcurrido entre la demolición y retirada de dichas columnas para dar paso al nuevo trazado de la avenida central en ese Paseo y la restitución actual, —nos dice nuestro repórter en OP y crítico de arte e historia, señor Octavio de la Suarée— muchos pensaron que habían desaparecido, pero no ha sido así gracias a la cultura arqueológica del ministro, señor Nicolás Arroyo Márquez, del director de Arquitectura, señor Eugenio Albarrán y del Jefe de Urbanismo señor Vicente J. Sallés, quienes velan por nuestro pasado arquitectural.

Con anterioridad, como se sabe, fué rehabilitado allí el antiguo pedestal de la estatua de Carlos III, esperándose ahora que sean repuestas en sitio ad hoc las letras de hierro de la antigua leyenda que tenía.

Asimismo el Ministerio de OP trabaja en la construcción del pedestal adecuado para volver a colocar frente a la Sociedad Económica de Amigos del País el busto a la memoria de don Luis de las Casas.

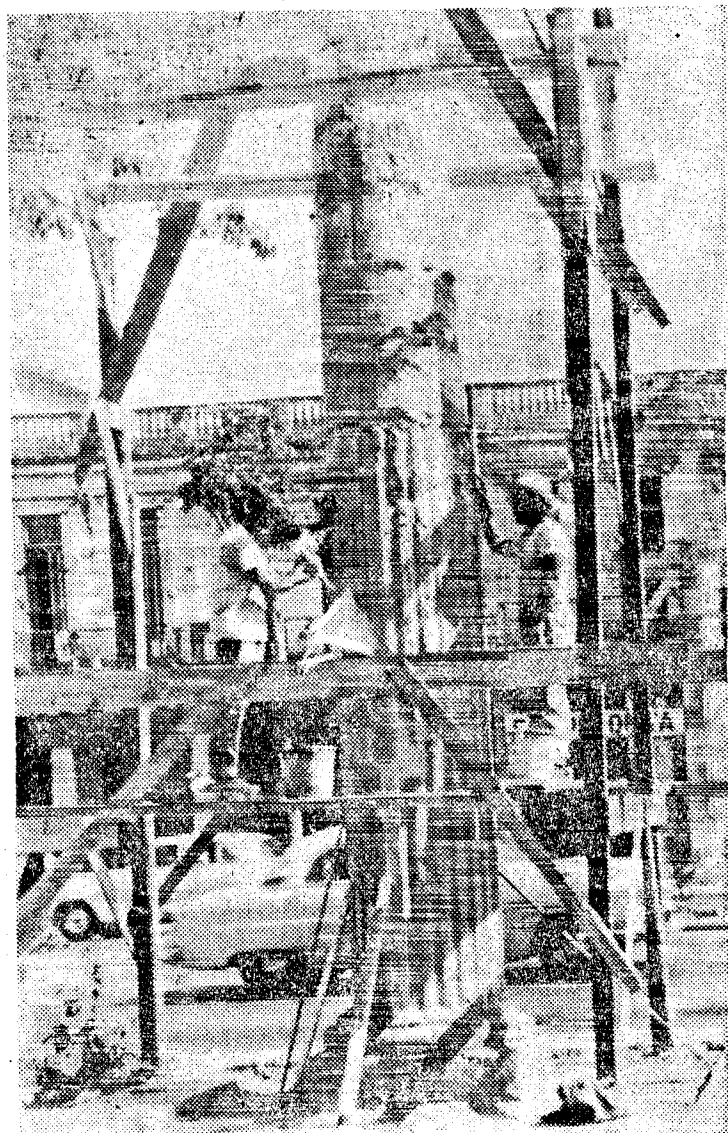
Terminado todo eso, sólo faltará en el antiguo y bellissimo Paseo, la colocación de bancos, a fin de que el público pueda "defenderse" contra la canícula reinante en tan pintoresco lugar.

[Handwritten signature]



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



...obreros del Ministerio de O. P. están restituyendo a su emplazamiento en el Paseo de Carlos III las dos viejas columnas que escoltan la estatua del viejo rey... (Foto TIRSO)



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Mayor amplitud a una sección de Carlos Tercero

Se le añadirá al Paseo la faja de 10 metros que hoy ocupa la cerca del Jardín Botánico

FUE RESTITUIDO EL BUSTO DE DON LUIS DE LAS CASAS

Con los créditos recientemente concedidos por el Gobierno será llevado a cabo el ambicioso proyecto de Obras Públicas tendiente a dotar de mayor diámetro al Paseo de Carlos III en la sección que va desde la calzada de la Infanta hasta la de Zapata, donde como se sabe, desde tiempo, inmemorial la cerca y los jardines de la posesión universitaria próxima privada al lugar del espacio de una de las calles laterales.

En efecto, el Ministerio de O. P., por disposición del arquitecto Nicolás Arroyo Márquez, tramita con la Universidad la expropiación de la faja necesaria para que el Paseo reivindique una línea de expansión coordinada con la que tiene de Infanta a Belascoáin, quedando así una planificación uniforme desde esta calle hasta el Príncipe.

Al mismo tiempo O. P., está restituyendo a su pedestal el busto de don Luis de las Casas frente a la Sociedad Económica de Amigos del País, que era el único monumento que faltaba en el Paseo de Carlos III, que está hoy bellísimo y más amplio.

IMPORTANTE DREN CONSTRUYE O. P. EN LA SECCION DEL BILTMORE EN LA VIA PACTEA

De acuerdo con el Plan de Obras del Presidente de la República, general Fulgencio Batista, el Ministerio de Obras Públicas que regenta el arquitecto Nicolás Arroyo Márquez viene llevando a cabo la construcción de un largo dren en la sección del reparto Biltmore correspondiente a la Via Lactea (prolongación de la Quinta Avenida de Miramar a la playa de Santa Fe) Este es un dren rectangular de cinco pies de alto por 7 pies de ancho, que comprende también otro tramo de dren como bifurcación.

C. C. C.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Expropiación Terrenos

Por \$125,000 para la
Avenida de Carlos III

Al costo de \$125,000, se ha expropiado una faja de terreno de 2,531.70 metros para la reconstrucción y ampliación total de la Avenida de Carlos III.

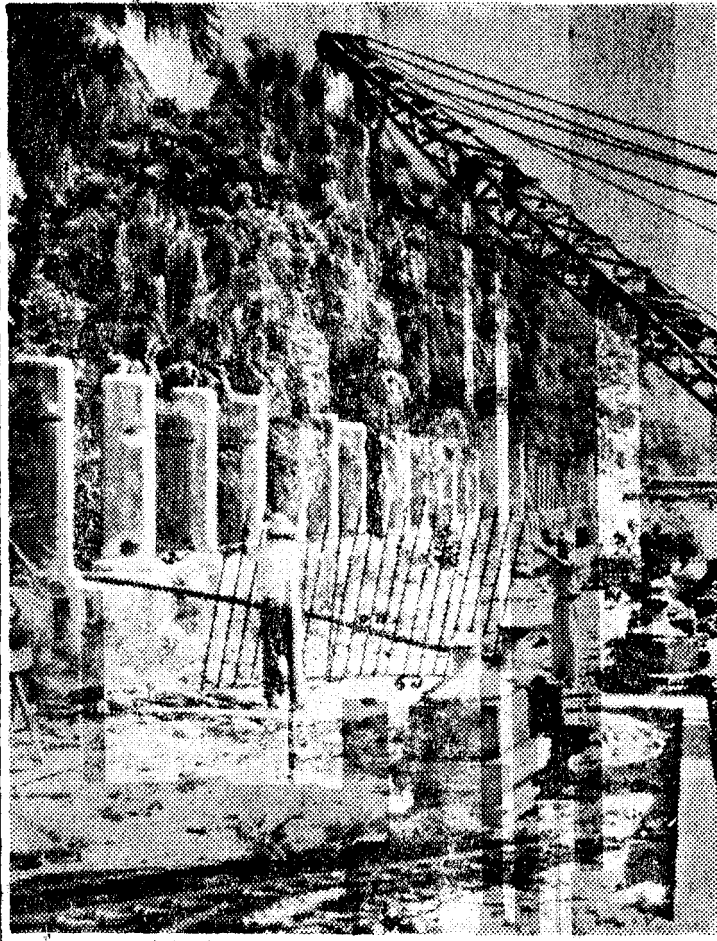
Esa faja de terreno era de la propiedad de la Universidad de La Habana y del Instituto, en la Quinta de los Molinos. Desde la entrada del Jardín Botánico a la

entrada de la Escuela de Agronomía, era la propiedad del Instituto de La Habana, que fue cedida gratuitamente al Estado para la ampliación de esa vía. Los tramos de la faja expropiados a la Universidad, son los que van desde Infanta hasta la entrada del Jardín Botánico, y desde la entrada de la Escuela de Agronomía hasta la Avenida de los Presidentes.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



ABAJO LA REJA... Capta la nota gráfica el momento en que los obreros del Ministerio de Obras Públicas arrancaban, con ayuda de una grúa, la antiquísima reja de hierro de la Quinta de los Molinos. Este trabajo fue emprendido como parte de las obras de ampliación y reconstrucción de la Avenida de Carlos III, para adaptarla a las necesidades del tránsito



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Retira O.P. reja en la Quinta de los Molinos

Lo hace para ampliar sección lateral de paseo público en la avenida de Carlos III

HUBO QUE EXPROPIAR UNA FAJA A LA UNIVERSIDAD

Numerosos trabajadores de Obras Públicas están procediendo hoy a derribar la antigua cerca que separaba la Quinta de los Molinos en el Paseo de Carlos III de una de sus secciones, para darle mayor amplitud.

A razón de cerca de \$50.00 el metro, pagó el Estado los 2,531.70 metros que tuvo necesidad de expropiar para la ampliación de la avenida de Carlos III a la Universidad habanera.

Una sección de la faja mencionada de la Quinta de los Molinos, que da a la avenida de Carlos III,

esto es, desde la entrada del Jardín Botánico a la entrada de la Escuela de Agronomía, que era propiedad del Instituto de La Habana, éste la cedió gratuitamente para la ampliación de la vía. Los tramos de la faja expropiados a la Universidad, son los que van desde Infanta hasta la entrada del Jardín Botánico, y desde la entrada de la Escuela de Agronomía hasta la avenida de los Presidentes.

JARDINES PARA LA PLAZA DE LA REPUBLICA

Mientras otras cuadrillas de obreros están laborando en el trazo y habilitación de distintas secciones de avenidas, calles interiores y jardines en la Plaza de la República, tanto del lado de Rancho Boyeros como de la calzada de Ayestarán.

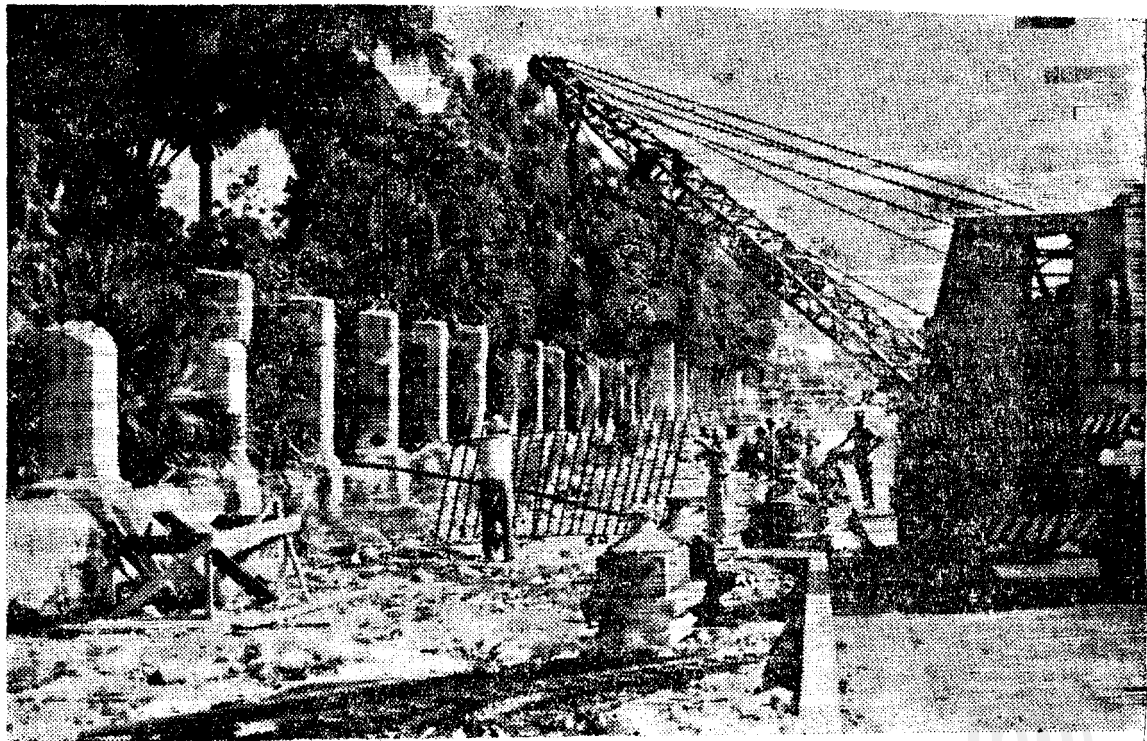
ADELANTAN LAS OBRAS

También se reporta progreso en el hermoso edificio destinado a la Renta de la Lotería Nacional y al teatro de la Nación.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



DERRIBAN LA ANTIGUA CERCA DE LA QUINTA DE LOS MOLINOS. — Hombres y máquinas del Ministerio de Obras Públicas se unen en un esfuerzo por arrancar las antiguas rejas de la Quinta de los Molinos, para poder llevar a cabo la ampliación de la avenida de Carlos III, en tramo que va desde Infanta al Príncipe. (Foto de la Torre).

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

CALETA DE SAN LAZARO



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

HABANA

Caleta de San Lázaro

La Caleta de San Lázaro

en La Habana literaria. Habana, año
II, n. 5 (15 marzo 1892)
pag. 112. Con un grabado.

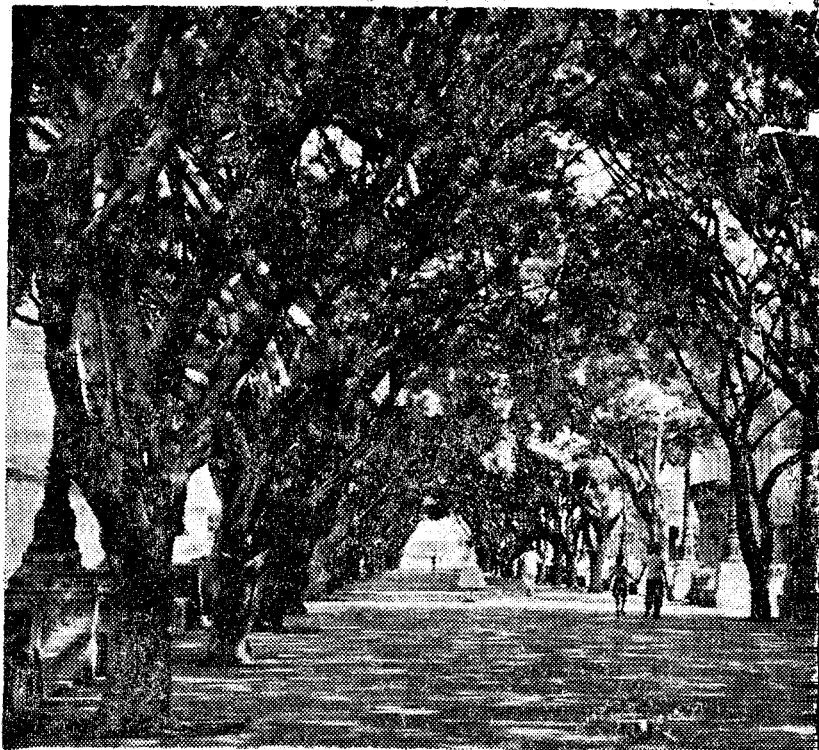
PASEO DEL PRADO



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PRADO ARRIBA, PRA



CARLOS MIGUEL nos legó "una hermosa alameda digna de una gran

CARLOS Miguel de Céspedes (¿Recordais al secretario de Obras Públicas

del Gobierno de Machado?) nos legó, además del Capitolio y la Plaza de la Fraternidad, el Paseo del Prado que hoy tenemos. "Una hermosa alameda digna de una gran ciudad". Así dicen los turistas que recorren el mundo y que un día hacen escala en esta Tierra.

Los arquitectos haciendo gala de su buen gusto realizaron una bella obra de arte ornamental. Dotaron el Paseo de copudos árboles, bancos de mármol y adornos forjados en bronce. Ciertamente era una delicia disfrutar del sol matutino o de la brisa vespertina en los asientos gratuitos del Prado. Los ciudadanos que allí acudían considerábanse dichosos gozando de un suave clima de amable paz, muy seguros contra accidentes del tránsito.

El Paseo conservó su prestancia hasta el doce de agosto del año de gracia de 1933 en que una grave perturbación del orden público alteró el ritmo de la vida nacional. ¿A qué evocar en detalle lo ocurrido? Sólo diremos que los hechos consecuentes causaron la desgracia de unos, y originaron la fortuna de otros. Es la regla en todo movimiento tectónico de las naciones.

En este movimiento al Prado le tocó la de perder; y perdió algunas copas de bronce que fueron arrancadas por los ladrones a fuerza de mandarina y convertidas en artículos de uso doméstico; perdió

los brazos de sus bancos; perdió su belleza a manos de los candidatos electoralistas que han cuajado sus muros, sus árboles y sus farolas de pasquines de propaganda política; perdió su clima de amable paz y de seguro contra accidentes; una turba de zagalones, desnudos de cintura arriba, juega el base ball sin cuidarse del transeúnte.

Quieren decir que este Prado no es el mismo que nos legó Carlos Miguel de Céspedes, el prestigio de la preciosa alameda naufragó en el sismo del 12 de agosto de 1933.

El turista que recorre el mundo, que un día acuatiza en nuestras playas y visita el Prado, aún a trueque de recibir un pelotazo, se lleva la impresión de que ha visitado una barraca de feria.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

PRADO(Paseo)

Bay Sevilla, Luis: Viejas costumbres cubanas.

Arquitectura. Habana. año XI(1943) pag. 185-188.

--- --: Viejas costumbres cubanas.
Ibid. año XI(1943) pag. 158-162.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

PASEO DE MARTÍ: La Via Notable de La Habana.

Un Paseo de Extramuros en 1772.—La Alameda de Isabel II.—El Parque Central, Solar que Costó 89 Pesos.

Ensanches y Mejoras.—El Prado se Comercializa. Estampa de la Acera del Louvre.—Hoy Como Ayer.

DE antiguo viene ejerciendo el Paseo de Martí —el Prado— una singularísima atracción sobre los forasteros que visitaban esta ciudad de San Cristóbal de La Habana y huelga decir que los habaneros supieron justipreciar siempre “esa espléndida y anchurosa vía bordada de árboles frondosos que era a modo de un Edén en el centro mismo de una populosa ciudad en que el Paseo del Prado contrastaba con las calles estrechas y calurosas que iban a desembocar en él”.

En 1852 decía ya don José G. de Arboleya, en su “Manual de la Isla de Cuba” que “la vía más notable de La Habana es la calle del Prado o Paseo de Isabel Segunda”.

El mismo autor señala que el Prado venía a ser la arteria urbana más moderna de la ciudad, y apunta: “Era el Paseo una de las pocas calles de extramuros que tenía alumbrado de gas, alumbrándose las otras con aceite”.

El desarrollo de esta monumental alameda corre pareja con el de nuestra capital. Pudiera decirse, en verdad, que fué en toda época, a partir de mediados del siglo XVIII, el índice del tránsito de La Habana de un “pueblo grande” a una gran capital.

EL PASEO DE EXTRAMUROS

El sabio historiógrafo don José María de la Torre dice en su clásica obra “Lo que fuimos y lo que somos o La Habana antigua y moderna”, editada en 1857, que la Alameda del Prado, o Paseo, fué construída en 1772 con el nombre de Nuevo Prado.

“La esquina a la calle de Neptuno —apunta el erudito investigador habanero— se conocía por Neptuno por haber una fuente con este Dios mitológico hasta 1840, en que fué destruída”.

De la esquina de San Miguel dice el mismo autor que se denominaba de Argel, por “un café de este nombre que tenía pintado el combate de Argel en 1830” y apunta, seguidamente, otro dato no menos sabroso: “En donde hoy existe la Puerta de Colón (Campo de Marte) junto a la fuente de la India, había un café y nevería llamado Atenas, donde se reunía la gente después del paseo”.

Consigna asimismo don José María de la Torre que el Paseo del Prado se llamó Calle Ancha desde la calzada del Monte al Arsenal por la razón, harto convincente, de que “verdaderamente formaba una ancha calle”.

“Ese tramo —apunta— estuvo cerrado hasta 1832 y se conocía por calle del Basurero porque había siempre en él un gran basurero (sic).”

Otros cronistas de la época convienen en que a fines del siglo antepasado era el Nuevo Prado el paseo preferido de la población habanera de intramuros.

ORIGENES DEL PARQUE CENTRAL

La zona del Parque Central, corazón de La Habana actual, era en 1736 propiedad de un estanciero, Calvo de la Puerta, que adquirió ese terreno en 89 pesos, cantidad exorbitante para la época. En 1857 valía ya esa caballería, según apunta De la Torre, 2.289,183 pesos, pues se pagaron a la sazón parcelas de ese terreno a 25 pesos la vara!

Hoy, a la vuelta de menos de un siglo, ¿no nos parece una bicocha el valor que tenían en el año de gracia de 1857 los solares en el punto más céntrico de la capital?

DESCRIPCION DEL PRADO EN 1863

Nuestros bisabuelos conocieron al actual Paseo de Martí tal como lo describe don Jacobo de la Pezuela en su “Diccionario Geográfico, Estadístico e Histórico de la Isla de Cuba” (Madrid, 1863):

000000
000000
000000

"Esta calle contiene en su centro toda su primera sección, la que abre por el Norte en la explanada del castillo de la Punta, cerca de la orilla del mar, y termina en la segunda glorieta de aquel paseo. Es un hermoso espacio perfectamente rectilíneo, nivelado y empedrado que mide 750 varas castellanas de longitud y 100 de ancho, de las cuales ocupa como 60 el terraplén de la alameda central, dejando así a sus lados dos vías paralelas y empedradas de unas 15 varas de ancho. Cuenta ésta, una de las más hermosas de la ciudad, en cada uno de sus lados, 8 manzanas de casas de la construcción más propia para el clima, casi todas de dos pisos y azotea, adornadas de portales de pilares y con barandillas en la planta baja, donde suelen solazarse sus habitantes por las tardes con la vista de los carruajes y concurrentes de la alameda. Cruzan esta triple vía de Este a Oeste la calle de la Cárcel y sus seis paralelas hasta la de las Virtudes".

LA ALAMEDA DE ISABEL II

Don Jacobo de la Pezuela dice, después, que con el nombre de Nuevo Prado trazó y empezó a formar la Alameda de Isabel Segunda el marqués De la Torre, en 1772, terminándola en una longitud de 770 varas.

"Aquel primer proyecto —dice el cronista— se extendió al prolongarse este paseo hasta la glorieta actual de la fuente de la India. El primitivo paseo constaba de cuatro calles arboladas. Los sucesores del marqués De la Torre, y particularmente Las Casas, Someruelos, Vives y Rocafort, fueron ensanchándolo y alargándolo en todo el espacio comprendido de Norte a Sur entre la glorieta hoy adornada con la bella estatua de doña Isabel II y la fuente de la India".

EL ENSANCHE DE 1834

Cuentan cronistas de la época que la antigua alameda de Isabel II acabó de desaparecer por el ensanche que le dió el general Tacón entre 1834 y 1838 y por la "predilección con que era frecuentado el otro espacio, abierto con mucha posterioridad, entre las dos salidas más transitadas del recinto, que son las puertas de Monserrate y las de Tierra".

"A los setenta años de haber sido realizado —apunta Jacobo de la Pezuela —desapareció el Nuevo Prado, pero La Habana se encontró con un paseo correspondiente al crecimiento que habían tomado su población y su riqueza".

Añade el mismo cronista que los nuevos trabajos los dirigió el mariscal de campo don Mariano Carrillo de Albornoz, subinspector de ingenieros de la Isla y "de gran competencia y gusto en esta clase de obras" y hace constar que el mismo Carrillo prolongó el Paseo hasta la calle de la Reina, por la que "se llega inmediatamente a la alameda de Tacón, también terminada por ese hábil ingeniero, que ejecutó asimismo las obras de las dos calzadas transversales de Belascoain y de la Infanta".

MACADAM, CAFES Y BANCOS DE PIEDRA

Según rezan las crónicas de mediados del siglo pasado, ocupaba ya la alameda de Isabel

II propiamente dicha una longitud de 1,780 varas provinciales, con una anchura rectilínea de 125 abierta entre el costado oeste de la Cárcel y la entrada de la calzada de San Lázaro.

"Continúa en línea recta esta alameda —dice el antes citado De la Pezuela— hasta llegar al espacio comprendido entre las dos manzanas laterales que atraviesan la calle de las Virtudes y continúa en la calle del Prado. Al costado derecho de la estación de Villanueva, donde tiene su salida el ferrocarril de Güines, aparece la elegante manzana de casas de Euscariza y Abrisqueta y otros propietarios, con el café principal de la ciudad, el de Euscariza, y una de las mejores fondas-hotels, que es la de Legrand. En la esquina paralela está el gran teatro de Tacón. La alameda forma una reunión de cinco calles paralelas en su primera sección, a saber: dos empedradas a la macadam, otras dos terraplenadas entre las hileras de árboles, para los que pasean a pie, y una central, mucho más ancha que las otras, para el tránsito y concurrencia de los carruajes y jinetes. De intervalo a intervalo hay bancos de piedra y delante de la fachada del teatro de Tacón se colocan sillas por las tardes, siendo ese habitualmente el lugar más concurrido del paseo".

EL PRADO SE COMERCIALIZA

Gradualmente cobra el actual Paseo de Martí el doble carácter de alameda y de gran bulvar de tiendas y establecimientos que tiene en nuestros días. A comienzos del siglo pasado se hallan ya establecidos en esa arteria, —la "más notable" de La Habana, no lo olvidemos— numerosos comercios.



Según Francisco Cartas, en "Cartera de La Habana", había en el Paseo del Prado colegios de niños, fábricas de tabaco, hojalaterías, bodegas, zapaterías, almacenes de muebles, talleres de maderas, boticas, restaurantes, cervecerías, cafés y fondas de lujo.

El Gran Restaurant de Monsieur Legrand—veamos un ejemplo—sitó en Prado 124, era un punto de cita del mundo elegante y ostentaba en su frontispicio un pintoresco letrero que decía así: "En ésta se sirve con toda la decencia y lujo que es posible".

FRESCO, COMODIDAD Y ASEO...

"Casi todo el ancho de la ciudad —dice Juan Franqueza, er el Directorio Crítico de La Habana, 1883— está atravesado por la Alameda, que tomando nombres distintos según sus divisiones, comienza en la calzada del Monte y termina en el castillo de la Punta. Parque de la India, Parque de Isabel la Católica, Parque Central y Paseo del Prado, son las denominaciones que toma la vía, sin rival no sólo en La Habana sino en muchas ciudades de más encopetado tono".

Encomia luego el autor "la comodidad, el fresco y aseo de la Alameda" agregando que "se carece de tales condiciones en las otras calles de la capital".

PRIMEROS PELIGROS DEL TRAFICO

En la misma obra se hace constar que en el segundo tercio del siglo pasado "formaba un maremagnum peligroso" el congestionamiento de carruajes en el Parque Central y se señala que frente al teatro Tacón "se apiñan los paseantes como si no hubiese más espacio", reuñentes a salir de ese corto tramo.

Refiriéndose a las retetas que tres veces por semana tenían lugar en el Parque Central,

apunta el Directorio Crítico que "en esos días acudía más público, contándose bastantes señoras y señoritas que de otro modo no concurrirían al paseo, ni buscarían el fresco y el esparcimiento en beneficio de la salud".

Al revés de lo que ocurre ahora, en que la mujer habanera, siempre dispuesta a ir de tiendas y a concurrir a espectáculos públicos, parece que en tiempos de nuestros abuelos "estaba la mujer habanera imbuída de rancias preocupaciones, creyendo que su concurso sólo es natural cuando algún atractivo lo justifica".

EL LOUVRE

Al finalizar el siglo pasado eran el café del Louvre y su famosa acera, el punto de reunión de la gente de mundo.

El autor del Directorio Crítico dice que "aunque en menor escala, es el Louvre un lugar verdaderamente alegre como la Puerta del Sol de Madrid".

"Por la acera del Louvre —agrega— pasa todo lo "fasionable" de La Habana. Entre sus establecimientos, son a cual mejores el hotel y restaurant de Inglaterra, el primero que se montó con lujo en esta ciudad y cuyo salón de comer se ve siempre muy concurrido; el Cosmopolitan, café y restaurán, donde se come muy bien y, sobre todo, se cena; el Washington, también muy decente; el Casino Alemán, círculo privado, en los altos; Helados de París; Barbería el Louvre, para el acicalamiento de jóvenes a la moda, y otros más".

Y concluye su crónica de esta suerte:

"Como se ve y contando con los alrededores, puede vivirse muy confortablemente sin salir de este centro, que no tiene que envidiar a los de otras capitales".

HOY COMO AYER...

Estas ojeadas retrospectivas al desarrollo que, con el tiempo, fué cobrando el Paseo del Prado, nos confirman cómo, legítimamente orgullosa de poseer una avenida que, por su amplitud y belleza, bien puede rivalizar con las mejores de otras capitales, se preocupó constantemente esta ciudad de San Cristóbal de La Habana por hermosarla y darle cada vez más auge.

El Paseo de Martí, admiración de propios y extraños, sigue siendo hoy día en toda su extensión, desde la Calzada de Monte hasta la Punta, la "vía más notable de La Habana".

Desde la instauración de la República hasta el presente se vió sometida, década tras década, a mejoras que, sin restarle sus tradicionales encantos, la modernizaron gradualmente hasta darle el aspecto grandioso que ahora tiene.

Sin hipébole, es hoy el Paseo de Martí a La Habana lo que los Campos Eliseos eran a París, o a Londres el Piccadilly; el alma que refleja y condensa la vida de una ciudad.

INFLUENCIAS DECISIVAS

Demás está decir que lo que da mayor brillo al Paseo de Martí, fuera de sus monumentos, su magnífico y señorial

Ume



trazado y sus espléndidos ornatos, es lo que pudiéramos llamar la concentración de riqueza activa que hallamos en él: lujosos hoteles, concurridas tiendas, estupendas y modernísimas oficinas, acreditados salones de modas, elegantes restauranes y bares, grandes clubs y centros regionales, teatros y así de seguido.

La "International Business Machines Co. of Delaware", casa establecida desde hace muchos años en Cuba pero que se trasladó al Paseo de Martí No. 360 en 1937. Su gerente general, el señor Marcial E. Digat, es presidente de la Asociación de Comerciantes de Prado. Las máquinas eléctricas de contabilidad y estadística, así como los relojes comerciales y máquinas de escribir eléctricas que vende esta importante agencia, son de fama mundial y gozan en Cuba, tanto en las dependencias oficiales como en la Banca, la industria y el comercio, de un crédito inigualado.

Hállanse también establecidas en esta avenida las magníficas

oficinas de la "R. K. O. Radio Pictures de Cuba", en el No. 206. Su gerente, señor Pedro Sáenz, figura a la cabeza del giro de distribución de películas.

El "Fondo Cubanoamericano de Ayuda a los Aliados", instalado en este Paseo esquina a Animas, en los bajos del antiguo Palacio de la Montera, y cuyo presidente es el doctor Cosme de la Torriente, realza igualmente el Paseo de Martí. El local fué cedido a dicha organización por la Compañía de Vapores Peninsular & Occidental Steamship Company.

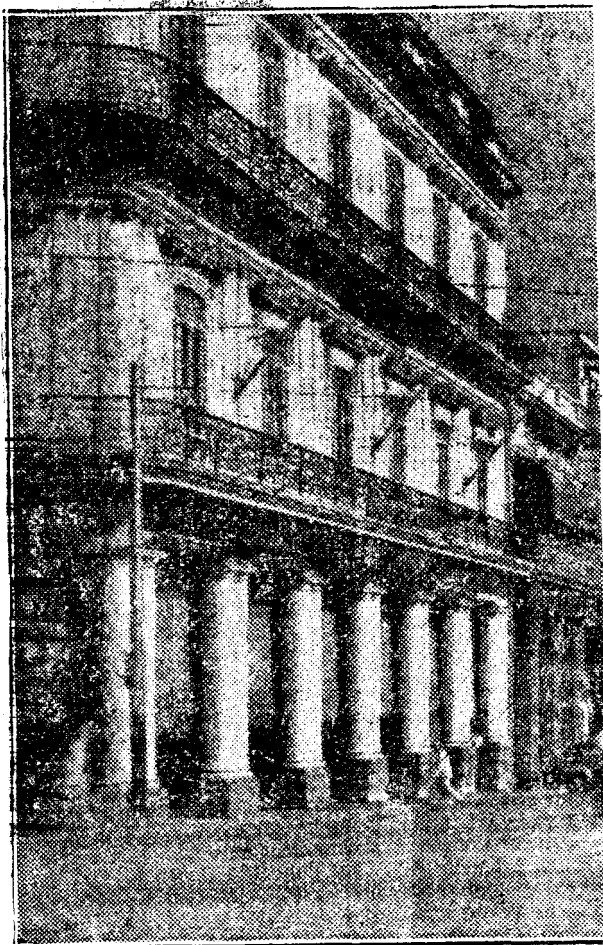
Juan Ullua and Company, representantes de los automóviles

"Packard", se estableció en el Paseo de Martí en 1910.

Citaremos también, por el público que atraen y por dar más brillo al Paseo de Martí, la joyería "El Pensamiento", del señor Gastón Bared, establecida en el No. 617; la óptica "Versalles", del señor Lorenzo del Toro, establecida en el No. 557 desde 1920; el lujoso restaurán "El Dorado", gerenteadó por el señor Manuel Garrido, lugar de cita de nuestro mundo elegante; la estación radioemisora "RHC Cadena Azul", del señor Amado Trinidad, en el No. 53; el monumental hotel Sevilla Biltmore, establecido en 1920, del que es actualmente gerente el señor Amleto Battisti; la casa de modas de Matilde Cumont, el más aristocrático de nuestros establecimientos de haute couture, fundada en 1915; la conocida firma J. B. Díaz and Co., tabaco en rama, establecida en 1917 en el No. 615; el salón "Cristal", helados, que regentea eficientemente el señor José R. Gutiérrez y la acreditada casa de huéspedes "Hotel Biarritz", en el No. 519, propiedad del señor Miguel Sures de los Reyes.

Estos establecimientos y muchos otros más, que no citamos por no alargar desmedidamente esta somera exposición, contribuyen cada cual a perpetuar ese movimiento y tráfigo y agitación en que laten, día tras día, las pulsaciones de una gran capital.

Oct 12/43



Con el busto del patriota Manuel de la Cruz Jorg mundo. (Fu

Terminado el primer año de contrato, Alfredo Misa, que a pesar de liquidar su actuación con cuantiosas utilidades, se retiró estimando que no tardaría en producirse el fracaso. Posteriormente las nuevas direcciones degeneraron las ambiciones de los organizadores popularizando los teatros con números de segundo orden y el llamado género bufo cubano, lo que acabó de quitar su aureola al Gran Teatro y al Teatro del Vaudeville, rebajando su categoría artística y produciendo el fracaso de la empresa.

Esta al no poder cumplir los compromisos sobre aumentos de renta estipulados en los contratos y hostigada por el propietario del terreno don Andrés Gómez Mena presentó quiebra adjudicándose la totalidad de las propiedades el acaudalado millonario que, desconocedor de este negocio, pronto resolvió su derribo y ordenó que se procediera inmediatamente al efecto. Así fué cómo se comenzó a construir lo que es hoy la Manzana de Gómez, el edificio de cuatro plantas, de amplios y cómodos apartamentos para oficinas y el más céntrico y atractivo de los puntos comerciales.

OTRAS CAUSAS DEL FRACASO

Causa también importante del fracaso de los Politeamas, fué sin duda la falta de un medio cómodo de llegar a sus salones que el público, no habituado a subir escaleras, comenzó a mostrarse indiferente y Gómez Mena, que tampoco se mostraba

LA
a la

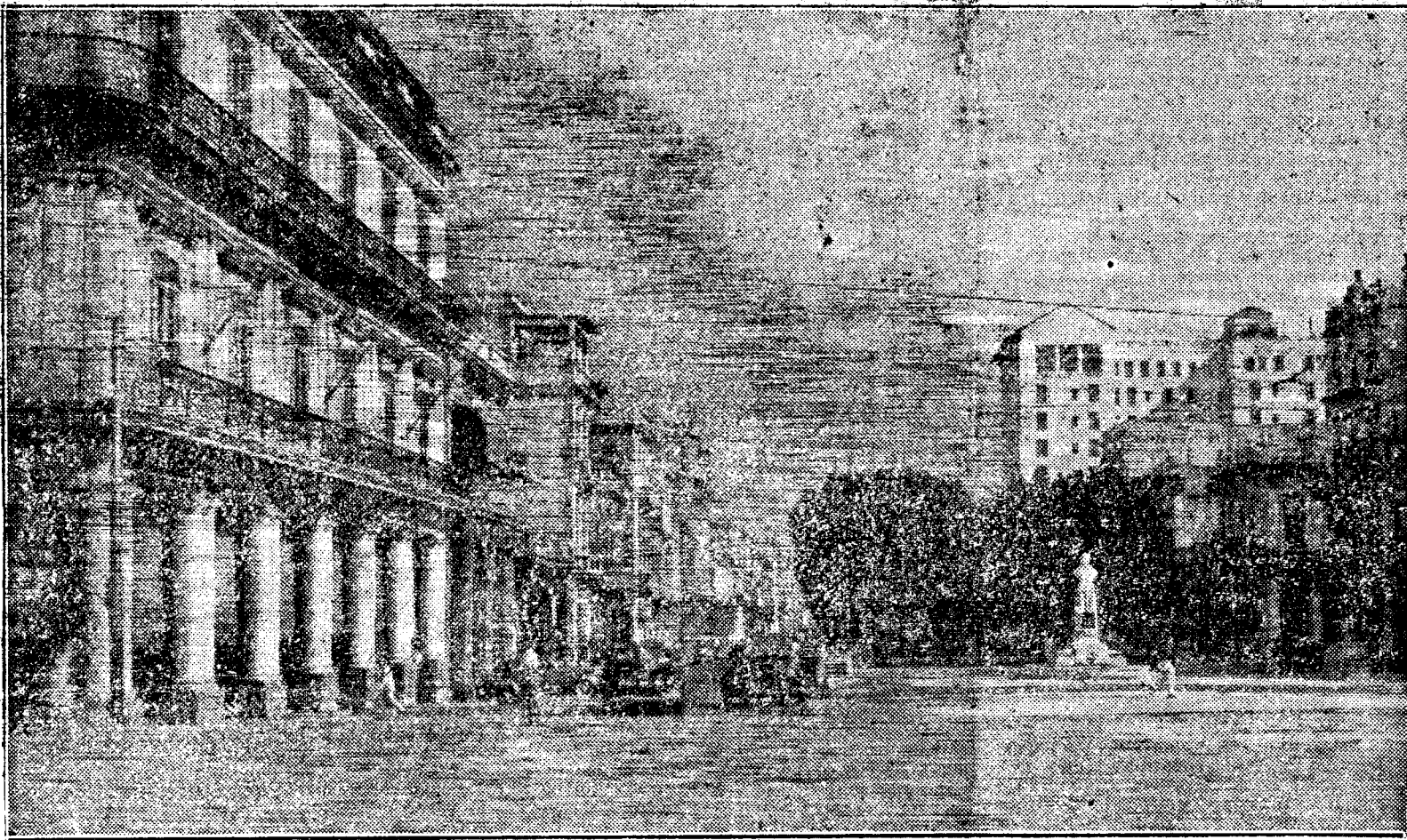
cando
1901
Góme
neado
E

Un
sufrió
La co
Gallit
zapato
zón s
Esta
pleto
que n
LOS
En
la ra
Collia



Vieja vista panorámica tomada en los últimos años de la Colonia, desde los arrecifes; destaca Punta y la Vieja Cárcel de La Habana; al centro, el primitivo Paseo del Prado, y a la derecha el famoso hotel Miramar.

Handwritten signature or scribble.



Con el busto del patriota Manuel de la Cruz Jorgina, comienza el Paseo del Prado (hoy de Martí), el más lujoso de su clase en el mundo. (Fue Paul Morand, lectores quien emitió ese juicio..)



Vieja vista panorámica tomada en los últimos años de la Colonia, desde los arrecifes; destaándose a la izquierda el Castillo de la Punta y la Vieja Cárcel de La Habana; al centro, el primitivo Paseo del Prado, y a la derecha el lugar donde luego se levantó el famoso hotel Miramar.

Opina

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO

La Calle del Prado

Por LUIS BAY SEVILLA



La vieja Acera del Louvre, cuando eran «tacos» el mayor general Michos cubanos que ligaron profundamente sus nombres a la historia de Citaron su gran palacete, y los escudos que se ven hoy en el «Hotel Inglaterra». El arquitecto que proyectó y construyó el edificio fué el cubano José Toro al año 1870, pues el hombre de la bomba y leva inglesa que se ve, en la fotografía, nos está indicando la época del miriñaque. Todavía no existían paban entonces una pequeña casa junto al hospedaje «Washington», er entonces. Obsérvese a mano derecha, en el pavimento de la calle y cercano lindero. Esta vieja foto, pertenece al tiempo en que todavía los habaneros decían «voy a La Habana». Junto al hoy Teatro Nacional, se destacan de Villanueva, donde se levanta el Capitolio Nacional.

EN el año 1832 existía instalada en la conjunción de la calle de Neptuno con las de San Miguel y Prado la artística fuente monumental que hoy vemos en el Parque Gonzalo de Quesada, en la barriada del Vedado, que es generalmente conocido por el nombre de Parque Villalón por haberse construido en época en que el ingeniero José Ramón Villalón ocupaba la Secretaría de Obras Públicas durante la presidencia del general Mario G. Menocal.

En los lejanos días del año 1832, la urbanización de La Habana estaba atrassadísima y sus calles principales casi en estado primitivo. El alumbrado público en la parte de extramuros no existía a derechas, a pesar de que este servicio se inició en el año 1762 durante la ocupación de La Habana por las fuerzas inglesas. Era entonces obligación de los vecinos pudientes colocar un farol en las fachadas de sus casas, pero lo evadían muchos de ellos declarándose pobres de solemnidad...

En el año 1876 el Cabildo habanero acordó establecer el alumbrado público con velas de sebo, pero como era mucho el gasto de las velas, decidió en 1800 que lo costearan los propietarios, pero en los recibos por concepto de contribuciones por fincas urbanas seguía leyéndose esta frase: Por alumbrado público... tantos pesos, que había que pagar al hacerse efectivo el impuesto trimestral.

En el año 1832 quedó inaugurado el alumbrado de las calles de Reina y Prado, y seis años después se extendió a la parte de extramuros.

El de gas fué establecido por el Ayuntamiento de La Habana en el año 1848.

El gobernador general de la Isla, don Mariano Ricafort, al comenzar su gobierno, inauguró en la noche del 24 de diciembre de 1832 el alumbrado público en el tramo de la ciudad comprendido entre la estatua de Carlos III en el Paseo de su nombre, hasta la Fuente de Neptuno, es decir, toda la Calzada de la Reina, que entonces se nombraba de San Luis Gonzaga, el Campo de Marte y el Paseo de Isabel II o del Prado, hasta la calle de Neptuno.

En relación con el acto celebrado para festejar la instalación de la Fuente de Neptuno en el lugar mencionado anteriormente, existe una anécdota muy curiosa, de tal comicidad, que el disparate dicho por un señor regidor de la época, motivó que esa Fuente se la conociera en aquellos días por la fuente del **tenedorazo**.

El hecho lo motivó la enfermedad repentina que aquejó al Alcalde de la ciudad, obligado por razón de su cargo a decir unas palabras alusivas al acto, sustituyéndole el regidor de mi cuento, quien al referirse al tridente que lleva como cetro la figura de Neptuno, no acordándose de su nombre, después de titubear mucho salió del paso diciendo esa gran figura del dios de las Aguas, que sostiene en las manos un... **tenedorazo**. El público culto rió el disparate, y a partir de aquel día al regidor protagonista de esta anécdota, no se le conoció en La Habana sino por el pintoresco apodo de **tenedorazo**.

La Fuente de Neptuno fué erigida en esta capital en el año 1839, como un homenaje del capitán general don Miguel Tacón al Comercio de La Habana, en un pequeño espigón situado frente al edificio que ocupara la Capitanía del Puerto a la entrada del Muelle de Caballería, frente a la calle de O'Reilly.

Esta Fuente surtía de agua a los barcos que llegaban al puerto de La Habana, ocurriendo el 30 de mayo de 1845 que al atracar en el muelle el bergantín de bandera norteamericana «J. B. Huntington», una mala maniobra lo lanzó contra el espigón, que sufrió graves desperfectos por el choque de la nave.

En el año 1871 se dispuso el traslado de la Fuente al «parterre» del Parque de Isabel II, situado frente al Café Escalviza o sea en el lugar donde convergen las calles de San Miguel y Neptuno. Esta Fuente en el año 1881 fué trasladada al propio Paseo del Prado, a la esquina de Refugio, donde aún el paseo conserva los trabajos realizados para su emplazamiento, llevándosele años después para el Parque de la Punta, donde estuvo hasta el año 1912, que tuvo que ceder su puesto a la estatua del ilustre educador cubano don José de la Luz y Caballero. Y entonces, asómbrese el lector, se le envió a los Fosos Municipales, que en aquellos días estaba situado en lo que es actualmente la Avenida de las Misiones, en un lugar cercano al actual palacete del ingeniero don Dionisio Velasco, y muy cerca también del edificio que ocupaba el Necrocómio de La Habana y el Centro de Vacuna, hasta que el artista don Emilio Heredia gestionó con éxito que fuera colocada en el «Parque Gonzalo de Quesada», del Vedado, en cuyo proyecto colaboró.

Los primeros tranvías que existieron en La Habana eran tirados por tres caballos y tenían su estación terminal en la Plaza de San Juan de Dios, frente al edificio que ocupara la antigua Diputación Provincial. En aquellos lejanos días (1880 al 85) los «carritos» en su viaje de subida salían de Empedrado y Aguiar, tomaban por esta calle a la de Chacón, seguían por Colón y doblaban por Prado acera de los nones, junto a los árboles, hasta el Parque Central, continuando su recorrido por Neptuno, Consulado, San Rafael, Galliano y Reina. Los de la línea del Príncipe continuaban por Carlos III hasta el Paradero, y los que iban para el Cerro la Calzada del Monte, al llegar a

Elascoaín doblaban por esta calle, tomando los del Cerro la Calzada del Monte y los otros la de Cristina, hasta sus paraderos.

Durante el Gobierno del general Wood o sea de la Primera Intervención norteamericana, se dispuso suspender el tránsito de tranvías por la calle del Prado, continuando entonces las paralelas al llegar a Zulueta por esta calle, y tomando después la de Neptuno, para continuar su primitivo recorrido, que se advertirá, era en sentido inverso al que siguen actualmente los tranvías.

La calle del Prado era a mediados del siglo XIX un lugar preferido para establecer talleres de madera, establos de coches de lujo y boleras de juegos de bolos.

En aquellos días, la parcela limitada por las calles de Neptuno, Prado, Animas y Zulueta, estaba ocupada por el taller de maderas «El Monserrate», del que era propietario don Antonio Barreras, padre del comandante del Ejército Libertador don Alberto Barreras, que fué en la época republicana gobernador provincial de La Habana y más tarde senador por esta provincia y presidente del Senado de la República. El día 1 de febrero de 1880 a las diez de la mañana se celebró un acto de carácter popular, para dejar oficialmente abierto el tránsito público, el tramo de la calle Virtudes de Prado a Zulueta, y entonces, el taller de maderas «El Monserrate», quedó limitado a la manzana de Zulueta, Prado, Virtudes y Animas, en tanto que la otra parcela o sea la que estaba limitada por las calles de Neptuno, Prado, Virtudes y Zulueta, fué dedicada a marmolería exclusivamente, pues en aquella época los talleres de maderas explotaban también el negocio de mármoles.

Pocos años después se inició la fabricación de esta última manzana, instalándose un circo ecuestre en la esquina de Neptuno y Prado, y más tarde se levantó un edificio, donde en el año 1895 quedó instalado el Café Alemán, llamado así por la asidua concurrencia de un grupo numeroso de esta colonia que diariamente y en horas de la tarde, concurría a tomar allí cerveza. Exactamente ocurría lo mismo, pero en horas de la mañana, en «Ambos Mundos», situado en Mercaderes y Obispo, donde una de sus mesas estaba siempre ocupada por alemanes.

3

Cantinas

Meador

Cul. Cantinas
Refugios

En la esquina de Prado y ~~Virtudes~~ donde hoy existe el café «El Pueblo», la Asociación de Dependientes, comenzó las obras de su edificio social, y tras varios incidentes con el Departamento de Fomento, por denuncias recibidas en sentido de que el contratista de las obras no las ejecutaba bien, quedaron terminadas, disponiendo la Junta Directiva de la Sociedad, inaugurar la nueva casa con un gran baile. Pero he aquí que cuando el salón principal de fiestas estaba totalmente colmado de público, cundió el pánico entre la concurrencia al propagarse la noticia de que los techos estaban crujiendo y desprendiéndose el material que lo integraba. Esto, como es natural, provocó que las familias, presas de pánico, abandonaran apresuradamente el edificio y la fiesta fuese suspendida.

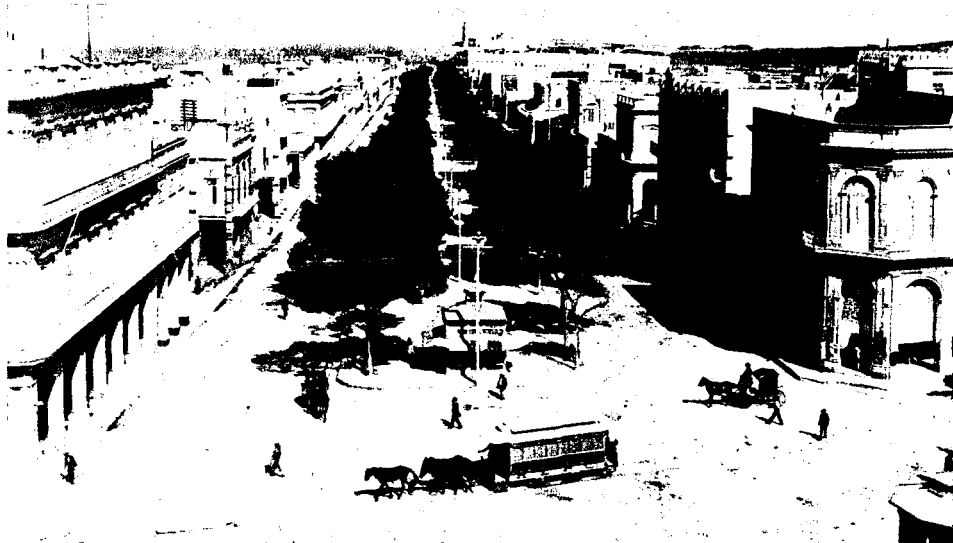
Al siguiente día, un arquitecto del Municipio, después de reconocer minuciosamente el edificio, dispuso el apuntalamiento de varios techos, permaneciendo la casa en este estado durante algunos meses. Días después de reforzadas las co-

lumnas de las fachadas y ejecutadas otras obras de igual carácter, se instaló en la planta baja del edificio el café que allí existe todavía.

Atravesando la calle de Virtudes y en la misma esquina donde funcionaba en el año 1889 una bolera de la que era propietario el español don Manuel Valdés, levantó un edificio de dos plantas el señor León de León y de la Torre, casado con doña María Rita Lasa y del Río, quienes lo ocuparon en compañía de sus hijos, que fueron los siguientes: Gilda, muerta de fiebre tifoidea en esta misma casa cuando sólo contaba 15 años de edad; Gloria, casada con don Antonio Alegría; María, casada dos veces, en primeras nupcias con D. Joaquín Gelats y al morir éste con el eminente cardiólogo doctor José M. Martínez Cañas; María Luisa, soltera, y León, casado con doña Jane Etcharry y Perrín, perteneciente a una noble familia francesa. La casa de los León es hoy propiedad del «American Club», donde está instalada esta distinguida sociedad.

Al fondo de esta casa por la calle de Virtudes, fabricó después una gran residencia don Domingo Malpica, padrino de la señora Conchita Huidobro, mujer del famoso literato cubano don Aniceto Valdivia, que firmaba sus trabajos con el pseudónimo de «Conde Kostia».





Uno de los antiguos tranvías movidos por fuerza animal cuando atravesaba el Paseo de Isabel II o del Prado hacia la calle de San Miguel, cuando el recorrido de estos carritos era en sentido inverso al que siguen actualmente.

COSTUMBRES CUBANAS DEL PA

EL PAS

GRACE MOORE

sus memor



En esta valiosa fotografía cuya antigüedad se remonta a los años 1870 al 73, vemos al Parque Central tal cual se encontraba en aquella fecha, con la estatua de la reina Isabel II en el lugar que ocupa actualmente la muy pobre estatua que la República ha dedicado a nuestro Martí. Al fondo, hacia el lado derecho, vemos la torre del edificio donde estuvieron instalados los famosos «Baños de Belot». En el extremo izquierdo, que es la esquina de Neptuno y Prado, vemos una construcción de dos plantas y en una de esas casas estuvo la entonces famosa «Bodega de Alonso». Estos edificios fueron después demolidos, levantándose en el solar que ellos ocupaban otro de tres plantas, existiendo en la primera de ellas el «Restaurant Miami». En primer término, a la derecha de la fotografía, se destacan las naves que ocupaban los almacenes y taller de mármoles del señor Antonio Barrera, del que nos ocupamos el pasado jueves.

COMO Gardel que despertara tantas pasiones femeninas, como Leslie Howard que desapareciera sin dejar rastro, como la bella Carole Lombard, Grace Moore ha muerto en un accidente de aviación.

Se sabe, porque lo leímos, que Grace Moore, de cuarenta y cinco años confesados, a pesar de su contrato en el «Metropolitan Opera House» no iba a cantar en la actual temporada. Estas prolongadas vacaciones las aprovecharía, acudiendo a la cabecera de su esposo, gravemente enfermo en Europa. He ahí un matrimonio disuelto, no por el divorcio, sino por la muerte. Parece ser que la devoción era mutua. Ella era rubia, con ojos azules, frágil, y poseía una voz limpia y hermosa. Poseía también la gloria y esa ingenua admiración que sienten algunas norteamericanas por los latinos. El era moreno, buen mozo y español. Sin embargo, existía un pequeño inconveniente: ella hablaba inglés; él castellano. Ni Shakespeare ni Cervantes de gozar privilegios. El francés, esa

han sido olvidadas, más en la plenitud aún puedo decir, nes algo más que adivinaba entonces días, que todos los mente finalizado.

Como el principio ese pasajero no idas necrológicas, Cfiada en el aeroplcauciones, ajustózaba entre guñíosmentos antes la reporteros le arrTal vez le hayan pidiéndose con su día, sentada muehasta reunirse coera este aire, que lado y cortaba el llevara en sus ontana, de boca en película «Una no que ese viento a ella se quedara cuna.



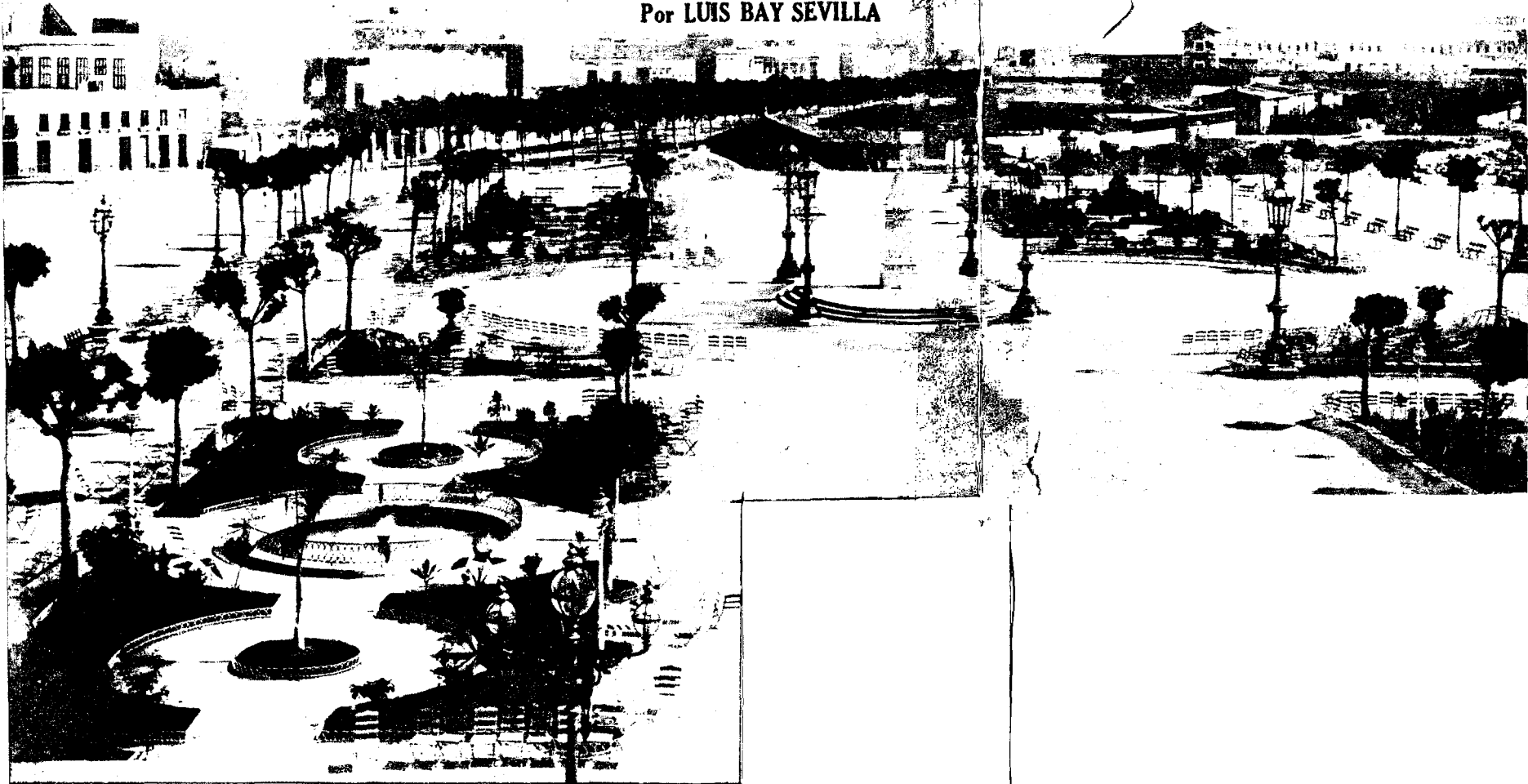
PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO

EL PASEO DEL PRADO

Por LUIS BAY SEVILLA



En esta valiosa fotografía cuya antigüedad se remonta a los años 1870 al 72, vemos al Parque Central tal cual se encontraba en aquella fecha, con la estatua de la reina Isabel II en el lugar que ocupa actualmente la muy pobre estatua que la República ha dedicado a nuestro Martí. Al fondo, hacia el lado derecho, vemos la torre del edificio donde estuvieron instalados los famosos «Baños de Belot». En el extremo izquierdo, que es la esquina de Neptuno y Prado, vemos una construcción de dos plantas y en una de esas casas estuvo la entonces famosa «Bodega de Alonso». Estos edificios fueron después demolidos, levantándose en el solar que ellos ocupaban otro de tres plantas, existiendo en la primera de ellas el «Restaurant Miami». En primer término, a la derecha de la fotografía, se destacan las naves que ocupaban los almacenes y taller de mármoles del señor Antonio Barrera, del que nos ocupamos el pasado jueves.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

DECIAMOS la semana anterior, que en la cuadra de la calle de Virtudes, de Prado a Zulueta, abierta al tránsito público en 1 de febrero de 1880, construyó en esta última esquina una gran residencia el ricacho cubano don Domingo Malpica, ocupando uno de los departamentos de la planta alta su ahijada doña «Conchita» Huidobro, casada con el famoso literato cubano don Aniceto Valdivia, que firmaba sus trabajos con el pseudónimo de «Conde Kostia».

En los bajos de esta casa y en el ángulo que forman las calles de Zulueta y Virtudes, falleció el Ilmo. Sr. Juan Antonio de la Torriente y Cruz, casado en primeras nupcias con una sobrina del Duque de Rivas, y en segundas con doña Carlota Scotts-Jencks. Todavía se conserva en el barrio de Versailles, en Matanzas, la quinta de este Torriente, y quien quiera conocer la manera de vivir de los Scotts-Jencks puede buscar la obra de Abbot, donde describe sus tres residencias, el cafetal «San Cirilo», en el Aguacate; el ingenio «Concepción» en San Miguel de los Baños, y el ingenio «Victoria», en la Cumbre. Del «Victoria» queda aún la casa de vivienda, y la biznietita de don Guillermo, la viuda de Dávalos, conserva dos soberbios óleos de Melnkalf, notabilísimo pintor norteamericano, cuyos cuadros son muy buscados.

En los altos de esta casa que consta de varios departamentos, residieron la señora Juanita Malpica y su marido el doctor Miguel Angel Cabello; Fernanda Rusquella con su señora madre, tiple cómica que a pesar de actuar en el «Teatro Cervantes», primero, y después en «Albisu», mereció siempre la estimación y respeto de la sociedad habanera. Fernanda poco después casó con un dentista norteamericano residente en México.

Miguel Figueroa, notabilísimo orador y paladín de la clase de color, fué uno de los más entusiastas admiradores de Fernanda Rusquella, de la cual todavía hablan con entusiasmo los hombres de aquellos días. En la calle del Obispo existe una canisería que lleva el nombre de esta actriz.

En otro de los departamentos de la casa de Virtudes, estuvo el Consulado General de Alemania, y en el piso tercero, existió una casa de huéspedes que administraba y dirigía doña Fernanda Suárez, famosa en aquellos tiempos por la colección de gatos que poseía.

En la esquina de Animas vivió don Ramón Herrera, Conde de la Mortera, que falleció en el año 1897, pasando este título a su hermano Cosme. Don Ramón vivió durante algunos años esta casa, hasta que adquirió por compra la que le es diagonal, en la acera opuesta, casa que ocupó después con su familia durante algún tiempo.

Al mudarse el Conde de la Mortera para la esquina opuesta a la casa que fué de don Guillermo de Zaldo, ocupó los bajos el ingeniero don Alberto de Ximeno, administrador de los Ferrocarriles Unidos de La Habana, y los altos el señor Carlos Mazorra, casado con la señora Carolina Romero, hija del Conde de la Reunión de Cuba y Marquesa de Prado Ameno.

Atravesando la calle existía un taller de maderas que ocupaba casi toda la manzana, del que era propietaria la viuda de don Andrés Pérez del Río. Y al desaparecer de ese lugar el taller de maderas, se fabricaron unas ridículas barracas para dejar instalado una especie de parque de diversiones, que pomposamente se le denominó «Parque de Armonville».

Años después, se pensó fabricar allí un gran teatro, y al efecto, se hicieron las cimentaciones y se levantó una gran estructura de acero de forma circular, desplomada por el huracán del 20 de octubre de 1926 que tan graves daños causó en esta capital, que fué por donde cruzó el vórtice del meteoro. Después existió allí el anuncio de una fábrica de cerveza, levantando hace algunos años don Luis Estrada al fondo del solar, con frente a la calle de Animas, el «Teatro de la Comedia».

Por la parte de Prado y cercano a la actual entrada del «Hotel Sevilla», existía en aquella fecha un establo de coches de lujo del que era propietario un canadiense nombrado William Reading. Este hombre explotaba también el negocio de venta de caballos y solía traer de los Estados Unidos magníficos troncos, que vendía en cantidades de cuatro a seis mil pesos la pareja. Como tenía en su establo distintos tilburis, faetones, breaks y otros coches de lujo, paseaba por las tardes en algunos de ellos, exhibiendo de ese modo los animales que se proponía vender, logrando siempre encontrar compradores.

Al cesar en Cuba la dominación española, decidió Mister Reading liquidar sus negocios de caballos, y al efecto, vendió

→ Reading

todo cuanto poseía en el establo de la calle del Prado, dedicándose entonces a adquirir solares en el Reparto del Vedado, que en aquella fecha comenzaba a poblarse, y a fomentar repartos residenciales. En estas operaciones ganó después grandes cantidades de dinero, retirándose de todos sus negocios.

Este Mr. Reading llegó a obtener el título de Conde de Reading, dado por el Papa, y logró también que el Rey de Inglaterra le diese el tratamiento de Sir. El Conde Reading era muy amigo de los Morales, Federico y René, y si no estoy mal informado, fueron sus herederos al morir Reading en esta capital, cuando residía en el Hotel Inglaterra, donde se hospedaba y se le quería por su caballerosidad.

o o o

Para intervenir en la solución de la serie de problemas que planteaba a la Iglesia Católica el cambio de Gobierno producido en esta Isla al iniciarse la Primera Intervención norteamericana, fué designado Obispo de La Habana Monseñor Donato Sbarretti, en aquellos días auditor de la Delegación Apostólica en Washington, quien en unión del Delegado Apostólico Monseñor Chapelli y del Arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Barnada, que acababa de ser designado para aquella mitra, dieron comienzo a su labor, discutiendo con el Gobierno Inter-ventor acerca de los bienes de la Iglesia.

La labor de Monseñor Sbarretti al frente de la mitra habanera fué acertada, no obstante las protestas que surgieron al designársele para el cargo, pues el pueblo entendía que debió ser cubano y no extranjero el Obispo habanero que sustituyera a Monseñor Manuel Santander y Frutos. Entonces, y apoyado por el generalísimo Máximo Gómez, aspiraba a la mitra habanera el Padre Felipe Musteller, canónigo de extraordinario talento y orador de elocuencia poco común. La decisión de Roma al nombrar un extranjero Obispo de La Habana, llevó al Padre Musteller a colgar los hábitos y a tener que comenzar su vida, después de cumplida más de la media centuria. El Padre Musteller murió hace unos treinta años, rodeado siempre del afecto de cubanos muy sinceros que encontraban en su pensamiento y en sus palabras, acertadas, orientaciones para encaminar sus actos cívicos.

Entre Monseñor Sbarretti y el negociante inglés Mr. Reading surgió una gran amistad, y fué tanta la influencia que ejerció sobre éste el prelado italiano, que Sir Williams, que profesaba la religión anglicana, se convirtió al Catolicismo, recibiendo las sagradas aguas bautismales en la iglesia del Santo Angel Custodio. Cuando Sir Williams decidió liquidar en La Habana sus negocios, expresó a Monseñor Sbarretti el deseo que le animaba de hacer un buen donativo a la Iglesia Católica cubana, expresándole éste que nada mejor podía hacer que donar una cruz de oro en sustitución de la de hierro que poseía, a la iglesia donde se le convirtió al catolicismo aplicándole las aguas del Bautismo. Semanas después, Sir Williams envió a la iglesia del Angel una valiosísima cruz de gran tamaño, fundida en oro de 18 kilates, que es la misma que puede admirarse en lo más alto de la torre de su fachada.

Volviendo a nuestro tema de la calle del Prado, diremos que junto al establo de Sir Williams existía una gran casa que entonces estaba marcada con el número 71, residiendo en ella un matrimonio ale-

mán muy honorable, nombrado él Diderico Erdmann y su esposa Berta. Este matrimonio tuvo cinco hijos, que desde niños fueron enviados a Alemania para recibir educación, regresando todos después de cursar allí los estudios superiores. El mayor era Ernesto, casado con la señorita Costanza Hortihuela y Fernández, recientemente fallecida en esta capital; el segundo, Alberto, contrajo nupcias con la señorita Ascensión Valcárcel; el tercero, Antonio, casó con doña Otilia Carcacés; Enrique, el cuarto, embarcó soltero para Buenos Aires, sin que se supiera más de su existencia, suponiendo la familia que falleciera en la travesía, y el quinto y último, nombrado Carlos, murió soltero hace muchos años.

Junto a esta residencia, había una casa bastante amplia, donde se encontraban instalados los «Baños de Belot», establecidos y dirigidos por un médico francés de este nombre. Al morir Belot en el año 1892, asumió la dirección del establecimiento el médico cubano doctor Diego Tamayo y Figueredo, de grata recordación, por su actuación honesta y magnífica como Secretario de Gobernación y Estado, durante la Primera Intervención norteamericana y del primer periodo de Don Tomás Estrada Palma.

Después, cuando desaparecieron estos baños medicinales, ocupó la casa el Club Atlético de Cuba, que estuvo allí hasta que una compañía norteamericana propietaria del Hotel Sevilla, compró el edificio y los hizo salir de aquel lugar, edificando en ese solar, para ampliar dicho hotel, el enorme y feísimo rascacielos que tanto desentona en nuestro principal paseo,

En la esquina de Trocadero y en el mismo lugar donde existe hoy el palacete del Centro de Dependientes, había un taller de maderas del que era propietario don Antonio C. Tellería, coronel de Voluntarios y figura prominente de la Administración del Gobierno de la Colonia, pues ocupaba el cargo de la presidente de la Diputación Provincial de La Habana, en esa época lo que es hoy el Consejo Provincial, sustituyendo, en ocasiones al Gobernador en propiedad. El señor Tellería era un hombre honrado, serio y respetuoso de las ideas de los demás, sin que jamás se señalase como intransigente con los nativos que anhelaban la independencia de su tierra. Al comprar la Asociación de Dependientes esos terrenos, desapareció el almacén de maderas de Tellería.

El arquitecto cubano don Benito La-gueruela, tuvo la dirección de los trabajos para la construcción del edificio levantado por esta sociedad, siendo las placas de los techos y la de la gran escalera de honor, la primera obra de hormigón reforzado con acero que se construyó en nuestro país.

Contiguo al almacén de maderas de Tellería, existía una marmolería de la que era propietario el señor Baldomero Fellú, construyéndose en ella muchos de los monumentos funerarios que se ven actualmente en el Cementerio de Colón.

Junto a este edificio, existía otro de mayor prestancia, donde se instaló el Círculo Militar, que era una institución principalmente frecuentada por militares españoles. Aquella sociedad era un centro de juego, donde en más de una ocasión sufrió duro quebranto la reputación de algún oficial de alta graduación. Allí ocurrieron, algunas veces, grandes escándalos, provocados por incidentes nacidos en las mesas de juego.

Continuaremos en la próxima semana ocupándonos de la calle del Prado y nos referiremos, entre otros más, al edificio que ocupa actualmente el Cine Fausto.

X H Sevilla

ARMONIO
MENTAL
DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Por Luis Bay Sevilla

D.M. feb 6/947

DÉCIAMOS en dos trabajos anteriores al referirnos al tramo de la calle de Virtudes de Prado a Zulueta, que en los apartamentos que construyera en esta última esquina don Domingo Malpica residieron con sus familiares el doctor Miguel Angel Cabello, el Conde Kostia y la actriz de zarzuela española Fernanda Rusquella, que hizo en aquel entonces gran furor en La Habana.

Allí vivió también en compañía de su mujer doña Clara del Castillo, don Luciano Pérez de Acevedo, en aquellos días director del DIARIO DE LA MARINA. Clara pertenecía a una familia principal de Camagüey y era hermana de Tomasa, la señora de don Enrique José Varona y prima hermana, muy querida, de la señora Aurelia del Castillo de González, la dulce e inspirada poetisa, y de doña Matilde del Castillo, madre de Gonzalo, Arturo, Martín y Gustavo Aróstegui y del Castillo, troncos honorables de familias principales de esta sociedad.

En aquella casa vivió también la señorita María del Carmen Pérez de Acevedo, hija del primer matrimonio de don Luciano, que falleció en España en estado de soltería, y también los hijos de éste, habidos en su segundo matrimonio, que fueron los siguientes:

José, hombre de letras, que se distinguió mucho en el Ateneo de Madrid, y fué profesor de los institutos de Segunda Enseñanza de Puerto Rico y Baleares, donde falleció.

Luciano, redactor valioso de «Cuba Contemporánea» y hombre que poseía grandes conocimientos en bibliografía, sobre cuya materia dejó valiosos ensayos. Laboró con don Domingo Figarola Candeda en la organización de la Biblioteca Nacional y fué uno de sus más entusiastas y eficientes colaboradores.

Javier, durante algunos años redactor del DIARIO DE LA MARINA y uno de los pioneros de la crónica social habanera. Después ingresó en la carrera diplomática llegando a ocupar el cargo de ministro en Venezuela, y más tarde en Portugal, acogiéndose al retiro hace algunos años. Es un entusiasta cultivador de los estudios históricos y literarios, y ha publicado folletos sobre Derecho Constitucional, editando últimamente dos valiosos volúmenes titulados uno «Europa en México» y, «Dos años en Venezuela», el otro. Ha ofrecido también interesantes conferencias sobre la diplomacia en la Asociación de Reporters.

Mariano, el cuarto de los hijos, es periodista en ejercicio desde hace cuarenta y seis años, iniciándose en el diario «La Discusión», al lado del malogrado Jesús Castellanos, uno de los positivos valores literarios de Cuba, que fué quien lo llevó a laborar en el diario que era entonces de don Manuel María Coronado.

Mariano fundó en el año 1904, en unión de Rafael Conte y de don José Fuentevilla, la Asociación de la Prensa de Cuba. En la actualidad es miembro del Retiro Periodístico.

De esta familia, en la que han predominado siempre los periodistas, siguen esa línea el distinguido escritor Roberto Pérez de Acevedo y el conocido dibujante y humorista Eduardo Pérez de Acevedo, que ha obtenido algunos lauros en sus exhibiciones artísticas.

Frente a la casa que ocupara don Luciano, existe un edificio de dos plantas y en el año 1889 ocupaba el piso bajo de esa casa la peletería nombrada «El paquete barcelonés».

Contiguo a ella, estaba el famoso café «El Central», con fachada también por la calle de Neptuno convertido en la actualidad en restaurant de tipo oriental.

En la planta alta, estaba instalada la sociedad de caballeros titulada «Unión Club», edificio que tenía su entrada por la calle de Zulueta y fachada también por la de Neptuno. En la que da a la calle de Virtudes, existía una terraza en la que todas las tardes, allá por los años 1887 al 90 se veía al Marqués de Sandoval, que en aquella época ocupaba la presidencia en compañía de un grupo de amigos entre quienes figuraban el Marqués de Du-Quesne, los Condes de la Reunión de Cuba y de Macuriges, y los señores Edelberto Farrés, «Colín» de Cárdenas, Federico Mora y Guillermo y Teodoro Zaldo.

El solar donde se levanta actualmente el Hotel Plaza, era primitivamente un terreno yermo y lleno de malezas, que afeaba enormemente aquella zona, teniendo nada menos que el Parque Central a su frente.

Quando ocurrió el incendio que destruyó el Mercado de Tacón, situado entonces en el edificio de Galliano y Reina, el Gobierno decidió instalar provisionalmente ese mercado en los terrenos antes citados, en tanto se ejecutaban por el Municipio habanero las obras necesarias para reparar los daños que causaron las llamas en el edificio. El Mercado de Tacón se le conocía y sigue conociendo por «La Plaza del Vapor», y este nombre surgió porque en uno de los cafés allí establecidos, existía, colgado en una de sus paredes, un cuadro grande con la fotografía de un vapor.

Todos los años, el circo ecuestre de don Santiago Pubillones ocupaba aquellos terrenos y extendía sus grandes carpas sobre la tierra, permaneciendo en aquel lugar desde el mes de noviembre hasta marzo del siguiente año. Y en muchas ocasiones, y con el propósito de atraer público, don Santiago hacía colocar un grueso cable que amarraba en uno de sus extremos a un madero hincado en el te-

H. Plaza

«Plaza Vapor»

reno, y sujeto por el otro en la parte alta de una de las columnas del Café Central, atravesando la calle varias veces un equilibrista y amenizando el acto la orquesta del circo. Esto, claro está, podía hacerse porque entonces no había circulación de tranvías por la calle de Zulueta ni tampoco existía el tránsito rodado por esta última calle.

Antes de que el Circo de Pubillones ocupara aquel terreno, existía allí un parque de diversiones nombrado «El Aplech», donde la colonia catalana de esta capital celebraba animadas romerías.

En el resto del año, y mientras el Circo de Pubillones no funcionaba en este lugar, instalaban en el solar donde después se levantó el edificio que ocupa el café alemán, un «Tío vivo» que era la alegría de la gente menuda de la época.

Años después compró estos terrenos don Leopoldo Carvajal, Marqués de Pinar del Río, haciendo levantar un edificio de dos plantas que tenía unos treinta metros por la calle de Neptuno y poco menos por la de Zulueta. Allí se instaló la redacción e imprenta del DIARIO DE LA MARINA en época que lo dirigía el inolvidable don Nicolás Rivero y Muñiz.

Quando el DIARIO abandonó aquella casa para instalarse en la que actualmente posee, el Marqués de Pinar del Río amplió entonces el edificio, extendiéndolo por la calle de Neptuno hasta Monserrate, y por la de Zulueta hasta el límite de su solar, construyéndole a la vez dos plantas más. Y entonces se estableció allí el Hotel Plaza.

o o o

En la esquina de Prado y Colón, existía desde el último tercio del siglo XIX una casa con fachada de gran amplitud, que estaba dotada de cinco o seis ventanas. Esta casa, que la ocupaba la familia Kohly, permanecía generalmente cerrada largos meses, al cuidado de una persona de confianza, pues esta familia solía pasar extensas temporadas en Europa.

En una ocasión y durante estas ausencias, se celebraron allí algunas reuniones de carácter separatista, concurriendo a ellas, entre otras personas más, los hermanos Pepe, Cosme y Leandro de la Torre; un hijo del famoso filósofo don Enrique José Varona, nombrado Miguel, que fué ayudante del general Maceo en la guerra de 1895, y en la época Republicana general del Ejército Nacional; Alberto Barreras, presidente que fué del Senado de la República y ayudante en la guerra del 95 del general Menocal; y algunos más cuyos nombres no recuerda la persona que me facilita tan interesantes antecedentes. Todas estas personas, entonces jóvenes y plenas de vigor físico, marcharon a la manigua cubana y lucharon, con las armas en la mano, por la independencia de su tierra.

En el año 1904 ocupó esta casa el opulento hombre de negocios don Manuel Silveira en compañía de su mujer doña María Luisa Rivas y de su única hija Carmelina, casada años después con don Antonio Sastre.

Don Manuel fomentó el Central Stewart ubicado en la provincia de Camagüey, del que fué administrador el mayor general José Miguel Gómez, después presidente de la República.

En aquellos lejanos días, era famosa la casa de Silveira por sus comidas, donde generalmente se sentaban a su mesa más de veinte personas, pidiendo cada cual lo que deseaba comer. Era también famosa la casa de don Manuel por sus coches, donde había siempre cinco o seis en sus establos.

Allá por el año 1911 fué don Manuel víctima de un accidente automovilista, sufriendo un fuerte golpe en la cabeza que le privó del conocimiento durante varias horas. Y a partir de aquel desgraciado suceso, el cerebro de este hombre, tan admirablemente organizado, comenzó a declinar, primeramente con hechos extravagantes, y después con pérdida de memoria. Y así fué en descenso, hasta llegar a la liquidación de todos sus cuantiosos negocios.

o o o

El general Gómez que al asumir la presidencia de la República en 1909 tuvo en don Manuel Silveira a su máximo consejero económico, lamentándolo mucho se vió obligado por esta circunstancia lamentable a prescindir de su cooperación, aunque en ningún momento le negó su afecto ni dejó de recibirlo cuantas veces quiso don Manuel.

Al talento financiero de este hombre, se debieron las ventajas que representaron y representan todavía para Cuba las cláusulas acordadas cuando el primer empréstito concertado entre el Gobierno de Cuba y el banquero Speyer, de New York. Todas estas negociaciones fueron ideadas y conducidas por don Manuel Silveira, a quien en esta oportunidad dedicamos un recuerdo afectuoso, olvidando, de propósito, los últimos años de su vida, en que luchando denodadamente para no caer en la miseria, se le obligaba a hacer antecelas en algunas Secretarías de Despacho u oficinas públicas, donde en tiempos del general Gómez se le veía llegar sin que hubiera puerta cerrada para él.

Al abandonar don Manuel esta casa de la calle del Prado, meses después la adaptaba el empresario de películas de cine don Luis Estrada, para instalar en ella el Cine Fausto. Y años después, la prosperidad del negocio permitió a otro empresario comprar el inmueble y construir allí el nuevo edificio donde funciona actualmente el cine de este mismo nombre.

Cine Fausto

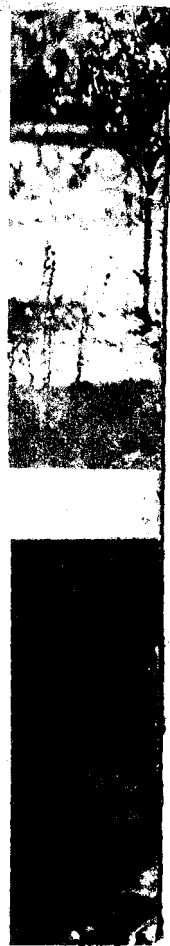


raba» el teatro, llegó a ser medio actor, medio prestidigitador, un poco transformista, excéntrico musical y coreógrafo, recorriendo toda la isla y ascendiendo a los EE. UU.—Loew-s Circuit—con el sencillo nombre de «Raymond», siendo «Sonia» el de su compañera de actuación...

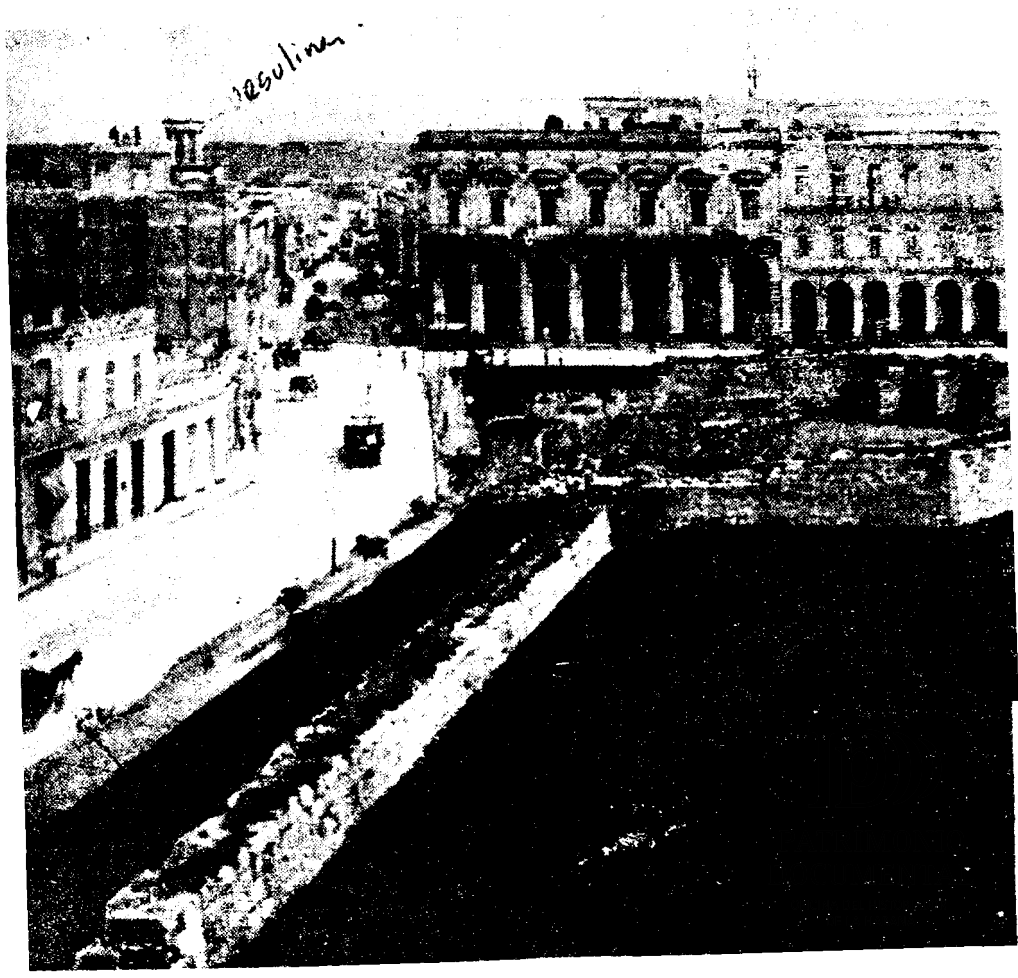
Ambicionado también a la fotografía, entró en los laboratorios de la «Republic Films», con la intención de aprender desde abajo la entonces floreciente industria del cine silencioso... En 1918 adquirió su primera cámara de tomar películas al retornar a Cuba, y formó con Eduardo Cidre, periodista, «The Luxe Film Corp.» para propagandas comerciales.

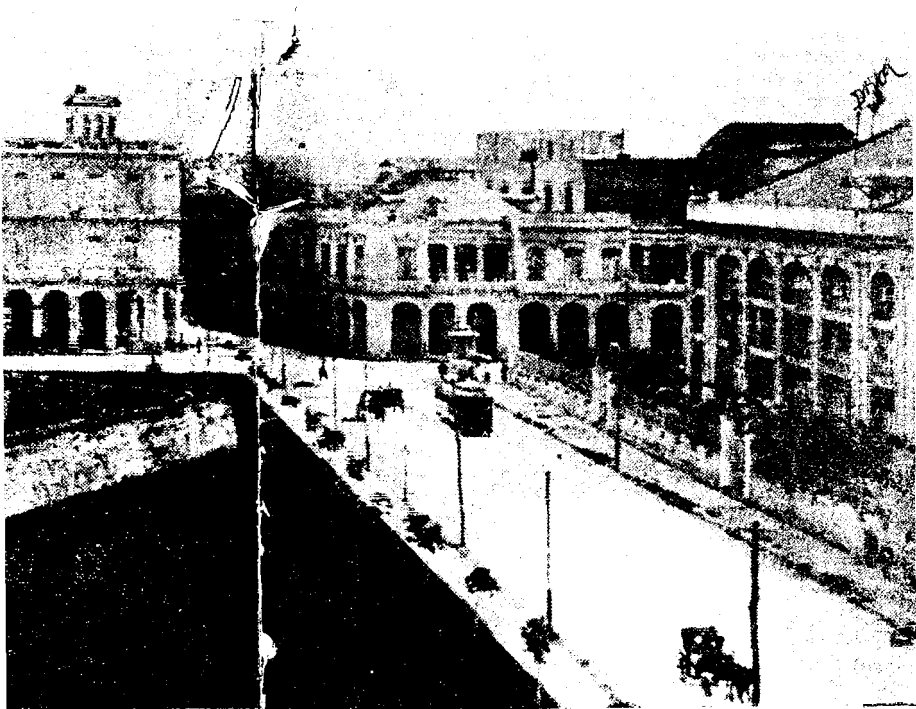
Hasta entonces las películas de argumento hechas en Cuba se llamaron «La hija del policía», «En poder de los fiáfi-gos», etc., con el decano, Enrique Díaz Quesada, prematuramente fallecido. El mencionado «Raymond», quien no es otro que Ramón Peón, hizo el intento inicial de películas de otro ambiente más refinado, escribiendo el argumento de «Realidad», que interpretaron las señoritas Angélica Busquet y Mercy Foster, el galán Pepito Fuentes Duany—fallecido años más tarde en Buenos Aires—y otras personas conocidas, como Enrique Hernández Ortiz, Luis Estrugo, Leandro Robainas, Conrado Ferrer... El director artístico de aquella cinta lo fué un tal Armando Maribona, y el director técnico, cameraman, laboratorista, y, además bailó un tango con su cuñada Lila Agüero mientras cualquiera de los amigos daba vueltas a la manigueta de la cámara.

El éxito—relativo de acuerdo con las circunstancias—de aquella película motivó la formación de los primeros estudios en serio que hubo en Cuba: la Golden Sun Pictures, en el «reparto» El Rubio, *El Rubio, el más grande de los actores de los días...*



Vesuliner





En esta curiosa y muy rara fotografía, cuya antigüedad data del año 1901, vemos en primer término, parte de la manzana de terreno limitada por las calles de Zulueta, Dragones, Morrazate y Teniente Rey, cuando aún no habían sido demolidas las murallas habaeranas. Hacia el lado derecho se destaca el antiguo «Teatro Irijoa»; a su frente, el edificio del Colegio Bautista. Al fondo vemos una de las fachadas del palacio de las Ursulinas. A la izquierda, y hacia el lado izquierdo, la torre del viejo Convento de las Ursulinas. En este lugar se encontraba una de las puertas de las murallas que se conocía con el nombre de «Puerta de Tierra». En esta manzana de terreno existen en la actualidad los siguientes edificios: Tercera Estación de Policía; Centro de Veteranos; Instituto Azucarero y el antiguo Hotel Roma.

COSTUMBRES CUBANAS DEL PASADO

LA CALLE DEL PRADO

Por LUIS BAY SEVILLA



Esta fotografía que data del año 1902 nos ofrece un interesante aspecto de un paseo de Carnaval cuando no se había generalizado todavía en La Habana el uso del automóvil.

CON motivo de las obras de embellecimiento que en los finales del siglo XIX realizara en el Paseo del Prado el entonces alcalde de La Habana don Antonio Quesada, nuestras familias distinguidas comenzaron a frecuentar en horas de la tarde aquel paseo en tal forma, que llegó a constituir un verdadero desfile de bellezas.

El Paseo del Prado se convirtió en lugar preferido de las personas ricas, concurriendo algunas familias en sus coches y muchos caballeros manejando ellos mismos los briosos animales que tiraban de sus coches. Los viejos de hoy tienen que recordar la figura atractiva y simpática de P. Pablo Guilló, manejando su dog-car; la arrogante presencia de don Gustavo Bock, guiando la briosa pareja alazana que tiraba de su lujoso coche, y la respetable y atractiva figura de don Miguel G. de Mendoza, que paseaba siempre llevando a su lado, satisfecho y feliz, la silueta aristocrática de su hija Margarita, aquel ángel de pureza y de dulzura, cuya prematura muerte tan hondo duelo causó en esta sociedad. Muchas tardes don Miguel y su hija abandonaban el carruaje en Prado y Neptuno, con el propósito, según él decía, de hacer un poco de ejercicio, caminando ambos por el centro del Paseo hasta la Calzada de San Lázaro, donde nuevamente tomaban el vehículo y continuaban el paseo.

El recorrido que entonces hacían los coches era el siguiente: Prado, Reina, Carlos III hasta la Quinta de los Molinos, regresando por esta misma calle, tomando Prado, San Lázaro hasta Belascoain y regresando por San Lázaro hasta Prado. En los días que no eran de fiesta, el cordón llegaba solamente hasta Prado y Monte, tomando por la acera

opuesta de Prado a San Lázaro, regresando por esa calle al llegar a Belascoain.

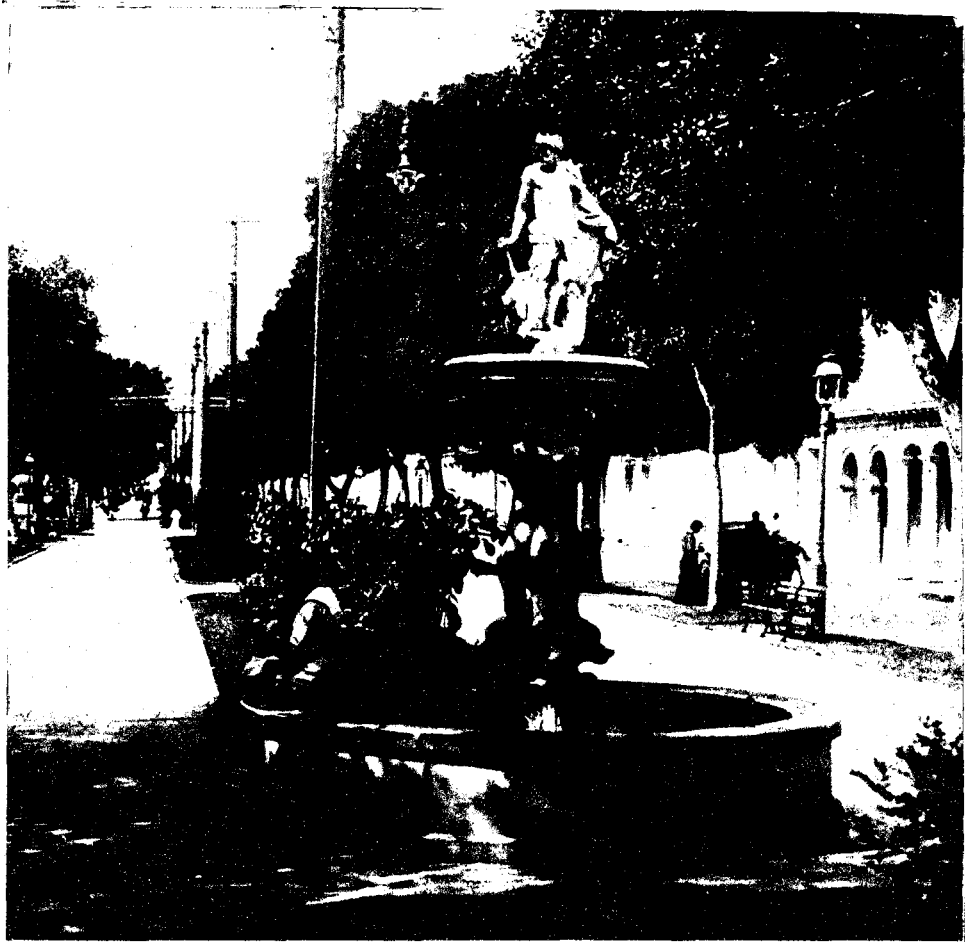
Igualmente paseaban por el Prado en magníficos vehículos, manejando ellos también sus animales, los señores Francisco Tabernilla, Ramón Pío Ajuria, Miguel Alvarado, Jesús María Trillo y un grupo de jóvenes, entre quienes figuraban Luis Rabell, Julio Blanco Herrera, Orlando Morales, Juan y José Narciso Gelats, Ernesto Sarrá, Federico Morales y algunos más.

También se veían casi todas las tardes en sus lujosos «vis-a-vis», a la marquesa de Larrinaga, las condesas de Lombillo y de Santa María de Loreto, «Lola» Valcárcel, Mercedes Touzet de Crusellas, Amalia Zúñiga de Alvarado, Eugenia Herrera viuda de Cantero, Rosalía Abreu y muchas más. Igualmente concurrían algunos caballeros montando magníficos ejemplares: el doctor Claudio González de Mendoza, que se le veía sobre un caballo alazán de linda cola; «Colin» de Cárdenas, siempre en magníficos caballos criollos, con lujosa montura; Andrés Hernández, «Pancho» Tabernilla y Genarito de la Vega, los tres montando magníficos animales criollos con valiosas monturas, confundiendo muchas veces entre ellos, dos jovencitos, casi niños todavía, montando pequeños ponys: «Pancho» Tabernilla y Ramundito Menocal, el primero actualmente brigadier retirado de nuestro Ejército, y el otro abogado fiscal de la Audiencia de La Habana y director del magnífico semanario «El Siglo».

Y ya que escribimos sobre coches y caballos, hay que citar el tilbury tirado siempre por briosas bestias en que paseaba Mr. Fred Wolfe, dedicado como Mr. William Reading, al negocio de caballos.

PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



La Fuente de Neptuno en el año 1881 fué emplazada en el Paseo del Prado esquina a Refugio, en cuyo lugar estuvo hasta que se la trasladó para el parque de La Punta cadero, donde hoy existe el Hotel Sevilla, y el del doctor Ramón C. Echevarría, que era médico del Obispado de La Habana con muy buena clientela, quien invariablemente vestía de levita y sombrero de copa.

Durante las fiestas de Carnaval y principalmente el «Domingo de Piñata», el Paseo del Prado era el centro de reunión de la más exclusiva aristocracia habanera, disfrutando de esos paseos, que llegaron a ser famosos, casi todas las familias. Como algunas poseían «breaks», concurrían animadamente a esos paseos, ocupado algunos por parejas de señoritas y jóvenes, y otros, por señoritas exclusivamente. El que pertenecía a don Luis Estévez y Romero, generalmente lo manejaba Pedro Pablo Guilló, y el de doña Rosalía Abreu viuda de Sánchez Toledo, muchas veces era conducido por el doctor Eugenio Cantero Herrera; el de don «Pancho» Tabernilla, casi siempre era manejado por él, aunque en ocasiones se veía conduciéndolo al coronel Andrés Hernández. Don Miguel Mendoza guiaba el suyo y también don Perfecto Lacoste y el doctor Miguel Alvarado, quienes, en ocasiones, daban las riendas a sus cocheros.

Y para completar estos recuerdos inolvidables de mis días juveniles, mencionaremos también dos coches que entonces se veían por las calles de esta capital, y muy raras veces por el Paseo del Prado en tardes de paseo, ocupados siempre por sus propietarios: el «coupé» del conde de Casa Romero, que vivía entonces en una casa situada en Zulueta y Tro-

o o o
El establo de coches de Mr. William Reading, situado en Prado entre Refugio y Colón, era un lugar muy frecuentado por los aficionados a los caballos, no sólo porque en aquella casa siempre existían ejemplares valiosos, que Mr. Reading importaba de los Estados Unidos, sino porque este hombre era un gran conocedor de cuanto se relacionaba con esos animales.

Allí iban con frecuencia «Colín» de Cárdenas, Pedro Pablo Guilló, Ramón Pío Ajuria, Miguel Mendoza, Gustavo Bock y Federico Morales y Santa Cruz, muchas veces este último acompañado de su hijo René a quien Mr. Reading llegó a tomar buen afecto, obsequiándole en una ocasión con un caballo, que fué el primero que tuvo René, llegando Mr. Reading a ser un excelente amigo de don Federico y de sus hijos.

Cuando la quiebra de la Caja de Ahorros del Centro Asturiano, Mr. Reading, que tenía allí depositada una fuerte cantidad, aceptó como compensación terrenos a censo en el barrio del Vedado, en-

→ Reading

tonces en formación, terrenos éstos que la mayoría de los accionistas y depositantes rehusaron y que poco tiempo después llegaron a tener un gran valor. Mr. Reading que era nativo de Irlanda, falleció en esta capital siendo ciudadano de los Estados Unidos. Sus herederos fueron dos sobrinos aquí residentes y no los hermanos René y Federico Morales, como erróneamente dije anteriormente. También heredó a Mr. Reading don Ramón Pío Ajuria, a quien aquél dejó un legado en tierras.

En la calle del Prado contiguo a la casa que ocupaba el conde de la Mortera, vivió el doctor Rafael Chaguaceda, dentista español que logró hacerse de una gran clientela. Tenía Chaguaceda una única hija nombrada Gracia, que era una

encantadora jovencita de arrogante figura, ojos claros y de blonda y bellísima cabellera.

Atravesando al calle de Colón, en la esquina opuesta a la del cine, estuvo durante más de cuarenta años una bodega, que era la única que existía en la calle del Prado.

Junto a este edificio, residió en los comienzos de este siglo la familia del señor Aurelio Moreyra. El hijo mayor, nombrado como él, marchó a la Revolución y unido a las fuerzas del generalísimo Máximo Gómez hizo toda la campaña, regresando a La Habana con la estrella de comandante en sus hombreras. Hecha la paz, casó con la señorita Carolina Pruna, teniendo por hijos a Manuel, María Julia y Ricardo, este último distinguido arquitecto, casado con la señorita Graziella Bandini.

En la casa contigua a la de los Moreyra, vivía en aquellos días la familia del señor José Carlos Díaz, que desempeñó hasta su muerte, ocurrida hace pocos años, el cargo de jefe de la Sección de Registros de la Propiedad del Ministerio de Justicia.

Pasada la esquina de Refugio, se inicia la cuadra con la casa que ocupó un antiguo y muy rico hacendado cubano, el señor Ramón Balsinde, propietario del Central San Ramón, ubicado en el término municipal del Mariel. Uno de sus hijos nombrado como él, casó con doña Rosario Arocha, naciendo de esta unión Ramón, Francisco, Humberto, Mercedes y Gustavo, este último casado con la señorita Esther G. Menocal, hija del coronel del Ejército Libertador don Pablo G. Menocal, hermano de Mario, ingeniero civil, mayor general del Ejército Libertador, ex Presidente de la República y figura gloriosa de la epopeya libertadora de 1895, desaparecida cuando más necesitaba Cuba de su gran talento, de su patriotismo y de su clara visión para enfocar los problemas nacionales.

En esa misma cuadra vivía una familia muy arraigada a nuestra historia revolucionaria, el señor Bernardo Domínguez, hombre de gran significación social, casado con doña «Lola» Roldán, cuya vida

entera la consagró esta noble mujer a beneficiar la Casa de Beneficencia y Maternidad de esta ciudad, y a mejorar las condiciones de miseria que allí prevalecían en los primeros años de nuestra independencia.

Hijos de este matrimonio fueron «Panchón», famoso médico, profesor universitario, miembro del Ejército Libertador y ex ministro de Instrucción Pública, casado con doña Tecla Bofill, quien desarrolló con éxito, en París, una intensa campaña en defensa de nuestro Carlos Finlay, tendiente a demostrar hasta la evidencia, que fué este médico cubano, el glorioso descubridor de que la fiebre amarilla se trasmite por la picada de cierta

especie de mosquito, gloria que, malévolamente trataron algunos de arrebatarle; Guillermo, el segundo de los hijos, fué abogado y catedrático de Literatura Española de nuestra Universidad; Alfredo, médico notable, casado con la señorita Amelia Rivero, y padres del ingeniero Alfredo Domínguez, que casó con la señorita María Antonia Bonnet.

Junto a los Domínguez Roldán, vivía a fines del pasado siglo, un alto funcionario de la carrera judicial, el licenciado José Martínez, que era juez de Primera Instancia de La Habana y que murió de una fulminante apoplejía al conocer la noticia de la derrota de la escuadra española que mandaba el almirante Cervera, en aguas de Santiago de Cuba, en combate con la escuadra norteamericana al mando del almirante Sampson. Este hombre era tan exaltado, que iba por las tardes a los arrecifes del litoral, y al ver en el horizonte las siluetas de los barcos norteamericanos que bloqueaban La Habana, monologaba en ocasiones, en alta voz, diciéndoles: **Acérquense, comedores de tocino, que van ustedes a saber lo que es España.**

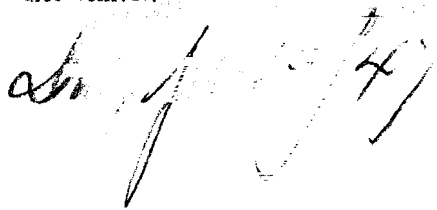
En la casa contigua a ésta, residía el brillante abogado licenciado José Bruzón, figura intelectual de gran relieve del Partido Autonomista. Colindando con la de Bruzón, estaba la casa de la familia del doctor J. Calderón, persona honorable y abogado de brillante porvenir, que laboraba profesionalmente en el bufete del licenciado Bruzón, muerto en plena juventud a los 35 años de edad, víctima de la fiebre tifoidea, que era entonces una enfermedad endémica en Cuba. Una hija suya nombrada Graciela, contrajo matrimonio años después, con el señor Edelberto Carrerá, ex presidente de los Rotarios habaneros y empresario de varios cines de esta capital.

En esta misma cuadra y durante las horas de la tarde, solía reunirse en el centro del paseo del Prado, sentados en sillas que llevaban desde sus casas, un grupo de conocidas personas de la colonia, que discurrían, muchas veces acaloradamente, sobre los problemas políti-

4

cos de entonces. Formaba parte de ese grupo el intransigente y recalcitrante funcionario don José Vargas, jefe político del barrio de La Punta, que desempeñaba en aquellos días el cargo de teniente de alcalde de esta ciudad. Su nombre aparecía frecuentemente en los diarios capitalinos elogiado unas veces y atacado otras. Esos diarios, en sus críticas y elogios, usaban la frase que más tarde se popularizó de que lo averigüe Vargas.

En los días coloniales, las inmoralidades administrativas se calificaban jocosamente con la palabra «chocolate». En la época republicana, lo sabemos todos, se les dice «chivo».

Handwritten signature and date, possibly "don José Vargas" and "1941".

Inf, feb. 16/947

RECUERDOS DEL PRADO

Por DON GUAL

(De la redacción de INFORMACION. Dibujos por Massaguer)

Quando paso por el hoy Paseo de Martí me viene a la mente aquella copla andaluza que dice así:

"Cada vez que paso y miro los sitios acostumbraos, me arrodillo y los venero como si fueran sagraos".

Algunas tardes **d o m i n g u e r a s**, cuando salgo de algún cine, camino un rato por el túnel arbolado que nos legó Carlos Miguel de Céspedes y recuerdo con nostalgia aquel Prado que conocí de niño, antes del Grito de Baira, el que frecuenté cuando ya era un mocito enamorado de todas las lindas vecinas de la entonces aristocrática avenida, que como el Zapato empezaba en la Punta y terminaba en Tacón, pues después del Pórtico del hoy Teatro Nacional... Gallego, nadie se enfrentaba con las miserables cercas y sucios almacenes de la Estación de Villanueva.



En 1906, cuando volví a "Esta Habana Nuestra" todavía era el Prado la gran calle residencial, donde vivían las grandes familias habaneras como las de Alvarado, Rubí, Chaguaceda, Zaldo, Pla, Montalvo, Altuzarra, Soler, Gibergera, Recio, Varela Zequeira, Méndez Peñate, Suárez Murias, Lima, Menéndez, Castellá, Abreu, Calvo, Coronado, Dolz, Verdugo, Calderón, Estévez, Toñarely, Sedano, Mesa, Johanet, Carol, Mendizábal, Carrera Jústiz, Perpiñán, Martínez (Eloy), La Torre, Aguilera, Lasa, Steinhoffer, Romero, Menocal, Hernández Bofill, Gómez de la Maza, Estéfany... y otras que lamento no recordar.

Fué en los primeros años de la República cuando empezaron a circular los primeros coches automóviles, que fatalmente fueron desalojando a las charoladas victorias, milords, dog-carts, duquesas, canastas y breaks de nuestras principales familias. No puedo ol-

vidar el break de Don Juan Pedro Baró, la "canastica" con su pony de Amalita Alvarado (hoy señora de Rafael Posso), el coche del barbudo Trillo, el featón de Don Gustavo Bock y la berlina del Conde de Casa Romero. Y a los primeros automovilistas como Antonio Arturo Bustamante, Enrique Conill, Julio Blanco Herrera, Panchito Franchi Alfaro y Luis Marx, que asustaban al fogoso corcel del dog-cart de Ramón Blanco Herrera.

Entonces había el grupo de coches de la Acera que los ocupaban los "tacos" de entonces como Pablito Moliner, Gaspar Betancourt, Manolo Bethart, Paquito Guzmán, Rafael Posso, "Maño" Carvajal, Paco y Felipe Romero, Conde de Ibáñez, Gonzalo y Gustavo Alvarado, Luis Rabel, Gustavo de Cárdenas, Alfredo Arango, Francois Ruz, el Conde Duany, Silvio de Cárdenas, Paquito Pérez Briñas, Julito Sanguiy, Carlos Macia, Gabrielito de Cárdenas, Evelio Diaz Piedra, Emilito Baccardi, Alfonso Martínez Fabián, Alfonso Morales, Eugenio Alvarez Valdés, Jacinto Pedroso, Chicho Ariosa, Ignacio y Francisquillo Morales, "Sirope" Suárez, los Torraya, los Carranza, Tony Bollag, Arturo Lavín, José Manuel Pérez Alderete, Eugenio Cantero Herrera, Miguel Pla, "Cucurrito" Farrés, Ramón "Penita" Hernández, Federico Morales, Ignacio Irure, Ricardo y Antonio Rivero, José Luis Pessino, Ramoncito Fonts, Lorenzo Portillo, Ramón Fonst, Raulín Cabrera, Julio Sorzano, Muñozguren, Antonio Solar, Rafael María Angulo, Miguel Ángel Mendoza, Ramón Alberiche, Pepe Strampetz, Eugenio Silva, Raúl Córdova, Charles y Federico Berndes, Miguelito Franca, Antonio Rivero Beltrán, Carlos Mendieta, Arturo Soler, Armando Riva, Antonio Ruiz, Antonio Diaz, Chicho Conyedo, Manolín Hierro, Johnny Rivera, Pepito Delgado, Joaquín Alsina, Chepin Barracué, Severino Lavín, Pepe Vila, los Castrovéde, Eduardo Alfonso, Elicio Argüelles, Nick Adán, Ramón y Perfecto Diaz y



2

137

otros, entre los cuales quedan muchos que como yo, lloran aquella "Itálica famosa".

No puedo dejar de mencionar a Don Manuel Luciano Díaz, quien paseaba a caballo por las tardes como lo hacían Colín de Cárdenas, y su hijo Colás. Y debo recordar también a Don Antonio González de Mendoza, el patricio, que era un gran jinete. Y aquí se cuele otro recuerdo: la bicicleta de Gonzalito Aróstegui, que tocado de una gorra yartista, recordaba la silueta del último rey español.

Doña Pilar Somohano, no satisfecha con su resplandeciente Hotel Telégrafo y Helados de París, abrió el Hotel Miramar en la esquina del Prado y Malecón, frente a la ya desaparecida glorieta donde los jueves y los domingos las bandas Municipal y de Artillería dirigidas por los Maestros Guillermo Tomás y Pepe Marín Varón, nos deleitaban en las noches de retreta. El Miramar, con el hotel de los altos era un gran salón comedor por la Avenida del Golfo y un jardín cinesco por el fondo que daba a San Lázaro, siendo por muchos años el "rendez-vous" de lo mejor de La Habana. El inolvidable Enrique Fontanills no faltaba una noche a comer en un palco del segundo piso, siempre iba acompañado de alguno de sus íntimos del "Unión Club" como Luis Díaz, González Labarga, Pepe Figueredo, Raúl Sedano, Evelio Govantes...

También concurría prestigiando el entonces llamado "Miramar Garden", con su apuesta figura el Brigadier Armando de Jesús Riva. No olvido la noche en que muy apesadumbrado me anunció éste que renunciaba a su alto puesto de Jefe de la Policía por "presiones" que le hacía el gobierno, para apoyar ciertas medidas que el hallaba violentas o turbias.

RECUERDOS

El ambiente del M. G. resultaba agradabilísimo. Era un local rectangular, un amplio patio lleno de mesitas, y una galería extendida por tres de sus lados, pues el cuarto era el ocupado por la pantalla un poco temblorosa, donde la Menicchelli se dejaba abrazar todas las noches por Gustavo Serena o Lida Borelli mareaba con sus ojos bovinos al muy fascinante Ruggiero Gugglerl.

Cuántas abuelas jóvenes y madres más jóvenes todavía, conocie-

ron el "adorado tormento" en una Noche de oMda de Miramar, no lejos de las miradas radiográficas de "Fonta" que anotaba el "chismecito" para sus "Habaneras" del día siguiente.

A la vuelta de Miramar, por Prado, existe todavía una casa que fué del opulento Tirso Mesa, donde luego se instaló la "Asociación de Pintores y Escultores" que presidió el inolvidable Federico Edelmenn Pintó, buen artista y gran caballero. Cuando cayó el viejo Café Tiburón (antiguo paradero de "La Cucaracha", el trencito que iba por San Lázaro hasta el Vedado y el Carmelo) Don Ramón Montalvo fabricó la casa, donde hoy todavía reside con su familia, en cuyos bajos se hallan hoy las oficinas de la "Aerovías Q. S. A." del coronel Manolo Quevedo.

En esa cuadra vivió en 1901 el Magistrado del Supremo Don Narciso G. Menocal y Menocal (en el 4) donde nació su hija Elena. Allí vivió el general Loynaz, recién casado con Doña Mercedes Muñoz Sañudo. En frente estaba la Cárcel de La Habana, gran edificio que tumbaron luego, por inexplicables razones. En el frente de Prado estuvo instalada una vez la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, y luego el Ayuntamiento (durante las obras de restauración del viejo Palacio de los capitanes generales). Recuerdo al famoso Alcalde, coronel Don Andrés Hernández, que paseaba por las tardes, en briosa jaca criolla, seguido de sus pequeños hijos, caballeros en sendos "ponies".

En la esquina de Cárcel, (hoy calle de Capdevila), en el mismo edificio del Hotel Packard estaba establecido Don Luis Ulloa (en el 1) con su familia. Había allí también una casa de huéspedes donde pasé mis días de alumno de "La Gran Antilla". En el 3, un buen gallego de apellido Gómez, tenía una fonda llamada "La Punta". Los hermanos Pancho y Salvador Menéndez Villoch eran dueños del "Café Biscuit", de la esquina, en cuyas mesas tracé proyectos de periodista en embrión. En el 5 vivía la familia de López Gobel. En el 9 los Lima. En el 11 en los bajos el Senador Tomás Recio, su esposa, Doña Cecilia Heymann con sus hijos Tomás, Mariapapa, Celia Isabel, Serafina, Lolita y Quetisca. En la esquina de Genios, en el 13, vivían los hermanos Menén-



dez: Manolazo, Demetrio y Rosaura. En la cuadra de enfrente en los pares, entre Genios y Cárcel, residían los Mendizábal, los Sedano, los Johanet, los Márquez Romero y los Carrera Jústiz. En el ángulo que forman Consulado y Prado tenía su palacete el eminente tribuno matancero Don Eliseo Giberga Galí, casado con doña María del Calvo, hermana de mi inolvidable amigo Paco del Calvo. Con ellos vivían sus sobrinas las señoritas Rescalvo, hoy señoras viuda de Tejera, de Godoy y de Estéfany.

En la cuadra comprendida entre Refugio y Genios vivían en las entonces modernas casas, con sus familias, el coronel y senador Manuel María Coronado, doctor Carlos de la Torre y Huerta, el ingeniero Andrés Castellá, Suárez Murias, Díaz de Villar, el coronel Roberto Méndez Peñate, José Perpiñán, doctor Gómez de la Maza, Hernández Boffill y otras. En la esquina de Refugio fabricó su lindo palacete el señor Pedro Estévez Abreu, cuando se casó con la bellísima doña Catalina Lasa, luego esposa de Don Juan Pedro y Baró. Esta gran mansión pertenece hoy a los hijos de Frank Steinhart, y la usan como su "town-house". Enfrente en la acera de los nones, vivían muchas otras familias, entre las cuales recuerdo a las de Tariche y Steinhoffer. En la esquina de Colón, donde hoy se levanta el elegante Cine Fausto, se hallaba una gran casa colonial, que yo visité mucho, cuando la ocupaba el banquero don Manuel Silveira, con su esposa e hijas. El día primero de año, La Habana entera llenaba la residencia para felicitar a don Manuel por su onomástico día. Murió en la miseria.

Luego fué una casa de huéspedes de un conocido empresario de cine, (Luis Estrada), hasta que surgió el primer "Fausto" que era un modesto remedo de lo que es hoy.

Al lado, donde hoy tiene su salón de exhibición la firma de Arellano y Cja., se abrió otro cine, que tuvo corta vida. En la esquina de enfrente ocupando dos casas, tenía la doctora María Luisa Dolz Arango, su famoso plantel. En el solar próximo levantó hace treinta años, su residencia don Pancho Plá, cuya viuda doña

María Martín, conservó hasta hace meses, cuando lo abandonó para alquilarlo al "Expreso Aéreo". Esta mansión es una de las más bellas del Prado y una de las últimas ocupadas por las grandes familias, que gradualmente se fueron trasladando hacia el Vedado, y los "reapertos" de Marianao. De las cuatro esquinas del Prado, en el cruzamiento con la calle de Trocadero mucho se pudiera escribir.

En una esquina en bella casa colonial de un solo piso vivía, al llegar yo a La Habana en 1908, la familia del reputado doctor Raimundo G. Menocal, con su esposa, doña Luisa del Cueto y sus hijos Rafael, María Luisa, Pepillo, Ana María y Raimundo. Bien recuerdo el amplio portal donde se sentaban por las tardes cuatro preciosas cubanas: Ana María y María Luisa Menocal, y sus futuras cuñadas, Mercedes y Leocadia Valdés Fauly y Fonts. Luego, al trasladarse los Menocal al Malecón, la ocupó el caballeroso Felipe Romero de León, hijo segundo del Conde de Casa Romero, con su esposa doña Josefina Herrera y Montalvo, (hija de los Condes de Fernandina), con sus hijos Felipe, Pedro y Nena Romero y Ferrán.

En ese portal tertulié muchas tardes con los "habitués" de Felipe Romero, entre los que recuerdo a Miguel Torriente, Héctor de Saavedra, a Fernando Castanedo y otros. Hoy esa mansión la ocupa, después de ciertas alteraciones, la Pan American Airways. Ya en 1908 se había inaugurado el edificio del "Centro de Dependientes" en la esquina opuesta. En la cuadra entre Trocadero y Colón, existió un elegante palacete donde estuvo el "Círculo Militar" y luego el "Casino Español". Al ampliarse el Centro de Dependientes, ese edificio cayó bajo la fatal piqueta. En la tercera esquina de Trocadero, levantó su palacete el general José Miguel Gómez, presidente de Cuba desde 1909 al 1913... Hoy se halla allí el Expreso de la Pan American. En la esquina cuarta, donde hoy está instalado el coleccionista Snyder, estuvo el "Néctar Habanero", por poco tiempo, y también en los altos vivió la familia de Raúl Sedano. Al lado de esta finca, entre Trocadero y Animas, visité cuando era un parvulillo los famosos Baños del Dr. Belot, que



ocupaban el número 69 de esa cuadra. Cuando desapareció el hidráulico negocio (en época del doctor Tejada), se instaló la Asociación de los Jóvenes Cristianos, una rama de la norteamericana YMCA.

En 1909, no estoy seguro, se fundó en ese local el Club Atlético de Cuba (el glorioso anaranjado), que presidió José Sixto de Sola y Pancho Díaz, entre otros. Cuántos amigos recuerdo de aquellos días "atléticos" famosos: Pancho Díaz, Manolo Díaz, los Wolf, los Booth, Romero, los Villoch, Ruz, etc. El colonial edificio luego fué vendido a los intereses de los hoteles de Jack Bowman, que amplió el viejo Hotel Sevilla, hasta el frente del Prado. Esperanza Iris acarició por varios años, la bella idea de hacer allí un gran teatro para ópera y opereta.

En la esquina de Animas, la firma A. del Río poseía un almacén de maderas. Luego, en el solar, jamás fabricado, se instaló, muy provisionalmente, el muy recordado cabaret "Black Cat" y el parque de diversiones "Armenonville". Durante las últimas "Vacas Gordas" se levantó la armazón para un circo teatro, que no pasó de allí. Esa magnífica esquina pertenece a los hermanos Gómez Vila (herederos de don Andrés Gómez Mena), quienes a pesar de su riqueza, no se han decidido fabricar un buen edificio que sería embellecimiento para el paseo del Apóstol y buenas ganancias para esa acaudalada familia.

MAS EVOCACIONES

Don Guillermo de Zalao ocupaba otra esquina de la acera de los pares, donde hospedaba a prominentes visitantes como Eva Gauthier y los componentes de aquella Misión Británica (con Sir Maurice Bunsen), que vino a Cuba al terminar la guerra europea en 1918. En las otras esquinas se levantan hoy dos buenos edificios, el restaurado Palacio de la Mortera (creo que es todavía propiedad de los Blanco Herrera o los Maura Herrera), y el edificio social del Casino Español de La Habana, inaugurado con la asistencia del presidente Menocal y su esposa doña Mariana Seva Herrera, y siendo ministro de España el señor Mariategui, quien asistió con su esposa doña Angela

Fabra. El Obispo Estrada bendijo la entonces flamante "Casa de España".

En las esquinas de Virtudes recuerdo el viejo edificio del American Club, el Café El Pueblo, el Hotel Jerezano (de Paco Lainer), y la casa de la familia Franca (esta última fué luego un círculo político de triste recordación, y es hoy una casa de huéspedes y una "cafetería").

La cuadra entre Neptuno y Virtudes, ha sufrido muchos cambios. En el gran edificio (sucesor de la bodeguita de Alonso), estuvo instalado en su segundo piso el arisocrático "Casino Alemán" en el primer piso, el Ateneo y Círculo de La Habana y en los bajos el "Casino Español". Hoy ese local lo ocupa el reputado café y restorán "Miami", sucesor de "Las Columnas" establecimiento que se llamaba entonces el "ñeque", porque tuvo varios infortunados propietarios.

Cuando el Casino Español ocupaba esa esquina, todas las puertas estaban vedadas con unos balconillos, desde donde los socios miraban pasar a las Nenas de "túnica de medio peso" y "zapaticos de a centén". Yo tertuliaba allí algunas noches con los Gelats (Joaquín y Juan), Severino Lavín, Lisandro Cuervo, Cangas, los Alvarez Valdés, los García Tuñón (Guillermo, Segundo, Alberto y Daniel), Ramón Argiuelles, Securdino Baños, Rodríguez Muñiz, el maestro Cherembeau y otros.

Recuerdo que una noche en plena temporada electoral, se armó un tiroteo en los portales de enfrente, los del "Telégrafo" y como yo viera correr hacia mí un conocido contrario de mi menocalismo, volé por encima del mencionado balconcillo (yo me hallaba en la acera), luego, sobre una mesa de billar hasta caer encima de una hermosa y metálica escupidera, que me salvó de un golpe fatal.

En la sala de esgrima que dirigía el inolvidable Cherembeau, tiraban dos pollos que luego llegaron a vivir en el Palacio Presidencial: Carlos Mendieta y Ramón Grau. Los paseos de carnaval de entonces, sin automóviles, verdaderas "cucarachas" como los de hoy, eran animadísimos. Sólo se veían autos abiertos y elegantes coches. Yo no perdía uno, ocupando un estratégico lugar en los balcones del Ateneo, o huésped del General Montalvo, de Eloy Martínez o de los esposos Francois Johanet y María Luisa Montalvo, con sus monisimas niñas Margarita y Conchita.



En la acera de los nones, entre Prado y Neptuno, estuvo establecido el Havana Post, y luego La Prensa y La Nación, donde labo-ramos junto a los queridos compañeros Carlos Garrido, Manuel Márquez Sterling, José Antonio Ramos, Julio Laurent Pagés, Manolo Segrera, Rafael Conte, Joe Llanio, Massaguer y otros muchos ya desaparecidos para siempre. En la otra esquina del Prado había un gran café y restorán llamado "El Alemán", donde gozaba de una "peña" de "Chicos de la prensa" como Pancho Hermida, López Goldarás, Víctor Muñoz Arnavat y otros noctámbulos, como los Villaverde, Arjona, Lafer-té, Antonio Díaz...

Recuerdo la famosa Acera del Louvre, cuando los soportales de "El Telégrafo" eran todavía proyectos de doña Pilar ~~de~~ Johano. Sólo el "Inglaterra" (hotel restaurant y café) y el "Cosmopolita" gozaban de portales. Yo no alcancé, por estar viviendo en México, la época del Delmónico, que abrieron Antolín Gómez del Villar y Ugalde, el de la abaniquería "Galathea".

Me resisto a describir lo que era aquella cuadra frente al Parque entre San Rafael y San Miguel, porque eso lo haré cuando dedique una página o dos o tres a la "Acera del Louvre" donde me iniciaron como "muchacho" mis admirados y temidos amigos Ramiro Mazorra Pepe Estrampes, Alfredo Arango Cecilio Acosta, Paquito Guzman Silvio de Cárdenas, Pablo Mazorra, Emilio Bolívar, Paquito Pérez y Dodolfo Alvarez.

Ya los coches lujosos de la acera no se ven. Los que llevaban al apasionado galán, con su puchita de mariposas a ver a la novia, hoy llevan al chinito que va cargado de verduras a la plaza del Polvorín. Los fogosos caballos que volaban Prado abajo y Malecón a la izquierda, hoy, si viven, se han convertido en indefensos jamelgos, que miran con desprecio los relucientes Buicks y Lincolns, sin hacer nada, porque los pobres no pueden escupir.

Sic transit gloria mundi

Costumbres cubanas del pasado



El Paseo del Prado en el último tercio del siglo XIX cuando era alumbrado eléctricamente con luz de arco. Este Paseo, en aquellos días, lo atravesaban las calles de Refugio, Colón y Animas, siendo esta última la calle que se ve en primer término en la presente fotografía.

La Calle del Prado por Luis Bay Sevilla

PERSONAS amigas o simplemente han tenido la bondad de dirigirme lectores que ocultan sus nombres, algunas cartas, tendientes unas a estimularme para que continúe en esta labor

de reseñar nuestro pasado y para aclararnos, otras, algún error advertido en nuestras narraciones. Yo agradezco muy sinceramente estas misivas, y aunque no es mi propósito disculparme, hay que tener presente que, como gran parte de los asuntos que yo comento no los he vivido, tengo que atenerme a las informaciones que me suministran personas de más edad que yo que los conocen, bien porque fueron de ellos actores o testigos, o porque los supieron por boca de sus padres o de sus abuelos.

o o o

En nuestro trabajo anterior hacíamos referencia al grupo de jóvenes que en el año 1886 cursaba el tercer año de Medicina y concurría diariamente a la cátedra de Patología General que se explicaba en el «Hospital de San Felipe y Santiago», situado en los altos del viejo edificio de la Cárcel habanera, cuando ésta se encontraba situada en Prado esquina a San Lázaro. Entre esos estudiantes citábamos a Luis Cuni quien ya graduado, fué un excelente médico pediatra, que ejerció su noble profesión en la ciudad de Matanzas. Y, por triste coincidencia, el mismo día en que fué publicado nuestro trabajo, donde consignábamos su estado de extrema gravedad, el doctor Cuni recibía cristiana sepultura en el «Cementerio de San Carlos», de aquella ciudad que tanto le admiró y quiso.



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Aquel grupo de jóvenes, ya graduados de médicos, constituyeron sus hogares y gozaron de la alegría de tener sucesión, logrando algunos de ellos la inmensa felicidad de verlos no sólo graduados de médicos, sino también convertidos en figuras destacadas de la profesión.

Entre ellos debemos citar al doctor Francisco Muller, que ha ejercido durante más de cincuenta años su especialidad de médico de niños en la barriada del Cerro, quien tiene, entre otros más, un hijo, el doctor Francisco Muller, graduado en el año 1927, que es como su padre, una magnífica figura médica. Es hijo también de este gran viejo, el ilustre Vicario Capitular de la Diócesis de La Habana, Monseñor Alfredo Muller, uno de los sacerdotes cubanos de más amplia cultura y talento, y uno también de los que disfrutaban del mayor respeto entre los fieles, principalmente en el Cerro, pues el Pbro. Muller es el párroco de la iglesia de aquella barriada, donde él nació y se hizo hombre.

Emilio Martínez, especializado en enfermedades de la garganta, nariz y oídos, de quien personalmente guardo un afectuoso recuerdo, pues en el año 1920 me practicó con éxito una operación en la nariz, cortando una deformación huesosa que me molestaba grandemente, tiene también un hijo médico, el doctor Emilio Martínez y Pérez Vento, graduado en 1919, que ocupa actualmente el cargo de profesor de la cátedra de Garganta, Nariz y Oídos de nuestra Universidad y es una de las figuras más valiosas, acaso la primera, por sus repetidos éxitos como cirujano en casos de difíciles de cáncer de la laringe.

José A. Valdés Anciano fué padre del doctor José R. Valdés Anciano, graduado en 1917, y profesor de Enfermedades Nerviosas y Mentales de la Universidad, cuya especialidad ejerce entre nosotros con notable éxito, pues ha devuelto a más de un hogar la felicidad con la cura de algunos enfermos.

El doctor Federico Grande Rossi dejó también un hijo médico, el doctor Federico Grande Rossi, clínico, que ejerce su profesión con positivo acierto.

El doctor Gabriel Casuso, profesor de Cirugía de la antigua Escuela de Medicina, dejó también un hijo médico, el doctor Gabriel Casuso y Díaz Albertini, actual profesor titular de Cirugía y Ginecología de la Escuela de Medicina, especialidad que ejerce con grandes aciertos.

Y el doctor Raimundo de Castro, profesor que fué de la cátedra de Patología Médica, legó en su hijo el doctor Raimundo de Castro y Bachiller, actual profesor titular de Medicina Legal y Toxicología de nuestra Universidad, todo su talento como clínico de primera clase.

o o o

Ahora, trataremos de reseñar cuanto se relacione con las casas de la calle del Prado, situadas en la acera de los números pares, durante el último tercio del siglo pasado y primeros años del actual.

Comenzando por la calle de Neptuno, diremos que en el mismo solar donde en 1903 se construyó el edificio de tres plantas, una de las cuales ocupa el restaurant Miami, existió un comercio de viveres, que se conocía en aquellos lejanos días por la «Bodega de Alonso», resultando un lugar muy concurrido, pues aquella casa era el punto de reunión de la bohemia artística, literaria y periodística de la época, principalmente en horas de la noche, después de la salida de los teatros. Allí diariamente acudían don Arturo Mora, «El Chato», amigo íntimo de don Antonio San Miguel, director de «La Lucha» y hermano de Gastón, que fué famoso editorialista del diario «El Mundo»; Enrique Hernández Miyares, director de «La Habana Elegante»; don Antonio Escobar, que fundó y dirigió «El Popular», contando entre sus colaboradores a don Antonio Ramos Merlo, Poo y otros más; don Federico Villoch, que comenzaba entonces su carrera periodística como colaborador de «El Figaro», fundado por Manuel Serafin Pichardo y Ramón A. Catalá, publicación ésta a la que hay que acudir, cuando se desea conocer el movimiento cultural cubano de fines del siglo pasado y primera década del actual; Alfredo Martín Morales era otro de los concurrentes, y algunos valiosos periodistas y literatos más. Allí concurría también don Ricardo de la Torre, famoso dibujante fundador del semanario satírico «La Política Cómica» y creador del tipo popular de «Liborio», ese viejo de larga patilla y sombrero de yarey, encarnación de cómo era el hombre de campo de aquella época, pleno de ideales y de patriotismo, cuando la mala yerba y las prédicas disolventes del comunismo no habían prendido en nuestros campos, para desviar a algunos, muy pocos por suerte, por una ruta equivocada.

Este comercio, conocido por la «Bodega de Alonso», estaba situado en una vieja casa de poco puntal, emplazada diagonalmente al fondo del solar, teniendo en la planta alta dos insignificantes balconcitos en su fachada por la calle de Neptuno. Frente a este establecimiento,

existía una especie de explanada o plazaleta, que servía de piquera a los coches de alquiler de lujo, que utilizaban los muchachos de la Acera del Louvre para sus paseos, por el Prado y la Calzada de San Lázaro, hasta el café Vista Alegre, donde hacían algunos distintas paradas para ingerir tragos de bebidas alcohólicas.

Otro lugar de parada, aunque no tan favorecido como el anterior, era el café que estaba situado en Prado, en la esquina donde se inicia la calle de Consulado, del que era propietario un español de apellido Rodríguez, que años después compró el restaurant «El Ariete», situado en San Miguel y Consulado, que logró adquirir gran fama por los sabrosos platos de arroz con pollo que allí se servían.

Este café de Prado y Consulado, era el azote de los cocheros, pues más de una vez algunos jóvenes, al final de la tarde, detenían allí el coche y bajaban para tomar en la cantina, invitando previamente al auriga, que quedaba esperándolos. Como era entonces costumbre que el cochero no abandonara el peacante, el dependiente le llevaba allí lo que deseaba tomar, aprovechando ese momento los jóvenes paseantes para burlar al infeliz cochero, escapando por una puerta que existía por la calle de Consulado. Claro está que ninguno de estos pasajeros era, ni formaba parte, del grupo de habituales a la Acera del Louvre.

En aquella misma esquina, levantó en los primeros años de este siglo un gran palacete el eminente tribuno doctor Eliseo Giberga, que lo ocupó con su mujer doña María Calvo, y de cuya casa nos ocuparemos en un próximo trabajo.

La hoja de paseo, según la tarifa que regía entonces, costaba peso y medio, pero generalmente se pagaba a los coches de lujo por toda la tarde un centén, moneda de oro que valía aproximadamente unos seis pesos en plata española.

Volviendo a Prado y Neptuno, diremos que junto al edificio que ocupaba la «Bodega de Alonso» y en la misma casa donde tiene instalada sus oficinas la casa constructora «Sneare and Striet Co.», residieron algunos años los esposos doña Tomasa Alvarez de la Campa y don Manuel Gamba, padre del arquitecto Manuel Gamba.

Contigua a esta casa existe todavía una antigua construcción de dos plantas, donde estuvo instalado «El Anón del Prado», del que era propietario don José Cagigas, el mejor confeccionador de refrescos de la época, casa que tenía la fama de fabricar muy buenos y exquisitos helados y donde diariamente acudían, durante las horas de la tarde y por la noche al finalizar los espectáculos, nuestras familias distinguidas.

En la planta baja de la casa y antes de ser ocupada por este establecimiento, que estuvo situado primitivamente en la calle de Habana entre Obispo y Obrapia, residió con su familia el señor Antonio Barreras, con su esposa doña Rafaela Fernández, padres de Antonio, figura internacional de la Medicina Legal de Cuba y director, durante muchos años, del Necroscopio de La Habana, muerto

hace unos cuatro años. Eran padres también de Alberto, comandante del Ejército Libertador de Cuba, ayudante de campo del general Mario G. Menocal durante la Guerra de Independencia, gobernador de La Habana durante varios periodos, senador por La Habana, presidente del Senado de la República, y persona de intachable honradez, cuyo nombre hay que citar, siempre entre los primeros cuando se hable de los funcionarios honrados de nuestro período republicano.

Después del edificio donde estaba «El Anón del Prado» existieron y existen todavía, dos casitas de una sola planta, porque sobre ellas subsiste una servidumbre de aire en favor de la casa que es hoy de los herederos del doctor Miguel Franca. En la primera de estas casas, existía una barbería de la que era pro-

pietario el señor Donato Millanes. Eran parroquianos de la misma, entre otros más, don Manuel Sanguily, el general Mario G. Menocal, Jorge Alfredo Belt, Alberto Barreras, Pere D-Strampes, el glorioso «grumista» Ramón Font, coronel Julio Sanguily, Arturo Levin, Genarito de la Vega, coronel Andrés Hernández, «Colin» de Cárdenas y Pepe Ebra. Allí estuvo la barbería durante muchos años, trasladándose, al fallecer su dueño, y adquirióla Alberto Varona, para una casa de la calle de Animas, frente al teatro de La Comedia, en cuyo lugar existe aún. En la casa colindante existió unos pocos meses una casa de modas femeninas.

En la casa situada en la esquina de Virtudes, que es de dos plantas y a cuyo favor existe una servidumbre de aire, residió durante largos años el doctor Miguel Franca, notable médico cubano, casado con doña Cecilia Alvarez de la Campa, y padres de Alonso, casado con doña Mirelle García; Porfirio, casado con doña «Pepa» Echarte; Miguel, muerto trágicamente en estado de soltería, y Cecilia, a quien familiarmente decían «Chichi», casada con el doctor León Broch, abogado prestigioso de esta capital, y muerta muy joven de fiebre tifoidea.

Atravesando la calle de Virtudes, existía una casa de dos plantas, residiendo en el piso bajo el doctor Joaquín G. Lebrede y Lladó, casado con doña Belén Arango, y padres de Eduardo, Mario, Alfredo y René, de los cuales Mario, director del Hospital Las Animas y casado con doña Dolores García, falleció sin sucesión hace algunos años; Alfredo, casado con doña Rosa Cicero; René, casado con doña Rosalía del Portillo, y Eduardo, casado con doña María Sánchez, quienes fueron padres de Eduardo, ex secretario de Agricultura, casado con doña Alicia Valladares; Joaquín, médico, casado con doña Elena de Arcos; Jorge, abogado, casado con doña María Luisa Someillán; Ernestina, casada con el doctor Antonio Coya, magistrado de la Audiencia de Matanzas, y Margarita, casada con don Jesús Pérez Bustamante. Esta casa fué después demolida, levantándose allí el edificio que ocupó el hotel «El Jerezano».



Por Luis Bay Sevilla

feb 20/947

TERMINAMOS nuestro trabajo de la anterior semana refiriéndonos a la casa que ocupaba en este Paseo el intransigente ciudadano don José Vargas, que desempeñaba en los finales del siglo pasado el cargo de teniente de alcalde de esta ciudad. Contigua a la casa de Vargas, residía una familia muy rica, de apellido Elozua, completándose la cuadra con una especie de nave donde funcionaban una bolera y un establo de coches que tenía la entrada por la calle de Genios, que permanecieron en aquel lugar hasta el año 1907 en que los hermanos don Mariano y don Eligio Bonachea construyeron allí un edificio de cuatro plantas, una de las cuales, al quedar terminado, ocupó el Circulo del Partido Liberal, grupo político al que estaba afiliado don Eligio Bonachea, que fué años después alcalde de La Habana.

A mediados del año 1909, fueron allí instalados los Juzgados de Instrucción y de Primera Instancia de esta capital, pues se quiso, en beneficio del público, agrupar en un solo edificio esos organismos judiciales, ya que los primeros funcionaban en una residencia situada en Cuba esquina a Chacón, los Juzgados de Primera Instancia del Este y Oeste, en la casa Cuba número 1, y los del Norte y Sur, en Oficios casi esquina a Obispo, planta alta del edificio que ocupa todavía el Monte de Piedra.

En la esquina de Morro y Genios, existía un picadero de la propiedad del señor J. M. Trillo, único que funcionaba entonces en La Habana, y al que concurría lo mejor de la sociedad habanera de la época para aprender equitación.

En Genios y Zulueta, al fondo del palacete de don Dionisio Velasco, instalaban los norteamericanos en el año 1900, el Centro de Vacuna antivariolosa, y frente a esta dependencia sanitaria, estaban los Fosos Municipales o Corral del Consejo, que era como se le decía entonces. Muy cercano a éstos, estaba el edificio del Necrocomio de esta ciudad, y a muy pocos pasos el Cuartel de la Guardia Rural, emplazado frente al edificio de la Cárcel.

Atravesando la calle de Genios y Prado, nos encontrábamos una casa que aún conserva el corte octogonal que tenían las cuatro residencias de esta esquina, para formar la explanada que permitía el emplazamiento de la Fuente de Neptuno en aquel lugar. En esta casa residía un viejo militar retirado del Ejército español, enriquecido en Cuba. El chaflán que correspondía a la esquina opuesta de esa misma acera, desapareció al construirse el edificio que hoy ocupan los Juzgados, conservándolo en la acera de los números pares, como se ve en el edificio del restaurant «El Patio».

En el lugar donde se encuentra actualmente el edificio del Hotel Packard, residía la familia del señor Eduardo Delgado, y después estaba la casa del don Luis Ulloa, quien desenvolvía sus actividades comerciales en un café que poseía en Amargura y Mercaderes y en el Madero de esta capital. Después existió allí el Café Biscuit, que pertenecía a los hermanos Francisco y Salvador Menéndez Villoch. Don Juan Ulloa fué quien construyó el actual edificio del Hotel Packard, teniendo algunas dificultades con el Departamento de Fomento del Ayuntamiento para obtener el certificado de habitabilidad, porque se presentaron varias rajaduras en las paredes del edificio.

Seguía a este inmueble el almacén de maderas de D. Marcos Longa, que tenía su entrada por la calle de Cárcel. Don Marcos fué tronco principal de una honorable familia habanera. Estaba casado con doña Luisa Marquette, siendo padres de Adolfinia, que casó con don Eduardo Delgado; María Luisa, casada con el doctor Gabriel García Echarte, alto funcionario de la carrera judicial; Gustavo, casado con la señora Isabel Martínez Zuaznábar; Marco Antonio, abogado y notario, casado con doña María Ajuria, y Ernesto, hacendado y propietario del ingenio «Merceditas», ubicado en el pueblo de Cabañas, casado con doña María Santiago Aguirre.

En el terreno donde fué levantado el edificio del Hotel Miramar, existió un almacén de maderas que perteneció en los finales del siglo pasado a don Ladislao Díaz.

o o o

Donde estaba la glorieta del Malecón y muy cerca del Castillito de La Punta, existían abandonadas, allá por los años 1876 al 77, cinco o seis pailas parecidas a las que se usaron en los «trenes jamaquinlos» para la fabricación del azúcar. Estas viejas pailas se llenaban de agua con el oleaje del mar y en ellas se bañaban algunos mozalbetes, que daban un espectáculo poco edificante, porque en ocasiones lo hacían sin ropas.

Cercano a estas calderas estaba el edificio del Presidio Departamental, que tenía a su fondo la Cárcel de La Habana y en su costado derecho el Vivac de esta ciudad.

En la planta alta de este edificio, inaugurado el 29 de septiembre de 1836, bajo el mando del general Tacón y demolido hace unos pocos años para construir el «Parque de los Mártires», existió el «Hospital» de San Felipe y Santiago, allí instalado en el año 1861, trasladándose para ese lugar los cuatrocientos enfermos reclusos en el «Hospital de San Juan de Dios», que perdió su nombre al hacerse ese traslado del lugar de donde estaba emplazado que era la manzana de terreno

que limitan las calles de Aguilar, San Juan de Dios, Habana y Empedrado, donde existe en la actualidad el Parque de Cervantes. Este Hospital se encontraba en deplorables condiciones, de modo tal, que meses antes de su clausura ocurrió allí un derrumbe de importancia, que milagrosamente no costó vidas.

Las condiciones sanitarias de este edificio no eran apropiadas para establecer en él un hospital, pues tenía los pisos de piedras redondas de las conocidas por «chinas pelonas». A esto debemos agregar que aquello era un reclusorio donde en su planta baja se alojaban alrededor de mil seiscientos penados, entre los que guardaban prisión en el Presidio, y la Cárcel de La Habana. No obstante esto, allí fueron materialmente hacinados cuatrocientos enfermos en salones inapropiados, pues eran como naves abiertas, construidas deficientemente, para dar alojamiento a la tropa que guardaba aquellas prisiones. Para colmo de la suciedad y a falta de servicios sanitarios, se colocó junto a la cama de cada enfermo una silla de madera con el tradicional «sevillano». Allí, en tan deplorables condiciones, estuvo funcionando este Hospital hasta el año 1886, es decir, veinticinco años consecutivos, con un altísimo porcentaje de muertes por la suciedad y la falta de higiene que prevalecían en el mismo.

En ese año 1886, último en que estuvo allí este establecimiento, cursaban el tercer año de Medicina y concurría diariamente a las salas de ese Hospital, un grupo de jóvenes que dos años después se graduaban de doctores en Medicina. De ese grupo algunos viven y otros han rendido ya tributo a la muerte. Entre los primeros, se encuentran el doctor Luis Cuni, notable médico matancero, actualmente enfermo de gravedad en aquella ciudad; Francisco Müller, Eugenio Molinet, Emilio Martínez, Fernando Rensoll y José Carbonell, residentes todos en esta capital. Entre los fallecidos están Federico Grande Rossi, Mario Lebrede, José A. Valdés Anciano, Jorge Le-Roy, Eduardo Lebrede, Diego Urdanivia, Eduardo Salazar y Zaldívar y Agustín Varona y González del Valle.

Eran entonces profesores de la Escuela de Medicina el doctor Manuel Bango, que explicaba la asignatura de Cirugía; el doctor Raimundo de Castro, la de Patología Médica; el doctor Gabriel Casuso, la de Cirugía, y el doctor Domingo Fernández Cubas, la de Patología General. Como director del establecimiento actuaba el doctor Emiliano Núñez de Villavicencio.

Cuando en el año 1886 trasladaron este Hospital para la calle 23, esquina a L. Vedado, donde se había construido un edificio para otro Hospital, le tocó al de San Felipe y Santiago perder el nombre que tenía, pues al nuevo se le puso Hospital Mercedes, designándose para dirigirlo al propio doctor Emiliano Núñez.

En el lugar que ocupaba en la calle del Prado el viejo Hospital, fué instalada la Audiencia de La Habana, que estaba entonces funcionando en el Palacio de Aldama, situado en Amistad y Reina. Y en la época republicana, se alojaron allí provisionalmente, primero, la Secretaría de Instrucción Pública, y después, también por la parte de Prado, el Ayun-

tamiento de La Habana, siendo alcalde el doctor Miguel Mariano Gómez, mientras se realizaban las obras de restauración del viejo edificio de los Capitanes Generales, hoy Palacio Municipal.

Cercano al edificio de la Cárcel y Castillo de la Punta, existía otro edificio de gran amplitud y de gruesas paredes, que era el Cuartel de Ingenieros. Frente a la fachada que daba al Parque de la Punta, fueron fusilados en la tarde del 27 de noviembre de 1871 los ocho estudiantes de Medicina víctimas de la ferocidad criminal de los voluntarios españoles. Y frente también a estas paredes, recibieron muerte en garrote distintos patriotas cubanos en las fechas que se expresan seguidamente: Graciliano Montes de Oca, el 22 de abril de 1851; Narciso López, el 1 de septiembre del propio año; Eduardo Facciolo, el 28 de septiembre de 1852; Ramón Pintó, el 22 de marzo de 1855; Francisco Estrampes, el sábado 31 de marzo de 1855, y Francisco León y Agustín Medina, el 9 de abril de 1869.

En aquella explanada se levantó también varias veces el patíbulo para dar muerte a infinidad de asesinos condenados por los Tribunales de Justicia a la última pena: Víctor Machín y varios más.

o o o

En pleno período de la evacuación de las tropas españolas, que como todos recordarán fué del 12 de agosto al 31 de diciembre de 1898, ocurrió en el Presidio Departamental de la Isla algo muy curioso que creó un pequeño problema administrativo a las autoridades de la época.

Era en aquellos días jefe del Presidio el doctor J. Martínez Cabranes, cuñado del general Arsenio Martínez Campos, quien no deseando esperar hasta el último momento para irse del país, abandonó su cargo y embarcó para España a bordo del correo español, que salió en los primeros días de diciembre.

Esto, naturalmente, creó un problema, pues quedó sin jefe responsable aquel penal, pero la Comisión de Evacuación, al objeto de solucionarlo, nombró para el cargo al general Rafael Montalvo y Morales, siendo, por tanto, este general cubano, jefe del Presidio antes de que asumiera su alta función de Gobernador Militar de Cuba el general Leonardo Wood.

o o o

3

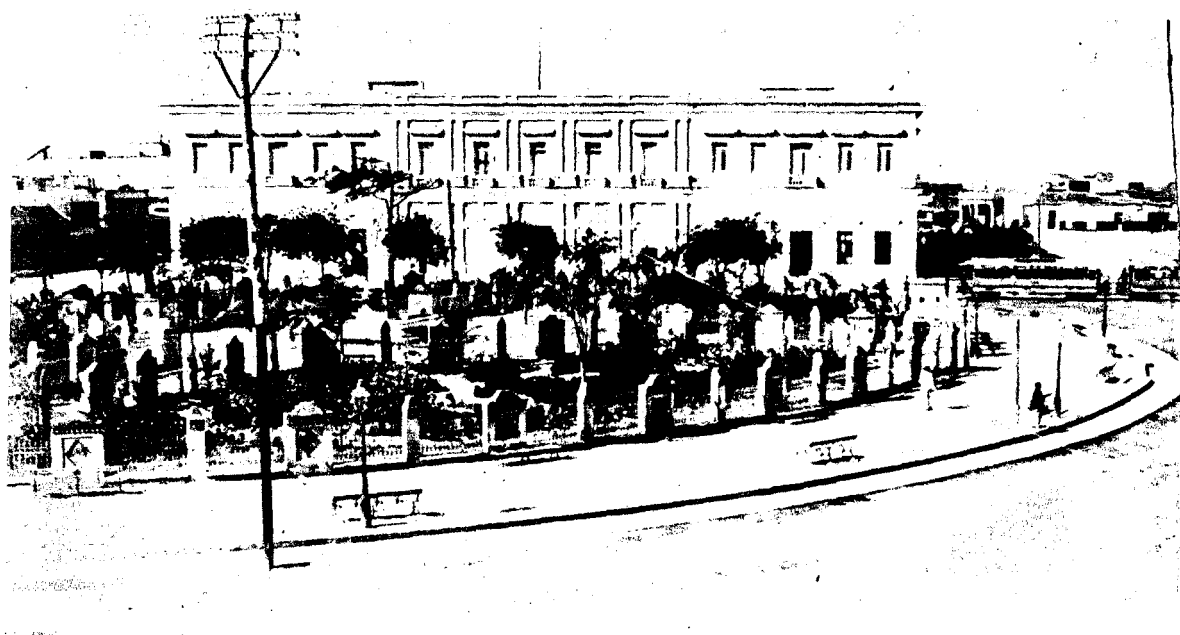
En la época republicana vivieron las casas números 5 y 7 de esta calle la familia de Lima y la señora Cristina Gobel viuda de López con sus hijos. En la número 11 residió el senador por Camagüey doctor Tomás Recio en compañía de su familia, y en los altos de esa casa el licenciado Manuel Peralta Melgares y familia. En la número 13 residió el señor Manuel Menéndez con su mujer doña Julia Heyman y con ellos las hijas del primer matrimonio de la señora, que fueron María Antonia Alonso, casada con don Manuel Aspuru, dueño del ingenio Toledo; Estela, casada con don Oscar Nodarse; Bebita, casada con don Alberto Delp, y Manuel Enrique, hijo del segundo matrimonio de la señora Heyman.

En la próxima semana escribiremos sobre las residencias situadas en la acera de los números pares.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

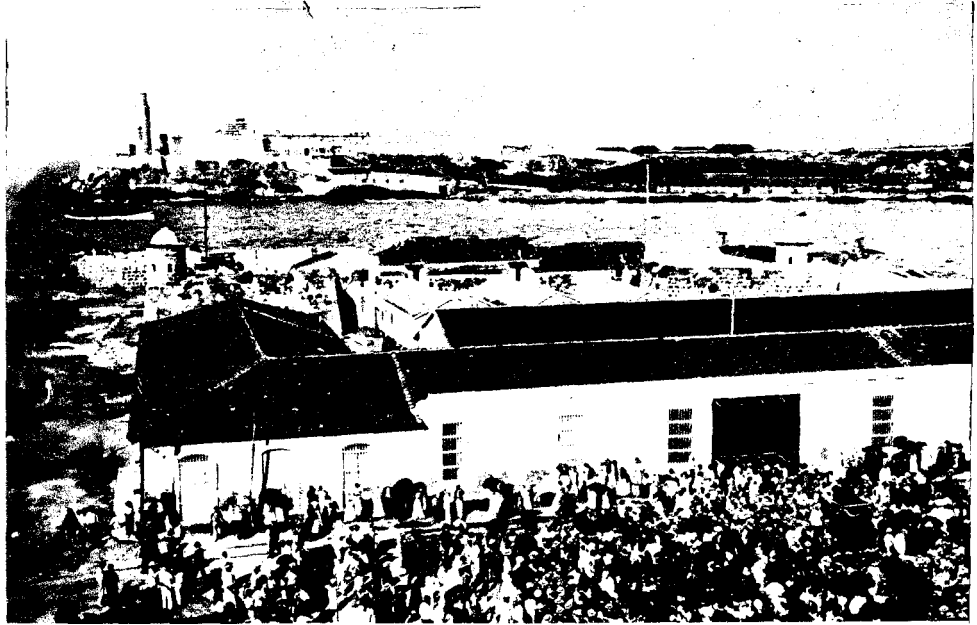


**El Parque de La Punta, viéndose al centro la Fuente de Neptuno cuando estuvo allí emplazada. Al
cío de la Cárcel, Presidio y Hospital de San Felipe y Santiago. A la derecha, el Paseo del Prado y la
nocida jocosamente por «la cucaracha», que hacía viajes a las bariadas del Vedado y Carmelo.**



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



Antiguo cuartel de Ingenieros que estuvo situado entre el Castillo de La Punta y el parquecito de igual nombre. Frente a las paredes de este edificio fueron fusilados el 27 de noviembre de 1871 los ocho estudiantes de Medicina, víctimas de la ferocidad de los voluntarios españoles. Y frente también a estas paredes se alzó varias veces el patíbulo para ejecutar a varios patriotas que ofrendaron sus gloriosas vidas por la libertad de Cuba. Allí se conserva todavía, como sagrada reliquia, el trezo de muro frente al cual recibieron la muerte los ocho jóvenes alumnos del primer año de Medicina.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA CALLE DEL PRADO EN EL SIGLO XIX

Por Luis Bay Sevilla

D.M. ab 10/947

VOLVIENDO a la calle del Prado, acera de los números pares, en la esquina de Virtudes existió una casa de dos plantas, ocupando la baja el doctor Joaquín G. Lebrado con su mujer doña Belén Arango y sus hijos Eduardo, Mario y René. En la planta alta de esta casa residían don Antonio Villar, casado con doña Andrea Santiago, padres de Anselmo, distinguido funcionario de nuestra carrera diplomática, y María, que casó con el coronel Roberto Méndez Peñate, uno de los hombres más pulcros y honrados que ha producido nuestro país. Esta casa fué demolida, construyéndose en los primeros años de este siglo el edificio de cuatro plantas que ocupó el Hotel «El Jerezano».

Junto a esta casa residieron durante algunos años los esposos Bolívar en compañía de sus hijos Juan Manuel, Emillo y Pedro, casando éste con la señorita Amparo Junco, hermana de Dulce María, la señora del doctor Oscar Font.

En la casa contigua, que es de tres plantas, una de las cuales ocupa el doctor Metzger, residió allá por el año 1885 una acaudalada familia de apellido Pedrosa, que hacía una vida muy retraída. En la casa contigua, que era la marcada con el número 96, residió don Antonio Barrera, que falleció en esta casa. Después, en el año 1883 la ocupó un comerciante de apellido Ugarte.

Sigue después una amplia residencia de dos plantas que habitó con su familia durante algunos años el señor Juan Atiçano Colomé, accionista fundador de la Compañía del Ferrocarril Urbano de La Habana.

Después la vivió don Matías Averhoff, casado con doña María Luisa Herrera, hija del Marqués de Almendares y de la Condesa de Casa Barreto, quienes fueron padres de Julián, Francisco, María Luisa, Matías, Fernando y Mariano, casando éste, al graduarse de abogado, con la señorita Hortensia Cuéllar del Río.

María Luisa contrajo matrimonio con don J. M. Izaguirre, y una de sus hijas contrajo matrimonio con el doctor Bernardo Gómez Toro, hijo del Generalísimo de nuestras guerras emancipadoras Máximo Gómez, yendo todos, pasado algún tiempo, a residir al Calabazar.

Don Matías Averhoff era propietario de los ingenios «Averhoff», ubicado en el pueblo de Aguacate, en la provincia de La Habana, y el «Orozco», en Cabañas, provincia de Pinar del Río. El primero de estos ingenios pasó a ser de la propiedad de don Ramón Pelayo, más tarde Marqués de Valdecillas, que lo demolió

al adquirir el ingenio «Rosario», situado junto a éste, y que pertenecía a don Federico Morales, realizando en él obras de importancia, tanto en su maquinaria como en el batey, transformándolo en una de las mejores fincas azucareras de Cuba, quedando las tierras del Averhoff convertidas en colonias cañeras del «Rosario». En la actualidad este Central es de la propiedad de la Hershey Corporation.

En cuanto al ingenio «Orozco» pasó a ser de la propiedad del señor José M. Casanova, senador por la provincia de Pinar del Río.

Durante los días de la última Guerra de Independencia las maquinarias que pertenecieron al ingenio «Averhoff», que estaban abandonadas en pleno monte, servían de escondite y refugio a las comisiones revolucionarias en sus movimientos guerreros.

Posteriormente ocupó esta casa de Prado el «Círculo Autonomista», que permaneció allí hasta poco antes de la Primera Intervención norteamericana mandada por el general Brooke.

El inmueble que nos ocupa, marcado en aquellos días con el número 94, se convirtió más tarde en una casa de huéspedes, alojándose en ella, en los primeros meses de su período como gobernador de Las Villas, el general José Miguel Gómez.

Colindando con el «Círculo Autonomista», existieron allá por el año ochenta y tantos, dos solares yermos donde funcionaba un juego de bolos, que tenía como encargado a un tal Ramón. El juego de bolos se trasladó para la misma cuadra en la esquina de Virtudes, acera de los números impares, coincidiendo con la apertura de esta calle, en su tramo de Prado a Zulueta.

Poco tiempo después se fabricaron en estos solares dos casas de una sola planta con techos de tejas acanaladas, ocupando una de ellas la señorita María Luisa de la Torriente y la otra el matrimonio formado por doña Ascensión Valcárcel y Ernesto Erdman, quienes meses después se trasladaron para la barriada de la Vibora, ocupando la casa que ellos dejaron don Fernando Solazábal en compañía de su mujer y de su única hija nombrada Asunción, que casó con el doctor Enrique Castañeda. Posteriormente estas dos casas fueron demolidas, construyéndose en ambos solares el edificio que es propiedad del Casino Español de La Habana.

En aquellos días esta sociedad ocupaba la planta baja del edificio de tres plantas de Prado y Neptuno, donde al quedar

terminado estableció Alfredo Petit una sucursal del «Restaurant Paris», que entonces funcionaba en O-Reilly entre Mercaderes y San Ignacio, permaneciendo en ese lugar muy poco tiempo por no haber tenido aceptación el sistema de «table d-hote» establecido por Petit.

Atravesando la calle de Animas, en esa misma esquina vivió con su familia el señor Juan Pablo Toraya, fallecido en esta casa, quien era padre del arquitecto Pepe Toraya. Este inmueble pasó después a ser de la propiedad de don Ramón Herrera, Conde de la Mortera, que la ocupó durante varios años con su familia, adquiriéndola después el señor Guillermo de Zaldo, que la vivió hasta su muerte ocurrida hace cinco años.

Después de la primera guerra mundial, al visitar La Habana durante la presidencia del general Mario G. Menocal la Misión inglesa que presidía Sir Meurice Bunsen, el señor Zaldo le dió alojamiento en este edificio.

En la casa número 88 de la propia calle del Prado, vivía el poeta Rafael María Mendive, que fué maestro de nuestro José Martí.

Mendive fué un gran patriota que prescribió muy buenos servicios a la causa cubana. Cuando la Guerra de los Diez Años, un grupo de exaltados voluntarios irrumpió violentamente en su casa, destrozando a balazos los espejos y algunos objetos de arte que adornaban la sala. Una de las balas disparadas en aquella ocasión penetró a través de una ventana de la residencia de don Antonio Barreras, que era la marcada con el número 94, destrozándole la mano a una estatua de mármol de gran valor que poseía esa familia.

Mendive tuvo dos hijos, uno de ellos Mario, quien permaneció en el final de su vida recluido en un sanatorio de enfermedades nerviosas. El otro, Luis, respondiendo a las patrióticas inclinaciones de su padre, se fué a la revolución, siendo seleccionado por el general Antonio Maceo como uno de sus ayudantes, muriendo en la provincia de Pinar del Río en un combate que sostuvo la fuerza que mandaba este glorioso general con una columna española.

Mendive tuvo también varias hijas que fueron consecuentes con la vida de cultura y sentimientos patrióticos de su ilustre padre.

Esta casa, marcada número 86, era de construcción antigua y tenía cubierta de tejas españolas. Fué comprada por don Aurelio Granados, reedificándola convenientemente e instalando en ella el Club Gimnástico

En la casa marcada con el número 84 residieron en distintas épocas varias familias: el doctor Pedro Pablo Rabell, abogado notable, la vivió en compañía de su mujer doña Mercedes Herrera y de su hijo Pedro Pablo, actualmente uno de los magistrados de la carrera judicial más competentes y prestigiosos.

Vivió también en ella la familia Sorosa, que la ocupó durante algunos meses, habitándola después don Federico del Solar y Muro, casado con doña Mercedes Roig y tío de don Marcos Moré y del Solar.

Después la vivió con su familia, don Felipe Buhigas, catalán corredor de cambios, ocupando en esa época la planta baja don Narciso Onetti y su mujer doña Amelia Goncé en compañía de sus hijos Ramón, casado con doña Josefa Alvarez Flores; Sofía, casada con el coronel Rafael Carrerá; Narciso, casado con doña Josefina Auñón, y Alicia, soltera.

En la casa número 82 construyó en el año 1876 una gran residencia de dos plantas don Francisco Marty y Gutiérrez, hijo del famoso don Pancho Marty, que construyó el Teatro Tacón, que la ocupó ese mismo año con su mujer doña Petra Pérez Carrillo y sus hijos que fueron los siguientes:

Panchita, casada con el ilustre literato Enrique Hernández Miyares, autor del famoso soneto «La más hermosa»; Francisco, casado con doña Consuelo de Cárdenas; Mercedes, casada con Francisco Bagger; Isabel, casada con el doctor Manuel Varona Suárez, alcalde que fué de esta ciudad; Silvio, muerto hace pocos meses en México, y que casó con doña Enriqueta Conde; María Teresa, que casó dos veces, en primeras nupcias con don Juan Reyna, y en segundas, con el licenciado Jesús María Barraqué, ex secretario de Justicia; y Petra, que casó con don Miguel Fernández Medrano.

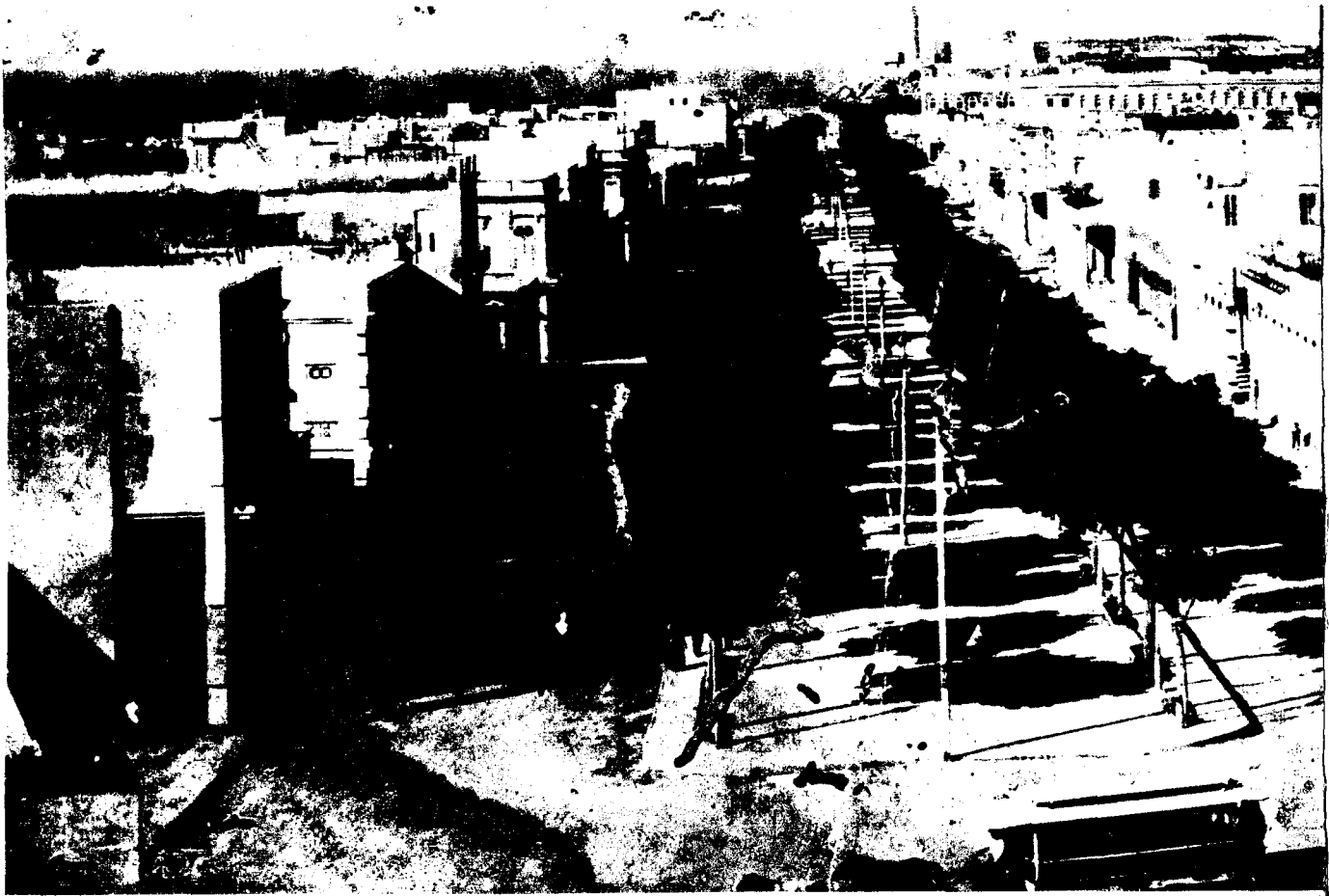
En esta casa nacieron María Teresa y Petra, ocupando la familia Marty el inmueble hasta el año 1888, que la casa fué vendida a un comerciante de apellido Otero.

Fuó confortablemente construida, pues tiene todos sus pisos de mármol y una amplia galería de persianas dotada de cristales de colores rojo y azul oscuro, teniendo al centro de la luceta un cristal de confección francesa con finísimos dibujos que ostentan cestos de flores, advirtiéndose, al centro de la galería, otro cristal con las iniciales F. M. G., que correspondían a las del propietario del inmueble.

En el centro del patio existía un hermoso framboján cuyas ramas se elevaban hasta alcanzar las persianas de la galería de la planta alta, penetrando sus hojas a través de las mismas.

Durante todo el tiempo que esta casa estuvo en construcción, la familia Marty residió en la planta alta del edificio que ocupó después el Anón del Prado.

DIARIO DE LA MARINA



Esta foto del Paseo del Prado fué tomada en los finales del siglo pasado, cuando no tenían construida la segunda planta los edificios ocupados por el Café Alemán y el Club Americano, casa ésta que ocupaba con su familia en aquellos lejanos días el señor José León, que fué quien la construyó. En primer término vemos uno de los tranvías movidos por fuerza animal, cuando su recorrido era en sentido inverso al actual, pues entonces de Neptuno tomaba las calles de San Miguel, San Rafael, Galiano, Reina, Belascoain, etc. Se destaca también una de las «guaguas» de Estanillo, que subía a por O'Reilly, Neptuno, Prado, Monte, etc. Junto al edificio del Café Alemán se ve un carretón de dos ruedas tirado por una sola mula, que era el vehículo que utilizaban los almacenes de víveres para el transporte de mercancías.



Esta foto del Paseo del Prado fué tomada en los finales del siglo pasado, cuando no tenían construida la segunda planta los edificios ocupados por el Café Alemán y el Club Americano, casa ésta que ocupaba con su familia en aquellos lejanos días el señor José León, que fué quien la construyó. En primer término vemos uno de los tranvías movidos por fuerza animal, cuando su recorrido era en sentido inverso al actual, pues entonces de Neptuno tomaba las calles de San Miguel, San Rafael, Gallano, Reina, Belascoain, etc. Se destaca también una de las «guaguas» de Estanillo, que subían por O'Reilly, Neptuno, Prado, Miente, etc. Junto al edificio del Café Alemán se ve un carretón de dos ruedas tirado por una sola mula, que era el vehículo que utilizaban los almacenes de víveres para el transporte de mercancías.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

LA CALLE DEL PRADO.

Por Luis Bay Sevilla.

JUNTO a la casa que vivía don Guillermo de Zaido, residió durante algún tiempo en los días de la República el doctor Miguel Alvarado con su esposa doña Amalia Zúñiga y sus hijos Gonzalo, Gustavo y Amalita, casando esta última con el conocido clubman don Rafael Posso, figura destacada del Habana Yacht Club y uno de los grandes animadores del deporte náutico en nuestro país.

En esta residencia existe en la actualidad una casa de modas femeninas.

Contiguo al inmueble que ocupara con su familia don Rafael María Mendive vivió durante la Guerra de los Diez Años el licenciado Eugenio Sánchez de Fuentes con su mujer doña Josefita Peláez y Cardiff, nativa de Puerto Rico y de origen inglés por la rama materna, quienes llegaron a La Habana en compañía de su único hijo Eugenio, para tomar posesión el licenciado Sánchez de Fuentes de la presidencia de la Audiencia Territorial de La Habana, el más elevado cargo de la judicatura cubana, pues en aquellos lejanos días el Tribunal Supremo de Justicia radicaba en Madrid y era común a todas las Audiencias españolas.

Al llegar el licenciado Sánchez de Fuentes a esta capital, ocupó durante algunos años la casa Calzada del Cerro número 605, trasladándose después para esta casa de la calle del Prado, naciendo en La Habana sus restantes hijos, que fueron: Alberto, uno de nuestros fisiólogos más notables y prestigiosos y el primero que aplicó en Cuba el V. C. G. (Vacuna Calmette Guérin), nombre de los dos médicos franceses que la descubrieron y aplicaron con éxito en su país; Fernando, profesor de Derecho Mercantil de la Escuela de Derecho de la Universidad de La Habana y abogado, crador y político de talla; y Eduardo, notable compositor, autor de varias óperas y de la famosísima «Habanera Tú», que dedicó a la señorita Renée Molina, cuya música cadenciosa y suave ha recorrido el mundo entre aplausos y celebraciones. Eduardo nació en la casa del Cerro 605 el 3 de abril de 1874, recibiendo las primeras lecciones de Música del maestro Hubert de Blanck. Más tarde recibió lecciones del notable músico cubano don Carlos Anckermann, y finalmente del que fuera su último maestro, nuestro gran compositor Ignacio Cervantes, que indudablemente fue quien más honda huella dejó en su alma de artista. Eduardo Sánchez de Fuentes fue siempre un defensor ardiente de los temas genuinamente cubanos, sin haber querido introducir en sus creaciones ritmos extranjeros, ni aun los que se califican de afrocubanos, de los que tanto abusan los actuales compositores.

Sánchez de Fuentes, que fue durante algún tiempo presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, falleció hace dos años, desarrollándose al recibir su cadáver cristiana sepultura en la Necrópolis de Colón, una escena hondamente emotiva, pues en el instante tristísimo en que el sarcófago era depositado en una de las bóvedas del panteón familiar, la voz maravillosa de la soprano cubana señorita Carmelina Rosell, nos hizo escu-

char la famosa «Habanera Tú», compuesta por este gran maestro. Eugenio, el primogénito, casó dos veces. En primeras nupcias con doña Dulce María Pérez Ricart y en segundas con doña Concha Maceda.

En la casa marcada con el número 86, estableció don Aurelio Granados a más del «Club Gimnástico», una gran Sala de Armas, pues Granados era un magnífico esgrimista y un notable profesor de armas. A la Sala acudían los caballeros más distinguidos de la época, y en ella recibió sus primeras lecciones nuestro glorioso compatriota Ramón Fonst, campeón mundial de espada.

Esta Sala de Armas, pasó más tarde a ser de la propiedad del señor Manuel Alonso, otro gran profesor, tío del ex comandante del Ejército Nacional señor Pío Alonso. Allí se reunían los días de juego, los jóvenes Carlitos Maciá, Ramón Hernández, Sotico y otros más; integrantes de la novena de base ball «Almendrares», vistiendo todos con los uniformes del Club y saliendo reunidos en un lujoso «break» para los terrenos donde se celebraban aquellos interesantísimos juegos, que eran presenciados por las principales familias de la época.

En la casa marcada con el número 84, residió con su mujer doña Mercedes Durana, el hacendado don Fermín de Golcochea, dueño del ingenio «Pilar», hoy de la propiedad del general Rafael Montalvo. Hijos de este matrimonio son Carmen, casada con el doctor Francisco Javier de Santa Cruz, Conde de San Juan de Jaruco y de Santa Cruz de Mopox; Mercedes, casada con el doctor Juan de la Cámara; Paula, casada con el señor Estanislao del Valle y Fermín, casado con doña Ana María Sánchez.

La casa que fabricó don Francisco Marty la adquirió años después el señor José Perpiñán, que era muy amigo del general Mario G. Menocal, viviéndola en unión de su mujer doña Amparo Alba y de su hija de igual nombre, que casó con el eminente clínico doctor Pedro Castillo. Un hermano de Perpiñán formó parte de la primera expedición que vino a Cuba durante la última Guerra de Independencia, llegando a ser ayudante muy destacado del general Juan Bruno Zayas, junto al cual murió en el combate que sostuvieron con una columna española en las cercanías del ingenio «Mi Rosa», hoy nombrado «Occidente», ubicado en el municipio de Quivicán, y actualmente de los herederos del doctor Vidal Morales.

En aquellos días, administraba el ingenio «Mi Rosa», del que era propietario el doctor Gabriel Camps, el padre del doctor Benigno Souza, que prestó excelentes servicios a la causa de la revolución cubana, siendo por ello denunciado a las autoridades españolas, que lo deportaron a las Islas Chafarinas.

Frente a esta casa de Prado se desarrolló en la tarde del 7 de julio de 1913 el sangriento suceso en que cayó mortalmente herido el brigadier del Ejército Nacional, Armando de J. Riva, en aquellos momentos jefe en Comisión de la Policía de La Habana, que recibió dos balazos, uno en el pómulo derecho y otro

145

PP
PATRIMONIO
DOCUMENTAL
CINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

en el estómago. Al caer herido el general Riva, fué auxiliado por un grupo de personas que lo llevaron hasta el portal de esta casa, quienes lo trasladaron para el Hospital de Emergencias, entonces situado en Salud esquina a Cerrada del Paseo, donde le fué practicada, aquella misma tarde, una difícil laparatomía por el doctor Benigno Souza, entonces en la plenitud de su gloria por haberle salvado la vida al general Silverio Sánchez Figueras, que recibió meses antes varias heridas de bala en el vientre, sin que en esta ocasión lograra el doctor Souza tener éxito, pues el general Riva falleció dos días después. *

Residían en la planta baja del edificio, al ocurrir este suceso, el doctor Juan Gómez de la Maza, secretario de la Universidad, en compañía de su mujer doña Angela Rodríguez y de su sobrina la señorita Eloísa Gómez de la Maza.

En el último tercio de este siglo, ocupaba la casa contigua a ésta, la familia del notable compositor cubano Gaspar Villate, autor de varias obras musicales estrenadas con éxito en Europa. Y antes que la familia Villate, vivió allí la de Torriente, naciendo en ella don Miguel de la Torriente.

Y llegamos a la esquina de Trocadero, donde existía una gran residencia que era en aquella época una de las más lujosas y confortables de La Habana, ocupada en aquellos días por la viuda e hijos del que la construyó, Carlos Scull y Colón, el mayor de ellos estaba casado con Da. Bárbara de Zayas Bazán y Baquero, hija del Dr. Juan Bruno Zayas, miembro preeminente del Partido Autonomista.

José Luis Scull, su otro hermano, casó con doña María de los Angeles Carmona, quienes tuvieron por hijos a Margarita, casada en primeras nupcias con don Tirso Mesa y en segundas con don Agustín Alvarez, fallecido hace dos años; Hortensia, casada con don José René Morales y Valcárcel, ministro que fué de Cuba en Francia y ante la Santa Sede; Rosita, soltera, y Fernando, casado con doña María Luisa Rivero y Alonso, hija de D. Nicolás Rivero y Muñiz, primer Conde del Rivero, y de doña Herminia Alonso, y hermana del inolvidable director de este diario doctor José Ignacio Rivero, posiblemente la más grande figura periodística de su generación.

Estos Scull están ligados por lazos de sangre a la más rancia nobleza española, pues son parientes de los Condes de Valencia de Don Juan.

Allá por los años mil ochocientos y tantos, existía en esta residencia un pequeño teatro donde los jóvenes de la casa, con un grupo de amigos, ofrecía representaciones de comedias y otros espectáculos muy selectos. En una de estas fiestas tomó parte el entonces jovencito Julián Ayala, que al rodar de los años fué uno de los más distinguidos miembros de la carrera consular cubana, desempeñando con gran acierto los cargos de Cónsul General de nuestro país en Londres y París. En la actualidad, un hijo suyo, el doctor Héctor de Ayala, representa a Cuba, también muy dignamente, como ministro en Francia.

Después de los Scull, ocupó esta casa el que era jefe de Vistas de la Aduana de La Habana don José Micó. Y al abandonar éste aquella residencia, instalaron allí durante corto tiempo el Club Antillano, sociedad que explotaba el juego y que para justificar su existencia como institución de recreo, ofrecía cada cuatro o cinco meses un baile.

Al terminar la Guerra de Independencia residió en esta casa el doctor Raimundo Menocal, el más destacado de los cirujanos de su época, en compañía de su mujer doña María Luisa Cueto y de sus hijos Rafael, casado con la señorita Loló Valdés Fauly; María Luisa, casada con el señor Elicio Argüelles; Pepillo, Ana María, joven de extraordinaria belleza, que casó con don Julio Rabell, fallecido cuando convalecía de una fiebre tifoidea, y Raimundo, fiscal de la Audiencia de La Habana, casado con doña María Teresa Calvo.

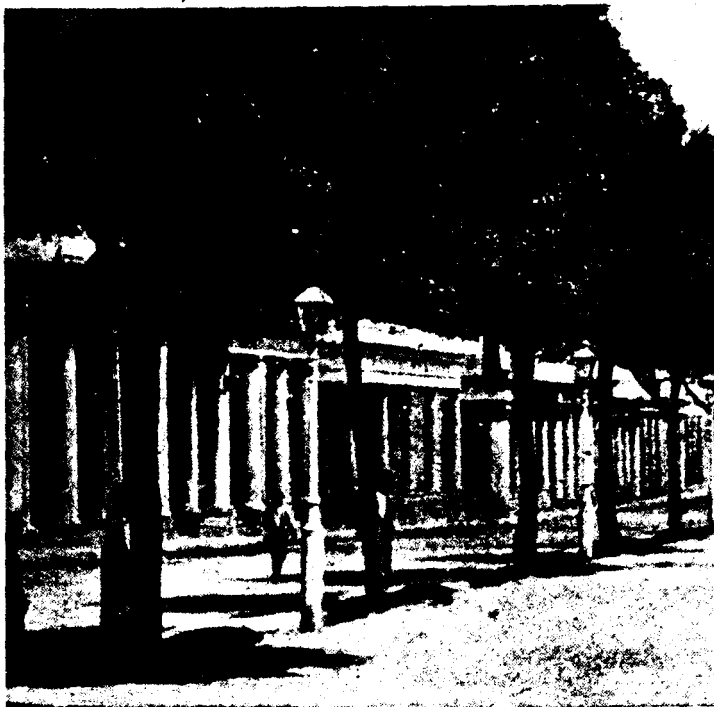
Después, la adquirió en propiedad y la ocupó largo tiempo el señor Felipe Romero de León, hijo segundo de los Condes de Casa Romero, al contraer segundas nupcias con la bellísima dama Josefina Herrera, hija de los Condes de Fernandina y posiblemente la más perfecta y encantadora cubana de todos los tiempos, por su belleza, por su educación y por su cultura, pues hablaba cinco idiomas, poseía una educación esmeradísima y su belleza era tanta, que dondequiera que llegaba su presencia despertaba un murmullo de admiración.

Aún recuerdan los viejos la escena que se desarrolló en la iglesia de la Merced la tarde de su matrimonio con el primogénito de los Marqueses de Dávalos. Como es muy difícil que no luzca bella una mujer que vista las galas nupciales, el pueblo de La Habana que ya la admiraba por bella y por buena, quiso verla vestida de novia, estacionándose al efecto frente a la iglesia de la Merced. A la llegada del cortejo nupcial, cuando ella descendió del lujoso coche, se produjo un prolongado murmullo de admiración y al avanzar ella del brazo de su padre, para penetrar en el templo, aquel pueblo, no sabiendo cómo expresarle su admiración, la aplaudió largamente.

Con Josefina y Felipe vivieron también en esta casa Felipe, Pedro y Nena Romero y Ferrán, hijos del primer matrimonio de Romero con la encantadora dama Sofía Ferrán.

Josefina Herrera murió relativamente joven en esta casa de Prado. Un ataque de diabetes se la llevó, a pesar de cuanto hizo la ciencia médica para salvarle la vida. A su entierro, que constituyó una cariñosa y expresiva demostración de condolencia, concurrió La Habana entera, ricos y pobres, pues como Josefina practicó largamente la caridad y socorría a infinidad de pobres, muchos ojos humildes derramaron también lágrimas cuando su cadáver era conducido al Cementerio de Colón.

En la actualidad ocupa este inmueble la Pan American Airways Company.



El Paseo del Prado tal cual aparecía a mediados del último siglo cuando lo atravesaba la calle de Animas, cuando estaba iluminado y cuando finalmente tenía su pavimento en deplorables condiciones

empeno.—El Banco de
as abnegadas y cristia-
onante.—Historia de la
salvadas en los campos
de la institución.—Pro-
ores y hospitalizados.—
u propia sangre por ella
pueblo y sociedad

OLIS

Fotos: L. VIGOS



las
mism
el De
dond
po, l
la ne
—agr
el do
depar
le h
minu
de Se
una
calcu
pués
que
vertic
gre c
de ci
sufici
de K
Y
ncs l
donos
«De
pañ
sirve
fresco
que
muy
nante
el su
pués
aband
porqu
bia p
de r



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA



El Paseo del Prado tal cual aparecía a mediados del último tercio del siglo XIX, cuando lo atravesaba la calle de Animas, cuando estaba iluminado por luz de arco y cuando finalmente tenía su pavimento en deplorables condiciones por el tránsito

diario de carretones y carretas de dos ruedas, tiradas estas últimas por bueyes, produciendo el pequeño tamaño de las yuntas de aquellas ruedas, la destrucción del piso, que en los días de lluvias hacían materialmente intransitables sus dos calles.

BREVE HISTORIA DEL PASEO DEL PRADO.

Por Don Gual

Inf. Julio 13/47

HACE meses (en febrero) en una de estas páginas dominicales hice una sobre "Recuerdos del Prado" de ese que yo frecuenté allá por el 1908, cuando regresé de estudiar en el extranjero. Luego varios lectores me han pedido que escriba sobre el verdadero origen del paseo que se llamó Isabel II y hoy Paseo de Martí. Según La Torre, el hermoso paseo, orgullo de los habaneros de ayer y de hoy, fué inaugurado en 1772, en pleno Siglo XVIII, cuando todavía el nombre de Napoleón nada significaba para el mundo bélico y económico. En 1352, Arbolea le llama "la vía más notable de la Habana" Y del Prado también decía que "era el Paseo una de las pocas calles de extramuros que tenía alumbrado de gas, alumbrándose las otras con aceite".

El Paseo del Prado o de Martí, fué trazado, comenzando en el litoral, para extenderse hacia lo que luego fué el Parque Central, donde en tiempos de las murallas desembocaba allí la Puerta de Monserrate. Al derribarse las murallas, se trazaron las calles semiparalelas de Monserrate y de Zulueta (más la de Egido) que recuerdan en su recorrido las líneas de las murallas.

Al principio el tramo del litoral a Neptuno se llamó nuevo Prado (posiblemente para recordar el de Madrid) y del Parque Central (San José) hasta el Campo de Marte, se denominó Calle Ancha.

En el cruce de Neptuno, hubo una fuente (donde hoy se halla el restaurant Miami más o menos) que le dió nombre a la populosa vía que termina en la colina universitaria. Esta calle comienza en la cuadra entre Monserrate y Zulueta, entre la Manzana de Gómez y el Hotel Plaza, el gran inmueble de la Marquesa de Pinar del Río.

DATOS CURIOSOS

El tramo entre Monte y San José, antes de abrirse como la Calle Ancha en 1832, se le llamaba del Basurero, nombre que indica lo que era aquella sección hace un poco más de un siglo. Hasta que no desapareció el patio ferroviario de Villanueva, no dejó de ser fea esa parte que hoy es el frente del Capitolio.

En la esquina de San Miguel hubo un café y nevería que llamaban de Argel, por hallarse pintado en su frente el famoso combate de 1830.

Alrededor de la fuente de La India, se establecieron por esos años varias casas públicas (cafés, neverías, restaurantes hoteluchos...) y con el nombre de Atenas se abrió un café, donde reposaban los paseantes del Prado, tomando en mesitas al aire libre garapiñas, horchatas, zambumbias y limonadas y otras bebidas de la época.

EL ORIGEN DEL PARQUE CENTRAL

Un Calvo de la Puerta era dueño de una estancia extramuros, quien lo adquirió por 89 pesos! En 1857 valía ya esa caballería, 2.289,488 pesos, si es que Don José María de la Torre, no se equivocó en sus números. De manera que en aquella modesta era, ya el terreno allí costaba 25 pesos la vara. En el parque central, cuando yo empecé a tener uso de razón, estaba Doña Isabel II con-toneándose con su "pompore" en el pedestal, donde hoy se halla la pobrísima estatua de Martí. Pero antes hubo una estatuilla de la reina, en pleno Prado, frente al entonces flamante Teatro Tacon.

El frente de Prado, cuadras comprendidas entre San José y Neptuno, lo constituían la cárcel (donde luego construyó Don Pan-



cho Marty el Teatro Tacón) y una finquita. Esto antes de 1830. Luego en la futura Acera del Louvre se empezaron a levantar modestas casitas de un solo piso y sin soportarles. Luego la "línea del horizonte" creció al aparecer los segundos pisos, hasta que en 1915, se terminaron los soportales, desde San Rafael a San Miguel.

Al lado de Tacón, hacia San José, se instalaron el Café llamado de los Voluntarios, y una estación de bomberos. El famoso Café Brunet estaba en el vestíbulo del coliseo de Don Pancho.

En la estampa de Miahle (en 1840) ya luce muy animado el frente del Parque, que todavía lo ocupan las rampas que conducían, saltando los fosos de las murallas, hacia las puertas de Monserrate, por donde se salía de la calle de O'Reilly y se entraba a la del Obispo.

Hasta la época en que el Ministro de Céspedes arregló el Parque, se veían como recuerdo de la colonia unos leones echados, de material herrumbroso, que estaban ya en un estado tan lamentable como el final del gobierno de España. Pero parece que el "Dinámico" Céspedes le remordió la conciencia, el echar los leones de hierro, e instaló los de bronce, más agresivos, en el Prado entre San Lázaro y Neptuno.

EN EL PRADO DE AYER

Muchos establecimientos y residencias se han asomado a la elegante avenida. Allí estuvo la Cárcel, la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes (Gobierno del General Gómez), el Ayuntamiento (durante el arreglo que le hizo el Dr. Gómez Arias al palacio municipal), los baños de Belot, el Casino Español (entre Colón y Trocadero y luego en la esquina de Neptuno), el Casino Alemán, el Cine Margot, el Ateneo y Circulo de la Habana, el famoso café "El Anón del Prado", el inolvidable restaurant "El Jerezano", el cabaret "Black Cat", el café Escauriza, el restaurant de Monsieur Legrand, el Colegio "María Luisa Dolz", el Club Atlético de Cuba, los Jóvenes Cristianos, la Asociación de Pintores y Escultores, los Helados de París, el Hotel Miramar, el pintoresco cafetín "El Tiburón" (paradero de las maquinitas que iban al Carmelo), el histórico Café Louvre, el Delmónico, Hotel Estados Unidos, el "Néctar Habanero", la maderería de Ríos, "La Prensa", el "Havana Post" y el "Hotel Telégrafo".

Las residencias del Conde de Fernandina, Pla Picabia, Montalvo, Rubí, Gobel, Gilberza, Armen-

teros, Montalvo, Coronado, Canteiro, Herrera Sotolong, Mescal, Calv, La Torre, Méndez Peñate, Suárez Murias, Castellá, Zaldo, Morales, Alvarado, Chaguaceda, Herrera, Santos Fernández, Rivero, Martínez Prieto, Martínez Montalvo, Soler Baró, Sedano, Abreu, Romero, Verdugo, Steinhoffer, Menéndez, Recio Heymann, Rhome, Lainé, Lima, López Gobel, Ulloa, Mendizábal, Johanet, Márquez, López, Perpiñan, Saaverio, Ayala, García Santiago y tantas otras que me "cuesta" recordar...

EVOLUCION

Hace veinte años comenzó a cambiar la fisonomía de aquella tranquila y señorial avenida, donde vivía "lo mejor" de La Habana. Las grandes familias empezaron a emigrar hacia el Vedado, y cada casona que se desocupaba, la alquilaban para casa de huéspedes, o para establecimientos de lujo. Se acabaron los paseos de carnaval por el advenimiento de esas horribles "máquinas" techadas que parecen gigantes casacarachas, y de las cuales se entra y se sale como si fueran hechas para cuadrumanos. Hoy sólo quedan media docena de aquellas familias: las de Marchena, Steinhart, Ramón Montalvo...

El General Wood en 1899, le dió una "lavadita de cara" al histórico paseo, dejando una placa que tenía una falta garrafal en grandes letras de bronce: Lenoardo por Leonardo que era el nombre del bélico y médico Gobernador.

EL PASEO DE MARTI

Ahora toda la avenida que comienza en el cruzamiento con San Lázaro y termina en la calzada de Monte, es una gran arteria comercial donde hay establecimientos de lujo, pero para vergüenza de los habaneros hay también cafetines sucios, y otros establecimientos (incluyendo casas de huéspedes) que no los merece nuestra calle principal.

En el Prado hay hoteles como el Siboney, Inglaterra, Pasaje, y Sevilla Biltmore, la pensión conocida como "El Palacio de la Mortera", las tiendas de decoradores como Theodore Bailey, Carlos A. Mendoza y Paul Kruger, restaurantes como Miami, Frascati, Pasaje, Inglaterra, El



Dorado, Alcázar y otros; el Teatro Nacional y el Centro Gallego; los cines Prado y Fausto, además de otros no muy recomendables; la fábrica de tabacos de Díaz; el Hotel Biarritz (¡vaya un nombrecito para una modesta pensión!); la talabartería "El Pensamiento" que fundó un mexicano de apellido Zetina; la radioemisora R. H. C. Cadena-Azul; el Centro Catalán; la Casa de la Cultura; el atelier tres chic de Madame Caumont; el fotógrafo Jorge Hajdu, tiene con su prestigiosa "Galería Rembrandt"; el Noticiero Nacional de Manolo Alonso; la preciosa tienda de los productos Guerlain; la radioemisora O'Shea; el Circuito Radial; la agencia de la R. K. O. Pictures; la agencia anunciadora de Grant; la barra Gene Castro y Otto Precht; la barra "Esquire", la agencia de la International Business Machine; el bufete del doctor Gilberto Comallonga; la casa distribuidora de películas de Vicente Blanco; el acreditado restaurant El Patjo (unidos a El Cosmopolita) de Jesús Fernández; las oficinas de la Pan American Airway y los del Expreso Aéreo (antigua residencia de los Pla-Martin); el Colegio Estomatológico; el Club de Mujeres Profesionales; el Instituto de Reformas Sociales; la Consignataria de Buques de Leonel Cabrera; el modisto Bernabeu; el Instituto Wall de Beaute; la casa de Arellano y Cia; el City Club; el American Club; la sucursal del Royal Bank of Canada (donde nos recibe sonriente, el yatista Esteban Juncadella); la farmacia Lorré; la Agencia de los coches Packard; la Agencia de Publicidad Godoy-Cross;

RESUMEN

De lo que fué primero Nuevo Prado, luego Alameda de Isabel II, calle Ancha, Sumidero y Paseo del Prado, sólo queda con un único nombre el Paseo que lleva el del Apóstol, aunque todo el mundo sigue llamándolo Prado. Con las reformas cespediánas (tramo de San Lázaro a Neptuno) surgieron los ocho leones de bronce, el remozamiento del arbolado (a veces parece un túnel de hojas) y las estatuas de dos grandes plumas de Cuba: Manuel de la Cruz y Juan Clemente Zenea. En el tramo frente al Capitolio, se dejó sin arbolado y césped; que allí no es necesario por estar próximo a los jardines del Palacio del Congreso.

Al final de Prado, al fondo mirando hacia el mar, sigue embelleciendo aquel paraje, la estatua de la India, que antes tuvo dos distintas colocaciones:

primero mirando a las Murallas y luego al Campo de Marte. (el "Solarium" que bautizaron con el nombre de Plaza de la Fraternidad).

Como dije antes, los autos cerrados acabaron con los paseos de carnaval. El joven de hoy, ya no va a la Acera a dejarse limpiar el calzado. Eso se lo hacen en el club. El automóvil los lleva fácilmente a los links del Country o a la playa de Marianao.

Las retretas del ya desaparecido Parque del Malecón con su glorietta, ya es sólo un recuerdo para los habaneros, que empezamos a peinarnos o a pintarnos las canas. Aquel paseo diario por el Prado, en los lustrados coches de la Acera, se fué debilitando hasta dejar de ser. Los domingos nadie da vuelta a "la noria", como le llamábamos a pasear en coche por Malecón y Prado. To-

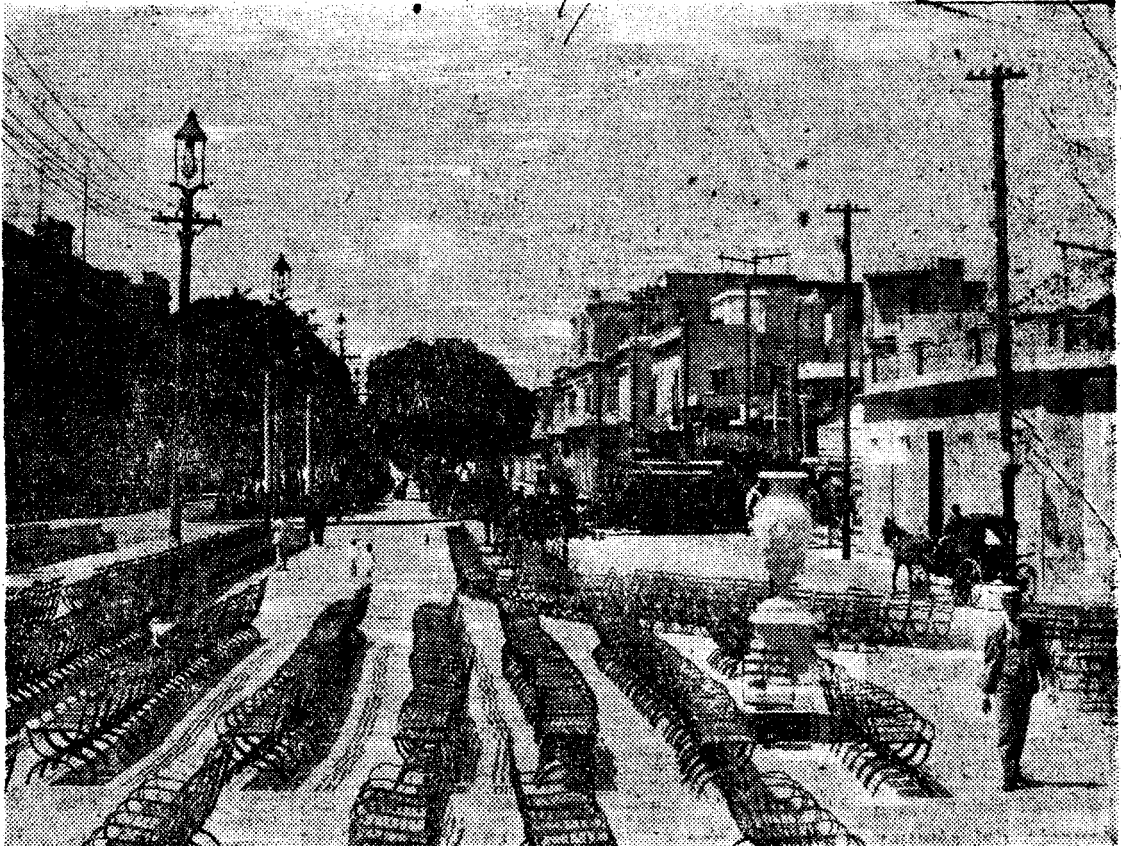
da la gente pudiente se ausentan los sábados, después de mediodía y no se les ve hasta el lunes. Hoy el Prado es una calle de paso, una salida al Malecón... Ya las aristocráticas habaneras no se reclinan sobre los balcones, o en las ventanas. Las habaneras de hoy a esa hora de la tarde (de 5 a 7) están todavía en el Club, nadando, o sudando en el squash. Su abuela a esa hora ya había salido de la ducha, y bien empolvadita, salía a la ventana a ver y a ser vista. En los balcones se aglomeraban los jóvenes de la familia, tras la protectora tabla, que se ponía para evitar las taladrantes miradas de los pollitos que pasaban por la acera de enfrente.

Hoy el Paseo de Martí es una calle-bien, pero no residencial. Sus vecinos deben cuidarla más y deben eliminar las inmundas posadas, sucias galerías de tiro al blanco, negocitos de café a kilo y otras verdaderas vergiienzas.

Esto es a vuelo de pluma, lo que fué y lo que es el Prado, donde viví durante mis años de estudiante, en aquella inolvidable casa de huéspedes que menciono hace poco. De mis compañeros de hospedaje han salido un Presidente de la Comisión Marítima, un Subsecretario de Instrucción Pública, un Ministro Plenipotenciario, un Ministro de Defensa, un arquitecto prestigioso, un inspirado compositor y un excelente poeta (fallecido recientemente). Los primeros mencionados leerán con alguna emoción estas líneas de recuerdo, escritas por un invariable amigo, que es Don Gual.



Gráficas de Antaño: Prado y San Lázaro



En esta fotografía pueden ser apreciadas las características principales del Prado en los comienzos de la República. Los faroles de gas, el tranvía que cruza la calle, un coche, el viejo edificio de la cárcel, a la izquierda, las sillas de hierro listas a brindar comodidad a los paseantes nocturnos por el precio de cinco centavos y el señor que camina airosamente en la extrema derecha vistiendo lazo y chaleco. Era La Habana de hace cincuenta años, con pretensiones de gran ciudad y gazmoñerías de aldea, con guitarristas que tocaban serenatas y un viejo italiano que andaba por las calles con su arpa a cuestras ofreciendo su arte por unos pocos centavos.

Consulta.

Don Manuel Maria Lorente, de la Vibora, me pregunta datos sobre las cárceles de la Habana nuestra. Algo puedo darle en estas breves notas.

Como en las Actas Capitulares de mediado del Siglo XVI se menciona "veinte días de prisión en el cepo de la cárcel pública"... Y esto pasa en 1550. La historia de las cárceles desde aquellos tiempos era espantosa. No había sanidad, no había método y la comida era casi estiércol.

Los piojos eran tantos que eran parte de los tormentos que organizaban allí, con satánico deleite. En donde está hoy el suntuoso Centro Gallego, precisamente en la parte donde se levanta el Teatro Nacional (?), había una pequeña penitenciaría para los desventurados hombres de color. Hubo un pudridero de hombres, allá por el 1662 en Mercaderes cerca de Lamparilla. La parte trasera del Palacio Municipal (antes de los Capitanes Generales y luego Presidencial de la República) fué cárcel allá por el 1773. En 1872 las obras de la cárcel nueva se paralizaron y eso angustió a muchos ricachos que no tenían donde alojar sus deudores. En 1834 se trasladaron muchos huéspedes gratos o non-gratos a la Cabaña, donde respiraron aires puros que si no eran los de libertad, algo se les semejaba. Luego en la ya desaparecida manzana de Prado, Cárcel y Baluarte (hoy Paseo de Martí, Capdevila y Avenida de las Misiones) se instaló la Cárcel de La Habana, que existió hasta hace poco y donde se alojó una vez la Secretaría de Instrucción Pública y la Alcaldía de La Habana, cuando el inolvidable doctor Miguel Mariano Gómez remozaba el palacio de Obispo, Tacón, O'Reilly y Mercaderes.

En 1812 ya el Castillo del Príncipe servía de prisión. Los generales Castillo Duany (Demetrio) y Rafael Montalvo fueron Jefes de ese bien situado penal.

En 1853 se destinó la Fortaleza de la Cabaña "como depósito de sentenciados a Ultramar". En época del general Lersundi, 1866, la romántica Quinta de los Molinos alojó a más de sesenta penados. Carlos Miguel de Céspedes quiso convertir el Príncipe en el Palacio del Congreso y en la Quinta de los Molinos la Casa del Presidente. Y basta. No dispongo de más espacio.

* * *

Miguel Mariano Gómez



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

'Picadillo' Dió la Clave Cuando Llevaba una Copa en Carretilla

Cada una de esas copas de bronce pesan unas doscientas libras y estaban sujetas a las piedras de cantería que les servían de base. Son recuperadas

ESTABAN COLOCADAS EN EL PASEO DEL PRADO DESDE 1928. CUANDO FUE MINISTRO DE O. P. CARLOS M. DE CESPEDES

La precocidad del delincuente alcanza límites inconcebibles cometiendo hechos que hasta que no son plenamente comprobados por la Policía, parecen fantasías, y es tanto el riesgo a que se exponen en la comisión del delito, que ni los propios agentes de la autoridad conciben, como el hecho que en las primeras horas de esta mañana fue descubierto por miembros de la tercera estación de policía, a las órdenes del capitán Hernández Escudero, jefe de esa unidad policíaca, cuando un delincuente conocido en esa demarcación por "Picadillo", transitaba tranquilamente empujando una carretilla de mano, por la calle Prado y Colón, cubierta con cartones y tablas, lo que despertó sospechas de dos policías, ya que nunca en su larga historia, ese sujeto había trabajado, por lo que se le acercaron para interrogarlo y conocer qué mercancía transportaba, quedando sorprendidos cuando comprobaron que la carga que conducía "Picadillo", en la carretilla, era nada menos que una de las copas de bronce que están colocadas detrás de los bancos del Paseo del Prado en toda su extensión, la cual pesa aproximadamente más de 200 libras, y que están sujetas a las piedras de cantería que les sirven de base con gruesos tornillos de bronce también.

Continúa en la Pág. Diecinueve

DECLARA "PICADILLO"

En los primeros momentos de su detención el sorprendido infraganti en la comisión del delito que se nombra Rafael Angel López o Rafael Crea López, de 23 años, vecino de Amistad número 462 habitación 102, declaró que desconocía que esa maseta colocada en un parque público, fuera robada, sino que un amigo suyo le había pedido que se la transportara hasta la calle de Cristina y Pila, donde debía dejarla en un taller de emecánica que allí existe, pero más tarde al ser nuevamente interrogado por los agentes que lo capturaron, se decidió a confesar la verdad, declarando que efectivamente desde hacía tiempo venía en unión de otro individuo que también fue detenido nombrado Antonio Rodríguez Laza, de 20 años, vecino de Aguila número 1063, habitación 5, venían sustrayendo esas macetas, las cuales priemramente le cortaban los hierros que las sujetaban a las bases y más tarde las montaban en carretillas, llevándolas a un taller que se dedica a la compra de metales, para exportar al extranjero situado en la calle de Cristina y Pila, asegurando que ya habían hurtado varias y dos tapas de registros situados en la calle Prado.

ACUSO AL COMPRADOR

Poco más tarde "Picadillo", fué llevado por los agentes al taller donde decía las vendía, y en ese lugar señaló a Alberto Mallín, de 53 años, vecino de Pajarito 365, como la persona que se las compraba entregándole 10 pesos cada vez que llevaban una, por lo que se procedió al arresto de Mallín, conduciéndolo a la Tercera Estación de Policía, negando la acusación que contra él formulaba el detenido.

Asimismo aseveró "Picadillo", que Rodríguez Laza, era su cómplice en los robos cometidos el que a su vez negó enfáticamente que tuviera participación en el suceso.


PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

NUEVE MACETAS

Por otra parte el capitán Hernández, declaró que se venía notando la sustracción de esas pesadas masetas, ene la cuadra de Prado entre eCárcel y Refugio y se estableció estrecha y igilancia para lograr la detención del autor o autores de tan osada fechoría, pero que no se pudo lograr e arresto de ninguna persona hasta el día de hoy, que la sagacidad de sus subalternos que después de intensa labor de chequeo y observar que un individuo que era sobradamente conocido como que no acostumbraba a trabajar, y mucho menos empujar por la vía pública una carretilla lograron descubrir la pista que los llevó al arresto de los culpables y sus cómplices, haciendo contar que del Paseo del Prado han sustraído 5 copas grandes; 4 más pequeñas y dos tapas de registros siendo las primeras de bronce y los registros de hierro, cuyos adornos fueron colocados en ese lugar desde el año 1928 que el desaparecido ministro de Obras Públicas doctor Carlos Miguel de Cspedes, hizo instalar cuando se reconstruyó totalmente ele Paseo del Prado dejándolo en la forma en que todavía hoy se encuentra y esos adornos que permanecen como es lógico día y noche a la interperie, resultaba muy difícil y arriesgado la sustracción de los mismos. ya que la presencia de personas tratando de cortar hierros de su base, hubiese despertado sospechas y su inmediato arresto y sin embargo éstos dos acusados vigilando la presencia de los policías y cruce d ecarros patrulleros lo graban en horas de la noche realizar la primer parte de su trabajo que consistía en deejar libre de amarres las copas y más tarde en pleno día, como sucedió, en el día de hoy, utilizando una carretilla vieja logran a pesar de su enorme peso instalarla en la misma y empujándola pacientemente la llevaban hasta el lugar donde la convertían en escasa suma de dinero.

El detenido según la Policía se confesó autor de las sustracciones anteriores las cuales vendió según explicó en el mismo taller de compra y venta, dond eeran adquiridas por su bajo precio, quizás con conocimiento del lugar de donde procedían extremo que será aclarado perfectamente por la Policía para determinar la complicidad de los que compraban las copas hurtadas del Paseo del Prado de nuestra ciudad de La Habana.

En la Ermita de Montserrat

Hilda Gross y Bergue.
Emilio Riera Sánchez.

Ayer domingo, a las cinco y media de la tarde, abrió sus puertas, la Ermita de Montserrat enclavada en la doble vía a Rancho Boyeros, para una ceremonia nupcial, que dejó escrita una página rosa en el capítulo del mes.

Fueron los contrayentes, la bella y muy graciosa señorita Hilda Gross y de Bergue, hija del señor Gustavo Gross García y de su interesante esposa Dulce María de Bergue Naranjo y el correcto joven Emilio Riera Sánchez, hijo a su vez del señor Emilio Riera Caula y de su amable esposa María Sánchez Blanco.

Para esta boda, de tantas simpatías, que fue presenciada por una numerosa concurrencia, lució aquella iglesia las galas de un precioso decorado floral que fue siempre celebradísimo por sus bellos trabajos.

La valiosa alfombra roja —la de los grandes acontecimientos— enmarcada por la doble alfombra de lana verde, trazaba la senda nupcial, enmarcándose con altos muros de «prives», sobre los cuales se advertían de trecho en trecho, unos vaporosos «bouchés» de gladiolos blancos.

En las gradas del altar, se dispusieron valiosas jarras de plata cuajadas de crisantemos blancos, combinadas con hileras de cirios.

En esta combinación gráfica aparecen, en primer término, los guanets y herramientas que utilizaban dos individuos que hoy fueron arrestados por la policía de la tercera estación para separar de sus bases unas copas de bronce que están colocadas en el Paseo del Prado en toda su extensión sobre los respaldos de los bancos, habiendo sustraído 9 de esos adornos. A continuación, los autores de la arriesgada sustracción nombrados Rafael Angel López,

conocido por "Picadillo", y Antonio Rodríguez Laza. Al centro, Alberto Mallin, que según los detenidos se las compraba en Cristina y Pila. Finalmente, marcada con una flecha, una de las bases de los muros del Paseo del Prado, donde fue sustraída una de las nueve copas de bronce que se llevaron los señalados anteriormente. "Picadillo" confesó a la policía todos los detalles señalando a su cómplice y la persona que le compraba lo robado. (Fotos de Novoa).

Traslade su Hogar al ROSITA DE HORNEDO

HOTEL RESIDENCIAL

Para vivir con lujo, confort y economía y vivirá usted todos los días como si estuviera de vacaciones

PLAYA Y PISCINA



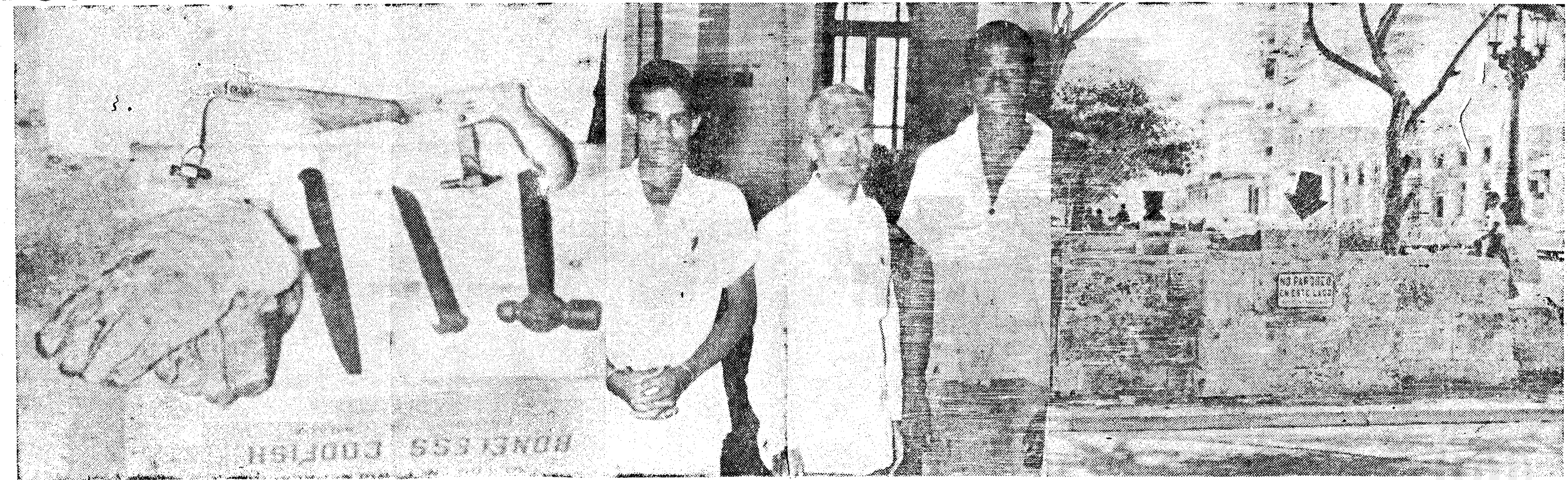
AVE PRIMERA Y CALLEO MIRAMAR



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

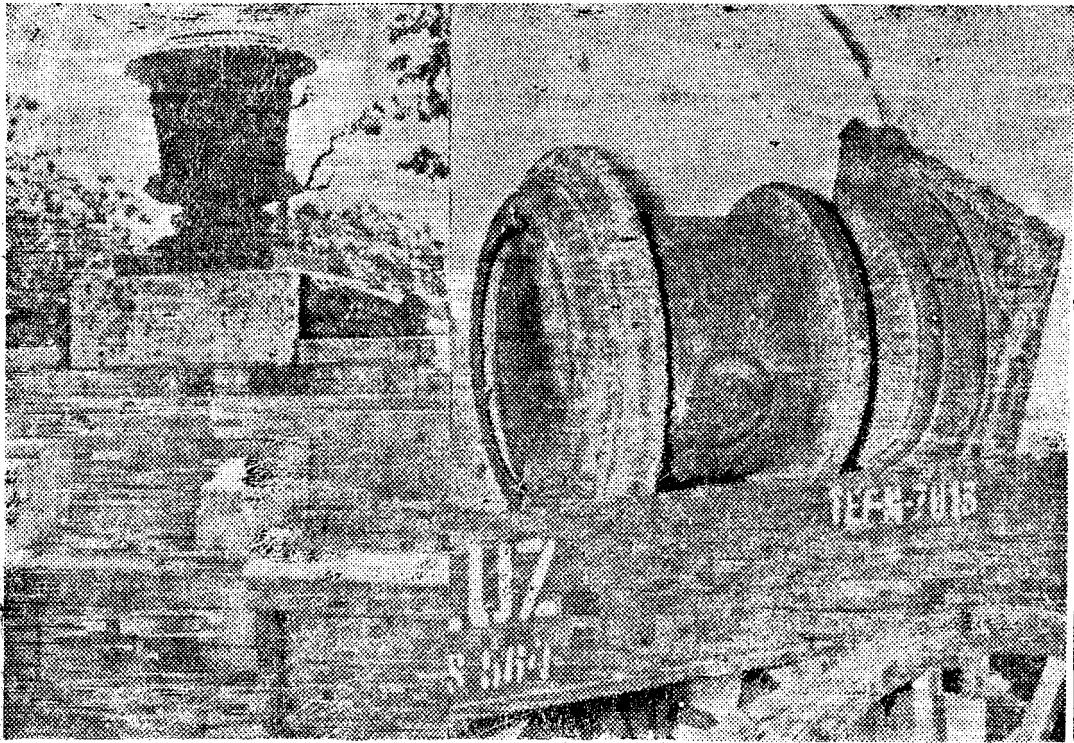
ROBAN NUEVE COPAS DE BRONCE DEL PASEO DEL PRADO, TRABAJANDO NOCHE Y DIA; PERO SON APRESADOS LOS AUTORES Y EL "JAMONERO"



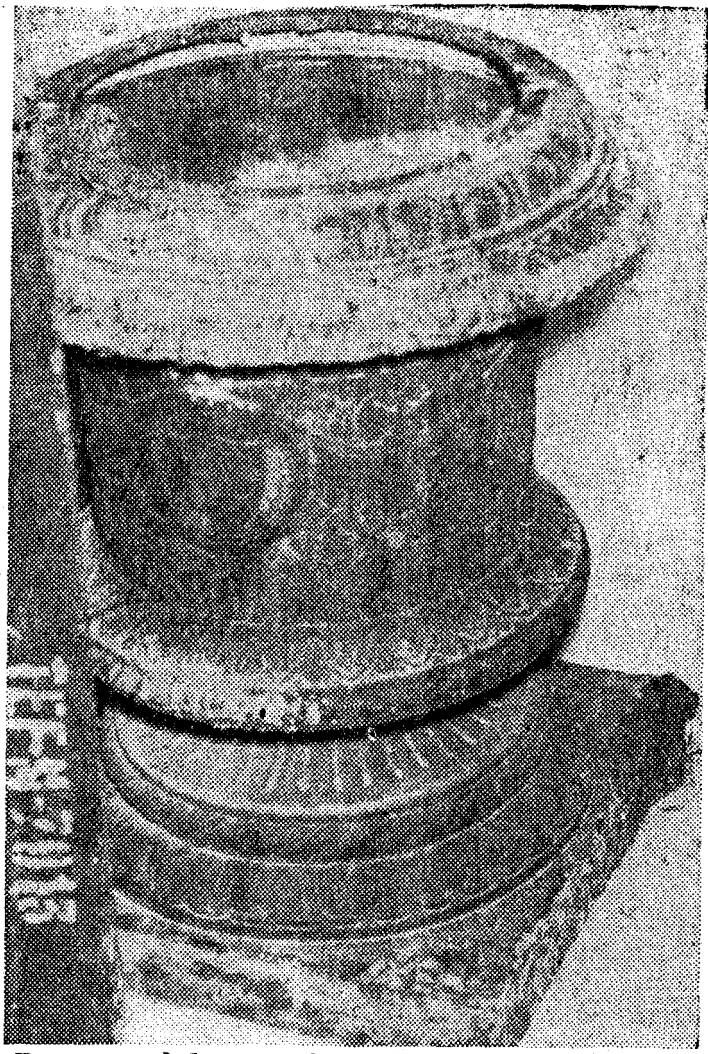
En esta combinación gráfica aparecen, en primer término, los guanets y herramientas que utilizaban dos individuos que hoy fueron arrestados por la policía de la tercera estación para separar de sus bases unas copas de bronce que están colocadas en el Paseo del Prado en toda su extensión sobre los respaldos de los bancos, habiendo sustraído 9 de esos adornos. A continuación, los autores de la arriesgada sustracción nombrados Rafael Angel López,

conocido por "Picadillo", y Antonio Rodriguez Laza. A centro, Alberto Mallin, que según los detenidos se compraba en Cristina y Pila. Finalmente, marcada con una flecha, una de las bases de los muros del Paseo del Prado, donde fue sustraída una de las nueve copas de bronce que se llevaron los señalados anteriormente. "Picadillo" confesó a la policía todos los detalles señalando a su cómplice y la persona que le compraba lo robado. (Fotos de Novoa).

EN SU PEDESTAL Y CAMINO DE VENTA AL «JAMONERO»



Aquí tenemos, en primer término una de las valiosas copas de bronce que adornan el paseo del Prado, fijadas a su pedestal. Después, una igual, arrancada del mismo, montada en una carretilla camino de su venta al «jamonero» después de haber sido robada por «Picadillo», y otros del propio paseo del Prado. (Vea amplia información gráfica y de texto en la página de policía).



Esta es una de las copas de bronce colocadas en el Paseo del Prado que ya había sido desmontada de su base y la transportaban en una carretilla para su venta, la cual fue recuperada por la policía al ser descubierto uno de los autores de las sustracciones, quien confesó se habían llevado y vendido ocho similares con anterioridad, señalando a su cómplice y la persona que se las compraba.

EL PASEO DEL PRADO.

Características de la Ciudad de La Habana

Por el Arquitecto José M. Bens Arrarte

LA brillante o desafortunada "orquidea", como se le llama a las rampas en hélice que darán salida al Túnel de La Habana, parece que obligará a sacrificios aún mayores, de los privilegiados espacios con que cuenta la ciudad por aquellos contornos. Y dijimos brillante y desafortunada porque las rampas pueden ser una solución para la salida del Túnel, y sin embargo, no ser afortunadas para la ciudad.

Y esto se nos ocurre frente a un nuevo proyecto que se ha estudiado en vista del gran aumento del tránsito que por aquellos lugares tendrá la capital. Este proyecto comprende la destrucción total de la Alameda o Paseo del Prado, para sustituirlo por una gran avenida de intenso tránsito, llevándose los árboles a las aceras.

A primera vista la arteria que pasa frente al Capitolio y que se prolonga hasta la calle de Neptuno, encontraría en la nueva Avenida grandes facilidades para el cruce rápido de esa parte de la ciudad; y el proyecto como todo lo humano, tiene sus panegiristas y sus detractores.

No queremos contarnos entre estos últimos, aunque sí trataremos de demostrar lo que gana y lo que pierde la capital con esa nueva gran arteria subsidiaria de la desventurada "orquidea".

El Paseo del Prado que se proyectó por el Marqués de

la Torre, el primer urbanista que tuvo La Habana por el 1772, fué una de las iniciativas más felices con que contó aquella naciente villa en su desarrollo. Muchos años pasaron por aquel primer paseo de extramuros, con pisos de tierra y algunos árboles donde se reunía la gente maleante antes de que tomara su verdadera fisonomía, de la principal alameda de la ciudad. Al Marqués de la Torre también le debían los habaneros el Paseo de la Alameda de Paula, el primer teatro, la casa de gobierno, hoy Palacio Municipal y la continuación de las obras de la iglesia que después fué nuestra Catedral. Pero a pesar de las diversas modificaciones que sufrió en el siglo XIX, cuando fué convertido en una Alameda con cuatro alineamientos de árboles, y así lo dibujó Miale en el 1836, hasta el proyecto que encontraron los ingenieros americanos de la Ocupación Militar en el 1901, cuando fué rehecho todo y se sembraron álamos; más el cambio de arbolado que sufrió en la época del Presidente Zayas cuando se pusieron pinos, hasta la valiosa restauración que se hizo por el doctor Carlos Miguel de Céspedes en el 1928, cuando trajo los laureles de "La Coronela", y ya crecidos fueron sembrados en el Prado, al cual se le dotó de artísticas farolas con excelente iluminación, bancos de piedra y mármol, copas y ménsulas de bronce, con una riqueza

y profusión tal, que sumado al bello piso de terrazo hicieron de él uno de los más ricos e interesantes paseos de las ciudades americanas, y el Prado vino a ser desde los comienzos del siglo el Gran Salón, el Palco escénico de la urbe, alrededor del cual tenían lugar las famosas fiestas de nuestros carnavales y los diversos desfiles cívicos y militares, a tal extremo que hoy no se concibe una Habana sin nuestro Prado, como tampoco sin la Plaza de Armas y sin el Parque Central.

¿Cuánto perdería en personalidad La Habana si se convirtiese esta bella alameda como no la tiene Miami, en otra vía más de velocidad?

Lo primero que nos salta a la vista es el número de accidentes que el aumento de la velocidad traerá en esta nueva arteria, al igual que ha ocurrido en las nuevas calles de Línea y 23 en el vedado. La ciudadanía y los peatones han pagado con vidas el aumento del tránsito en ellas. Igual sucederá con el Prado.

Este sacrificio del Prado traerá después el sacrificio del Parque de los Mártires, ya hoy mutilado y La Habana de las décadas siguientes cambiará su faz señorial y recoleta, sustituyendo los pocos árboles que aún quedan en esa zona por extensas sábanas de asfalto y sus causahabientes aceras de cemento.

Otra característica de la

ciudad amenazada de desaparecer.

¿Y no sería más fácil y menos costoso buscar otra solución urbanística, reduciendo a ambos lados los jardines de las avenidas de Palacio? También, no sería fácil recortar a ambos lados el parque de Zayas y los propios jardines de Palacio? ¿Y no quedarían con estas soluciones económicas dos amplias arterias que llegaran casi hasta el centro podrían servir el supuesto fuerte tránsito de nuestra ya famosa orquídea?

No concebimos nuestra Habana sin el Paseo del Prado, al igual que no concebimos los carnavales y los desfiles ciudadanos sin esa bella alameda; y puestos a sopesar el pro y el contra del proyecto nos inclinamos a creer que es mucho más lo que se pierde al destruirlo que lo que ganaría la Capital con esa transformación.

Con lo que costaría ejecutar esas obras, o destruir el arbolado, demoler pisos, muros de contención, bancos, escalinatas y los pequeños monumentos que contiene de Manuel de la Cruz y del poeta Zenea, más el nuevo presupuesto de la pavimentación de la gran arteria

con sus nuevas aceras, drenes y el poco arbolado que en ellas cabría. Con todo ese dinero se podría ejecutar con sus expropiaciones la Avenida de Teniente Rey hasta el Parque de Cristo, incluyendo amplios espacios soterrados para parqueo o estacionamiento.





Se puede concebir que la inigualable sombra del Prado habanero desaparezca para abrir en ella una pista alfartada de automóviles. Desde hace siglos hay árboles allí.

YA PRONTO DESAPARECERA EL PASEO DEL PRADO HABANERO

DOLIENDOSE de antemano de que las proyectadas rampas que le darán salida al Túnel de la Bahía de La Habana "comprenden la destrucción total de la Alameda o Paseo del Prado, para sustituirlo por una gran avenida de intenso tránsito, llevándose los árboles a las aceras", —el arquitecto José M. Bens Arrate hace este párrafo de recuento, diciendo todas las peripecias que ha sufrido el precioso paseo habanero, para poder llegar a ser lo que hoy es:

—El Paseo del Prado que se proyectó por el Marqués de la Torre, el primer urbanista que tuvo La Habana por el 1772, fue una de las iniciativas más felices con que contó aquella naciente villa en su desarrollo. Muchos años pasaron por aquel primer

paseo de extramuros, con pisos de tierra y algunos árboles donde se reunía la gente maleante, antes de que tomara su verdadera fisonomía, de la principal alameda de la ciudad.

Pero a pesar de las diversas modificaciones que sufrió en el siglo XIX, cuando fue convertido en una alameda con cuatro alineamientos de árboles —y así lo dibujó Miale en el 1836— hasta el proyecto que encontraron los ingenieros americanos de la Ocupación Militar en 1901, cuando fue rehecho todo y se sembraron álamos; mas el cambio de arbolado que sufrió en la época del Presidente Zayas cuando se pusieron pisos, hasta la valiosa restauración que se hizo por el doctor Carlos Miguel de Céspedes en el 1928, cuando trajo los laureles

de "La Coronela" y ya crecidos fueron sembrados en el Prado, al cual se le dotó de artísticas farolas con excelente iluminación, bancos de piedra y mármol, copas y ménsulas de bronce, con una riqueza y profusión tal, que sumado al bello piso de terrazzo hicieron de él uno de los más ricos e interesantes paseos de las ciudades americanas.

Y termina el arquitecto Bens Arrate:

—No concebimos nuestra Habana sin el Paseo del Prado, al igual que no concebimos los carnavales y los desfiles ciudadanos sin esa bella alameda; y puestos a sopesar el pro y el contra del proyecto nos inclinamos a creer que es mucho más lo que se pierde al destruirlo que lo que ganará la capital con esa transformación.

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

“Destruir

el Prado sería quitarle
personalidad a la capital”

**Dice el arquitecto Bens Arrarte...
Recomienda construir
edificios para estacionar
4,000 vehículos**

El criterio de que se hace necesario abordar sin demora el estudio del tránsito y del grave problema del estacionamiento de vehículos en la zona central de La Habana, pero que para ello precisa tener en cuenta que las características de la Habana Vieja y su riqueza arqueológica deben ser conservadas, extremándose el cuidado y atención de las mismas y restaurándose algunas viejas plazas y plazuelas, ha sido desarrollado en un trabajo presentado al I Congreso Nacional de Planificación con el propósito de fijar las bases que deben servir para orientar la labor encaminada a solventar las dificultades que presenta hoy día la circulación de vehículos en ese sector de la ciudad.

En la ponencia citada —de la que es autor el arquitecto José M. Bens Arrarte— se sustenta la opinión de que sería un gran error suprimir, como se proyecta, el Pa-

seo del Prado, para sustituirlo por una gran avenida de intenso tránsito, llevándose los árboles a las aceras. Y se aboga por que en lugar de construirse un parqueo soterrado en el Parque Central, se preparen dos grandes estacionamientos soterrados debajo de las plazas de Albear y de Jerez y de una gran avenida que desde el Capitolio llegaría hasta la Plaza del Cristo para continuar luego hasta los muelles.

LOS PARQUEOS SOTERRADOS

En su trabajo el arquitecto Bens Arrarte hace un prolijo estudio de los parqueos soterrados que se han construido o proyectado en la Habana Vieja y del modo como se ha procedido a la demolición de numerosos edificios para solventar las dificultades del estacionamiento de vehículos, sosteniendo que se ha tratado de resolver los problemas que en tal sentido afronta ese sector urbano, sin lograrlo, a pesar de la valiosa ayuda que le prestan las avenidas con los parques del Nuevo Malecón y de la Avenida del Puerto, donde cada mañana se estacionan unos 2,600 automóviles.

Refiriéndose a los edificios de estacionamiento construidos por iniciativa privada, opina que deberían considerarse como una industria nueva y aplicarles ciertas exenciones de impuestos por un número de años, propiciando así la realización de inversiones que brindarían a la comunidad servicios que no pueden ser acometidos ni por el Estado ni por el Municipio.

LA CIUDAD MUSEO

Aludiendo concretamente a la Habana Vieja, con sus estrechas calles que ofrecen serias dificul-

tades de tránsito, sugiere suprimir el cruce de ómnibus y de los grandes camiones, y que algunas calles sean reservadas exclusivamente para peatones. Dijo que esta parte de la capital, por su valor histórico y por los viejos palacios que aún subsisten, debiera conservarse como la Ciudad Museo, prohibiéndose los edificios en altura que aumente la congestión. Señaló, sin embargo, que la Habana Vieja requiere de algunas operaciones de “cirugía de ciudades”, lo que podría solventarse mediante una gran arteria central, bien ampliando la calle Teniente Rey o las aledañas, creándose también nuevas plazas al suprimir varias gargantas que estrangulan el tránsito, como la situada entre el Palacio del Centro Asturiano y el restaurant ubicado en la esquina de Monserrate y Obispo, y la otra a la entrada de Teniente Rey entre Bernaza y Monserrate.

Expone Bens Arrarte que la Habana Vieja no es la zona indicada para demolerla toda y levantar sobre sus áreas un nuevo barrio de altos edificios con amplias zonas verdes y calles espaciosas. Dice que esto podría realizarse en otros lugares como los barrios de Jesús María y Cayo Hueso, donde el terreno es barato y las casas construidas “no valen gran cosa”. Recomendando construir una gran avenida-parqueo hasta la calle Reina como prolongación de Galiano y también ampliar la calzada de Vives hasta Factoría y, además, ampliar esta última en toda su extensión hasta la Plaza de la Fraternidad con una anchura de 30 metros, así como la calle Arsenal para hacer frente al incremento de tránsito de sur a norte a consecuencia de la Orquídea del Túnel. Esta gran operación urbanística, agrega, se completaría con el nuevo parque en terrazas, de Atarés.

ESTACIONAMIENTO PARA 4,000 AUTOS

Luego de examinar todo lo relativo al estacionamiento de automóviles en las áreas aledañas al Parque Central, el Paseo del Prado y la Plaza de la Fraternidad, afirma que esta parte de la capital requiere superficie suficiente para el estacionamiento de unos 4,000 automóviles. Mantiene la opinión de que el proyecto de parqueo soterrado para sólo 356 vehículos en el Parque Central, nada resuelve en definitiva y por el contrario, supone la destrucción de este último, o por lo menos, un cambio total, pues los árboles, las enredaderas y las flores no precen sobre las placas de hormigón y necesitarían de uno a dos metros de espesor de tierra vegetal, requisito éste sumamente costoso. Entiende que es preferible la construcción de edificios destinados a parqueo, por iniciativa privada y sobre terrenos que pudieran expropiarse o comprarse, para lo cual acaso sea preciso una legislación especial en la que se incluya una exención de impuestos por varios años para tales establecimientos.

(El trabajo incluye un detallado análisis, desde el punto de vista del estacionamiento y del tránsito, de la zona central de la ciudad, que comprende todo el Paseo del Prado, el Parque Central,

los jardines del Capitolio, la Plaza de la Fraternidad, las calles de Monserrate y Egidio, la Estación Terminal y sus plazas, la Avenida de las Misiones, etcétera, zona ésta en la que, afirma, hay tres puntos focales).

EL PALCO ESCENICO DE LA URBE

Agrega el arquitecto Bens Arrarte que la destrucción del Paseo del Prado privaría a La Habana de su “Gran Salón” o “Palco Escénico de la Urbe”, con lo que la capital perdería gran parte de su personalidad, puesto que no se concibe La Habana sin ese paseo construido inicialmente en 1772, por el marqués de la Torre, primer urbanista de la capital.

Finalmente recomienda, entre otras cosas, que se hagan dos grandes estacionamientos soterrados debajo de las plazas de Albear y de Jerez, y de la gran avenida desde el Capitolio hasta el Parque del Cristo; una serie de grandes edificios destinados a parqueo en la zona central; un estudio avanzado del tránsito de sur a norte y viceversa en esa parte de la capital, y un cuidadoso análisis de las posibilidades que ofrece la revalorización de las propiedades de la Habana Vieja y las necesidades de un fuerte tránsito por una gran avenida que llegue hasta los muelles.

Iniciadas las Obras en El Paseo de Martí

Quedará Totalmente Remozado en Pocos Días el más Bello Paseo de la Ciudad de La Habana

Han comenzado los trabajos para el remozamiento del Paseo de Martí (del Prado) de La Habana, que a la vuelta de unos cuantos días habrá quedado totalmente transformado y sin que se haya tocado una de sus piedras.

Personal del Ministerio de Obras Públicas tiene a su cargo la tarea de hermostrar el más bello de los paseos capitalinos, cumpliéndose así los deseos expresos del Presidente de la República, mayor general Fulgencio Batista.

De acuerdo con lo dispuesto por el ministro, arquitecto Nicolás Arroyo Márquez, se han combinado los esfuerzos de la Dirección General de Ingeniería y del Negociado de Urbanismo para la ejecución de los trabajos.

Por ese motivo se reunieron el Director General, ingeniero civil Jorge A. Garayta, y el jefe del Negociado de referencia, arquitecto Vicente J. Sallés, quienes, de común acuerdo, trazaron los planes coordinados que están desarrollándose desde hace unos días.

Se ha comenzado por remover la tierra de los canteros laterales a todo lo largo del paseo, para inmediatamente después proceder a la siembra de nuevas plantas de flores ornamentales, las cuales serán debidamente protegidas por medio de rejillas de contenedores.

Luego se procederá a la limpieza y pulimento del piso, con la sustitución de los mármoles deteriorados que hay en los bancos. También serán limpiados los

mármoles que se encuentren en buen estado y los bronceos de las estatuas y bustos.

Por el Negociado de Talleres del MOP, serán reparados y sustituidos los ornamentos de bronce, incluyendo la de aquellos que, por alguna razón, hayan desaparecido.

El arbolado existente será desinfectado. En cuanto a si se debe o no sustituirlo es asunto objeto de estudios, sin que hasta el momento se tenga una decisión sobre el particular. De todos modos cualquier cambio de árboles que pudiera hacerse nunca sería hasta después de celebrados los próximos carnavales.

El Negociado de Urbanismo mantendrá en lo sucesivo una atención constante en el Paseo que lleva el nombre del Apóstol de nuestra Independencia, que constituye, sin duda alguna, el vestíbulo y característica de la ciudad, y uno de los primeros lugares que visita el turista, tanto nacional como extranjero, cuando viene a La Habana.

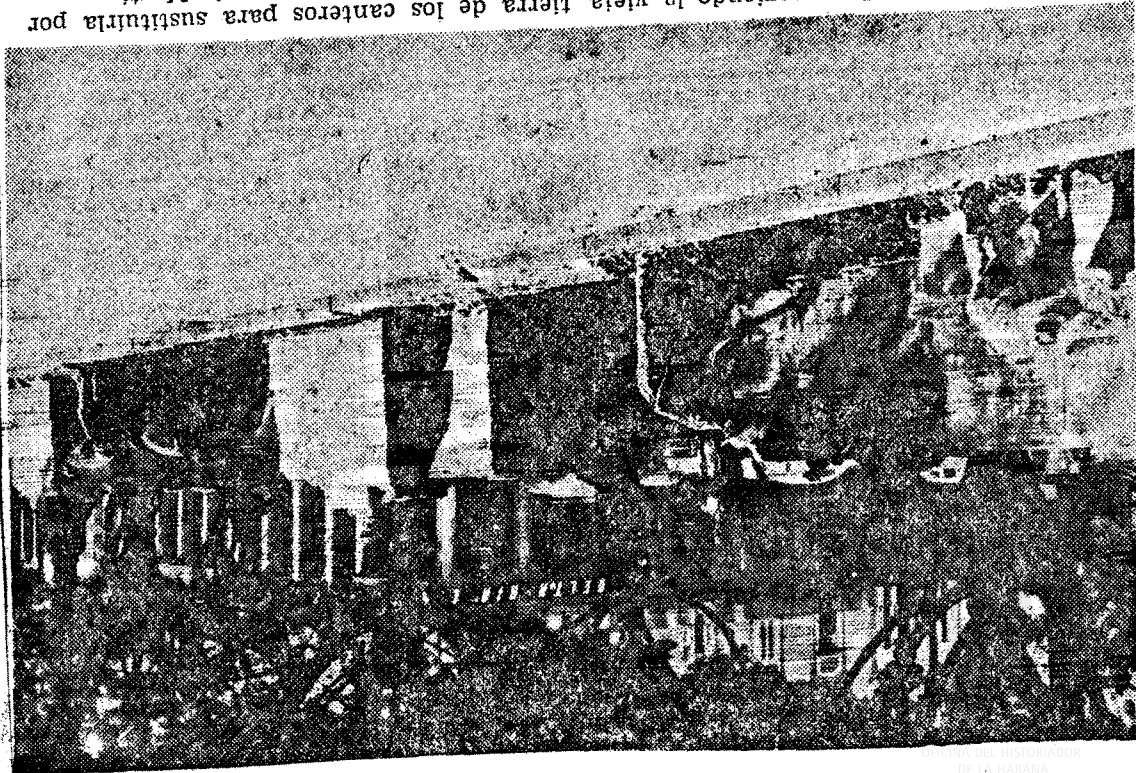
Personal de ese Negociado procederá a la limpieza del Paseo dos o tres veces por semana y mantendrá un constante cuidado del arbolado y la jardinería. Considerase que esta limpieza puede actuar como factor psicológico en el público y hacer que éste se preocupe por cuidarlo y mantenerlo limpio.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

OBREROS DEL MOP, removiendo la vieja tierra de los canteros para sustituirla por una nueva y poder sembrar plantas de flores de adorno en el Paseo de Martí.



Mario Guiral Moreno

Una Rectificación Plausible

LA información recientemente facilitada a los periódicos por el Ministerio de Obras Públicas, en relación con el próximo mejoramiento del Paseo de Martí, respetando su actual estructura, ha venido a disipar el temor que tenían los habaneros, en particular, y en general todos los cubanos que se preocupan con los problemas del Urbanismo, ante el anuncio de existir en las esferas oficiales, el propósito de transformar dicho paseo, convirtiéndolo en una ancha Avenida, análoga a las otras que ya existen en esta capital, y a las numerosas vías de esta clase que muestran todas las grandes ciudades del mundo, sin tener ninguna de ellas el carácter típico que encierra nuestro principal paseo, que lleva el nombre del Apóstol, y en el cual se levanta su primera estatua, erigida por suscripción popular.

Habiase dicho en la prensa que existía el proyecto de hacer desaparecer del antiguo Prado, todo lo construido, con gran originalidad y elegancia, en su parte central, para destinar ese amplísimo espacio, exclusivamente, al tránsito de vehículos, llevando el arbolado a las aceras situadas en ambos lados de esa ancha vía, lo que prácticamente hubiera representado la total desaparición de nuestro más bello paseo, con la originalidad que actualmente tiene y que le fué dada, hace más de tres décadas, respetando las líneas generales de su antigua construcción, cuando ocupó la Secretaría de Obras Públicas ese gran urbanista, de muy grata memoria, que se nombró Carlos Miguel de Céspedes, a quien se debe el inicio de la



transformación y embellecimiento de nuestra capital.

Con respecto al mencionado proyecto —que afortunadamente fué abandonado, si es que llegó a existir y estuvo en vías de realización—, hizo muy atinadas observaciones el competente arquitecto José M. Bens Arrarte, que tan brillante labor viene realizando modestamente en el Departamento de Urbanismo de nuestro Municipio, y en la excelente revista que bajo su dirección se publica por el Colegio Nacional de Arquitectos, con el título de *Arquitectura*, en cuyas páginas se da a conocer mensualmente, con magníficas ilustraciones, el notable progreso alcanzado por La Habana en estos últimos tiempos, gracias a la actuación oficial y a la iniciativa privada, desde el punto de vista urbanístico, y que actualmente la colocan entre las más importantes y bellas capitales de la América de origen hispano.

En un razonado estudio que, bajo el título de *El Paseo del Prado*, apareció en el número correspondiente al mes de septiembre último, de la citada publicación, señaló el mencionado arquitecto que dicho antiguo y bello bulevar, dotado “de artísticas farolas con excelente iluminación, bancos de piedra y mármol, copas y ménsulas de bronce, con una riqueza y profusión tal, que sumado al bello piso de terrazo, hicieron de él uno de los más ricos e interesantes paseos de las ciudades americanas”, vino a ser, desde los comienzos del siglo, el “Gran Salón, el Palco escénico de la urbe”, todo lo cual habría de perderse, en el caso de convertirlo en una avenida más, es decir, en una vía destinada al tránsito de vehículos, con su inevitable secuela de cruentos accidentes, ocasionada por los irrefrenables excesos de velocidad en que co-

rrientemente incurren sus temerarios conductores.

El anuncio hecho en días pasados por el Ministerio de Obras Públicas, sobre la próxima reparación total del Paseo de Martí, además de significar el definitivo abandono del desatinado proyecto a que nos venimos refiriendo, es una nota francamente alentadora para cuantas personas se interesan en los asuntos urbanísticos, en su doble aspecto estético e histórico, puesto que en aquél se dice que “a la vuelta de unos cuantos días habrá quedado totalmente transformado el mencionado Paseo, y sin que se haya tocado una de sus piedras”.

Según esas nota informativa, el personal de Obras Públicas procederá a remover la tierra de los canchales laterales, para realizar en ellos la siembra de flores y plantas ornamentales; a pulimentar el piso y sustituir los mármoles deteriorados que existen en muchos bancos; a la limpieza de los que se hallan en buen estado, así como a la de las estatuas y bustos; “la sustitución de los ornamentos de bronce, incluyendo la de aquellos que, por alguna razón, hayan desaparecido”, y la desinfección del arbolado, como paso previo a su reposición y mejoramiento.

Merecen, pues, un elogio la Dirección General de Ingeniería y el Negociado de Urbanismo del citado Ministerio, por razón de las obras anunciadas; por el propósito que tiene “de proceder en lo futuro a la limpieza del Paseo, dos o tres veces por semana, y de prestar un constante cuidado al arbolado y la jardinería”; pero, muy especialmente, por haber atendido la crítica constructiva hecha en relación con el anterior proyecto, que representaba un motivo de disgusto para todos los habaneros amantes de su ciudad natal.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

EL PRADO DE LA HABANA

Por Carlos Robreño

A CASO por su semejanza con el que de igual nombre se extiende en el castizo Madrid desde la fuente de la Cibeles hasta la estación ferroviaria de Atocha, fué por lo que al paseo que se construyó en La Habana transcurrida ya la primera mitad del siglo pasado, se le llamó también Prado. ¡El Prado de La Habana!

Desde entonces, aquella amplia avenida que recordaba mucho las Ramblas barcelonesas quedó convertida en el más concurrido lugar de esparcimiento, a donde acudía toda la población para buscar alivio a los rigores estivales de las noches del trópico.

Ciertamente, en sus primeros tiempos, según cuentan los historiadores, el Prado, aunque tenía esa peculiar estructura que ha conservado a través de los años, no ofrecía al transeúnte en la parte central un piso pavimentado, pues era de tierra y en sus bordes, a todo lo largo del paseo se admiraban frondosos árboles.

Durante los últimos años de la colonia, ya el Prado era el paseo por excelencia de los habaneros, pero lleva de tal época el amargo recuerdo, de que sobre las calles que se extienden a ambos lados, en tardes tristes, paseaba impune y jactancosamente a caballo, seguido de sus ayudantes, el repudiado Valeriano Weyler.

Al terminarse la Guerra de Independencia y ocupar la isla los norteamericanos, el gobierno provisional del general Brooke primeramente y luego el de Leonardo Wood se dió a la tarea de construir algunas obras, necesarias unas y de embellecimiento otras, en la capital de la futura República. Y entre ellas se incluyó el remozamiento del Prado de La Habana, haciendo de la parte central de dicha avenida un moderno paseo. Como un recuerdo perdurable de tal labor, se colocó sobre el piso de la cuadra inicial de esa calzada, una tarja de bronce que contenía

quizás la única errata de imprenta registrada en tales caracteres, pues en ella se leía "Lenoard" en vez de Leonard, que era el verdadero nombre del General Wood.

Del Prado que nosotros guardamos la primera remembranza, no es de aquél a donde nos llevaba la manejadora, muy pequeños aún, como era costumbre de la época, sino de otro, un poco más avanzado sobre cuyas losas patinábamos en nuestra edad infantil, en compañía de otros amigos.

De aquellos días perdidos ya en la bruma del pasado, mantenemos sin embargo, dos vivos recuerdos: el de aquella tarde trágica en que muy cerca de nosotros, fué abatido a tiros el entonces Jefe de la Policía General Armando de la Riva y el de Leopoldina.

¡Leopoldina, la de Prado! Virgencita bronceada que aventajaba unos cuantos años a aquella revoltosa grey infantil, pues en su esbelta silueta asomaban ya los inequívocos signos de la pubertad, pero que nos acompañaba en todas las travesuras propias de tan rosada edad. Era, acaso novia de todos, sin que ella se supiese de ninguno; pequeña Mimi Pinson dentro de una bohemia de pantalones cortos y niños de casa particular.

Dejaba el almanaque caer sus hojas. Todos fuimos creciendo, haciéndonos hombres. Leopoldina, la crisálida tornóse en mariposa de refulgentes colores, que revoloteaba en derredor de la llama del amor, sin que este fuego nunca quemase sus alas de alegres tonalidades, del mismo modo que el tiempo respetó en su rostro su simpatía belleza criolla.

Hace poco nos dijeron que había muerto. Meses antes habíamos charlado con ella junto al mostrador de un bar moderno, de esos en que se cobra la antigua "ginebra compuesta" a ochenta centavos. En breves minutos repasamos todo el pasado y conmovida, nos confesó toda la pasión que había sentido a



través de su existencia por uno de aquellos muchachos con quien casi de niña retozaba. El nunca había podido adivinar aquel sentimiento y si lo comprendía no daba oportunidad a que se le exteriorizara.

“No obstante, estoy convencida de que yo también le he gustado mucho” —agregó lánguidamente— pero ya estamos poniéndonos viejos y cualquier día uno de los dos moriremos, llevándonos a la tumba el secreto de un amor no realizado”.

★ ★

Volviendo al Prado de La Habana diremos que en todos los primeros años de la era republicana fué el paseo más popular de los capitalinos, lo mismo en las tardes en que en la glorieta de líneas de clásico estilo helénico que se había erigido frente al Castillo de La Punta, las bandas de la Marina o del Estado Mayor del Ejército ofrecían amenas retretas, que en las primeras horas de la noche cuando acudía la población trabajadora a tomar un poco de fresco o en las silenciosos momentos en que las sombras nocturnas huían ante la proximidad del nuevo día que era saludado alegremente desde las verdes sillas de hierro, por una pléyade de artistas, literatos y periodistas.

Pudiera ser tema para otra crónica un breve recorrido retrospectivo por el Paseo del Prado, deteniéndonos en la acera de los nones, en el antiguo Centro Alemán, en la esquina de Neptuno, en el café “El Pueblo”; en el cine Máxim o cabaret “Black Cat”, en la calle de Animas; el lugar donde una vez tuviera su “home” deportivo el Club Atlético de Cuba, el Glorioso Anaranjado de tan brillante historia; el cine Margot; el café Néctar Habanero, en el sitio donde hoy se levanta el Hotel Sevilla”, el teatro Fausto, la Casa de los Juzgados; el café Biscuit y el amplio edificio ya derruido que ocupaba la Audiencia y Cárcela de la Habana, llamado con justeza, Prado número uno, contiguo al parque de la Punta dedicada a actividades beisboleras y futbolísticas.

Saltando a la acera de enfrentenos encontraremos el Hotel Miramar y junto a él, en el espacio que hoy ocupa un garage, una terraza denominada Garden, la cual sirvió de cabaret, cine o stadium de boxeo alternativamente. En la

esquina opuesta, el viejo café “Tiburón” ya desaparecido, señoriales residencias, la casa de José Miguel, con su “tejado de vidrio” y la aristocrática mansión de la Condesa Fernandina, el Casino Español trasladado a ese moderno edificio en la segunda década de esta centuria; el restaurant “El Jerezano”, “El Circulo de Asbert”, la famosa barbería de Donato Milanés; el celeberrimo “Anón del Prado” y el café “Las Columnas”, denominado actualmente “Miami”.

Tal fué el Prado que nosotros conocemos y que Carlos Miguel de Céspedes transformó de manera radical hace más de un cuarto de siglo, no sin antes haber sido víctima dicho paseo, bajo la autoridad municipal de Don Marcelino Díaz de Villegas o de Cuesta, de una tentativa de embellecimiento que en realidad resultó un adefesio y un atentado al ornato público, pues consistió en dos largas torres de farolas anunciadoras con estridentes colorines.

—¡Parece una comparsa parada!— fué el comentario que le sugirió semejante espectáculo a un joven habanero, de carácter apacible, filósofo y mundano que siempre proclamaba que él no se alteraba por nada, pues quería saber hasta dónde llegaba un criollo bien cuidado. Pero no tuvo paciencia, se cansó de esperar el desenlace y un día infausto se privó de la vida por su propia mano.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA